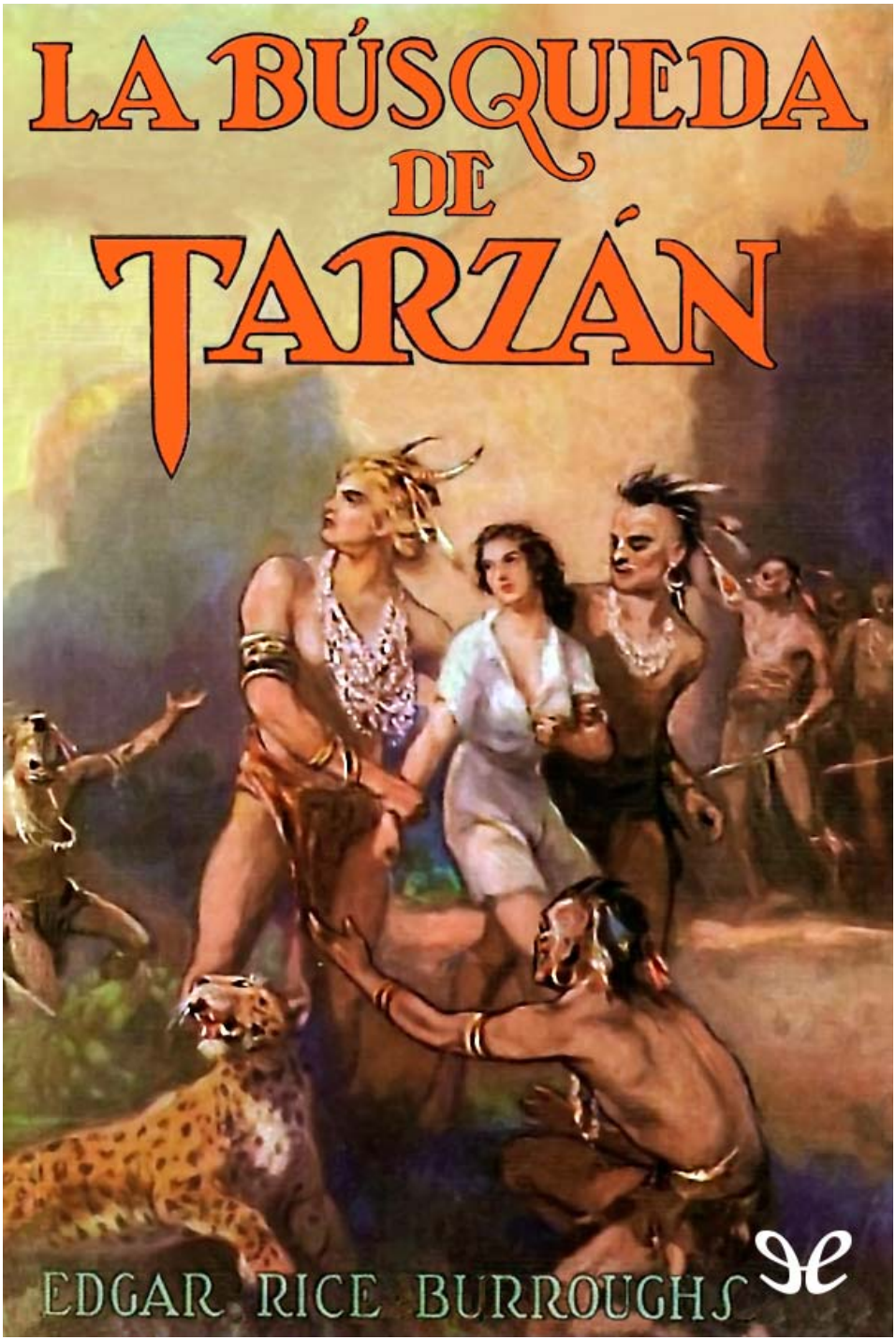
LA BÚSQUEDA DE TARZÁN



EDGAR RICE BURROUGHS

Tarzán solo había escuchado rumores de la extraña raza Kavuru de salvajes blancos. Pero cuando roban la hija de Muviro, jefe de los waziri, el señor de la jungla parte en busca de su pueblo para rescatarla o, si fuera necesario, vengarla. Lo que no podía imaginar es que su rastro correrá cerca del de un extraño grupo de supervivientes de un accidente aéreo, entre los que se incluye su amada Jane. El destino les deparará una cita con la sangre y el fuego en el temido templo del kavuru.

Edgar Rice Burroughs

La búsqueda de Tarzán

Tarzán 19

ePUB r1.0
Zaucio Olmian 12.07.13

Título original: *Tarzan's Quest*
Edgar Rice Burroughs, 1935
Traducción: Carmen Camps
Portada original 1ª. edición EE.UU.: J. Allen St. John
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian

Editor digital: Zaucio Olmian
ePub base r1.0

La búsqueda de TARZÁN

I

LA PRINCESA SBOROV

MI QUERIDA Jane, conoces a todos.

—A todos no, Hazel; pero en el Savoy se ve a todo el mundo.

—¿Quién es esa mujer que está en la segunda mesa a nuestra derecha?, la que ha hablado con tanta cordialidad. Hay algo en ella que me resulta muy familiar… estoy segura de que la he visto antes.

—Probablemente. ¿Recuerdas a Kitty Krause?

—Ah, sí, ahora la recuerdo. Pero iba con un grupo de más edad.

—Sí, es de una generación mayor que nosotros; pero a Kitty le gustaría olvidarlo y que todo el mundo lo olvidara también.

—A ver… se casó con Peters, el rey del algodón, ¿verdad?

—Sí, y cuando él murió le dejó tantos millones que no tenía suficientes dedos para contarlos; así que la pobre mujer nunca sabrá lo rica que es.

—¿Es su hijo el que está con ella?

—¡Su hijo, querida! Es su flamante marido.

—¿Marido? Pero si ella podría ser…

—Sí, claro; pero se trata de un príncipe, y Kitty siempre fue… bueno, ambiciosa.

—Sí, ahora lo recuerdo… era una especie de trepa; pero llegó bastante alto, incluso en el aristocrático viejo Baltimore, con esos millones de los Peter.

—Pero es un alma buena, Hazel. Realmente le tengo cariño. Haría cualquier cosa por una amiga, y debajo de ese aspecto de tonta se encuentra un corazón de oro.

—¡Y es tan buena con su madre! Si alguna vez alguien dice que tengo buen corazón…

—Chst, Hazel; ahí viene.

La mujer mayor, seguida por su esposo, se inclinó hacia ellas.

—Jane, querida —exclamó—, me alegro de verte.

—Y yo me alegro de verte a ti, Kitty. ¿Recuerdas a Hazle Strong?

—¡Oh, no serás de los Strong de Baltimore! Querida, quiero decir… estoy… qué maravilla… tengo que presentaros a mi esposo, el príncipe Sborov. Alexis, éstas son mis queridísimas amigas lady Greystoke y miss Strong.

—Ahora lady Tennington, Kitty corrigió Jane.

—¡Oh, querida, qué maravilla! Lady Greystoke y lady Tennington, Alexis, cariño.

—Encantado —murmuró el joven. Sus labios sonreían, pero los ojos le brillaban de un modo turbio, interrogadores, al mirar el rostro adorable de Jane, lady Greystoke.

—¿Os sentáis con nosotras? —invitó esta última—. Por favor. Hace siglos, Kitty, que no hemos tenido una buena charla.

—Oh, perfecto… me encantaría… quiero decir… parece… gracias, Alexis, cariño… tú siéntate ahí.

—Bueno, Kitty, debe de hacer un año que no tengo noticias tuyas, salvo lo que he leído en los periódicos —dijo Jane.

—Entonces, debe de estar muy bien informada de nuestras idas y venidas —observó Sborov, con un poco de ironía.

—Sí, la verdad… quiero decir, tenemos un libro entero lleno de recortes de periódicos… algunos horribles.

—Pero ¿qué has estado haciendo? —preguntó Jane—. ¿Has vuelto a casa? Estoy segura de que hace un año que no vas a Londres.

—No, hemos estado el año entero en el continente. Nos lo pasamos de maravilla, ¿verdad, Alexis, cariño? Verás, nos conocimos la pasada primavera en París; y mi querido Alexis se enamoró locamente de mí. No aceptaba un no por respuesta, ¿verdad, cariño?

—Claro que no, mi cielo.

—Bueno, ya veis, ¿no es estupendo? Y entonces nos casamos, y desde entonces hemos estado viajando.

—Y ahora supongo que vais a instalaros —dijo Jane.

—Oh, no, querida. Nunca adivinarías lo que estamos planeando: ¡vamos a ir a África!

—¡África! Qué interesante —comentó Hazel—. ¡África! Que recuerdos me trae.

—¿Ha estado en África, lady Tennington? —preguntó el príncipe.

—En el corazón de ella: caníbales, leones, elefantes… todo.

—Oh, qué maravilla… quiero decir, qué emocionante… y sé que Jane sabe todo lo que hay que saber sobre África.

—No tanto, Kitty.

—Pero sabes mucho —intervino Hazel.

—Yo también voy a ir, dentro de poco —dijo Jane—. Verás —añadió, volviéndose al príncipe Sborov—, lord Greystoke pasa mucho tiempo en África. Tengo intención de reunir me allí con él. Ya he reservado pasaje.

—Oh, qué maravilla —exclamó la princesa—. Quiero decir, podemos ir juntos.

—Qué idea tan espléndida, cariño —apuntó el príncipe, iluminándosele el rostro.

—Sería estupendo —dijo Jane—, pero, verás, yo voy al interior, y estoy segura de que vosotros…

—Oh, querida, nosotros también.

—Pero Kitty, no sabes lo que dices. No te gustaría en absoluto. No hay comodidades, ni lujos; sólo suciedad, insectos, apestosos nativos y toda clase de fieras salvajes.

—Oh, querida, nosotros… quiero decir, realmente vamos allí. ¿Le cuento a lady Greystoke nuestro secreto, cariño?

El príncipe se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Puede que tenga algo más que un interés pasajero.

—Bueno, quizá algún día lo tendrá. Todos nos hacemos mayores, cariño.

—Parece increíble pensar… —murmuró Alexis medio para sí mismo.

—¿Qué has dicho, querido? —le interrumpió su esposa.

—Sólo iba a decir que tal vez lady Greystoke considere increíble la historia.

—Bueno, ahora tenéis que contármela —dijo Jane-o Me habéis despertado la curiosidad.

—Sí, es verdad, contadla —animó Hazel.

—Bueno, queridas, así fue. El año pasado viajamos mucho en avión, y es una maravilla. Nos encanta, y por eso la semana pasada compramos un aeroplano en París. Volamos a Londres en él, pero lo que iba a contaras se refiere a nuestro piloto. Es americano, y ha tenido experiencias de lo más asombrosas.

—Creo que es lo que en América llaman un bandido —dijo Alexis.

—Quieres decir un gángster, cariño —corrigió la princesa.

—O un estafador —sugirió Hazel.

—Sea lo que sea, no me gusta —señaló Alexis.

—Pero cariño, tienes que admitir que es un buen piloto. Quiero decir que es una maravilla, y ha estado en África y tuvo las experiencias más espantosas.

—La última vez que estuvo allí, siguió la pista de un hechicero que posee el secreto de una asombrosa fórmula para recuperar la juventud y provocar la longevidad. Conoció a un hombre que sabe dónde vive ese tipo en el interior; pero ninguno de ellos tenía dinero suficiente para organizar una expedición e ir en su busca. Dice que con este producto la gente puede ser tan joven como desee y conservarse así para siempre. Oh, ¿no es maravilloso?

—Me parece que ese tipo es un canalla —dijo Alexis—. Ha empujado a mi esposa a financiar esta expedición, y cuando estemos todos en el interior, probablemente nos cortará la garganta y nos robará las joyas.

—Oh, cariño, estoy segura de que estás equivocado. Brown es la última palabra en lealtad.

—Puede que lo sea, pero aun así, no veo por qué quieres arrastrarme a África, con los bichos, y la suciedad; y no me gustan los leones.

Jane se echó a reír.

—En realidad, podrías pasar un año en África sin ver un solo león; y te acostumbrarás a los bichos y a la suciedad.

El príncipe Sborov hizo una mueca.

—Prefiero el Savoy —dijo.

—Irás con nosotros, querida, ¿verdad que sí? —insistió Kitty.

—Bueno —dijo Jane con vacilación—, la verdad es que no lo sé. En primer lugar, no sé adónde vais.

—Vamos a ir en avión directo a Nairobi, Y allí nos equiparemos. Querida, para ir a cualquier lugar de África, primero tienes que ir a Nairobi.

Jane sonrió.

—Bueno, da la casualidad de que allí es adonde tengo intención de ir, de todos modos. Lord Greystoke tiene que reunirse conmigo allí.

—Entonces, todo arreglado. Oh, ¿no es una maravilla?

—Casi me entran ganas de ir —dijo Hazel.

—Bueno, querida, estaríamos encantados de contar contigo —exclamó la princesa Sborov—. Tengo un avión para seis pasajeros. Somos cuatro, y con el piloto y mi doncella, seis.

—¿Y mi criado? —preguntó el príncipe.

—Cariño, no necesitas criado en África. Tendrás a un chiquillo de color que te lavará la ropa, cocinará para ti y llevará tu arma. Lo he leído muchas veces en las historias africanas.

—Claro —dijo Hazel—, qué amable de tu parte; pero no podría ir. Es imposible. Bunny y yo zarpamos hacia América el sábado.

—Pero tú sí vendrás con nosotros, ¿verdad, Jane, querida?

—Bueno, me gustaría, Kitty, si puedo tenerlo todo listo. ¿Cuándo os marcháis?

—Queremos irnos la semana que viene; pero, por supuesto, quiero decir… si…

—Bueno, sí. Creo que puedo arreglármelas.

—Entonces, hecho, querida. Qué estupendo; despegaremos del aeródromo de Croydon el próximo miércoles.

—Enviaré un cable a lord Greystoke; y el viernes doy una cena de despedida para lord y lady Tennington, y tú y el príncipe Sborov tenéis que ir.

II

RUIDO POR ENCIMA DE LA TORMENTA

EL SEÑOR de la Jungla se levantó en una tosca plataforma cubierta de hojas, construida en la horcadura de dos ramas de un enorme patriarca de la jungla. Se desperezó con gusto y largamente. Los rayos oblicuos del sol matinal salpicaban de luz su bronceado cuerpo al filtrarse por el dosel de hojas que se extendía interminable sobre él.

El pequeño Nkima se removió y despertó. Lanzó un grito y de un salto se plantó en el hombro del hombre mono y le rodeó el cuello con sus peludos brazos.

—¡Sheeta! —gritó el mono—. Estaba a punto de saltar sobre el pequeño Nkima.

El hombre mono sonrió.

—Nkima ha visto cosas en sueños —dijo.

El mono miró alrededor entre las ramas de los árboles y hacia el suelo. Luego, al ver que ningún peligro le amenazaba, empezó a bailar y a parlotear; pero entonces el hombre mono le hizo callar y aguzó el oído.

—Viene Sheeta —dijo—. Viene en la dirección del viento hacia nosotros. No puedo olerlo, pero si Manu tuviera el oído de Tarzán, lo oiría.

El mono alzó una oreja y escuchó.

—El pequeño Nkima lo oye —afirmó—. Viene despacio.

Entonces el sinuoso y oscuro cuerpo de la pantera se abrió paso a través de la maleza y apareció a la vista, delante de ellos.

—Sheeta no está cazando —dijo Tarzán—. Ha comido y no tiene hambre.

Tranquilizado, Nkima empezó a lanzar invectivas a la bestia salvaje. El gran felino se detuvo y levantó la vista, y cuando vio a Tarzán y a Nkima exhibió sus colmillos, haciendo una mueca enojada. Pero echó a andar de nuevo, porque no quería nada de ellos.

Como se sentía seguro bajo la protección de Tarzán, el pequeño Nkima

se puso a la defensiva, como hacía siempre en circunstancias similares, cuando la posibilidad de peligro parecía remota.

Lanzó a su enemigo hereditario todos los epítetos de la jungla que se le ocurrieron, pero como estos no parecían causar impresión alguna en Sheeta, saltó del hombro de Tarzán hasta una enredadera colgante con un fruto blando, que olía mal, cogió uno y se lo lanzó a la pantera.

Por casualidad, apuntó bien y el proyectil dio a Sheeta en la parte posterior de la cabeza.

Tras lanzar un furioso rugido la bestia se giró en redondo y se lanzó hacia el árbol que albergaba a quien lo molestaba. Gritando de terror, el pequeño Nkima huyó hacia arriba para refugiarse en las ramas más pequeñas que no aguantarían el peso del gran felino.

El hombre mono sonrió mirando al mono que huía y después bajó la mirada a la furiosa pantera. Brotó de su garganta un rugido bajo, y la otra bestia le devolvió el rugido. Entonces se volvió y se alejó en la jungla, sin dejar de rugir.

El hombre mono regresaba con calma de una excursión a la región remota de la gran selva, lejos de sus dominios.

Había oído extraños rumores y había ido a investigarlos. De las profundidades del interior, en los limites de una llanura sin senderos en la que pocos hombres habían penetrado y de la que algunos jamás habían regresado vivos, había surgido una extraña y misteriosa historia, hacía tanto tiempo que el recuerdo de los hombres que aún vivían se mezclaba con las leyendas y el folclor de las tribus que habitaban estas tierras hasta el punto de que era aceptada como algo inevitable e inseparable; pero recientemente había aumentado de forma alarmante la desaparición de muchachas jóvenes, y se había producido en tribus muy alejadas de la misteriosa región.

Sin embargo, cuando Tarzán investigó y quiso resolver el misterio, se lo impidió el miedo y la superstición de los nativos. Temían tanto al maligno y misterioso poder que les arrebataba a sus jóvenes muchachas que no quisieron dar a Tarzán información ni ayuda de ninguna clase; y así, disgustado, les había abandonado a su suerte.

Al fin y al cabo, ¿por qué iba a preocuparse el hombre mono? La vida para alguien criado en la jungla es un artículo de poco valor. Se da y se quita sin darle importancia. Uno ama o mata con la misma naturalidad con que duerme o sueña. Sin embargo, el misterio de aquello le intrigaba.

Desaparecían muchachas jóvenes, siempre entre los catorce y los veinte años. Jamás volvía a verse ni rastro de ellas. Su destino era un misterio irresoluble.

En aquel momento Tarzán ya había relegado el asunto al fondo de sus pensamientos, pues su activa mente no podía preocuparse por un problema que no le atañía directamente y que, en cualquier caso, parecía imposible de resolver en ese momento.

Pasó con facilidad de un árbol a otro, alerta sus aguzados sentidos a todo lo que ocurría a su alcance. Como Sheeta había pasado en la dirección del viento, sabía por el volumen decreciente del rastro de olor del gran felino que la distancia que los separaba era cada vez mayor, prueba de que Sheeta no les estaba siguiendo. Desde muy lejos, ahogado por la distancia, se oyó el rugido de Numa, el león; y más en el interior de la jungla bramaba Tantor, el elefante.

El aire matinal, los ruidos y olores de su amada jungla, llenaron de gozo al hombre mono. Si hubiera sido una criatura de otro ambiente, tal vez habría silbado o cantado o gritado, como un vaquero lleno de felicidad; pero los que se han criado en la jungla no son así. Ocultan sus emociones y se mueven siempre sin hacer ruido, pues así prolongan su precaria vida.

El pequeño Nkima, brincando en ocasiones a su lado, en otras en lo alto de los árboles, recorría muchas veces la distancia de su amo, malgastando mucha energía, mientras, a salvo con la protección de su benefactor, insultaba a todos los seres vivos con que se cruzaba.

Sin embargo, cuando vio que su amo se detenía, olisqueaba el aire y escuchaba, el pequeño Nkima se dejó caer en silencio sobre uno de sus bronceados hombros.

—Hombres —dijo Tarzán.

El monito husmeó en el aire.

—Nkima no huele nada —señaló.

—Tarzán tampoco —dijo el hombre mono—, pero los oye. ¿Qué le ocurre al oído del pequeño Nkima? ¿Se está haciendo viejo?

—Ahora Nkima los oye. ¿Tarmangani? —preguntó.

—No —respondió Tarzán—. Los tarmangani hacen ruidos diferentes: el crujir del cuero, el traqueteo de un equipo excesivo. Estos son gomangani, se mueven sin hacer ruido.

—Los mataremos —dijo Nkima.

El hombre mono sonrió.

—Qué bien para la paz de la jungla que no tengas la fuerza de Bolgani, el gorila; aunque quizá si la tuvieras no estarías tan sediento de sangre.

—Puaf, Bolgani —exclamó Nkima con desdén—. Se esconde en los matorrales y huye corriendo al primer ruido que oye.

El hombre mono cambió de dirección hacia la derecha y efectuó un gran círculo a través de los árboles hasta que llegó a un punto en que Usha, el viento, podía llevar el rastro de olor de los extraños hasta él.

—Gomangani —dijo.

—Muchos gomangani —señaló Nkima, nervioso—. Son como las hojas de los árboles. Marchémonos. Matarán al pequeño Nkima y se lo comerán.

—No son tantos —replicó Tarzán—, no más de los dedos de mis dos manos; un grupo de caza, quizá. Nos acercaremos un poco.

Acercándose a los negros por detrás, el hombre mono rápidamente cubrió la distancia que les separaba. El rastro de olor se hizo más fuerte.

—Son amigos —dijo—. Son los waziri.

Las dos criaturas de la jungla avanzaron entonces en silencio, hasta que alcanzaron a una hilera de guerreros negros que seguían en silencio el sendero de la jungla. Entonces Tarzán les habló en su lengua.

—Muviro —preguntó—, ¿qué lleva a mis hijos tan lejos de su región?

Los negros se detuvieron y se giraron en redondo, mirando hacia los árboles de los que había parecido proceder la voz. No vieron nada, pero conocían la voz.

—Oh, bwana, qué bien que hayas venido —dijo Muviro—. Tus hijos te necesitan.

Tarzán se dejó caer al sendero entre ellos.

—¿Acaso le ha ocurrido algo malo a alguno de los míos? —preguntó, mientras los negros se agolpaban a su alrededor.

—Buira, mi hija, ha desaparecido —dijo Muviro—. Fue sola hacia el río, y es la última vez que la hemos visto.

—Quizá Gimla, el cocodrilo… —sugirió Tarzán.

—No, no fue Gimla. Había otras mujeres en el río. Buira no llegó al río. Hemos oído historias, bwana, que nos llenan de terror por nuestras muchachas. Hay algo malo en ello, bwana, y misterioso. Hemos oído hablar de los kavuru.

Quizá son ellos; vamos en su busca.

—Su región se halla muy lejos —dijo Tarzán—. Vengo precisamente

de un lugar que se supone que está cerca, pero los de allí son unos cobardes. Tuvieron miedo de decirme dónde podría encontrar a los kavuru, aunque sus muchachas han sido raptadas por esa gente desde hace tanto tiempo que ningún hombre recuerda cuándo empezó.

—Muviro los encontrará —afirmó el negro, tenaz—. Buira era una buena hija. No era como otras muchachas. Encontraré a los que la robaron y los mataré.

—Y Tarzán de los Monos te ayudará —dijo el hombre mono—. ¿Has encontrado el rastro de los ladrones?

—No hay rastro —respondió Muviro—. Por eso sabemos que fueron los kavuru; no dejan rastro.

—Muchos creemos que son demonios —señaló otro guerrero.

—Hombres o demonios, los encontraré y los mataré —replicó Muviro.

—Por lo que sé —dijo Tarzán—, estos bukena viven cerca de los kavuru. Ellos han perdido a casi todas sus muchachas. Ésta es la razón por la que se cree que viven muy cerca de los kavuru, pero no quisieron ayudarme. Tenían miedo. Sin embargo, iremos primero a los *craales* de los bukena. Yo puedo viajar más deprisa; así que me adelantaré. En cuatro jornadas de marcha, quizá tres si nada os detiene, deberíais estar allí.

Entretanto, puede que Tarzán se haya enterado de más cosas.

—Ahora que el gran bwana está conmigo, mi corazón vuelve a ser feliz —dijo Muviro—, pues sé que encontraremos a Buira y me será devuelta, y que los que se la llevaron serán castigados.

Tarzán levantó la mirada a los cielos y oliscó el aire.

—Se avecina una tormenta, Muviro —dijo—. Viene de donde Kudu, el sol, se acuesta por la noche; tendrás que caminar directamente hacia ella, y te retrasará.

—Pero no nos detendrá, bwana.

—No —coincidió Tarzán—. Se precisa algo más que Usha, el viento, y Ara, el rayo, para detener a los waziri.

—Usha ya está extendiendo su velo de nubes por la cara de Kudu, ocultándolo a su gente.

Unas nubes desgarradas se deslizaban rápidamente por el cielo, y en la distancia, lejos al Oeste, resonó el trueno. El hombre mono se quedó con la cabeza echada hacia atrás, contemplando el impresionante espectáculo de la tormenta que se iba preparando.

—Será una tormenta mala —dijo, meditabundo—. Mirad lo asustadas

que están las nubes. Han huido en estampida como una gran manada de búfalos, temerosas de los rugidos del dios del trueno que las persigue.

El viento ahora azotaba las ramas más altas de los árboles. El trueno se iba acercando y aumentaba su violencia. A medida que las nubes se iban haciendo densas en el cielo, una lóbrega oscuridad cubrió la jungla. Destelló el rayo. El trueno resonó terroríficamente, y entonces empezó a caer la lluvia. Llovía a mares, y los árboles se inclinaban por el peso del agua, y en lo alto Usha gritaba como un alma perdida.

Los once hombres se pusieron en cuclillas, encogiendo los hombros para protegerse de la lluvia, esperando a que pasara la furia inicial de la tormenta.

Permanecieron sentados allí media hora, y la tormenta seguía rugiendo sin calmarse. De pronto, el hombre mono aguzó el oído y, un instante después, varios de los negros levantaron los ojos al cielo.

—¿Qué ocurre, bwana? —preguntó uno, temeroso—. ¿Qué hay en el cielo que gime y se lamenta?

—Se parece mucho a un aeroplano —respondió Tarzán—, pero qué puede hacer aquí un aeroplano no lo entiendo.

III

SIN GASOLINA

EL PRÍNCIPE Alexis asomó la cabeza en el compartimiento del piloto. Su semblante, cubierto de una palidez verdosa, reflejaba aprensión, si no auténtico miedo.

—¿Corremos algún peligro, Brown? —gritó por encima del rugido del tubo de escape y de la hélice—. ¿Crees que puedes sacarnos de aquí?

—Por el amor de Dios, cállese —espetó el piloto—. ¿No tengo ya suficientes problemas sin que me haga estúpidas preguntas cada cinco minutos?

El hombre que iba en el asiento de al lado del piloto parecía horrorizado.

—Chist —previno—. No debería hablar así a su alteza, amigo. Es muy poco respetuoso.

—Tonterías —espetó Brown.

El príncipe regresó tambaleándose a su asiento de la cabina. Casi logró mostrar una dignidad ofendida cuando en aquel momento una corriente de aire sacudió el aparato y le hizo perder el equilibro, de modo que fue un príncipe muy enojado el que se recostó torpemente en su asiento.

—Abróchate el cinturón de seguridad, cariño —le indicó su princesa—. En cualquier momento podemos volcar. Quiero decir, de veras, ¿has visto alguna vez algo tan terrible? Oh, ojalá no hubiéramos venido.

—Opino igual —gruñó Alexis—. Yo no quería venir, y si alguna vez vuelvo a poner los pies en el suelo, lo primero que haré será despedir a ese insolente palurdo.

—Creo que, dadas las circunstancias —dijo Jane—, deberíamos pasar por alto toda actitud idiosincrásica que ese hombre manifieste. Él tiene toda la responsabilidad. Debe de estar bajo una tensión nerviosa terrible; e, independientemente de todo lo demás, creo que tendréis que admitir que hasta ahora ha demostrado ser un piloto espléndido.

—Annette, mis sales, por favor —gritó la princesa Sborov con voz débil—. Estoy segura de que voy a desmayarme.

—¡Caramba, qué viaje! —exclamó Sborov—. Si no fuera por ti, querida dama, me volvería loco. Tú pareces la única del grupo que conserva la calma. ¿No tienes miedo?

—Sí, claro que tengo miedo. Llevamos una eternidad volando en medio de esta tormenta, pero ponerse nervioso no nos servirá de nada.

—Pero ¿cómo puedo evitar poner me nervioso? ¿Cómo podría nadie evitar estar nervioso?

—Fíjate en Tibbs —dijo Jane—. Él no está nervioso. Está tranquilo como si no pasara nada.

—¡Bah! —exclamó Sborov—. Tibbs no es humano. No me gustan estos ayudas de cámara ingleses; no tienen corazón, ni sentimientos.

—En realidad, querido —añadió la princesa—, creo que es perfecto; un auténtico caballero de caballeros.

Un nítido rayo quebró las oscuras nubes que les rodeaban. Rugió el trueno. El aparato de pronto cayó violentamente sobre un ala y descendió en picado. Annette lanzó un grito; la princesa Sborov se desmayó. El avión giró una vez más antes de que Brown pudiera enderezarlo, lo que consiguió con esfuerzo.

—¡Vaya! —exclamó.

—¡Dios mío! —dijo Tibbs.

La princesa Sborov estaba desplomada en su asiento. Sus sales aromáticas habían caído al suelo. El sombrero le tapaba un ojo; se había despeinado. Alexis no hizo ademán de acudir en su ayuda.

—Mejor te ocupas de la princesa, Annette —aconsejó Jane—. Creo que necesita atención.

No hubo respuesta. Jane se volvió para ver por qué la muchacha no había respondido. Annette se había desvanecido.

Jane meneó la cabeza.

—Tibbs —llamó—. Venga aquí y ocúpese de la princesa y de Annette. Voy a ir a sentarme con Brown.

Tibbs entró de mala gana en la cabina y Jane ocupó el asiento junto al piloto.

—Esto último ha sido fuerte —comentó—. Realmente creía que nos estrellábamos. Ha manejado el aparato magníficamente, Brown.

—Gracias —dijo él—. Sería más fácil si todos fueran como usted. El

resto me saca de quicio. Aunque —añadió— Tibbs no está tan mal. Supongo que es demasiado tonto para tener miedo.

—Tiene auténticos problemas con el aparato, ¿verdad, Brown? —preguntó Jane.

—Sí —respondió el piloto—. No quería decírselo a los otros. Se habrían puesto como locos. Llevamos demasiada carga. Se lo dije a la dama antes de despegar; pero ella se ha obstinado en traerlo todo menos el fregadero de la cocina, y ahora no consigo elevar el aparato. Esta es la razón por la que no puedo pasar por encima de la tormenta, sólo puedo sortearla sin tener idea de dónde estamos ni en qué dirección vamos; y en África hay montañas, algunas condenadamente altas.

—Sí, lo sé —dijo Jane—. Pero debe de tener alguna idea de dónde nos encontramos; tiene brújula, y conoce la velocidad del aire.

—Sí —añadió el hombre—, tengo brújula y conozco la velocidad del aire; pero hay otra cosa que el resto será mejor que no sepa. La brújula se ha vuelto loca.

—¿Quiere decir…?

—Quiero decir que estamos volando a ciegas en esta sopa de guisantes sin brújula.

—¿Qué vamos a hacer?

—Si pudiéramos llegar al compartimiento del equipaje, podríamos tirar todos los trastos —respondió—, pero no podemos, y ya está.

—Y entretanto, podemos chocar contra una montaña en cualquier momento, ¿no es así?

—Así es, señorita —dijo el piloto—, o quedarnos sin gasolina y tener que descender, lo cual probablemente sería tan malo como chocar contra una montaña.

—¿No hay otra forma de escapar? —preguntó ella. Su voz era calmada y sus ojos no reflejaban miedo.

—Bueno, tengo un plan que me gustaría que saliera bien —respondió él, y se volvió a ella con una sonrisa.

—¿De qué se trata, Brown?

—Bueno, no podemos llegar hasta los trastos para echarlos por la borda, pero el príncipe debe de pesar unos ochenta kilos. Eso ayudaría un poco.

Jane apartó la cara para ocultar una sonrisa, pero evidentemente él la vio.

—Creía que le gustaría la idea —dijo él.

—No deberíamos bromear con este tema, Brown —le regañó ella.

—Supongo que no podemos evitarlo —apuntó él—. Los dos tenemos ese sentido del humor americano.

—¿Disponemos realmente de tan poco combustible, Brown? —preguntó Jane.

—Mire —el piloto señaló el indicador del salpicadero—. Tenemos suficiente para aproximadamente una hora.

—Y no hay paracaídas.

—Ni uno. La mayoría de la gente no se molesta en cogerlos para este tipo de viaje.

Ella meneó la cabeza.

—Esto pinta mal, ¿verdad? Pero será mejor que no les digamos a los demás lo realmente mala que es la situación. No pueden hacer nada.

—Nada —dijo él, con una sonrisa irónica—, a menos que quieran rezar.

—Me parece que ya lo hemos hecho. ¿Qué piensa hacer?, ¿seguir volando hasta que se acabe el combustible?

—No, claro que no. Si en media hora no encuentro un agujero en esta confusión, voy a descender e intentaré pasar por debajo. No ocurrirá nada, si no estamos sobrevolando montañas. Eso es lo único que temo. Entonces puede que encuentre un lugar donde aterrizar, pero estoy esperando a encontrar un agujero. Primero me gustaría mirar abajo.

—¡Jane! ¡Jane! —Era un grito quejumbroso procedente de la cabina—. Oh, querida, ¿dónde estamos? Quiero decir, ¿estamos todos muertos?

Jane miró atrás. Tibbs había recuperado las sales aromáticas perdidas y había logrado aplicar una dosis de primeros auxilios a la princesa. Annette había recuperado el conocimiento y estaba llorando histérica. El príncipe estaba sentado tenso y con el rostro ceniciento, con gotas de sudor en la frente. Era evidente que estaba muerto de miedo. Miró a Jane a los ojos.

—¿Hay alguna esperanza? —preguntó—. ¿Brown ha dicho algo?

—No nos pasará nada si puede encontrar una abertura en las nubes —respondió ella—. Es lo que está buscando.

—Si tuviéramos un piloto decente, no nos habríamos metido en esto —ruñó el príncipe—. Como te dije, Kitty, deberías haber contratado a un buen piloto francés. Estos americanos no saben nada de aviación, y además tú no sabes nada de este tipo, Brown.

—Supongo que ese tipo nunca ha oído hablar de los hermanos Wright o de Lindbergh —murmuró Brown.

—Déjele decir —cortó Jane—. Todos nos hallamos bajo una terrible tensión nerviosa, y no se nos ha de tener en cuenta lo que digamos o hagamos.

—No parece que esté usted muy preocupada, señorita —apuntó Brown.

—Bueno, somos así —dijo ella— y no podemos evitarlo tampoco. Que pueda disimularlo no significa que no esté muerta de miedo.

—Es buena persona, sin duda —comentó Brown—. Tiene agallas, y no me importa decirle que no me siento como una niña pequeña que va a su primera excursión. Se me ocurren muchísimas cosas que preferiría hacer en lugar de estrellarme en medio de África.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Sborov—. ¿Vamos a estrellarnos? Mira dónde me has metido, vieja idiota —gritó enojado volviéndose a su esposa —. Tú y tu rejuvenecimiento y la eterna juventud. ¡Caramba! Te has hecho estirar la cara tantas veces que podrían arrestarte por exhibición impúdica.

La princesa Sborov ahogó un grito.

—¡Alexis! —exclamó, y rompió a llorar.

—Oh, ¿por qué vine? —gimió Annette—. Yo no quería venir. Tengo miedo. No quiero morir. ¡Oh, *mon Dieu*, sálvame! ¡Sálvame!

—Tenga, señora, pruebe otra vez las sales aromáticas —dijo Tibbs.

—Bonito grupo —observó Brown—. Quizá creen que yo me estoy divirtiendo.

—Cuando nos hallamos en grave peligro, en quien más pensamos es en nosotros mismos —comentó Jane.

—Supongo que sí. Ahora estoy pensando más en mí que en nadie; pero también pienso en usted, en Annette y en Tibbs. Merecen salvarse. En cuanto a los otros dos, me gustaría arrojarles por la borda; pero creo que leí en algún sitio que hay una ley que lo prohíbe.

—Sí, creo que sí —dijo Jane sonriendo—. Pero de veras, Brown, ¿sabe que tengo la sensación de que nos sacará de este apuro?

—Es la primera muestra de aliento que he tenido —dijo él—. Y sin duda haré todo lo posible para salir de esto. Todo depende de lo que haya debajo de esta confusión. Si hay algún techo, tendremos una oportunidad; yeso es lo que espero.

—Ruego por ello.

—Voy a empezar ahora. Haré descender el aparato despacio.

—A doscientos cincuenta kilómetros por hora.

—Bueno, no perderemos altura tan deprisa.

El aparato encontró una corriente descendente y cayó treinta metros de golpe. Los gritos de la princesa Sborov y Annette, la doncella, se mezclaron con las maldiciones de Alexis.

Jane ahogó un grito.

—Bueno, esta vez hemos bajado muy rápido —dijo.

—Pero cuando cae así, puedes estar seguro de que no estás en el suelo. El aire tiene que tener algún sitio adonde ir. No puede atravesar la tierra; así que nunca te lleva hasta abajo.

Durante unos tensos minutos los dos permanecieron en silencio. Luego, de pronto. Jane lanzó una exclamación.

—Mire, Brown —gritó—. ¡Árboles! Estamos debajo.

—Sí —confirmó él—. Y nos quedan ciento cincuenta metros, pero…

Ella le miró con aire interrogador.

—No estamos mucho mejor, ¿verdad? ¿Cuánto combustible nos queda?

—Oh, tal vez para quince o veinte minutos, y no es necesario que le diga… bueno, no parece mal.

—Sólo hay selva —dijo ella—, ningún lugar para aterrizar.

—Puede que encontremos un claro, y, créame, tampoco tiene que ser Croydon.

—¿Y si no encuentra ningún claro?

El piloto se encogió de hombros.

—Tendremos que aterrizar en las copas de los árboles —dijo—. Hay bastantes probabilidades de que no nos matemos todos. —Se volvió y miró hacia la cabina—. Tibbs, siéntese y abróchese el cinturón de seguridad. Pónganse la manta y la almohada delante de la cara. Dentro de unos minutos voy a efectuar un aterrizaje forzoso. Les avisaré. Si se protegen la cara, puede que no resulten heridos.

Nadie abrió la boca. La princesa gimió y Annette soltó un sollozo.

—Hace un viento terrible, ¿verdad? —dijo Jane—. Mire cómo se doblan las copas de esos árboles.

—Sí —confirmó él—, y en cierto modo puede sernos útil. El viento reducirá mucho nuestra velocidad de tierra; y si puedo enganchar la cola en esos árboles, puede que aterricemos en ellos fácilmente y quedemos colgados.

—¿Sabe que esas copas pueden estar a sesenta metros del suelo o

incluso más?

—Sí —respondió él—, supongo que sí, pero no creo que los atravesemos; parecen demasiado espesos. Y si hago descender el aparato despacio, las alas y el fuselaje quedarán atrapados y lo sostendrán. Creo que tenemos una oportunidad.

El aparato descendió unos metros por encima de los árboles durante varios minutos. No había, señales de ningún claro; ninguna interrupción de aquellas olas verdes que se mecían con fuerza.

—Ya nos hemos quedado sin gasolina —dijo Brown, y con gesto mecánico cerró el interruptor. Luego, se volvió una vez más hacia la cabina —. Sujétenlo todo —añadió—; voy a descender.

IV

EN EL *CRAAL* DE UDALO

EL APARATO se dirigió hacia el mar de follaje verde que, abajo, se balanceaba enérgicamente. Caía una cortina de agua que golpeaba los cristales de la cabina. Los rayos hendían la oscuridad bajo las negras nubes. Retumbaban los truenos. Brown bajó en picado, directo a la boca de la tormenta. La fuerza del viento sostuvo el aparato hasta que pareció cernirse sobre las copas de los árboles y el piloto lo niveló justo por encima de ellos; y mientras el aparato se nivelaba, hizo descender la cola con brusquedad. Hubo un estruendo de madera hecha astillas, el ruido de tejido desgarrado cuando el avión cayó de morro en las ramas que se balanceaban y se rompían. Y por encima del ruido de la tormenta y del estrépito del aparato se oían los gritos y maldiciones de los aterrorizados pasajeros de la cabina.

Pero por fin todo había terminado. Tras una sacudida final, el avión se quedó quieto.

Luego, durante un tenso y terrible momento, silencio.

Brown se volvió hacia la chica que estaba a su lado.

—¿Está usted herida, señorita? —preguntó.

—Creo que no —respondió ella—, sólo aturdida. Ha sido terrible, ¿no?

Él se volvió entonces y miró hacia la cabina. Los cuatro pasajeros colgaban sujetos por sus cinturones de seguridad en diferentes posturas.

—¿Están bien ahí atrás? —preguntó—. ¿Cómo estás, Annette? —Había una nota de mayor preocupación en la voz de Brown.

—¡Oh, *mon Dieu*! —gimió la joven francesa—. Ya, estoy muerta.

La princesa Sborov se quejó.

—¡Oh, qué horrible! ¿Por qué no hace alguien algo por mí? ¿Por qué nadie me ayuda? ¡Annette! ¡Alexis! ¿Dónde estáis? Me estoy muriendo. ¿Dónde están mis sales aromáticas?

—Te acordarás de esto —gruñó Alexis—, arrastrarme así a una

disparatada aventura como ésta. Me extraña que no nos hayamos matado todos. Si hubiéramos tenido un piloto francés, no habría ocurrido.

—No seas estúpido —espetó Jane—. Brown ha manejado el aparato magníficamente.

Alexis se volvió a Tibbs.

—¿Por qué no haces algo, idiota? Vosotros, los ingleses y los americanos, sois todos iguales… estúpidos, tontos. Para empezar, yo quería un ayuda de cámara francés.

—Sí, señor —dijo Tibbs—. Lamento mucho que no lo consiguiera, señor.

—Bueno, cállate y haz algo.

—¿Qué quiere que haga, señor?

—¡Caramba! ¿Cómo quieres que lo sepa? Pero haz algo.

—Lo siento, señor, pero no soy ni una cabra montés ni un mono. Si me desabrocho este cinturón de seguridad, aterrizaré sobre su cabeza, señor.

—Espera un momento —gritó Jane—. Veré lo que se puede hacer. Se desabrochó el cinturón de seguridad y trepó para llegar a la cabina.

El aparato se había posado en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados con el morro hacia abajo, pero Jane avanzó fácilmente hasta la cabina, y Brown la siguió de cerca. La joven acudió primero en ayuda de la princesa Sborov.

—¿Estás de verdad gravemente herida, Kitty? —preguntó.

—Estoy partida en dos; sé que me he roto todas las costillas.

—Tú nos metiste en esto, Brown —espetó Alexis—. Ahora sácanos de aquí.

—Oiga —dijo el americano—, puede que sea mejor estar dentro que fuera, porque cuando estemos en tierra, yo no seré el piloto. Entonces no tendré ninguna responsabilidad, y no aceptaré ninguna orden de usted.

—¿Has oído eso, Kitty? —preguntó Alexis—. ¿Te quedarás ahí sentada y dejarás que un sirviente me hable de ese modo? Si no lo despides, lo haré yo.

Brown resopló.

—No me haga reír. Usted no me contrató, pequeño enano, y no me despedirá.

—No sea descarado, joven —gritó Alexis, con voz temblorosa—. Olvida quién soy.

—No, no olvido quién es; usted no es nada. En el país de donde

procede, la mitad de taxistas son príncipes.

—Vamos, vamos —espetó Jane—. Dejen de discutir. Tenemos que averiguar si alguien ha resultado herido de verdad.

—Sacadme de aquí —pidió la princesa Sborov—. No puedo soportarlo más.

—Sería una tontería intentar salir ahora —dijo Jane—. Mira la tormenta. Estaremos más a salvo y mucho más cómodos aquí, en el avión, mientras dure la tormenta.

—Oh, nunca saldremos de aquí. Las copas de los árboles están muy arriba —gimió Annette.

—No te preocupes, hermana —dijo Brown para tranquilizarla—. Encontraremos la manera de bajar de aquí cuando pase la tormenta. El aparato está bien sujeto, no caerá más, así que será mejor que nos quedemos sentados como dice lady Greystoke y esperemos a que deje de llover y pare el viento.

Tibbs miró hacia el cielo por la ventanilla de su lado.

—No parece que esté amainando —comentó.

—Estas tormentas ecuatoriales a menudo acaban tan rápidamente como han empezado —dijo Jane—. Puede que todo haya terminado y el sol brille dentro de media hora. Lo he visto centenares de veces.

—Oh, nunca dejará de llover; sé que no parará —se quejó la princesa— y no veo cómo vamos a salir de aquí si lo hace. Esto es terrible, quiero decir, ojalá nunca hubiera venido.

—Llorar ahora. Kitty, no servirá de nada —dijo Jane—. Lo que tenemos que hacer es intentar ponernos cómodos y sacar el mejor partido de la situación hasta que la tormenta amaine y nos permita salir. Brown, coja un par de esos cojines de asiento y póngalos en el suelo, delante de la princesa. Después le desabrocharemos el cinturón de seguridad y podrá darse la vuelta y sentarse en el suelo con la espalda apoyada en el compartimiento del piloto.

—Déjeme que la ayude, milady —dijo Tibbs, mientras se desabrochaba el cinturón y se deslizaba hacia delante.

—El resto será mejor que hagan lo mismo —apuntó Brown—. Desabróchense los cinturones y siéntense en el suelo con la espalda apoyada en el asiento de delante.

Con cierta dificultad y mucho llanto la princesa Sborov por fin se encontró en una posición más confortable; y los demás, siguiendo la

sugerencia de Brown, se acomodaron lo mejor que pudieron para la espera, larga o corta, hasta que la tormenta amainara.

Tarzán y los waziri se agazaparon en la escasa protección que pudieron encontrar hasta que la tormenta se calmara. Cuando estaba en pleno apogeo, era una fuerza contra la que era una tontería que el hombre luchara a menos que la necesidad fuera grande.

Antes, cuando Tarzán había oído el rugido del motor del avión, aun a pesar del ruido de la tormenta, le había resultado evidente que el aparato volaba en círculos, y luego poco a poco el ruido había disminuido y rápidamente había cesado.

—Bwana —dijo Muviro—, ¿había hombres allí arriba, por encima de la tormenta?

—Sí, al menos uno —respondió el hombre mono—, por encima o en ella. En cualquiera de los dos casos, no me gustaría estar en su lugar. La selva extiende su frontera en todas direcciones. Si estuviera buscando un lugar donde aterrizar, no sé dónde lo encontraría.

—Tiene que ser en el suelo —dijo Muviro—. No creo que los dioses pretendieran que los hombres volaran como pájaros. Si fuera así, les habrían dado alas.

El pequeño Nkima se acurrucó cerca de su amo. Estaba empapado, tenía frío y se sentía desdichado. El mundo le parecía muy negro, y no había futuro. Estaba seguro de que siempre sería oscuro, pero no se resignaba a su sino. Simplemente era demasiado infeliz para quejarse. Pero después empezó a animarse. Sopló una ráfaga de viento con un último gemido, sombrío. Apareció el sol y la jungla despertó una vez más y cobró vida.

El hombre mono se levantó y se sacudió, como un gran león.

—Partiré ahora hacia Ukena —dijo— y hablaré con los bukena. Esta vez quizá me digan dónde moran los kavuru.

—Hay maneras de hacer les hablar —comentó Muviro.

—Sí —afirmó Tarzán—, hay maneras.

—Y seguiremos hasta Ukena —añadió Muviro.

—Si no me encuentras allí, sabrás que estoy buscando a los kavuru y a Buira. Si te necesito, te enviaré a Nkima para que te guíe hasta mí.

Sin una palabra más, sin inútiles despedidas, Tarzán se subió de un salto a un árbol y desapareció hacia el Oeste.

Habían llegado extrañas historias de los bukena, que se habían filtrado

por todo el centenar de tribus hasta Uziri, la tierra de los waziri. Eran historias de los kavuru, historias de un pueblo misterioso y salvaje, al que ningún hombre veía y vivía para contar lo. Eran demonios con cuernos y rabo. O, de nuevo, eran una raza de hombres sin cabeza. Pero la información más corriente era que se trataba de una raza de blancos salvajes, que habían regresado a la barbarie e iban desnudos en sus llanuras escondidas. Una historia decía que todos eran mujeres, y otra que todos eran hombres. Pero Tarzán conocía la distorsión que provocaban las habladurías, y daba poco crédito a las cosas que oía; sólo estaba seguro de lo que veían sus propios ojos.

Sabía que muchas tribus robaban mujeres, pero a menudo se volvía a ver a estas mujeres. Sin embargo, las que robaban los kavuru no volvían a verse jamás, y por eso estaba dispuesto a admitir que era alguna tribu que moraba en una región remota especializada en robar muchachas jóvenes. Pero muchas de las otras historias que oía no las creía.

Por ejemplo, existía la fábula de la longevidad y juventud perpetua de los kavuru. Eso Tarzán no se lo creía, aunque sabía que había muchos sucesos extraños e increíbles en las profundidades del Continente Oscuro.

Era un largo camino, incluso para Tarzán, el que tenía que recorrer para regresar a la región de los bukena. La selva estaba empapada, la jungla echaba vapor. Pero el hombre mono apenas se daba cuenta de estas cosas y de la incomodidad que suponían. Desde que había nacido estaba acostumbrado a las incomodidades, pues la jungla no es un lugar confortable. El frío, el calor, el peligro eran para él tan naturales como el confort y la seguridad lo son para usted.

Él aceptaba lo uno como usted acepta lo otro. Incluso en su infancia, nunca se había quejado por sentir incomodidad. Si podía mejorar las condiciones, lo hacía; si no podía, no les hacía caso.

Justo antes de oscurecer, Tarzán mató a un animal, y la carne fresca le dio calor y nueva vida, pero aquella noche durmió incómodo y sintió frío en la húmeda jungla.

Antes del amanecer se hallaba de nuevo activo, comiendo una vez más de su presa. Luego emprendió veloz su viaje, hasta que la sangre roja volvió a correr por sus venas, aportándole calor y una sensación de bienestar.

Nkima, sin embargo, se sentía desdichado. Había querido ir a casa, y ahora regresaba a una región extraña que no le gustaba. Parloteaba y se

mostraba muy inquieto, pero cuando salió el sol y le calentó, se sintió mejor, y entonces se escabulló a través de los árboles, buscando a quien insultar.

La mañana del tercer día, Tarzán llegó al *craal* de Udalo, jefe de los bukena.

Ver al alto y bronceado blanco, con el monito posado en su hombro, cruzar con grandes pasos la puerta de la aldea, atrajo una horda de negros farfullando y haciendo comentarios sobre él. No era ningún extraño para ellos, pues había estado allí poco tiempo atrás, y por tanto no le tenían miedo. Sin embargo, estaban un poco sobrecogidos, hasta allí habían llegado historias del poderoso hombre mono a pesar de la gran distancia que separaba Ukena de la tierra de los waziri.

Sin prestarles más atención que la que darían a una horda de bestias salvajes, Tarzán se dirigió directamente a la choza de Udalo, el jefe, donde encontró al anciano sentado en cuclillas bajo la sombra de un árbol, hablando con algunos ancianos de la tribu.

Udalo había estado observando al hombre mono cuando se acercaba por la calle de la aldea. No parecía muy complacido de verle.

—Creíamos que el gran bwana se había marchado y que no volvería —dijo el jefe—, pero ahora ha vuelto. ¿Por qué?

—Ha venido para hablar con Udalo.

—Ya ha hablado antes con Udalo. Udalo le ha dicho todo lo que sabe.

—Esta vez Udalo va a decirle más cosas. Va a decirle dónde está el país de los kavuru.

El anciano dio un brinco.

—Udalo no lo sabe.

—Udalo no dice palabras verdaderas. Ha vivido aquí toda su vida. Las muchachas jóvenes de su tribu han sido robadas por los kavuru. Todo el mundo lo sabe. Udalo no es tan tonto como para no saber adónde se llevan a estas muchachas. Tiene miedo de lo que los kavuru pueden hacerle, si conduce a alguien a su *craal*. Pero no ha de tener miedo; los kavuru no tienen que saber cómo les ha encontrado Tarzán.

—¿Por qué quieres ir al *craal* de los kavuru?

Son mala gente.

—Te lo diré —comentó Tarzán—. Buira, la hija de Muviro, el jefe heredero de los waziri, ha desaparecido. Muviro cree que los kavuru se la han llevado; por eso Tarzán, que es el jefe de guerra de los waziri, tiene que

encontrar el *craal* de los kavuru.

—No sé dónde está —insistió Udalo, malhumorado.

Mientras hablaban, se habían estado acercando guerreros de todas partes de la aldea, hasta que ahora Tarzán y el jefe estaban rodeados por hombres armados con lanza, silenciosos y ceñudos.

Udalo parecía incómodo; sus ojos se movían sin parar. El ambiente estaba cargado de recelos y peligro. Incluso el pequeño Nkima lo percibía: temblaba agarrado con fuerza a Tarzán.

—¿Qué significa esto. Udalo? —preguntó el hombre mono, señalando a los guerreros que le rodeaban, con un gesto de la cabeza—. He venido en son de paz a hablar como hermano.

Udalo se aclaró la garganta, nervioso.

—Desde que estuviste aquí y te marchaste, hemos hablado mucho. Nuestra gente recuerda las historias que han oído de los kavuru. Se dice que son hombres blancos que van desnudos, como tú.

No sabemos nada de ti; eres un extraño. Muchos de los míos creen que eres un kavuru, que has venido a espiarnos y a elegir muchachas jóvenes para robárnoslas.

—Qué tonterías dices. Udalo —dijo Tarzán.

—Mi gente no cree que sean tonterías —gruñó el jefe—. Has venido al *craal* de Udalo demasiado a menudo. —Lentamente se puso de pie—. No nos robarás más muchachas jóvenes.

Y dicho esto dio una palmada y al instante los guerreros que les rodeaban se abalanzaron sobre el hombre mono.

V

«¡QUE VIENE EL LEÓN!».

¡NO PUEDO soportarlo más! —se lamentó la princesa—. Quiero decir, esta postura me está matando, y hace frío, estoy congelada.

—¿Qué derecho tienes a quejarte? —gruñó Alexis—. Tú nos metiste en esto, tú y tu aviador —escupió esta última palabra con desprecio.

—Escucha, príncipe —dijo Jane—. Tú y el resto podemos agradecer a la sangre fría de Brown y a su eficacia el que estemos vivos e ilesos. Es casi un milagro que ninguno de nosotros haya resultado herido. Me atrevería a decir que no hay ni un piloto entre mil que pudiera maniobrar el aparato como lo ha hecho él.

—Disculpen —apuntó Tibbs—, si me permiten decirlo, ha dejado de llover.

—Y ha salido el sol-exclamó Annette, entusiasmada.

Jane se dirigió hacia la puerta, la abrió y miró abajo.

—Sólo estamos a quince metros del suelo —afirmó—, pero podemos tener dificultades para bajar; es decir, algunos pueden tenerlas.

—¿Qué estás haciendo, cariño? —preguntó la princesa, cuando Jane empezó a quitarse los zapatos y las medias.

—Voy a echar un vistazo. Quiero ver si puedo llegar al compartimiento del equipaje. Vamos a necesitar algunas cosas que están allí. Me temo que cuando estemos en el suelo lo vamos a encontrar muy incómodo; puede que aquí haga frío, pero abajo hará frío y habrá humedad.

—Podemos hacer una fogata, señora, si me permite el atrevimiento de sugerirlo —ofreció Tibbs.

—Todo está muy húmedo, pero quizá lo logremos. Es una lástima que no nos quede gasolina. Nos ayudaría mucho.

—Quedará una poca en el fondo del depósito —dijo Brown.

—Pero ¿por qué te quitas los zapatos y las medias? —preguntó la princesa.

—Es la única manera segura de trepar por los árboles, Kitty.

—Pero, querida, quiero decir… al fin y al cabo, no pretenderás trepar por ese árbol.

—Precisamente, y es lo que tú también tendrás que hacer, si quieres bajar de aquí.

—Oh, querida, yo no puedo. En absoluto, no puedo.

—Te ayudaremos cuando llegue el momento y verás cómo no te caes; y mientras yo estoy investigando, Brown, me gustaría que usted y Tibbs sacaran todos los cinturones de seguridad y los unieran para formar una larga tira. Puede que sea necesaria para bajar a la princesa al suelo, y nos irá bien para bajar el equipaje sin peligro.

—Será mejor que me permita bajar a mí a investigar, señorita —dijo Brown—, usted se podría caer.

Jane sonrió.

—Estoy acostumbrada, Brown —dijo ella—. Probablemente usted correría más peligro que yo.

—Salió a la arrugada ala y con agilidad saltó a una rama próxima.

—¡Cuidado, señorita, se caerá! —gritó Brown.

—¡Cuidado, señora, se matará! —Tibbs casi demostró emoción.

—Querida, vuelve aquí —gimió la princesa.

Annette gritó y se tapó los ojos con las manos.

—¡Mi querida señora, vuelva! Por el amor de Dios, vuelva —rogó Alexis.

Sin embargo, Jane no les prestó atención y dio un par de pasos en la rama que le permitió acceder al compartimiento del equipaje. Éste no estaba cerrado con llave y lo abrió rápidamente.

—¡Vaya! —exclamó—. Qué lío. Una rama rota ha embestido esto. Menos mal que no ha atravesado la cabina.

—¿Todo se ha perdido? —preguntó Alexis.

—Oh, no, puede que algunas cosas se hayan estropeado, pero imagino que podemos salvarlo casi todo; y una de las primeras cosas que quiero rescatar es unos pantalones cortos. Las faldas nunca son prácticas, pero en la copa de un árbol son una incomodidad. ¡Qué suerte! Aquí está mi bolsa. Sólo tardaré un segundo, y cuando me haya cambiado podré hacer algo.

Abrió su bolsa y eligió dos o tres prendas. Luego saltó ágilmente a una rama inferior y desapareció de la vista debajo del aparato.

—¡Vaya! —exclamó Brown con admiración—. Está tan cómoda en los

árboles como un mono. Nunca he visto nada igual.

Alexis se colocó en un punto donde podía mirar por la puerta. Brown y Tibbs estaban arrancando los cinturones de seguridad y atándolos, uno con otro.

Entonces, Alexis miró abajo y se estremeció.

—Debe de haber treinta metros hasta el suelo —dijo—. No veo cómo vamos a conseguirlo; y esas ramas están mojadas y resbaladizas.

—Quítese los zapatos y los calcetines como ha hecho ella —aconsejó Brown.

—No soy ningún mono.

—¿No?

—Si me permite sugerirlo, señor, podríamos atarle la tira hecha con los cinturones de seguridad y descenderle.

—Sostendrá quinientos quilos —afirmó Brown—, está demostrado. Seguro que le aguantará, pero será mejor que deje atrás su título, es la parte que más pesa.

—Ya he aguantado suficientes impertinencias por su parte, amigo —espetó Alexis—. Otra palabra de este estilo y… y…

—¿Y qué…? —preguntó Brown—. ¿Usted y quién más?

—Me gustaría que dejarais de discutir —dijo la princesa—. Quiero decir, las cosas ya están lo bastante mal sin peleas.

—Querida, yo no discuto con sirvientes —añadió Alexis con altivez.

—En primer lugar —apuntó Brown—, yo no soy ningún sirviente; y en segundo lugar, será mejor que no discuta si sabe lo que le conviene. Nada me gustaría más que tener una excusa para darle un tortazo.

—Si se atreve a ponerme las manos encima le…

—¿Qué? ¿Me despedirá de nuevo? —exclamó Brown—. Ahora, naturalmente, tendría que darle uno para ponerle en su lugar; tal vez entonces recuerde que no es más que un gusano, y que por muchos títulos que tuviera seguiría siendo un gusano.

—No se atreva a pegarme —gritó el príncipe, retrocediendo.

—¿Qué significa todo esto? —Jane entró ágilmente por la puerta de la cabina—. Creía que os había dicho que dejarais de discutir. Ahora, antes de que vayamos más lejos, quiero deciros algo. Estamos aquí bloqueados, sólo Dios sabe dónde; puede que no haya ningún hombre blanco en cientos de kilómetros, tendremos que depender únicamente de nuestros recursos. Discutir y pelear entre nosotros no nos conducirá a ninguna parte; sólo

empeorará las cosas. Uno de nosotros tiene que llevar las riendas. Debería ser un hombre, y el único hombre que hay aquí que tiene experiencia con la jungla, que yo sepa, o que es capaz de llevar el mando es Brown. Pero hay demasiada fricción entre él y el príncipe; por lo tanto. Brown queda descartado.

—Yo me ocuparé —dijo Alexis.

—¡Y un cuerno! —exclamó Brown.

—Mi rango me da derecho a ocupar el puesto —insistió Alexis con altivez.

—Porque usted lo diga —protestó Brown.

—No. Alexis, tú también estás descartado —dijo Jane—. Necesitamos a alguien al que todos obedezcamos.

—Entonces, sólo queda Tibbs —dijo Brown—. Tibbs me parece bien.

—Oh. Dios mío, no —exclamó Tibbs—. De veras, si me lo permiten, no se me ocurriría asumir tanta autoridad. Yo… yo… bueno, verán, no estoy acostumbrado, señora. —Se volvió a Jane con aire suplicante—. Pero usted, señora, estoy seguro de que todos estaríamos extraordinariamente orgullosos de tenerla por jefe.

—Eso es lo que iba a sugerir —dijo Jane—. Yo conozco la jungla mejor que ninguno de ustedes, y estoy segura de que no nos pondríamos de acuerdo sobre nadie más.

—Pero es nuestra expedición —objetó Alexis—. Nosotros l o hemos pagado todo; el avión y todas las provisiones son nuestros. Yo debería estar al mando. ¿Te parece bien, querida? —Se volvió a su esposa.

—Oh, bueno, cariño, quiero decir… no sé. Como me has dicho esas cosas horribles, estoy destrozada. Mi mundo se ha derrumbado a mi alrededor.

—Bueno —dijo Brown—, no sirve de nada seguir dándole vueltas. Lady Greystoke es el jefe a partir de ahora, y si a alguien no le gusta, se las verá conmigo.

La princesa Sborov estaba desplomada en el suelo del avión, con el pañuelo apretado a los ojos.

—A mí no me importa —apuntó—; me da igual lo que ocurra ahora. No me importa morir; espero morir.

Cuando terminó, levantó la mirada, es de suponer que para observar el efecto que sus palabras habían producido en los presentes, y por primera vez desde que Jane había vuelto al aparato la vio. —Oh, querida —exclamó

—, qué atuendo tan mono. Quiero decir, es perfecto.

—Gracias —dijo Jane—. Me alegro de que te guste; al menos, es práctico. —Llevaba pantalones cortos y una chaqueta de cuero. Tenía las piernas desnudas y los pies descalzos. Una bufanda roja le envolvía la cabeza, ocultándole el pelo y sirviendo de sombrero.

—Pero, querida, ¿no te morirás congelada? —preguntó la princesa.

—Bueno —se rió Jane—, no me moriré exactamente congelada, pero es probable que tenga frío muchas veces; en la jungla uno se acostumbra a tener o demasiado calor o demasiado frío. Ahora voy a bajar para echar un vistazo y encontrar un buen lugar para acampar, y será mejor que recéis para que haya alguno cerca. Mientras esté fuera, Brown, tú y Tibbs bajad el equipaje al suelo. Alexis, tú ve abajo y cógelo; tiene que haber alguien que desate la correa cada vez.

—Que lo haga Annette —gruñó Alexis—. ¿Para qué te crees que están los criados?

—Todos tenemos que hacer nuestra parte, Alexis —dijo Jane con calma —, y hay cosas, las más pesadas y más peligrosas, que naturalmente han de recaer en los hombres. Ahora no hay criados ni amos entre nosotros. Cuanto antes comprendamos eso todos, mejor y más felices seremos.

Alexis se acercó de mala gana a la portezuela del avión y miró abajo.

—Que baje Brown —dijo—. Yo ayudaré a Tibbs a bajarle el equipaje. —Entonces miró en la dirección del compartimiento del equipaje—. ¿Cómo puede nadie llegar allí sobre esa rama y hacer algo? —dijo—. Se caería y se rompería el cuello.

—Ah, deje de parlotear y baje, como lady Greystoke le ha dicho que haga —espetó Brown—. Señorita, dé la orden y le arrojaré abajo.

—No, no lo hará. No se atreva a tocarme.

—Entonces, empiece a bajar.

—No puedo, me caería.

—Átele con los cinturones, Brown —dijo Jane—, y usted y Tibbs bájenlo hasta el suelo. Ahora me voy —y dicho esto saltó ágilmente hasta una rama que estaba cerca y fue descendiendo a través del follaje.

Jane respiraba los olores de la humeante jungla con gran placer. Las limitaciones de la sociedad ordenada, la capa de civilización, desaparecieron y la dejaron libre, y percibió esta nueva libertad con una alegría que no había sentido desde que había dejado la jungla para volver a Londres.

Todo lo que la rodeaba le recordaba a Tarzán.

Miró alrededor, aguzando el oído. Parecía inevitable que al instante siguiente vería un gigante bronceado balancearse a través del follaje para agarrarla en sus brazos; y después, con un suspiro y una mirada triste, meneó la cabeza, pues sabía muy bien que Tarzán probablemente se hallaba a cientos de kilómetros de distancia, ajeno a su paradero y a su situación apurada. Era posible que ni siquiera hubiera recibido su cable, en el que le decía que iba a ir a Nairobi. Cuando lo recibiera y viera que no llegaba, ¿cómo sabría dónde buscarla? Habían volado a ciegas durante tanto rato que ni siquiera Brown sabía cuánto se habían alejado de su rumbo, y ni siquiera la situación aproximada del lugar donde había aterrizado. Parecía que no había esperanzas de obtener ayuda externa. Debían confiar en ellos mismos.

Fuera cual fuera su situación, le parecía que ella y Brown podrían seguir adelante; es decir, si estuvieran solos. Pero ¿y los otros? Tibbs tal vez tendría posibilidades en cuanto a recursos y resistencia. Tenía dudas respecto a Alexis. Los hombres de su clase a menudo eran casi tan indefensos como las mujeres. Annette era joven y fuerte, pero tenía un temperamento poco adecuado para las tristes realidades de la jungla con las que tendrían que vérselas. Su eficacia e incluso su fuerza mermarían por el constante terror en el que viviría. En cuanto a Kitty, Jane mentalmente levantó las manos: era imposible, absolutamente imposible, que soportara cualquier penalidad, emergencia o peligro. Sí, tenía la sensación de que ella y Brown podrían seguir, adelante, pero ¿podrían arrastrar a los demás? No había ni que decir que no les abandonarían.

Con la mente parcialmente ocupada con estos pensamientos, avanzó por la terraza inferior de la jungla, pues tan espesa era la vegetación del suelo que se había mantenido en las ramas inferiores de los árboles para avanzar con más facilidad.

No fue muy lejos en una dirección, porque se dio cuenta de lo difícil que sería transportar las provisiones a través de la espesa maleza en un largo trecho.

Trazó un círculo y buscó un espacio abierto, aunque fuera pequeño, en el que poder construir un campamento provisional; pero la jungla parecía cada vez más salvaje y más impenetrable.

Había completado medio círculo, y se hallaba en el lado del aparato opuesto a aquel por el que había descendido, cuando de improviso tropezó

con un sendero.

Inmediatamente se animó, pues ahora tenía la seguridad de que podían ir y venir con relativa facilidad y casi sin duda al final encontrarían nativos.

Antes de regresar al avión recorrió una corta distancia del sendero, cuando de pronto dio con un arroyuelo y, aliado, un claro en la maleza, de aproximadamente un acre de extensión.

Eufórica, se encaminó hacia el aparato, siguiendo el sendero para averiguar lo cerca que estaba del punto desde el que tendrían que transportar el equipaje.

Cuando se dio la vuelta, oyó un ligero susurro en la maleza a sus espaldas, un ruido que su oído entrenado rápidamente captó y casi identificó. Sin embargo, no estaba segura.

No obstante, apretó el paso, echando rápidas miradas al frente y hacia arriba para tener siempre localizada una vía de escape por si surgía la necesidad repentina de utilizarla.

El ruido prosiguió, un poco detrás de ella y en paralelo al sendero por el que avanzaba.

Oía a Brown y a Alexis discutir y pelear por el manejo del equipaje. Alexis estaba en tierra y parecía muy cerca. Por supuesto, podía estar equivocada. Lo que oía podía no ser lo que temía que era; pero quizá sería mejor advertir a Alexis antes de que fuera demasiado tarde, así que le llamó.

—¿Qué pasa? —preguntó él, hosco.

—Será mejor que subas a un árbol, Alexis. Me parece que me sigue un león. Está muy cerca.

—No puedo subirme a un árbol —gritó Alexis—. No puedo moverme por esta maleza. ¡Socorro!

¡Brown, socorro! ¡Que alguien haga algo!

—Baja la tira de cinturones y súbelo —ordenó Jane—. Puede que no sea un león, y si lo es quizá no nos moleste, pero será mejor ponernos a salvo.

—Date prisa con la correa, imbécil —chilló Alexis.

—No hay prisa —replicó Brown para fastidiar—, al menos, yo no tengo prisa.

—Si dejas que ese león me atrape, será asesinato.

—Oh, supongo que podrá soportarlo.

—Date prisa y baja la tira, asesino.

—Ya la estoy bajando, lo hago lo más deprisa que puedo.

—Oh, ahora le oigo; está justo encima de mí; me cogerá.

—Me estás oyendo a mí, Alexis —dijo Jane para tranquilizarle.

—Bueno, ¿y si te coge a ti? —preguntó Brown—. ¿No tiene que comer, un león? En California les dan animales que no sirven para nada; así que no sé de qué se queja.

—Deprisa, Brown —azuzó Jane El león se acerca, y viene rápido.

VI

LA VOTACIÓN DE LA MUERTE

MIENTRAS los guerreros bukena se cerraban sobre él, Tarzán se quedó de pie con los brazos cruzados, sin hacerles caso. Estaba rodeado por muchas lanzas, y sabía que en aquel instante, si intentaba escapar o pelear, una docena de puntas de lanza le traspasarían al instante.

Su única esperanza residía en ganar tiempo, y le parecía que podía conseguirlo mejor fingiendo indiferencia.

—¡Matad al kavuru! —gritó una mujer detrás de los guerreros—. Robaron a mi hija.

—Ya la mía —añadió otra.

—¡Matadle! ¡matadle! —instaron otros de los salvajes.

Un hombre muy anciano, que había estado sentado en cuclillas aliado de Udalo, se puso en pie de un salto.

—¡No! ¡No! —gritó—. No le matéis. Si es un kavuru, su gente vendrá y nos castigará. Matarán a muchos de nosotros y se llevarán a todas nuestras muchachas.

Al instante los negros empezaron a discutir entre ellos. Algunos insistían en matarle, otros querían hacerlo prisionero, mientras otros creían que debían liberarlo para aplacar a los kavuru.

Mientras discutían, los lanceros de la primera fila relajaron su vigilancia. Algunos se volvieron para exponer su opinión a los que estaban detrás, y en esta circunstancia Tarzán vio su oportunidad de escapar. Con la rapidez de Ara, el rayo, y la fuerza de Gorgo, el búfalo, saltó sobre un guerrero que tenía cerca y sujetándole delante de él a modo de escudo, cargó contra el anillo humano que le rodeaba, volviéndose constantemente para que ningún arma le fuera dirigida a él sin poner en peligro la vida del negro.

Tan deprisa había actuado que los negros fueron sorprendidos completamente desprevenidos, y casi había llegado al claro, donde podría

echar a correr a toda velocidad hacia la puerta de la aldea, cuando algo le golpeó pesadamente en la parte posterior de la cabeza.

Cuando recobró el conocimiento, se encontró en el oscuro interior de una choza que apestaba, con las muñecas y los tobillos atados con fuerza.

Al recobrar la conciencia le llegó el recuerdo de lo que había sucedido, y el hombre mono no pudo reprimir una lenta sonrisa, pues era evidente para él que la facción que había tenido miedo de matarlo era más poderosa que la que le habría quitado la vida. Una vez más, la suerte estaba de su parte.

De momento, por lo tanto, se hallaba a salvo, y así pues estaba seguro de poder escapar, pues no estaba en su naturaleza el que mientras hubiera vida en él tuviera una cautividad permanente; tampoco había nada que pudiera hacer que vacilara durante mucho tiempo su confianza en su capacidad de salir de cualquier apuro en el que pudiera encontrarse. Acaso ¿no era Tarzán de los Monos, Señor de la Jungla?

Entonces empezó a probar las ligaduras que le ataban las muñecas y los tobillos. Eran fuertes y daban muchas vueltas, y pronto vio que sería inútil intentar liberarse. No había nada que hacer, pues, más que esperar.

A diferencia de un hombre corriente, él no perdió tiempo preguntándose cuál sería su destino.

En cambio, se instaló lo más cómodamente que pudo y se quedó dormido, y mientas dormía, un consejo de guerreros conspiraba en la casa del consejo con Udalo, el jefe. Eran ellos los que se preguntaban cuál debía ser el destino de Tarzán.

El anciano que les había advertido contra matar a su prisionero seguía siendo su más firme defensor. Era Gupingu, el hechicero. Profetizó que caerían sobre ellos tremendas calamidades si causaban daño a aquel hombre, que, les aseguró, era un kavuru. Pero había otros que hablaban con igual firmeza de muerte.

—Si es un kavuru —dijo uno de estos—, su gente vendrá y nos castigará en cuanto descubran que le hemos atacado y hecho prisionero. Si le matamos, no podrá regresar con ellos y contárselo, y es probable que nunca sepan qué ha sido de él.

—Éstas son palabras ciertas —corroboró otro—; un kavuru muerto es mejor que uno vivo.

Entonces habló Udalo.

—No tiene que decidirlo un solo hombre —dijo—. Lo que dicen

muchos hombres es mejor que lo que dice uno solo.

En el suelo, a su lado, había dos cuencos. Uno contenía granos de maíz y el otro, piedras pequeñas, redondas. Pasó uno de los cuencos al guerrero que estaba a su derecha y uno al que estaba a su izquierda.

—Que cada guerrero coja un grano de maíz y una piedra; una de cada, no más —concluyó.

Fueron pasando los cuencos de mano en mano, y cada guerrero cogió un grano de maíz y una piedra, y cuando los cuencos llegaron de nuevo a Udalo, los dejó a su lado y cogió una calabaza con el cuello estrecho.

—Pasaremos esta calabaza por el círculo —dijo y cada hombre hablará o con un grano de maíz o con una piedra para indicar la vida o la muerte del extraño. Si deseáis que viva, meted un grano de maíz en la calabaza; si deseáis que muera, poned una piedra.

La calabaza fue pasando en silencio de mano en mano mientras los guerreros la seguían con la vista, tenso el rostro pintado.

Cuando los fatídicos votos caían en la calabaza retumbaban en todos los rincones de la gran casa del consejo. Al fin, la calabaza completó el círculo y volvió a Udalo.

Había un centenar de guerreros en el círculo y Udalo no sabía contar hasta cien, pero tenía una manera igualmente segura de fijar el resultado de la votación, aunque fuera incapaz de determinar cuántos votos había en cada caso. Vació el contenido de la calabaza en el suelo ante él. Luego, con una mano, cogió un grano de maíz y simultáneamente, con la otra, una piedra, y colocó cada uno en su cuenco correspondiente; y así continuó mientras hubo granos de maíz y piedras que colocar en uno u otro. Pero esto no duró mucho, pues pronto se quedó sin maíz, e incluso entonces quedaban setenta y cinco u ochenta piedras, lo que demostraba que sólo unos pocos habían votado a favor de salvar la vida al hombre mono.

Udalo levantó la vista y miró alrededor de la mesa.

—El extranjero morirá —dijo, y un grito salvaje y siniestro brotó de los guerreros allí reunidos.

—Vamos a matarle ahora —sugirió uno—, antes de que los kavuru puedan venir y encontrarle entre nosotros.

—No —cortó Udalo—, mañana por la noche morirá. Así las mujeres tendrán tiempo de preparar un festín. Mañana por la noche comeremos, beberemos y danzaremos, mientras torturamos al kavuru. Que sufra como nos ha hecho sufrir a nosotros cuando ha robado a nuestras hijas.

Un rugido de aprobación y satisfacción saludó esta sugerencia.

El consejo había terminado. Los guerreros habían regresado a sus chozas. Se encendieron fogatas. El silencio había caído en la aldea de los bukena. Incluso los perros que solían aullar estaban callados. El *craal* se hallaba sumido en el sueño.

Una figura salió con sigilo de una choza próxima a la del jefe. Se paró en la sombra de la choza de la que había salido y miró temerosa alrededor.

No se movía nada, y la figura avanzó por las calles de la aldea tan silenciosa como la sombra de un fantasma.

Tarzán se había despertado con los gritos salvajes procedentes de la casa del consejo, y había yacido despierto durante un rato debido a la incomodidad que le producían las ataduras, pero después volvió a dormirse.

Aún no estaba completamente dormido cuando algo le despertó, un ruido que usted o yo, con nuestro oído poco aguzado, tal vez no habríamos percibido: el ruido de unos pies desnudos que se arrastraban despacio, sigilosos, hacia la choza donde él se encontraba.

Tarzán rodó sobre sí mismo para ver la entrada a la choza, pero ésta se cubrió con una forma en sombras. Alguien entraba. ¿Era el verdugo que iba a matarlo?

VII

LA ALEGRE COMPAÑÍA

EL LEÓN irrumpió en el sendero atravesando la maleza un poco detrás de Jane. Fue entonces cuando ella gritó para avisar a Alexis.

Al ver a Jane, el león enseñó los colmillos y rugió. Luego se acercó a ella al trote, y la muchacha saltó a una rama que colgaba. En el instante en que se agarraba el león atacó. Saltó hacia ella y sus garras por poco no le alcanzaron el pie desnudo cuando huyó de su alcance. Lanzando un rugido espantoso el león se giró y volvió a saltar.

El príncipe se hallaba a poca distancia, pero oculto por la espesa maleza que había bajo el avión. El furioso rugido sonó muy cerca; el hombre se quedó paralizado de terror.

Desde su posición en la rama del árbol, Jane le veía.

—Será mejor que salgas de ahí, Alexis —dijo—, pero no hagas ningún ruido. Si te oye, irá por ti; está terriblemente dolido por algo; anoche no debió de matar ninguna presa.

Alexis trató de hablar, pero no le salió ningún sonido de la garganta. Se quedó donde estaba, temblando, con el rostro pálido.

Jane no veía a Brown, pero sabía que estaba directamente encima de Alexis.

—Brown —gritó—, deja caer el extremo de la tira hasta el príncipe. Alexis, átatela al cuerpo por debajo de los brazos, y Brown y Tibbs te izarán.

Intentaré distraer a Numa.

El león paseaba arriba y abajo bajo el árbol, mirando a la chica con expresión hambrienta.

Jane rompió una ramita muerta y se la arrojó a la bestia. Le dio en la cara y, con un rugido, el animal volvió a saltar hacia la rama en la que se encontraba Jane.

Entretanto, Brown hizo bajar el extremo de la tira de cinturones hasta

Alexis.

—Deprisa, átesela alrededor del cuerpo —dijo—. Por el amor de Dios, ¿qué le ocurre? Muévase.

Pero Alexis se quedó parado, temblando; le castañeteaban los dientes y le temblaban las rodillas.

—Alexis, sal de ahí —gritó Jane—. Tienes que atarte eso antes de que el león te descubra. ¿No lo entiendes? Es cuestión de vida o muerte para ti.

—Tú, pobre bobo —gritó Brown—. Muévete.

Con manos temblorosas Alexis cogió la tira de cinturones y al mismo tiempo pareció encontrar la voz y se puso a gritar pidiendo ayuda.

—Cállate —ordenó Jane—. El león te ha oído; ahora está mirando en tu dirección.

—Deprisa, imbécil —azuzó Brown.

El león estaba desgarrando la maleza, en busca del autor de aquellos nuevos ruidos. Jane le arrojó otra ramita, pero no distrajo su atención.

El animal se limitó a gruñir y echó a andar con cautela por la maleza.

Alexis estaba se estaba atando la tira de cinturones alrededor del cuerpo con dedos torpes.

—¡Arriba, Brown —gritó Jane—; el león se está acercando!

Brown y Tibbs tiraron con fuerza de la cuerda, y Alexis se elevó y se apartó de la maleza.

El león se iba acercando. Al fin se situó directamente debajo del aterrorizado hombre. Alexis, mirando fijamente a los ojos crueles del carnívoro, lanzó un chillido de horror.

Lentamente, unos pocos centímetros cada vez, Brown y Tibbs iban subiendo a Alexis, pero aún se encontraba peligrosamente cerca de la gran bestia. Entonces el león se puso sobre las patas traseras e intentó darle un golpe. Una garra rozó el tacón del zapato del hombre y, con un último grito, Alexis se desmayó.

Brown y Tibbs redoblaron sus esfuerzos. El león volvió a caer al suelo, cogió fuerzas y saltó.

Volvió a fallar, pero sólo por pocos centímetros, y antes de que pudiera volver asaltar, Alexis se hallaba a salvo fuera de su alcance.

Los dos hombres izaron el cuerpo inerte de Sborov hasta el avión, y con considerable dificultad lo arrastraron hasta la cabina.

Al verle la princesa se puso a gritar.

—¡Está muerto! ¡Está muerto! Oh, cariño, y tu Kitty estaba tan

malhumorada con su Allie.

—Por el amor de Dios, cállese —espetó Brown—. Tengo los nervios a punto de estallar, y en cualquier caso este bobo no está muerto; sólo se ha desmayado de miedo.

—Brown, ¿cómo se atreve a hablarme de ese modo? —dijo la princesa —. Oh, es terrible; nadie sabe lo que estoy sufriendo. Quiero decir, nadie me entiende; todo el mundo está contra mí.

—Señor —gritó Brown—, un poco más de esto y me volveré loco.

—Disculpe, señora, pero me parece que está volviendo en sí —dijo Tibbs—. Creo que estará bien en un minuto, señora.

—Haz algo, Annette —gritó la princesa—. ¿Qué haces ahí sentada, sin hacer nada? Quiero decir, ¿dónde están mis sales aromáticas? Dame un poco de agua. Oh, ¿no es terrible? Cariño, Allie, dile algo a tu Kitty.

Alexis abrió los ojos y miró alrededor. Luego los cerró y tuvo un escalofrío.

—Creía que me había cogido —dijo en un tembloroso susurro.

—No ha habido tanta suerte —apuntó Brown.

—Ha estado muy cerca, señor, si me permite el atrevimiento de decirlo —dijo Tibbs.

Jane entró en la cabina.

—¿Estáis bien? —preguntó—. Por el ruido, Kitty creía que había ocurrido algo espantoso.

—Sólo Dios sabe lo que ocurriría si realmente ocurriera algo —dijo Brown con disgusto—. Empiezo a estar harto de tantos gritos y quejas.

Jane meneó la cabeza.

—Tenga paciencia, Brown —aconsejó—. Recuerde que todo esto es nuevo para ellos, y como es natural tienen los nervios de punta, después de todo lo que nos ha pasado.

—Bueno, ¿el resto no tenemos nervios, señorita? ¿No tenemos derecho a estar alterados también? Pero a nosotros no se nos oye berrear como a ellos. Supongo que ser de la clase real les da derecho a molestar.

—Ahora no importa —dijo Jane—; se está comportando como ellos, Brown. La cuestión que me preocupa ahora es qué vamos a hacer con ese león. Puede que se esté horas merodeando por aquí; y mientras esté ahí abajo, nos encontramos bloqueados. Está de mal humor y será peligroso bajar hasta que sepamos que se ha marchado. Lo mejor que podemos hacer es matarlo, ya que quizás se quede cerca esperando la oportunidad de

cazarnos a alguno de nosotros. Es viejo y por eso puede que sea devorador de hombres. Se vuelven así cuando son demasiado viejos para conseguir su presa de forma regular.

—¡Devorador de hombres! —La princesa Sborov se estremeció—. Qué horrible. Quiero decir, qué terriblemente horrible.

—Me parece que podemos deshacernos de él —sugirió Jane—. Supongo que has traído rifles, Alexis.

—Oh, sí, claro, dos potentes rifles, que abatirían a un elefante.

—Bien —dijo Jane—. ¿Dónde están?

—En el compartimiento del equipaje, señorita; iré por ellos —respondió Brown.

—Y traiga un poco de munición también —añadió Jane.

—¿Quién bajará ahí para disparar a esa cosa horrible? —preguntó la princesa.

—Yo, por supuesto —respondió Jane.

—Pero, querida —exclamó la princesa—, tú no podrías.

Brown regresó con un rifle.

—No he encontrado munición, señorita —dijo—. ¿Dónde está guardada, Sborov?

—¿Eh, qué? —preguntó el príncipe.

—La munición —espetó Brown.

—Ah, la munición.

—Sí, la munición, usted…

El príncipe se aclaró la garganta.

—Bueno, verá, yo…

—¿Quiere decir que no ha traído munición? —preguntó Brown—. Bueno, de todo lo que…

—No importa —dijo Jane—. Si no hay munición, no hay, y discutiendo no la conseguiremos.

—Si me permiten, creo que puedo serles útil, milady —apuntó Tibbs, no sin mostrar un poco de orgullo.

—¿Cómo, Tibbs? —preguntó Jane.

—Llevo un arma en mi maleta, milady. Yo mataré a la bestia.

—Ah, está bien, Tibbs —dijo Jane—. Por favor, vaya a buscarla.

Cuando Tibbs se dirigía hacia la portezuela, se paró de pronto. Su rostro se sonrojó lentamente; parecía sumamente incómodo.

—¿Qué ocurre, Tibbs? —preguntó Jane.

—Lo… había olvidado, milady —balbuceó—, pero ya hemos bajado mi maleta, y está ahí, con el león.

Jane no pudo reprimir una carcajada.

—Esto se está convirtiendo en una comedia de enredos —dijo—; rifles sin munición y nuestra única arma de fuego en posesión del enemigo.

—Oh. Dios mío, ¿qué vamos a hacer? —preguntó la princesa.

—No podemos hacer nada hasta que esa bestia se marche. De todos modos ya casi se nos ha hecho tarde para preparar un campamento; tendremos que hacer todo lo posible para pasar la noche aquí de la mejor manera.

Y así pues, el grupo, sumamente desdichado e incómodo, pasó la larga y oscura noche temblando y gruñendo, una noche que resultó espantosa por los rugidos de los leones que estaban de caza y los estridentes gritos de aterrorizadas bestias. Pero al fin se hizo de día de aquella manera tan repentina que es característica de las regiones ecuatoriales.

En cuanto hubo luz suficiente, Jane salió a efectuar un reconocimiento. El león se había marchado y un examen del terreno que les rodeaba en las inmediaciones de donde se encontraba el avión, desde las ramas inferiores de los árboles, no reveló señales de él ni de ningún otro peligro.

—Creo que ahora podemos bajar y empezar a preparar el campamento —dijo, cuando hubo vuelto al aparato—. ¿Está abajo la mayor parte del equipaje, Brown?

—Sólo faltan unas cuantas piezas, señorita —respondió.

—Bueno, bájelas lo más rápido que pueda, y después abriremos un claro hasta el sendero; sólo está a unos cuantos metros.

—De acuerdo, señorita —dijo Brown—. Vamos, majestad, le bajaremos para que suelte el material en el otro extremo.

—No me bajarán —afirmó Alexis—. No bajaría allí solo otra vez ni por todo el equipaje del mundo.

Brown miró al hombre con un desagrado que no intentó disimular.

—De acuerdo —dijo—; quédese aquí arriba y ayude a Tibbs. Yo bajaré y desataré los paquetes cuando me los bajen.

—Si cree que voy a guardar el equilibrio sobre esa rama y descargar el compartimiento del equipaje, está equivocado —añadió el príncipe—. Es absolutamente imposible; tengo vértigo y sin duda me caería.

—Bueno, ¿qué va a hacer, pues? —preguntó Brown—. ¿Quedarse ahí sentado mientras el resto le servimos?

—Para eso se contrata a los criados —respondió Alexis.

¿Ah, si? Pues…

—Voy a bajar yo —dijo Jane—. Brown, usted y Tibbs háganme llegar el equipaje. Ahora, vamos a trabajar —y dicho esto se volvió y se dejó caer a través de los árboles hasta el suelo.

Gruñendo con disgusto, Brown se arrastró por la rama que llevaba hasta el compartimiento del equipaje, seguido por Tibbs, y los dos descendieron con rapidez el resto del equipaje.

—Ahora haga bajar a sus pasajeros —gritó Jane, después de que Brown le dijera que no quedaban más paquetes—. Alexis, tú primero.

—Vamos, majestad —dijo Brown—. Usted será el primero.

—He dicho que no bajaría ahí solo —insistió el príncipe—. Que bajen los otros.

—De acuerdo, majestad, pero si no baja ahora, tendrá que hacerlo usted solo o quedarse aquí hasta que se quede congelado. Vamos, Annette, supongo que tú eres la que ha de bajar primero, y después irá la vieja.

—Brown, ¿cómo se atreve a referirse a mí con tan poco respeto? —Era la voz de la princesa Sborov, procedente del interior de la cabina.

—Tiene buen oído —dijo Brown con una sonrisa.

—Tengo muchísimo miedo, señor Brown —confesó Annette.

—No debes tenerlo, pequeña —replicó él—. Nos ocuparemos de que no te ocurra nada. Vamos, siéntate en la abertura de la puerta y te ataré este cinturón alrededor del cuerpo.

—¿No me tirará?

—Ni por causalidad, querida. Podría tirar a la realeza, pero a ti no.

Ella le sonrió.

—Es usted muy amable, señor Brown —dijo.

—¿Lo estás descubriendo ahora? Bueno, vamos, hermana; salta a esta rama de aquí. Te ayudaré. Tranquila… ahora siéntate. ¿Listo, Tibbs?

—Listo, señor —respondió Tibbs.

—De acuerdo. Ahora, abajo.

Annette aferraba su rosario, cerró los ojos y se puso a rezar, pero antes de darse cuenta había llegado al suelo y Jane la estaba ayudando a quitarse el cinturón.

—Ahora, la princesa —gritó Brown.

—Oh, no puedo mover me —se lamentó la princesa—. Estoy paralizada. Quiero decir, de verdad que lo estoy.

Brown se volvió a Sborov.

—Entre ahí, señor, y saque a su dama —espetó—. No tenemos tiempo para tonterías. Dígale que si no sale pronto, les dejaremos a los dos aquí arriba.

—Es usted un rufián —escupió el príncipe.

—Cierre la boca y vaya a hacer lo que le he dicho —gruñó el piloto.

Sborov volvió junto a su esposa y la ayudó a ir hasta la puerta de la cabina, pero una mirada abajo fue suficiente para ella. Lanzó un grito y retrocedió.

—Deprisa, deprisa, deprisa —dijo Brown.

—No puedo. Quiero decir, no puedo, Brown.

Brown fue a la cabina. Llevaba consigo el extremo de una larga tira.

—Vamos —insistió—, déjeme que le ponga esto.

—No puedo hacerlo. Se lo digo. Quiero decir, me moriré de miedo.

—No se morirá de nada; la gente medio loca vive eternamente.

—Ya basta, Brown. He tolerado todos los insultos que estoy dispuesta a tolerar. —La princesa se ofendió y trató de adoptar una expresión muy digna, lo que, dado su estado, no consiguió.

Brown se había parado y le había atado el cinturón.

—¿Listo, Tibbs? —preguntó.

—Sí, señor. Todo listo, señor —respondió el ayuda de cámara.

—Vamos, pues, con la princesa. Usted, ayúdeme. Empújela por detrás.

Brown tiraba de ella por delante y Alexis la empujaba por detrás, y la princesa Sborov chillaba y arañaba todo lo que tenía delante en un intento por agarrarse a algo.

—¿Qué ocurre ahí arriba? —preguntó Jane—. ¿Hay alguien herido?

—No —respondió Brown—. Sólo estamos moviendo la mejor mitad de la familia real. Ahora escuche, princesa, estamos haciendo esto por su propio bien. Si se queda aquí arriba sola, se morirá de hambre.

—Sí, Kitty, no te pares. Estás retrasando las cosas —dijo Alexis.

—Poco te importaría que muriera, Alexis. Supongo que te alegrarías, con ese testamento que me hiciste hacer. Qué tonta fui; pero, créeme, en cuanto encuentre artículos para escribir, voy a cambiarlo, después de lo que me has dicho y lo que me has llamado. Te dejaré sin un céntimo, Alexis, sin un céntimo.

Los ojos del príncipe Sborov se cerraron y quedaron como dos feas rendijas. Su frente se contrajo poniendo ceño, pero no respondió.

Brown cogió las manos de la princesa y las apartó del asiento al que se había agarrado.

—Es inútil, princesa —dijo, esta vez con un poco menos de aspereza, pues vio que la mujer estaba verdaderamente aterrada—. Tibbs y yo nos ocuparemos de que no se haga daño. La bajaremos despacio, y lady Greystoke y Annette que ya están abajo, la ayudarán. Agárrese bien y por un minuto muestre un poco de valor, y todo habrá terminado.

—Oh, moriré, sé que moriré.

Brown y Alexis la sacaron de la cabina y la colocaron en la rama que pasaba cerca de la puerta. Lentamente la apartaron de ella y luego la descendieron con cuidado hasta que la dejaron en el suelo.

—Bueno, Tibbs —dijo Brown—, supongo que usted es el siguiente. ¿Quiere que le baje o descenderá por su propio pie?

—Descenderé por mi propio pie —respondió Tibbs—. Podemos ir juntos y tal vez ayudarnos.

—Eh, ¿y yo? —preguntó Sborov.

—Usted también baja por su propio pie, miserable, o puede quedarse aquí —respondió Brown—, ¡y no digo tal vez!

VIII

YDENI, EL KAVURU

ENMARCADA en la pequeña puerta de la choza y con el fondo casi en total oscuridad, Tarzán vio la figura de su cauteloso visitante nocturno y supo que se trataba de un hombre.

Indefenso al estar atado, el Señor de la Jungla no podía sino esperar, pues defenderse era imposible, y, aunque le irritaba la idea de entregar su vida sin oportunidad de defenderla, seguía impasible y sin tener miedo.

La figura se acercó, palpando en la oscuridad, cuando de pronto Tarzán habló.

—¿Quién eres? —preguntó.

La criatura intentó hacerle callar con un siseo sibilante.

—No grites tanto —previno—. Soy Gupingu, el hechicero.

—¿Qué quieres?

—He venido a liberarte. Vuelve con tu gente, kavuru, y diles que Gupingu te salvó de la muerte. Diles que por esto no deben hacer daño a Gupingu ni robarle a sus hijas. La oscuridad ocultaba la leve sonrisa con que Tarzán recibió este discurso.

—Eres un hombre sabio, Gupingu —afirmó—. Ahora, córtame las ataduras.

—Una cosa más —dijo Gupingu.

—¿Qué es?

—Debes prometerme que nunca le dirás a Udalo, ni a nadie de los míos, que yo te liberé.

—Jamás sabrán nada de mí —respondió el hombre mono—, si me dices dónde cree tu gente que viven los kavuru.

—Vivís al norte, más allá de una región árida, junto a una alta montaña que se yergue sola en el centro de una llanura —explicó Gupingu.

—¿Tu gente conoce el camino que va a la región de los kavuru?

—Yo lo conozco —respondió el hechicero—, pero prometo no

conducir a nadie allí.

—Está bien, si es que lo sabes.

—Lo sé —insistió Gupingu.

—Dime cómo llegarías hasta ese camino, entonces sabré si lo conoces o no.

—Al norte de nuestro *craal*, en dirección al norte, hay una vieja senda de elefantes. Es muy sinuosa, pero conduce hacia la región de los kavuru. En las laderas de la montaña, al lado de vuestra aldea, crece mucho bambú, y allí han ido durante años los elefantes para alimentarse con los brotes jóvenes.

El hechicero se acercó un poco y palpó las ataduras de los tobillos de Tarzán.

—Cuando te haya liberado —dijo—, espera aquí hasta que haya tenido tiempo de volver a mi choza; luego, ve en silencio hasta las puertas de la aldea; allí encontrarás una plataforma justo en el interior de la empalizada desde la que los guerreros disparan sus flechas por encima, cuando nos atacan los enemigos. Desde allí puedes pasar fácilmente por encima de la empalizada y dejarte caer al suelo al otro lado.

—¿Dónde están mis armas? —preguntó Tarzán.

—Están en la choza de Udalo, pero no puedes coger las. Justo en el interior duerme un guerrero; le despertarías si intentaras entrar.

—Córtame las ligaduras —dijo el hombre mono.

Gupingu se las cortó con un cuchillo.

—Ahora espera hasta que haya llegado a mi choza —dijo; se dio media vuelta y salió arrastrándose sin hacer ruido.

El hombre mono se levantó y se sacudió. Se frotó las muñecas y los tobillos para restaurar la circulación. Mientras esperaba a que Gupingu llegara a su choza, consideró la posibilidad de recuperar sus armas.

Entonces, se puso de rodillas y salió de la choza arrastrándose, y cuando volvió a erguirse, en el exterior, respiró hondo. Qué bien, ser libre.

Con pasos silenciosos avanzó por la calle de la aldea. Aunque se mantenía en silencio, no pretendía ocultarse pues sabía que aunque le descubrieran, no podrían volver a cogerlo antes de que llegara a la empalizada y la escalara.

Cuando se acercaba a la choza del jefe se detuvo. La tentación era muy grande, pues producir armas precisa tiempo y esfuerzo, y las suyas se encontraban a tan sólo unos pasos de él.

Vio una débil luz que iluminaba el interior de la choza, una luz muy débil procedente de las ascuas de una fogata que se estaba extinguiendo. Se acercó a la entrada, que era mucho más grande que la de las otras chozas, y dentro, junto al umbral, vio la figura de un guerrero que dormía.

Tarzán se agachó y miró el interior. Sus ojos rápidos y aguzados, acostumbrados a la oscuridad, descubrieron mucho más de lo que habrían alcanzado a ver los de usted o los míos; y una de las primeras cosas que halló fueron sus armas, que estaban cerca del fuego, más allá del cuerpo del guerrero.

La garganta del hombre que dormía estaba desnuda y completamente expuesta. No tardarían más que un momento los dedos de acero del hombre mono en estrangular a la figura inconsciente. Tarzán consideró la posibilidad de este plan, pero lo descartó por dos razones. Una era que él nunca mataba porque sí, y la otra, y probablemente la razón dominante, era que estaba seguro de que el hombre se resistiría aunque no pudiera gritar, y sus forcejeos despertarían a los que dormían en el interior de la choza, lo que excluiría la posibilidad de que Tarzán recuperara sus armas. Por eso decidió seguir otro plan, aún más peligroso.

Agachado y moviéndose con cautela, pasó por encima del cuerpo del guerrero. No hizo ningún ruido, y los dos pasos le llevaron hasta sus armas.

En primer lugar recuperó su preciado cuchillo, que metió en la funda que llevaba colgada a la cintura; luego se ajustó el carcaj con las flechas tras el hombro derecho y se colgó la cuerda del izquierdo. Recogió luego su lanza corta y el arco con una mano, y se volvió de nuevo hacia la entrada, tras echar una rápida mirada al interior de la choza para asegurarse de que sus ocupantes dormían.

En aquel instante el guerrero se giró y abrió los ojos. Al ver al hombre que estaba de pie entre él y el fuego, se incorporó. Con la escasa luz del interior le era imposible saber que era un enemigo, y supuso que se trataba de uno de los habitantes de la choza. Sin embargo, la figura no le resultaba familiar y el guerrero se desconcertó.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Qué ocurre?

Tarzán se acercó al hombre.

—Silencio —susurró—. Un ruido y eres hombre, muerto; soy el kavuru.

El negro se quedó boquiabierto; abrió los ojos desmesuradamente. Incluso en la semioscuridad, Tarzán le vio temblar.

—Sal fuera —ordenó el hombre mono— y no te haré daño; y no hagas ruido.

Temblando como una hoja, el guerrero obedeció, y Tarzán le siguió. Hizo que el guerrero le acompañara hasta las puertas y las abriera; luego salió de la aldea de Udalo a la negra noche de la jungla. Un momento después oyó los gritos del guerrero que despertaba a la aldea, pero Tarzán sabía que no habría persecución. No se atreverían a perseguir a un kavuru en la noche.

Durante una hora Tarzán siguió el sendero hacia el norte, siguiendo las instrucciones de Gupingu. Todo a su alrededor eran ruidos de la noche en la jungla, movimientos sigilosos en la maleza, el ruido de patas almohadilladas, los gruñidos de un león que estaba cerca, el rugido de otro distante; pero sus sensibles oído y olfato le indicaban dónde acechaba el peligro, por lo que en todo momento estaba alerta para evitarlo.

Avanzaba de cara al viento, y captó el olor de un león que no había comido, un león que iba de caza, un león hambriento; y Tarzán se subió a los árboles. Tras una corta búsqueda encontró un lugar cómodo para descansar, y allí se tumbó a pasar el resto de la noche. Preguntándose dónde estaría Nkima, al que no había visto desde que le habían capturado, se quedó dormido, tranquilizado por los conocidos sonidos de la jungla.

Con la llegada del amanecer se dirigió hacia el norte de nuevo, mientras en la aldea de Udalo, el pequeño Nkima se acurrucaba, asustado, entre las ramas del árbol que daban sobre la choza del jefe.

Era un monito muy desdichado, un monito muy asustado. Durante la noche los negros habían salido corriendo de sus chozas gritando y parloteando. Esto había despertado a Nkima, pero no conocía la causa; no sabía que eso significaba que su amo había escapado de la aldea.

El animal creía que aún se encontraba en la choza adonde había visto que los bukena lo llevaban.

Cuando Nkima despertó de nuevo, el amanecer empujaba a la oscuridad. Abajo, las calles de la aldea estaban desiertas. No oyó ningún ruido de vida procedente de ninguna choza. Miró hacia aquella a la que habían arrastrado a su amo, y reuniendo todo su valor, se dejó caer ágilmente al suelo y echó a correr por la calle de la aldea hasta la entrada de esta choza.

Una mujer, que salía de su choza para encender la fogata para cocinar, vio al monito e intentó capturarlo, pero el animal escapó y cruzando a toda

velocidad la aldea de nuevo, escaló la empalizada.

Como no se atrevía a entrar de nuevo en la aldea, y le aterraba la idea de estar solo en aquella región extraña, Nkima huyó por la jungla en dirección a casa. Y por eso se marchó sin saber que su amo había escapado.

Todo el día Tarzán se dirigió hacia el norte por la sinuosa senda de elefantes. Hasta última hora de la tarde no pudo matar ningún animal, y entonces, después de alimentarse, se tumbó una vez más para pasar la noche.

Por la tarde del segundo día la naturaleza de la zona cambió. La jungla se hizo más abierta y había lugares como parques con poca o ninguna vegetación y en los que los árboles crecían más separados. Era un territorio completamente nuevo para Tarzán y, como tal, despertó su curiosidad y el instinto de exploración que siempre había sido un potente factor que afectaba a su destino; pues poseía ese deseo de saber inteligente que le situaba por encima de las otras bestias de la jungla.

Mientras avanzaba en silencio, constantemente alerta, una suave brisa acercó a su olfato un extraño olor que le hizo detenerse. Por un momento permaneció inmóvil, con todos los sentidos alerta.

Tarzán estaba desconcertado. El olor era el de un tarmangani, y sin embargo había una diferencia. Era un olor completamente nuevo para él; y mezclado con éste, pero más débil, percibía el conocido rastro de olor de Numa, el león.

Cuando aquellos dos estaban cerca a menudo había problemas, y mientras Tarzán no tenía ningún interés particular en salvar al hombre del león o al león del hombre, cualquiera que fuera el que estaba cazando al otro, su curiosidad natural le incitó a ir a investigar.

Los árboles crecían lo bastante cerca unos de otros para que él pudiera avanzar a través de sus ramas, y esto es lo que decidió hacer, ya que siempre le daba ventaja estar por encima de aquellos a los que buscaba, en especial cuando, en el caso de los hombres, no le esperaban.

La percepción de los ojos del hombre normalmente es un plano horizontal, mientras que la de la familia de los felinos, con sus pupilas verticales, detecta cosas que están sobre ellos mucho más deprisa que el hombre. Quizá esto sea debido a que durante siglos la familia de los felinos ha cazado sus presas en los árboles, e incluso aunque el león ya no lo haga, aún tiene los ojos de sus progenitores de menor tamaño.

Mientras Tarzán iba en la dirección del extraño rastro de olor, era

consciente de que el olor del león se estaba haciendo más fuerte mucho más deprisa que el otro, lo que le convenció de que el león se estaba acercando al hombre, aunque no sabía si era por casualidad o intencionadamente yeso, por supuesto, no podía determinarlo. Pero el hecho de que el rastro de olor fuera el de un león hambriento le llevó a creer que la bestia estaba siguiendo al hombre.

Una bestia con el vientre lleno emite un olor diferente de la que lo tiene vacío, y como un estómago vacío siempre es uno hambriento, y como los leones hambrientos son leones que van de caza, la conclusión a la que llegó Tarzán fue que el hombre era la presa y el león el cazador.

Tarzán atisbó primero al hombre, y el primer vistazo hizo parar de golpe al Señor de la Jungla.

Allí, en verdad, había un hombre blanco, pero ¡qué diferente de todos los hombres blancos que Tarzán había visto hasta entonces! El tipo iba vestido únicamente con un taparrabo que parecía hecho de pellejo de gorila. Sus tobillos, muñecas y brazos estaban cargados de brazaletes, y sobre el pecho le caía un collar de muchas vueltas hecho con dientes humanos. Un estrecho cilindro de hueso o marfil le atravesaba la nariz; llevaba las orejas adornadas con gruesos aros. Salvo por una mata de pelo que le salía de la frente y le llegaba hasta la nuca, llevaba el cráneo afeitado, y esta mata de pelo estaba adornada con alegres plumas que flotaban sobre un rostro pintado de forma espantosa; y sin embargo, a pesar de todas estas señales del negro salvaje, el hombre sin duda era blanco, aunque tenía la piel bronceada por haber estado muy expuesta al aire libre.

Estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada en un árbol, comiendo algo de una bolsa de piel que llevaba atada a la cuerda que le sujetaba el taparrabo, y resultaba evidente que se encontraba absolutamente ajeno a la proximidad del león.

Con cautela, en silencio, Tarzán se acercó hasta que se situó en el árbol que estaba directamente encima del hombre. Mientras le examinaba con más atención, recordó las muchas fábulas relativas a los kavuru, y en especial las que los describían como salvajes blancos.

Aquel extraño podía ser, pues, un kavuru. Parecía razonable suponer que lo era, pero toda especulación sobre el tema fue interrumpida por un rugido bajo que sonó a poca distancia.

Al instante el salvaje blanco se puso en pie. Con una mano cogió una pesada lanza y con la otra un tosco cuchillo.

El león salió de la maleza y se lanzó al ataque. Estaba tan cerca que el hombre no tuvo oportunidad de buscar refugio en el árbol más próximo. Hizo lo único que podía hacer. Rápidamente echó hacia atrás la mano que sostenía la lanza y al instante siguiente arrojó la pesada arma.

Quizá lo inesperado del ataque le puso momentáneamente nervioso, pues falló, y al mismo tiempo Tarzán saltó sobre el carnívoro desde una rama.

Golpeó al león en el hombro en diagonal desde arriba cuando éste se ponía sobre sus patas traseras para coger a su víctima. El impacto del cuerpo del hombre mono hizo caer al león de costado. Lanzando un espantoso rugido volvió a ponerse en pie, pero no antes de que el hombre mono le hubiera rodeado el cuerpo con sus piernas y su enorme garganta con un gran brazo.

Mientras las dos bestias luchaban, el salvaje blanco era testigo sobrecogido del extraño duelo. Oía los gruñidos y rugidos del hombre mezclados con los del león. Los vio rodar por el suelo juntos mientras las garras intentaban alcanzar la piel bronceada de la cosa-hombre, y luego vio que la mano del cuchillo subía y bajaba, y cada vez hundía la hoja profundamente en el costado del rey de las fieras, hasta que al fin el rugido cesó y el cuerpo de color ámbar oscuro se desplomó en el espasmo final de la muerte.

El hombre mono se irguió de un salto. Puso un pie sobre el cuerpo de su enemigo y, levantando el rostro al cielo, lanzó el grito de muerte del simio macho victorioso.

Al oír aquel extraño y espantoso grito, el salvaje blanco retrocedió y apretó con más fuerza el mango de su cuchillo.

Cuando la última nota horripilante desapareció en la distancia, Tarzán se volvió para mirar a la cara a la criatura cuya vida había salvado.

Los dos se quedaron mirándose atentamente en silencio durante unos momentos; luego, el salvaje habló.

—¿Quién eres? —preguntó, en el mismo dialecto que empleaban los bukena.

—Soy Tarzán de los Monos —respondió el hombre mono—. ¿Y tú?

—Yo soy Ydeni, el kavuru.

Tarzán experimentó aquella sensación de satisfacción que uno siente cuando los acontecimientos confirman lo que uno cree. En verdad era buena suerte, pues ahora al menos sabría qué clase de personas eran los

kavuru. Quizá aquel tipo incluso le guiaría hasta la región que buscaba.

—Pero ¿por qué has matado al león? —preguntó Ydeni.

—Si no lo hubiera hecho, él te habría matado a ti.

—¿Ya ti qué te importaba si me mataba? ¿No soy un extraño?

El hombre mono se encogió de hombros.

—Quizá porque eres un hombre blanco —dijo.

Ydeni meneó la cabeza.

—No te entiendo. Nunca he visto a nadie como tú. No eres negro; no eres, un kavuru. ¿Qué eres?

—Soy Tarzán —respondió el hombre mono—. Estoy buscando la aldea de los kavuru… Ahora tú podrás conducirme allí. Deseo hablar con tu jefe.

Ydeni puso ceño y meneó la cabeza.

—Nadie va a la aldea de los kavuru —dijo—, aparte de los que van allí a morir. Como me has salvado la vida, no te llevaré allí ni te mataré ahora, como debería hacer. Vete, Tarzán, y procura que tu camino no te lleve a la aldea de los kavuru.

IX

SHEETA, EL LEOPARDO

CUANDO el grupo del aeroplano estuvo a salvo en tierra, Brown abrió un estrecho paso hasta el sendero, utilizando una pequeña hacha que por fortuna había sido incluida en los artículos heterogéneos y en general inútiles que el príncipe y la princesa habían considerado esenciales para el éxito de su expedición.

Tibbs se había ofrecido para ayudar a abrir paso, pero una vida entera de trabajo como ayuda de cámara no le había preparado para nada tan práctico como empuñar un hacha. Tenía buenas intenciones, pero no acertaba a darle a nada a lo que apuntaba, y por miedo a que causara daño a alguien o a sí mismo, Brown le cogió la herramienta.

Sborov no se ofreció para ayudar, y Brown le hizo caso omiso, pues sabía que resultaría menos eficiente, si era posible, que Tibbs. Pero cuando se trató de transportar el equipaje, el piloto insistió en que el príncipe hiciera su parte.

—Puede que sea vástago de un largo linaje de taxistas —dijo—, pero si no trabaja le daré un puñetazo en la nariz. Sborov gruñó, pero trabajó.

Cuando hubieron transportado el equipaje al pequeño claro junto al arroyuelo que Jane había encontrado, dirigió la construcción de un cercado y unos toscos refugios.

Para ello, la mayor parte del trabajo recayó en Brown y Jane, aunque Annette y Tibbs ayudaron todo lo que pudieron. Nadie esperaba que Kitty Sborov hiciera nada más que gemir, y no lo hizo. A Alexis le asignaron la construcción del cercado después de que otro hubiera cortado la maleza, tarea que se hallaba muy lejos de sus cualidades físicas o mentales.

—No entiendo cómo tipos como él llegan a crecer —gruñó—, ni para qué sirven cuando han crecido. Jamás he visto una inutilidad igual.

Jane se rió.

—Baila de maravilla, Brown —dijo.

—Seguro que sí —exclamó el piloto—. Maldito gigoló, traerse una pequeña hacha y rifles sin munición. —Pronunció estas palabras con disgusto—. Y mire esos trastos. Quizás hay algo dentro, deberíamos hacer inventario y ver lo que ha traído.

—No es mala idea —afirmó Jane—. Ah, por cierto, Tibbs, ¿dónde está el arma que nos ha dicho?

Deberíamos tenerla a mano.

—Sí, milady, enseguida —dijo Tibbs—. Nunca viajo sin ella; nunca se sabe cuándo se puede necesitar, y en especial en África, con todos esos leones y cosas.

Localizó su bolsa, revolvió en ella y por fin encontró su arma, que sacó y exhibió no sin considerable orgullo, sosteniéndola en alto para que todos pudieran verla.

—Aquí está, milady —dijo—, es una belleza a la que tengo mucho cariño.

El desánimo se apoderó de Jane cuando miró la pequeña pistola de un solo tiro de calibre 22 que Tibbs balanceaba ante ella con tantísimo orgullo.

Brown prorrumpió en carcajadas.

—Vaya —comentó—, si los alemanes hubieran sabido que usted tenía eso, no habría existido la guerra mundial.

—Disculpe. Señor Brown —apuntó Tibbs, tenso—, realmente es un arma muy buena. El hombre al que se la compré me lo dijo. Me hizo pagar siete chelines, señor.

—Déjemela ver —dijo Brown. Cogió la pistola y abrió la recámara—. No está cargada —añadió—. Y no serviría de nada aunque lo estuviera.

—¡Por Dios, no! —exclamó Tibbs—. No se me ocurriría llevar un arma cargada, señor; es demasiado peligroso. Uno nunca sabe cuándo podría dispararse.

—Bueno —dijo Jane—, puede resultar útil para disparar a animales pequeños. ¿Tiene mucha munición?

—Bueno… milady —balbuceó Tibbs—. Verá, siempre tengo intención de comprar munición, pero nunca lo consigo.

Brown miró al inglés con lastimoso asombro.

—Bueno, que me…

Jane se sentó en una maleta colocada vertical y se echó a reír.

—Perdóneme, Tibbs, pero realmente esto es muy divertido —dijo.

—Le diré lo que haremos —apuntó Brown—. Esta noche pondremos

de guardia a Tibbs, y si ve un león puede arrojarle esa pistola. No sirve para nada más.

—No entiendo cómo puedes reírte, Jane —se lamentó Kitty—. Supongamos que viene un león. Tibbs, podía haber traído munición. Qué descuidado.

—No importa, Kitty, porque en lo que se refiere a los leones, esa pistola es tan efectiva vacía como cargada.

—Sé que moriremos todos —gimió Kitty—. Ojalá estuviéramos en el avión; allí estaríamos mucho más seguros.

—No te preocupes —dijo Jane—. El cercado nos servirá de protección, y dejaremos una fogata encendida toda la noche. La mayoría de fieras tienen miedo del fuego; no se acercarán. Por la tarde habían terminado un refugio con dos compartimientos, uno para las mujeres y otro para los hombres. Era algo tosco, pero protegía un poco contra las inclemencias del tiempo y producía una sensación de seguridad mucho mayor de la que realmente proporcionaba, pues es un hecho que si podemos ocultarnos en algo, por delicado que sea, nos sentimos mucho más seguros que al aire libre.

Mientras construían los refugios y el cercado, Jane estaba ocupada con otra actividad. Kitty la había estado observando durante un rato, y por fin su curiosidad pudo más que ella.

—¿Qué estás haciendo, querida? —le preguntó, mientras observaba a Jane dar forma a una ramita con la pequeña hacha.

—Estoy haciendo armas; un arco y flechas y una lanza.

—Oh, qué perfecta maravilla… quiero decir, ¿no es mona? Qué propio de ti, cariño, pensar en un arco y flechas, nos ayudará a pasar el rato.

—Lo que estoy haciendo nos ayudará a conseguir comida y defendernos —replicó Jane.

—¡Oh, claro! —exclamó Kitty—, qué tonta soy, pero cuando pienso en un arco y flechas siempre pienso en flechitas que dan en la diana. Son tan pintorescas, querida… quiero decir, el modo en que están pintadas. Recuerdo bonitos cuadros de jóvenes vestidos con ropa deportiva, verdes céspedes y un sol radiante sobre un fondo de encantadores árboles. Pero ¿quién supones que alguna vez pensó en utilizar arcos y flechas para cazar? Estoy segura de que debe de ser una idea original tuya, querida; pero eres muy lista, si puedes darle a algo.

Hacia la mitad de la tarde Jane había completado un arco muy tosco y

media docena de flechas, cuyas puntas había endurecido al fuego.

Una vez finalizada su obra, se puso en pie y supervisó el campamento.

—Os las apañáis estupendamente —dijo—. Voy a salir a ver qué puedo capturar para la cena. ¿Tiene un cuchillo, Brown? Puede que necesite uno.

—Pero, querida, no vas a ir sola, ¿verdad? —exclamó Kitty.

—Claro que no —dijo Brown—. Yo iré con usted, señorita.

—Me temo —apuntó Jane con una sonrisa— que adonde voy no podrá seguirme. A ver, déjeme su cuchillo.

—Puedo ir a cualquier sitio que usted vaya, señorita —dijo Brown, sonriendo.

—Déjeme su cuchillo —insistió Jane—. ¡Vaya, qué grande es! Siempre me ha gustado ver a un hombre con un cuchillo del tamaño de un hombre.

—Bien, si estamos listos —dijo Brown—, en marcha.

Jane meneó la cabeza.

—Ya le he dicho que no podría seguirme —insistió.

—¿Quiere apostar algo?

—Claro —dijo Jane—. Le apuesto una libra esterlina contra este cuchillo a que no puede seguirme cien metros.

—Acepto la apuesta, señorita —afirmó Brown—; vámonos.

—Vamos —concluyó Jane. Y dicho esto, corrió ágilmente por el claro, saltó para cogerse a una rama baja que colgaba y se subió a un árbol, y en un instante desapareció de la vista.

Brown corrió tras ella, intentando distinguirla desde abajo, pero pronto se encontró debatiéndose en medio de una espesa maleza.

No tardó en darse cuenta de que le había derrotado, y con aire alicaído regresó al campamento.

—¡Dios mío! —exclamó la princesa—. ¿Ha visto algo igual? Ha sido maravilloso. Quiero decir, de veras lo ha sido; pero tengo miedo de que le ocurra algo estando sola. Alexis, no deberías haberlo permitido.

—Creí que Brown iba con ella —dijo Alexis—. Si hubiera sabido que él tenía miedo habría ido yo.

Brown miró a Alexis con un desprecio demasiado profundo para expresarlo con palabras y volvió a su trabajo en el refugio.

—Supongo que cualquiera tendría miedo de ir por ahí —apuntó Annette, que estaba ayudando a Brown a tapar el tejado con grandes hojas —. Lady Greystoke debe de ser muy valiente.

—Sin duda tiene agallas —comentó Brown—, y ¿has visto cómo ha

subido a los árboles? Igual que un mono.

—Como si hubiera vivido en ellos toda su vida —dijo Annette.

—¿De veras creen que puede matar algo con su arco y sus flechas? —preguntó Tibbs—. Tienen un aspecto tan… bueno, inadecuado, si me permiten el atrevimiento de decir lo.

—Bueno —dijo Brown—, no es de las que saldrían por ahí si no supiera lo que hace. Todo el rato, hasta poco antes de aterrizar, creía que era otra de esas tontas señoras de sociedad que nunca han hecho nada; pero creedme, ahora me quito el sombrero ante ella; y creedme también: cuando acepto órdenes de una señora, es que es una señora especial.

—Lady Greystoke es una mujer notable —reflexionó Alexis—, y muy hermosa. Recuerde también. Brown, que es una dama, un miembro de la nobleza inglesa, amigo; me sabe malla falta de deferencia que muestra refiriéndose a ella como señora y diciendo que tiene agallas. Sé que los americanos son notoriamente maleducados, pero hay un límite a lo que puedo tolerar de usted.

—¿Sí? —preguntó Brown—. ¿Y qué hará, maldito gallina?

—Alexis, compórtate —señaló la princesa—. No deberías rebajarte a discutir con un empleado.

—Es usted una gruñona, señora —dijo Brown—. Será mejor que no discuta conmigo. Estoy esperando una excusa para darle en la jeta.

Annette puso una mano en el brazo de Brown.

—Por favor, señor Brown —rogó—, no discutan.

La situación ya es bastante mala, sólo nos falta empeorarla discutiendo todo el rato entre nosotros.

Brown se volvió y la miró con perplejidad; luego, le cubrió una mano con la suya.

—Supongo que tienes razón, muchacha. Le dejaré en paz, si él me deja en paz a mí. —Cerró la mano sobre la de ella—. Supongo que tú y yo nos llevaremos bien.

—¿Qué significa «nos llevaremos bien»?

—¡Quiero decir que seremos camaradas! —exclamó él.

—¿Camaradas? ¿Qué es eso?

—Compañeros, amigos. Creía que entendías nuestro idioma.

—Oh, amigos; por supuesto, lo entiendo. Me gustaría ser amiga del señor Brown. A Annette le gusta ser amiga de todo el mundo.

—Está bien, nena, pero no seamos demasiado promiscuos, pues tengo

la sensación de que vas a gustarme mucho.

La joven francesa bajó los ojos con aire de coquetería.

—Me parece, señor Brown, que será mejor que sigamos con nuestro trabajo, o esta noche sólo tendremos medio tejado sobre nuestras cabezas.

—De acuerdo, nena, pero hablaremos de este asunto de la amistad más tarde, esta noche habrá luna llena.

Tras abandonar el campamento, Jane avanzó rápidamente y en silencio a través de los árboles, en paralelo al arroyuelo que había tratado de mantener a la vista mientras buscaba un lugar donde las señales indicaban que las bestias estaban acostumbradas a ir a beber.

Soplaba una ligera brisa que le acariciaba la cara y le llevaba diversos rastros de olor a su nariz, que, aunque no era tan sensible como la de su compañero, no obstante lo era más que el de una persona civilizada corriente. Jane había aprendido hacía mucho tiempo que los sentidos pueden desarrollarse con la práctica, y no había dejado pasar ninguna oportunidad de practicar con los suyos al máximo.

Ahora, muy débilmente, captó la insinuación de un olor que le puso los nervios de punta con una emoción que sólo conoce el cazador. Presa a la vista.

La muchacha se movió con más cautela que antes; apenas se agitaba una hoja a su paso, y luego vio al frente lo que buscaba: un pequeño antílope que avanzaba ágilmente por el sendero justo delante de ella.

Jane apretó el paso, pero ahora más que nunca era indispensable que se moviera en silencio, pues el pequeño animal estaba nervioso y constantemente alerta. Al menor ruido inusual huiría como el rayo.

Cuando por fin se acercó lo suficiente para que el animal estuviera a su alcance, había demasiado follaje en medio y la flecha podía desviarse.

La paciencia es la cualidad más importante del cazador de la jungla, y ella había aprendido a tenerla de Tarzán y por su propia experiencia.

El antílope se paró de pronto y volvió la cabeza a la izquierda; en el mismo instante, Jane se dio cuenta de un movimiento en la maleza que había en aquella dirección. Vio que no podía esperar más; algo ya había sobresaltado a su presa. En el follaje entre ella y el antílope había una pequeña abertura. Preparó el arco como un rayo; la cuerda chasqueó y la flecha se hundió en el cuerpo del antílope detrás de su hombro izquierdo. El animal dio un salto en el aire y cayó muerto.

Jane tenía razones para sospechar que había algo más acechando al

antílope, pero no vio nada, y debido a la curva del sendero el viento soplaba en la otra dirección y alejaba de ella el olor de la criatura.

Sabía que era algo arriesgado, pero tenía hambre y todos sus compañeros también; tenían que comer, pues un examen somero del equipaje había revelado el hecho de que aparte de algunos bocadillos que ya se habían comido, sus provisiones consistían en unas tabletas de chocolate, seis botellas de brandy y dos de cointreau.

Confiando en la suerte y poniendo sus esperanzas en su rapidez, Jane saltó con agilidad al sendero y corrió a toda velocidad hasta el animal caído.

Trabajó con rapidez, como Tarzán le había enseñado a hacer. Cortó la garganta del animal para que sangrara y le extrajo con rapidez las vísceras para reducir el peso; y mientras trabajaba, oyó de nuevo aquellos ruidos sigilosos en la maleza, no lejos del sendero, por detrás.

Una vez completado su trabajo, cerró el cuchillo y se lo metió en el bolsillo; luego, se colgó el cuerpo del pequeño antílope al hombro.

Cuando lo hizo, un rugido airado quebró el silencio de la jungla, y Sheeta, el leopardo, salió al sendero a veinte pasos de ella.

Jane vio al instante que sería imposible escapar con su pieza y sentía crecer el resentimiento en ella ante la idea de tener que ceder su presa al salvaje felino.

Estaba bastante segura de que podía salvarse si subía a los árboles y dejaba el cuerpo del antílope para Sheeta, pero de pronto la ira ante esta injusticia la impulsó a mantenerse firme y le hizo llevar a cabo un acto muy temerario.

Dejó caer el antílope, preparó el arco y haciendo toda la fuerza que pudo, lanzó una flecha directamente al pecho de Sheeta.

Cuando dio en el blanco, el animal profirió un horripilante grito de dolor y de ira, y entonces atacó.

A los que estaban en el campamento aquel grito les sonó casi humano.

—¡Ojo! ¿Qué ha sido eso? —preguntó Alexis.

—¡*Mon Dieu*, ha sido el grito de una mujer! —exclamó Annette.

—¡Lady Greystoke! —dijo Brown, horrorizado.

—¡Oh. Alexis. Alexis! ¡Annette! —gritó la princesa—. Mis sales aromáticas, rápido; voy a desmayarme.

Brown cogió la pequeña hacha y echó a andar en la dirección de la que había venido el grito.

—Oh, ¿adónde va? —gritó Kitty—. No me deje, no me deje.

—Cierre la boca, vieja loca —espetó Brown—. Lady Greystoke debe de tener problemas. Voy a averiguarlo.

Tibbs se sacó su pistola vacía del bolsillo.

—Iré con usted, Señor Brown —dijo—; no podemos permitir que le pase nada a milady.

X

EL RAPTO

CUANDO Ydeni se negó a llevarle a la aldea de los kavuru, Tarzán no se sorprendió ni decepcionó.

Conocía a los hombres y en especial a los salvajes y los numerosos tabúes que rigen su vida individual y tribal. Habría preferido haber ido al jefe de los kavuru con alguien de su propio pueblo con el que Tarzán se hubiera hecho amigo; pero si esto era imposible al menos no estaba peor que antes de conocer a Ydeni. Y tenía confianza en que por brutal o salvaje que fuera aquel hombre, probablemente no le faltaría una chispa de gratitud por el servicio que Tarzán le había prestado.

—Si me presentara como amigo —dijo Tarzán—, seguro que no habría ningún daño en ello.

—Los kavuru no tienen amigos —replicó Ydeni—. No debes ir.

El hombre mono se encogió de hombros.

—Entonces iré como enemigo.

—Te matarán. Me has salvado la vida; no deseo que te maten, pero no podría impedirlo: es la ley de los kavuru.

—Entonces, ¿matáis a las muchachas que robáis? —preguntó el hombre mono.

—¿Quién dice que robamos muchachas?

—Es bien sabido entre todos los pueblos. ¿Por qué lo hacéis? ¿No tenéis suficientes mujeres en vuestra aldea?

—No hay mujeres kavuru —respondió Ydeni—. Las lluvias han venido y se han ido tantas veces como dedos hay en cuatro hombres desde que hubo una mujer kavuru; desde que la última dio su vida para que los hombres kavuru pudieran vivir.

—¿Hace ochenta años que no tenéis mujeres? —preguntó el hombre mono—. Eso es imposible, Ydeni, porque tú aún eres joven y debes haber tenido madre, pero ¿quizá no era kavuru?

—Mi madre era kavuru, pero murió mucho antes que la última mujer. Pero ya te he contado muchas cosas, extranjero. Las costumbres de los kavuru no son como las de la gente inferior, y no están hechas para sus oídos. Hablar con ellos es tabú. Ahora sigue tu camino, y yo seguiré el mío.

Convencido de que no podría conseguir más información de Ydeni, Tarzán se subió a los árboles y un instante después el kavuru le perdió de vista. Había ido a propósito hacia el oeste para que Ydeni creyera que no se dirigía hacia la región de los kavuru. Sin embargo, no fue muy lejos en esa dirección, sino que rápidamente dio media vuelta y volvió al lugar donde había dejado al salvaje blanco, pues estaba decidido a que si Ydeni no le guiaba voluntariamente a su aldea, lo haría sin saberlo.

Cuando Tarzán regresó al lugar donde había matado al león, el kavuru ya no estaba, y suponiendo que había ido hacia el norte, partió en esa dirección.

Tras seguir rumbo al norte durante un rato, Tarzán se dio cuenta de que no había señales de que su presa hubiera ido en esa dirección.

Rápidamente inició un gran círculo con el fin de captar el rastro de olor.

Durante una hora exploró la jungla y los bosquecillos hasta que, al fin, Usha, el viento, le hizo llegar el rastro de olor de Ydeni, y cuando al fin lo notó, Tarzán se quedó perplejo, pues el kavuru se dirigía hacia el sur.

Tarzán razonó que Ydeni tal vez lo hacía para alejarle del camino, o quizá le había informado mal de la ubicación de la aldea de los kavuru, pero ahora estaba seguro de que si persistía, al final le conduciría a su meta.

De nuevo en el largo sendero que había recorrido desde que había escapado de la aldea de Udalo, el jefe, Tarzán siguió las huellas de su presa; sin embargo, Ydeni ni una sola vez fue consciente de que le seguían, aunque a menudo estaba totalmente visible para el hombre mono.

A Tarzán le resultó interesante estudiar a esta extraña criatura, cuya existencia estaba teñida de misterio. Observó las armas y los ornamentos de Ydeni y vio que eran diferentes de todo lo que había visto hasta entonces. Estaba particularmente interesado en la delgada cuerda de fibras que el kavuru llevaba enrollada en la cintura, pues de todos los salvajes de la jungla, que Tarzán supiera, era el único que utilizaba una cuerda como arma. Se preguntó cómo la utilizaría Ydeni.

Una tarde, cuando Tarzán sabía que tenían que estar aproximándose a la aldea de los bukena, le sorprendió ver que Ydeni subía a los árboles a través de los cuales avanzó con considerable agilidad y rapidez, aunque en

ningún aspecto podía compararse con el Señor de la Jungla.

Avanzaba con la mayor cautela, deteniéndose a menudo para escuchar con atención. Después desenrolló la cuerda de su cintura y Tarzán vio que en su extremo había un nudo corredizo. Entonces Tarzán oyó voces delante, que le llegaban débilmente desde una gran distancia. Era evidente que el kavuru también las oía, pues cambió ligeramente su dirección para situarse más en la de donde procedían las voces.

Tarzán estaba muy interesado. La actitud del hombre que tenía delante era la del cazador experto, acechando a su presa. Tenía la sensación de que estaba a punto de aclararse un misterio.

Al cabo de poco rato, el kavuru llegó a la linde del claro y se detuvo. Abajo había un número de mujeres trabajando en los pequeños campos. Ydeni las contempló, después espió a una muchacha de unos quince años y se dirigió hacia otro árbol que había cerca de ella.

Tarzán le siguió, observando con atención todos los movimientos del kavuru. Le oyó proferir una extraña llamada, tan baja que apenas debió de alcanzar los oídos de la joven. Por un instante ella no le prestó atención, y después se volvió y miró con ojos apagados, sin comprender, hacia la jungla. El palo afilado con que había estado cultivando el maíz se le cayó de la mano.

Ydeni siguió emitiendo aquella extraña e insistente llamada. La joven dio unos pasos en dirección a la jungla; luego se detuvo y Tarzán casi pudo percibir la lucha que estaba teniendo lugar en su seno para vencer la misteriosa necesidad que la atraía lejos de las otras mujeres; pero la voz de Ydeni era insistente e irresistible y al fin volvió a avanzar hacia él. Se movía como si se hallara en trance, con los ojos fijos en Ydeni.

Entonces el kavuru se retiró lentamente y se fue adentrando en la jungla, sin dejar de llamar a la indefensa muchacha, que le seguía.

Tarzán observaba la escena y no hizo ningún esfuerzo por interferir. Para él, la vida de la muchacha negra no era más importante que la vida de un antílope o que la de cualquier otra fiera de la jungla. Para Tarzán, todos eran bestias, incluido él mismo, y ninguna tenía más derechos que otra, salvo aquella a la que él podía vencer por la fuerza, la astucia o la ferocidad.

Mucho más importante que la vida de la muchacha negra era la posibilidad de resolver el misterio que siempre había rodeado la desaparición de las muchachas que supuestamente eran robadas por los

kavuru.

Ydeni atrajo a la muchacha cada vez más hacia el interior de la jungla, deteniéndose al fin en una rama gruesa.

La muchacha se fue acercando poco a poco. Era evidente que no era dueña de su voluntad. El extraño y monótono cántico del kavuru parecía haberle anulado todas las facultades.

Al fin, llegó directamente bajo el árbol y la rama donde Ydeni se hallaba agazapado. Entonces el hombre dejó caer el nudo corredizo en torno a ella.

Ella no gritó, no protestó cuando él apretó el nudo y tiró de ella lentamente hacia él; en ningún momento cesó el cántico.

Le retiró la cuerda, se echó el cuerpo inerte de la muchacha a uno de sus anchos hombros y, volviéndose, echó a andar de nuevo en la dirección por la que había venido.

Tarzán había observado el rapto de la muchacha con gran interés, pues explicaba el aparente misterio de la desaparición de tantas otras muchachas jóvenes durante los últimos tiempos.

Comprendió enseguida el efecto que estas misteriosas desapariciones producía en la mente supersticiosa de los nativos; sin embargo, todo era muy sencillo, salvo el extraño poder hipnótico de los kavuru. Esto no le quedaba claro.

Se preguntó cómo los nativos habían relacionado las desapariciones con los kavuru. La única explicación razonable parecía ser que en tiempos pasados algún pariente excepcionalmente tenaz hubiera proseguido su búsqueda hasta haber tropezado por casualidad con el secuestrador y su presa, y había conocido así la identidad del primero aunque sin descubrir el método que había empleado para lograr sus fines.

Como no sentía ninguna responsabilidad por el asunto, Tarzán no sintió el impulso de rescatar a la muchacha, pues su única preocupación ahora era seguir a Ydeni hasta la aldea de los kavuru, donde estaba seguro de que encontraría a la hija de Muviro, Buira, si aún vivía.

Ydeni permaneció horas en los árboles, hasta que debió de estar razonablemente seguro de que había superado el punto en que era probable que los posibles perseguidores le buscaran, ya que no tenían ningún rastro que seguir.

Entonces bajó a tierra; seguía acarreando a la muchacha, que yacía sobre su hombro como si estuviera muerta.

Siguió adelante, aparentemente incansable, y en los árboles, detrás de él, le seguía Tarzán de los Monos.

Era muy tarde cuando el kavuru se detuvo. Entonces subió a la muchacha a un árbol, y la ató con fuerza a una rama con la misma cuerda que la había atrapado. La dejó allí y se marchó, y Tarzán lo siguió.

Ydeni simplemente estaba buscando comida, y cuando encontró unos frutos y nueces comestibles, regresó con ellos junto a la muchacha.

La hipnosis que la había mantenido hechizada durante tanto rato ahora se estaba desvaneciendo, y cuando Ydeni se acercó a ella, 1o miró con ojos asustados y con un respingo se apartó cuando él la tocó.

El kavuru la desató, la bajó al suelo y le ofreció comida.

Para entonces la muchacha había recuperado el conocimiento por completo, y era evidente que era consciente del apuro en que se hallaba y de la identidad de su secuestrador, pues una expresión de absoluto horror le deformó las facciones, y después prorrumpió en llanto.

—Cállate —espetó Ydeni—. No te he hecho ningún daño. Si no me causas problemas, no te pasará nada.

—Eres un kavuru —dijo con voz entrecortada—. Devuélveme a mi padre; le prometiste que no harías daño a ningún miembro de su familia.

Ydeni miró a la muchacha con aire sorprendido.

—¿Se 1o prometí a tu padre? —preguntó—. Nunca he visto a tu padre; nunca he hablado con ninguno de vuestros hombres.

—Sí 1o hiciste. Se 1o prometiste cuando él te liberó de la choza en la que Udalo te tenía atado. Udalo te habría matado, mi padre. Gupingu, el hechicero, te salvó. Por eso le hiciste esa promesa.

Este recital no causó impresión alguna en Ydeni, pero sí en el serio y silencioso observador que estaba en los árboles. Así que ésta era la hija de Gupingu. Al parecer, el destino era caprichoso y tenía un extraño sentido del humor.

Conocer la identidad de la muchacha dio un nuevo cariz al asunto. Tarzán tenía la sensación de que aceptar su libertad de manos de Gupingu había dado al hechicero la seguridad pasiva de que sus hijas estarían a salvo de los kavuru. Era una obligación moral que el Señor de la Jungla no podía pasar por alto; pero si le quitaba la muchacha a Ydeni y la devolvía a su gente, no podría seguir al kavuru hasta su aldea. Sin embargo, encogiéndose de hombros aceptó la responsabilidad que el honor parecía imponerle.

Entonces empezó a considerar la manera de hacerlo. Por supuesto, podía bajar y coger a la muchacha por la fuerza, pues nunca se le ocurría que ninguna criatura, y menos aún el hombre, pudiera impedirle hacer lo que quería; pero descartó este plan casi enseguida. No deseaba que Ydeni supiera que era él quien le quitaba la muchacha. Se daba cuenta de la posibilidad de que Ydeni le resultara útil en el caso de que llegara a la aldea de los kavuru, pues al fin Y al cabo le había salvado la vida, yeso era algo que sólo las bestias más inferiores podían olvidar.

Por lo tanto, esperó a ver qué iba a hacer Ydeni con la muchacha para pasar la noche, pues tenía pensado llevársela con sigilo, y si fallaba, la probabilidad de que Ydeni le reconociera sería mucho menor cuando hubiera oscurecido; de modo que esperó, paciente como cualquier otra bestia de presa que aguarda el momento propicio para atacar.

Al ver que sería incapaz de conmover al kavuru con sus súplicas, la muchacha se había sumido en el silencio. Sus ojos tristes miraban con furia a su secuestrador. En ellos se reflejaba el miedo y el odio.

La oscuridad se estaba acercando rápidamente cuando el kavuru cogió a la muchacha y la arrojó con brusquedad al suelo. Ella peleó como una joven leona, pero Ydeni era fuerte y pronto la venció. Luego, le ató con habilidad las manos a la espalda y después las piernas, con tanta fuerza que la joven apenas podía moverlas. Aterrada, se tumbó, temblando.

—Ahora —dijo cuando hubo terminado— no podrás escapar. Ydeni puede dormir; será mejor que tú también duermas, mañana nos espera una larga marcha, e Ydeni no te llevará a cuestas.

La muchacha no respondió. El hombre se arrojó al suelo, cerca de ella. Una figura silenciosa se acercó con sigilo por los árboles, sobre ellos. Era noche cerrada y reinaba el silencio. El rugido de un león distante, que les llegaba débilmente a los oídos, era la única señal de vida en la jungla.

Tarzán esperaba con paciencia. Por la respiración regular del hombre supo que Ydeni dormía, pero su sueño no era lo bastante profundo para satisfacer al hombre mono.

Transcurrió una hora, y luego otra. Ydeni ahora dormía muy profundamente, pero la muchacha aún no se había dormido. Eso estaba bien; era lo que Tarzán deseaba.

Se inclinó en la rama donde yacía y habló en un susurro a la muchacha.

—No grites —dijo—. Voy a bajar para sacarte de aquí y llevarte con los tuyos.

Descendió muy suavemente al suelo. Ni siquiera la muchacha junto a la que se encontraba sabía que había bajado de los árboles. Tarzán se inclinó sobre ella llevándose un dedo a los labios en un gesto que indicaba silencio.

La muchacha tenía miedo, pero tenía más miedo del kavuru y por eso no gritó cuando Tarzán se la echó al hombro y se la llevó en silencio por el sendero de la jungla hasta que pudo subirse a los árboles con menos probabilidad de despertar a Ydeni.

Cuando se encontraron a una distancia prudente del hombre que dormía se detuvo y desató a la muchacha.

—¿Quién eres? —preguntó ella en un susurro.

—Soy el hombre al que Udalo habría matado y al que tu padre liberó —respondió Tarzán.

La muchacha se apartó de él.

—Entonces también eres un kavuru —dijo.

—No soy kavuru. Se lo dije, pero no me creyeron. Soy Tarzán de los Monos, jefe de los waziri, cuyo país se halla a muchas jornadas de marcha hacia el sol naciente.

—Eres un kavuru —insistió ella—; mi padre me lo dijo.

—No lo soy, pero ¿qué importa, si te devuelvo a tu padre?

—¿Cómo sé que me devolverás a él? —preguntó ella—. Quizá me estás mintiendo.

—Si lo prefieres —dijo el hombre mono—, te dejo en libertad ahora, pero ¿qué harás sola en la jungla? Seguro que te encontrará un león o un leopardo, y aunque no fuera así, tal vez nunca encuentres el camino para regresar a tu aldea, porque no sabes en qué dirección te llevó el kavuru mientras estabas inconsciente.

—Iré contigo —concluyó la muchacha.

XI

«SETENTA MILLONES DE DÓLARES»

BROWN y Tibbs siguieron el sendero en la dirección de la que había procedido el horripilante grito que había sobresaltado al campamento.

—¡Milady! —gritó Tibbs—. ¡Milady!, ¿dónde está? ¿Qué ha ocurrido?

Brown rápidamente adelantó a grandes pasos a Tibbs, que no había corrido treinta metros en diez años.

—¡Señorita! —aulló—, ¿dónde está?

—Aquí, seguid el sendero —les llegó la respuesta en tono claro y firme —. Estoy bien; no os pongáis nerviosos.

Entonces Brown apareció a la vista ante ella.

Jane estaba arrancando las últimas tres flechas del cuerpo de un leopardo, ya su lado se hallaba el cuerpo sin vísceras de un antílope.

—¿Qué… qué es todo eso? —preguntó Brown.

—Acabo de matar a este antílope —explicó Jane—, y aquí, Sheeta, ha intentado quitármelo.

—¿Usted lo ha matado? —preguntó Brown—. ¿Lo ha matado con sus flechas?

—Bueno, no lo he matado a mordiscos, Brown —se burló la muchacha.

—¿Ha sido él o ha sido usted el que ha lanzado ese grito?

—Ha sido Sheeta. Estaba atacando, y cuando se le ha clavado mi primera flecha, al parecer no le ha gustado nada.

—¿Y una sola flecha 10 ha abatido? —preguntó el piloto.

—Le he disparado dos más. No sé cuál lo ha matado. Las tres le han ido al corazón.

Brown se secó el sudor de la frente.

—Dios mío —exclamó—, tengo que quitar me el sombrero ante usted, señorita.

—Bueno, puede volver a ponérselo, Brown, y llevar ese antílope al campamento. Eso me gustaría mucho más.

Tibbs había llegado y estaba de pie, mirando con ojos desorbitado s de asombro el leopardo muerto.

—Si me permite el atrevimiento, milady, diría que es sumamente extraordinario. Jamás 1o habría creído, milady, por mi honor. No 1o habría creído. Nunca imaginé que esas flechitas pudieran matar nada más grande que un pájaro.

—Se sorprendería, Tibbs —dijo Jane.

—Estoy sorprendido, milady.

—¿Nos llevamos también el felino al campamento? —preguntó Brown.

—No —respondió con seguridad Jane—. Salvar el pellejo ya es suficiente trabajo; además, la princesa Sborov probablemente se desmayaría de miedo si 1o viera.

El piloto recogió el cuerpo del antílope y los tres regresaron al campamento.

Annette estaba de pie, con los ojos abiertos como platos, esperándoles. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio que los tres volvían sanos y salvos.

—Oh —exclamó—, traéis algo de comer. Estoy hambrienta.

—¿Dónde están el príncipe y la princesa? —preguntó Jane.

Annette rió con disimulo y señaló hacia el refugio.

—En cuanto Brown y Tibbs se han marchado, han corrido a esconderse allí —dijo en un susurro.

Casi de inmediato apareció el príncipe. Estaba muy blanco, y también muy enojado.

—No tienen derecho a salir corriendo y dejar este campamento desprotegido —espetó—. No se sabe lo que podría haber ocurrido. A partir de ahora, procuren no estar nunca ausentes los dos al mismo tiempo.

—Oh, Señor, dame fuerzas —gruñó Brown—. Hace mucho que estoy sufriendo, pero no podré soportar mucho tiempo más a este imbécil.

—¿Qué dice? —preguntó Alexis.

—Iba a decir que si alguna vez vuelve a hablarme con ese tono de voz, le haré rey.

—¿Qué? —insistió Alexis, receloso.

—Voy a coronarle.

—Supongo que se trata de otro extraño americanismo —dijo el príncipe con una sonrisa afectada—, pero sea lo que sea, viniendo de usted, sé que es insultante.

—¡Y mucho! —exclamó Brown.

—En lugar de estar ahí discutiendo —dijo Jane—, pongamos manos a la obra. Brown, ¿quiere hacer el favor de hacer fuego con Tibbs? Alexis, tú puedes cortar el antílope. Corta cinco o seis filetes de buen tamaño, y después Annette puede cocinarlos. ¿Sabes asarlos sobre una fogata, Annette?

—No, señora, pero puedo aprender, si usted me lo enseña una vez.

La princesa salió del refugio.

—Oh, Dios mío, ¿qué es eso? —preguntó—. ¡Oh, lleváoslo, está lleno de sangre!

—Es tu cena, Kitty —dijo Jane.

—¿Comer esa cosa? Oh, no; me sentará mal.

Lleváoslo y enterradlo.

—Bueno, es su oportunidad de perder peso, señora —dijo Brown—, porque si no come eso no comerá nada.

—¿Cómo se atreve, Brown, a suponer que me quitará la comida? —preguntó la princesa.

—No voy a quitarle la comida. Sólo intento decirle que no hay comida salvo esto. Si no come esto, no come, eso es todo.

—Oh, jamás podría… de veras, querida, qué mal huele.

Menos de una hora más tarde, la princesa estaba devorando un mete de antílope como si fuera un lobo hambriento.

—Qué emocionante —se tomó la molestia de comentar—. Quiero decir, es como ir de acampada.

—Bastante parecido —comentó Jane con sequedad.

—Es terrible —añadió Alexis—, este filete es muy raro. A partir de ahora, Annette, procure que los míos estén muy hechos.

—Acepte lo que tiene, amigo, y procure que le guste —dijo Brown—. Y a partir de ahora no emplee ese tono de voz cuando se dirija a Annette o a alguien del grupo.

Tibbs estaba muy azorado. Siempre lo estaba cuando lo que él consideraba un miembro de las clases inferiores hacía gala de una deferencia propia de alguien perteneciente a lo que a él le gustaba llamar la aristocracia.

—Si me permiten el atrevimiento, milady —dijo, dirigiéndose a Jane en un esfuerzo por desviar la conversación hacia otro tema—, me gustaría preguntar cómo vamos a salir de aquí y regresar a la civilización.

—He estado pensando en ello, Tibbs —respondió Jane—. Verá, si todos estuviéramos en buena forma física, podríamos seguir el arroyuelo hasta un río más grande, y estaríamos seguros de que al final llegaríamos a una aldea de nativos, donde podríamos encontrar comida y emplear a guías y porteadores que nos condujeran a algún asentamiento donde hubiera europeos; o, si no lo lográramos, podríamos al menos contratar a corredores para que llevaran un mensaje nuestro.

—Me parece una idea espléndida, milady; es pero que partamos pronto.

—Dudo que todos pudiéramos soportar las penalidades de una larga marcha —dijo Jane.

—Supongo que te refieres a mí, querida —apuntó la princesa—, pero de verdad que me gusta mucho andar. Recuerdo que solía andar un kilómetro y medio cada mañana. Eso era antes de que señor Peters falleciera. Él insistía en que lo hiciera, era un hombre atlético. Jugaba a golf todos los miércoles por la tarde. Pero cuando murió, lo dejé; me dolían mucho los pies.

—Podríamos construir una litera —sugirió Alexis—. Lo he visto en el cine. Brown y Tibbs podrían transportar a la princesa.

—Sí —dijo Brown—, ¿y quién le llevaría a usted?

—Oh, eso me parece maravilloso, quiero decir, creo que resolvería todos los problemas —exclamó Kitty—. Podríamos construir la litera lo bastante grande para que cupiéramos dos y podríamos ir juntos.

—¿Por qué no una para cuatro pasajeros? —preguntó Brown—. Y Tibbs y yo podríamos llevarles a todos.

—Oh, no —exclamó la princesa—. Temo que sería una carga demasiado pesada para usted.

—Este tipo se está haciendo el gracioso, querida —dijo Alexis—, pero sin duda no hay razón para que no pueda llevarte a ti.

—Sólo una —apuntó Brown.

—Se lo ruego, ¿cuál es? —preguntó Kitty—. Quiero decir, no veo razón por la que usted y Tibbs no me lleven.

—Es absolutamente imposible, Kitty —dijo Jane con cierta aspereza—. No sabes lo que dices. Dos hombres no podrían llevar a nadie por esta jungla, Y pienses lo que pienses, no durarías ni una hora si intentaras andar.

—Oh, pero mi querida Jane, ¿qué voy a hacer… quedarme aquí para siempre?

—Uno o dos de nosotros tendrá que salir y buscar ayuda; los otros se

quedarán en el campamento. Es la única solución.

—¿Quién se irá? —preguntó Brown—. ¿Tibbs y yo?

Jane meneó la cabeza.

—Me temo que Tibbs no podría hacerlo —dijo; no tienen ninguna experiencia en nada parecido, y de todos modos sería mucho más útil en el campamento. Creo que deberíamos ir usted y yo.

Nosotros sabemos algo de África y también sabemos cuidarnos en la jungla.

—Yo no sé nada de eso —señaló Brown—. No veo que podamos irnos los dos y abandonar a esta gente. Son el hatajo de inútiles más grande que jamás he visto.

Los Sborov mostraron su resentimiento por el comentario de Brown, pero no dijeron nada.

Tibbs pareció sorprendido, pero Annette se giró para disimular una sonrisa.

—Les diré lo que haremos —prosiguió el piloto—. Usted se queda aquí, cuida de esta gente y dirige el campamento. Yo iré a buscar ayuda.

—Yo no confiaría en él, Jane —dijo Alexis—. Si se va, jamás regresará; nos dejará morir aquí.

—Tonterías —espetó Jane—. Brown tiene razón al decir que no deberíamos dejaros. Ninguno de vosotros tiene experiencia; no podríais encontrar comida, ni protegeros. No, uno de nosotros tendrá que quedarse, y como yo puedo ir más deprisa por la jungla, iré yo en busca de ayuda.

Hubo varias voces de protesta contra este plan. Alexis estaba sentado mirando a la muchacha con los ojos entrecerrados, como si la estuviera evaluando; la expresión de sus ojos no era agradable. Después habló.

—No deberías ir sola, Jane —dijo—. Tienes razón al decir que no serviríamos de mucho en el campamento. Iré contigo; tiene que haber alguien contigo para protegerte.

Brown soltó una carcajada, muy grosera e irritante. La princesa parecía desconcertada.

—Vaya, Alexis —exclamó—. Me sorprende que sugieras siquiera semejante cosa imposible. Piensa en la reputación de Jane.

Ahora le tocó a Jane reírse.

—Mi querida Kitty —dijo—, no seas ridícula. Claro que no tengo intención de dejar que Alexis vaya conmigo, pero no por la razón que sugieres.

Cuando la vida de uno está en juego, uno se puede saltar los convencionalismos.

—Naturalmente —coincidió el príncipe.

—Bueno —dijo la princesa con firmeza—, el príncipe puede ir; pero si él va, yo iré con él.

—Está bien —cortó Alexis—, tú nos metiste en este lío, y ahora estás tratando de poner obstáculos a la manera de salir de él. Si no fuera por ti, todos podríamos irnos juntos; y además, si no hubiera sido por ti y tu piloto americano, ahora no estaríamos en este apuro.

—Oh, Alexis —dijo la princesa con un sollozo—, ¿cómo puedes ser tan cruel conmigo? Ya no me quieres.

Él le echó una mirada de desprecio, se volvió y se alejó. Hubo un silencio incómodo que por fin Jane quebró.

—Me iré por la mañana —afirmó—, muy temprano. ¿Cree, Brown, que podrá proporcionar comida a esta gente mientras yo estoy fuera?

—Calculo que podré hacerlo si comen poco y no tienen manías con lo que comen —respondió con una sonrisa.

—¿Conoce las plantas y frutos que son comestibles y los que son peligrosos? —preguntó.

—Conozco suficientes de los buenos para ir tirando —dijo—, y no tocaré los otros.

—Está bien; tenga cuidado con lo que comen y beben.

Brown sonrió.

—No tenemos mucho para preocuparnos.

En la creciente frialdad de la noche en la jungla, el calor de la fogata para ahuyentar a las bestias era agradable, y la mayor parte del grupo permanecía cerca; sólo Alexis, hosco y malhumorado, se mantenía distante. Estaba de pie en la entrada del refugio de los hombres, mirando con ira las figuras iluminadas por el fuego. Sus ojos oscuros se posaron en su esposa, que estaba sentada de espaldas a él, y su expresión en este momento en que nadie le miraba era de notable odio. Los pensamientos que le cruzaban por la mente no eran agradables. En el borde exterior de la luz del fuego, parecía lo que era: un estafador de poca monta que de pronto se había vuelto siniestro y peligroso.

Y entonces sus ojos pasaron a Jane y su expresión cambió. Se lamió los labios, unos labios gruesos y repulsivos.

Su mirada se posó de nuevo en su esposa. «Si no fuera por ti —pensó—

setenta millones de dólares… ojalá no estuviera aquí… ese tipo, Brown; me gustaría matarle… Annette no está tan mal… setenta millones de dólares… París, Niza, Montecarlo… esa vieja tonta… Jane es guapa… supongo que esa vieja tonta vivirá para siempre… muerta, muerta, muerta… setenta millones de dólares».

Junto al fuego, Jane estaba preparando la protección del campamento durante la noche.

—Creo que tres turnos de cuatro horas será suficiente —dijo—. Sólo es cuestión de mantener el fuego encendido. Si vienen animales, podréis ver sus ojos reluciendo en la oscuridad. Si se acercan demasiado, encended una tea y arrojádsela. A todos les da miedo el fuego.

—Oh, querida, ¿tengo que hacer eso? —gimió Kitty—. No podría, de veras, quiero decir, ¿tengo que estar me ahí sentada, sola, toda la noche?

—No, cariño —dijo Jane—, tú estás excusada de hacer guardia. ¿Y tú, Annette? ¿Crees que podrías hacerlo?

—Puedo hacer mi parte, señora —aseguró la muchacha—, haré lo que hagan los demás.

—Buena chica —añadió Brown.

—Si me permite el atrevimiento de sugerirlo, milady —dijo Tibbs con deferencia—, creo que deberíamos hacer guardia los tres hombres. No es tarea para una dama.

—Me parece que Tibbs tiene toda la razón —afirmó la princesa—. Y de veras creo que Alexis no debería hacerlo; es una persona muy susceptible de resfriarse, y el aire nocturno siempre le afecta, y ahora creo que debería acostarme. Annette, ven a ayudarme.

—Será mejor que se acueste también, señorita —dijo Brown—. Si se va a marchar pronto por la mañana, necesitará dormir.

Jane se levantó.

—Tal vez tenga razón —comentó—. Buenas noches.

Cuando se hubo ido, Brown consultó su reloj.

—Ahora son las nueve, Tibbs. Supongamos que usted hace guardia hasta medianoche; entonces me despierta y yo estaré hasta las tres. Después, su alteza el gran duque puede vigilar hasta la mañana.

—Realmente, Señor Brown, si se refiere al príncipe, yo preferiría que él no hiciera guardia.

—Bueno, pero la hará —afirmó Brown—, y le gustará.

Tibbs suspiró.

—Si no fuera por la princesa —comentó—, no tendríamos que estar aquí. No me gustar la idea de quedarme aquí y limitar me a esperar. Estoy seguro de que pasará algo horrible si lady Greystoke nos deja. Ella es la única que puede hacer algo.

—Sí —dijo Brown—, la vieja es un verdadero fastidio. Podría usted cargársela, Tibbs. —Brown sonrió, se levantó y se desperezó—. Voy a acostarme, Tibbs. Despiérteme a medianoche.

Sborov estaba sentado a la entrada del refugio que se encontraba a unos pasos del fuego, y cuando Brown entró, le habló.

—No he podido evitar oír su conversación con Tibbs —dijo—. Estoy dispuesto a hacer mi parte.

Llámeme a las tres y haré guardia. Ahora voy a acostarme. Duermo muy profundamente, y puede que le cueste despertarme.

El cambio en el tono y actitud del hombre sorprendió tanto a Brown que por una vez no supo qué responder. Se limitó a gruñir cuando entró en el refugio. Sborov le siguió y se tumbó, y al cabo de unos instantes Brown estaba totalmente dormido.

Cuando Tibbs le despertó a medianoche tuvo la sensación de que no había dormido en absoluto.

Hacía unos minutos que estaba de guardia cuando Annette se reunió con él. Se acercó y se sentó a su lado.

—¿Qué diantres haces levantada a estas horas, muchacha? —preguntó.

—Algo me ha despertado hace una media hora —respondió ella—. No he podido volver a dormirme. No sé qué ha podido ser, pero me he despertado con un sobresalto y me ha dado la impresión de que había alguien arrastrándose dentro de la choza. Allí dentro está realmente muy oscuro, con la cortina colgada en la puerta.

XII

ASESINATO EN LA NOCHE

TAL VEZ era lady Greystoke, que se movía en la choza —sugirió Brown.

—No —dijo Annette—, la oía respirar. Estaba profundamente dormida.

—Entonces debe de haber sido la vieja.

—Tampoco era ella. Cuando me he despertado, la he oído gemir en sueños y roncar, pero ha parado enseguida.

—Entonces supongo que has estado soñando, muchacha —concluyó Brown.

—Tal vez —dijo ella—, pero me ha despertado algún ruido inusual, pues tengo un sueño muy profundo, y estoy segura de que después he oído a alguien.

—Quizá será mejor que vuelvas y te duermas otra vez —sugirió él.

—De veras, señor Brown, no podría. Estoy tan despierta… y además, me sentía extraña allí dentro, como si… bueno, no sé. —Bajó la voz y añadió—: Era como si hubiera algo terrible allí dentro, algo que me asustaba. No le importa que me quede aquí con usted, ¿verdad, señor Brown?

—No me molestas, muchacha. Tú y lady Greystoke sois los únicos seres humanos del grupo. El resto son idiotas.

—¿No le caen bien, señor Brown?

—Bueno, la vieja es inofensiva, sólo es un estorbo; y Tibbs tiene buena intención supongo, pero cuando se trata de hacer algo más que planchar los pantalones de alguien, es como si no existiera.

—¿Y el otro? —preguntó Annette—. Me parece que no le gusta mucho.

—¿Él? Es el último cero después del punto decimal.

—Ya A mí tampoco me gusta, señor Brown. Me da miedo.

—¿Te da miedo? ¿Por qué te da miedo?

—En Londres me dijo cosas que un hombre no debería decir a una

buena chica.

—¿Obscenidades y cosas así? —gruñó Brown—.

Si vuelve a decirte algo, cielo, dímelo. Lo tumbaré y le daré una buena paliza.

—¿Me protegería, señor Brown? —Alzó los ojos hacia él con aire interrogador.

—¡Y de qué manera!

La muchacha suspiró.

—Es usted tan fuerte y robusto.

—¿Sabes que me gustas mucho, muchacha? —aseguró Brown.

—Me alegro. Me parece que usted también me gusta.

Brown se quedó callado unos instantes.

—Si salimos de aquí… —dijo, pero se interrumpió sin acabar.

—¿Sí? —preguntó ella—. Si salimos de aquí, ¿qué?

Él se rebulló, inquieto, y arrojó otro trozo de madera al fuego.

—Sólo estaba pensando —concluyó con calma.

—¿Qué estaba pensando?

—Estaba pensando que quizá tú y yo… que tal vez…

—¿Sí? —le animó ella.

—Bueno, no tienes que llamarme señor Brown.

—¿Cómo tengo que llamarle?

—Mis mejores amigos me llaman Chi.

—Qué nombre tan divertido; nunca lo había oído, ¿qué significa? ¿Realmente es tu nombre?

—Es la abreviación del nombre de la ciudad de donde procedo: Chicago —explicó.

—Oh —se rió ella—, entonces se escribe C-h-i, no, S-h-y. Creía que se escribía de esta última manera.

—No —dijo—, pero… bueno, cuando intento decirte algo, se me traba la lengua.

—Qué expresiones más curiosas empleas. Los americanos sois muy curiosos.

—Oh, no sé —dijo él—; a mí me parecen curiosos los extranjeros.

—¿Yo soy curiosa?

—Bueno, tienes algunas cosas curiosas, pero cuando las haces, son graciosas.

—¿Eso crees? Me alegro, señor Brown.

—Chi.

—Chi. ¿Tienes otro nombre? Tal vez sería más fácil de pronunciar.

—Sí. Mi nombre auténtico es Neal.

—Qué bonito nombre.

—Annette también. Me encanta Annette.

—¿Te gusta el nombre?

—Sí, y la chica también; me gusta mucho la chica. —Alargó el brazo, le cogió la mano y la atrajo hacia él.

—No, no hagas eso —dijo ella con sequedad, y se apartó; y entonces, de repente, se echó a llorar—: Oh, mira, mira —y señaló.

Brown levantó la mirada en la dirección que ella señalaba. Sobre el fondo oscuro de la jungla había dos puntos luminosos verde amarillentos.

Annette se acercó a él rápidamente y se apretó a su lado.

—¿Qué es? —preguntó en un susurró con voz asustada.

—No tengas miedo, cielo, sólo nos está mirando. Eso no hará daño a nadie.

—¿Qué es? —inquirió de nuevo.

—He visto ojos de vaca relucir así en la oscuridad —dijo—. Podría ser una vaca.

—Pero sabes que no es una vaca. En la jungla no hay vacas. Sólo lo dices para que yo no tenga miedo.

—Bueno, ahora que lo mencionas, puede que no haya vacas en la jungla; pero, sea lo que sea, voy a ahuyentarlo. —Se inclinó y cogió un palo de la fogata cuyo extremo estaba encendido. Luego se levantó y lo arrojó a los ojos luminosos.

Hubo una lluvia de chispas, se oyó un rugido airado y los ojos desaparecieron.

—Eso le enseñará —dijo—. ¿Ves 1o fácil que ha sido?

—Oh, qué valiente eres, Neal.

Él se sentó a su lado, y esta vez se atrevió a rodearla con un brazo.

Ella suspiró y se acurrucó junto a él.

—Una buena chica no debería hacer esto —aseguró—, pero así me siento más segura.

—Nunca en tu vida has estado menos segura, muchacha —dijo Brown.

—¿Crees que los ojos volverán? —preguntó ella, estremeciéndose.

—No estaba pensando en los ojos, nena.

—Ah.

Mucho después de las tres, Brown se acordó de despertar a Sborov. Cuando el príncipe se acercó a la luz del fuego, estaba nervioso e intranquilo.

—¿Has oído o visto algo durante la noche? —preguntó.

—Ha venido algo y nos ha mirado —respondió Brown—. Pero le he arrojado un poco de fuego y se ha marchado.

—¿Todo bien en el campamento? —preguntó.

—Claro —dijo Brown—. Todo bien.

—He dormido tan profundamente que podía haber ocurrido cualquier cosa —comentó el príncipe—. No me he enterado de nada desde que me eché hasta que me ha despertado.

—Bueno, supongo que a mí me pasará 1o mismo —dijo el piloto—, y será mejor que tú vuelvas dentro e intentes dormir un poco, muchacha.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jane.

Alexis señaló a Brown con un dedo tembloroso.

—Anoche le oí hablar a Tibbs de matarla. Uno de ellos debe de haberlo hecho, y no creo que haya sido Tibbs.

—Príncipe Sborov, no creo que haya sido ninguno de ellos —dijo Jane.

—Pregúntele a Tibbs si ese hombre no le habló de matarla —gritó Sborov.

Jane miró a Tibbs con aire interrogador.

—Bueno, milady, el señor Brown sugirió que «me la cargara», pero sólo era una manera de hablar, una broma, milady.

—¿Cómo la han matado? —preguntó el príncipe.

Jane pareció perpleja.

—Bueno… debe de haber sido con el hacha.

¿Dónde está el hacha?

—Si encuentras el hacha, habrás encontrado al asesino —dijo Sborov.

—Pero ¿y si se ha deshecho de ella? —preguntó Jane.

—No puede haberse deshecho de ella. Yo he estado aquí de guardia desde las tres, y nadie ha entrado en vuestra parte del refugio después de Annette cuando yo he empezado la guardia.

Quienquiera que lo haya hecho, probablemente la ha escondido.

—Ha ocurrido antes de que usted empezara la guardia —dijo Annette —. Antes de que el señor Brown hiciera la guardia. Eso fue lo que me despertó; ahora lo sé, y cuando creí oírla gemir en sueños y roncar, en realidad estaba muriendo.

Era el estertor de la muerte. ¡Qué horrible!

—¿Cuándo fue eso exactamente, Annette? —pregunto Jane.

—Fue cuando Tibbs estaba de guardia, y una media hora antes de que saliera el señor Brown.

No pude volver a dormirme, y salí y me reuní con él. Estuvimos sentados juntos hasta que él despertó al príncipe.

Jane se volvió a Tibbs.

—¿El señor Brown estaba dormido cuando entró a despertarle a medianoche? —preguntó.

—Sí, milady —respondió Tibbs.

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno, en primer lugar lo supe por su respiración; y después, me costó despertarle.

—Puede ser que lo fingiera —intervino Sborov.

—Tibbs, ¿el príncipe estaba soñoliento cuando entró a despertar a Brown?

—Parecía profundamente dormido, milady. Llevaba una tea encendida para alumbrarme. Les vi con mucha claridad.

—Él estaba dormido, y yo lo fingía, supongo —dijo Brown.

—Encuentre el hacha —insistió Sborov.

—Bueno, supongo que usted la encontrará —replicó Brown—. Yo no sé dónde está.

—Tibbs dice que los dos estaban dormidos. Eso nos deja a Tibbs, a Annette y a mí como sospechosos —aseguró Jane.

—No tiene sentido —dijo Brown—. Todos sabemos que usted y Annette no han tenido nada que, ver con ello; así que están descartadas. Sé que yo no lo he hecho, y estoy casi seguro de que Tibbs tampoco, así que todo apunta al único del grupo que sacaría algún provecho con la muerte de la anciana.

—Usted se beneficiaría tanto como cualquiera de nosotros —señaló Sborov irritado—. Usted sabía que su vida estaba en juego, que si no salíamos de aquí pronto quizás nunca saldríamos.

Usted lo sabía y dijo que mi esposa era lo único que nos impedía marchar nos juntos mañana. Veo perfectamente su línea de razonamiento, amigo. A usted le parecía que con la princesa jamás podría salir con vida de aquí, de todos modos; y por eso aceleró las cosas matándola usted mismo.

—Está bien, Sherlock Holmes, lo tiene todo pensado, ¿eh? Pero ¿qué

hará?

—Encuentren el hacha —repitió Sborov.

—De acuerdo —dijo Jane—. Vosotros, los hombres, id a la parte de las mujeres y registradlo todo, y mientras Annette y yo registraremos vuestra parte.

Sborov siguió a Jane hasta la puerta de la choza de los hombres.

—No puedo entrar ahí, donde está ella —dijo—. Quiero recordarla tal como era cuando la vi por última vez… viva.

Jane asintió.

—Entonces, ayúdanos a buscar aquí —dijo ella.

Realmente no había lugar donde buscar salvo entre el montón de hierbas que los hombres habían utilizado como lechos.

Jane registró el montón en el que había dormido Alexis, mientras que Alexis se ocupó del de Tibbs y Annette rebuscó entre los que había utilizado Brown. Entonces la mano de la muchacha tropezó con algo frío y duro. Se puso tensa cuando sus dedos lo tocaron, como si por intuición supiera lo que era. Con un estremecimiento retiró la mano. Por un instante se quedó muy quieta y tensa. Estaba pensando con rapidez.

Luego se puso en pie.

—Aquí no hay nada —aseguró.

Sborov la miró con rapidez.

—Aquí tampoco hay nada —añadió Jane.

—No encuentro nada en el lecho de Tibbs —apuntó Alexis—, pero, Annette, quizá no has buscado bien en el de Brown. Déjame ver.

Ella se acercó a él como para impedirle que lo hiciera.

—¿De qué servirá? —dijo—. Aquí no está; es una pérdida de tiempo volver a mirar.

—No obstante, si no te importa echaré un vistazo —insistió Alexis.

Sborov se inclinó y deslizó la mano entre las hierbas. No tuvo que buscar mucho.

—Aquí está —dijo—. No sé cómo no la has encontrado, Annette —añadió con una mueca—. Debes de tener tus razones.

Retiró el hacha de entre las hierbas y la sostuvo en alto para que todos la vieran. La cabeza estaba manchada de sangre.

—¿Estas satisfecha ahora, Jane? —preguntó el príncipe.

—No puedo creerlo de Brown —dijo.

—Pero ¿lo habrías creído de mí?

—Francamente, Alexis, sí.

—Bien, ahora tienes la prueba de quién lo ha hecho. ¿Qué vas a hacer al respecto? Hay que destruir a ese tipo.

—¿A quién hay que destruir? —preguntó Brown.

Él y Tibbs estaban parados en la puerta.

—Hemos encontrado el hacha en tu lecho, Brown —dijo Jane—. La tiene el príncipe; como ves, está manchada de sangre.

—Ah, así que has puesto esa cosa en mi lecho, ¿verdad, miserable? Intentas acusarme, ¿eh?

—No sé de qué hablas —replicó Alexis—. Sólo sé lo que anoche te oí decir y lo que he encontrado en tu lecho. Tibbs ya ha corroborado mi informe de lo que dijiste, y lady Greystoke y Annette me han visto encontrar el hacha ahí, donde tú la habías ocultado.

Brown miró a uno y a otro con expresión interrogadora. ¿Podía ser que aquella gente creyera que él había hecho aquello? Se dio cuenta de que las pocas pruebas que había le señalaban a él.

—Bueno —dijo—, que no se les meta en la cabeza colgarme.

XIII

TRAICIÓN

LA PEQUEÑA banda de guerreros waziri bajo las órdenes de Muviro había avanzado sin parar hacia el oeste desde su encuentro con Tarzán. Los diez se movían en silencio por un sinuoso sendero de la jungla; no había canciones ni risas, y cuando hablaban, cosa que hacían raras veces, su tono era bajo, pues se hallaban en una región que les era extraña Avanzaban con cautela, con todos los sentidos alerta.

Suponían que se pondrían en contacto en algún momento durante aquel día con los bukena, el pueblo que vivía más cerca de los kavuru; y allí esperaban tener noticias de Tarzán de los Monos.

Entonces, resaltando en los ruidos apagados de la jungla, oyeron el excitado parloteo de un mono por encima de sus cabezas, y un instante después descendió por los árboles una pequeña figura que les era familiar.

—Es Nkima —dijo Muviro—. El gran bwana tiene que estar cerca.

El pequeño Nkima chillaba nervioso. Saltó al hombro de Muviro y empezó a dar saltos, gritando y parloteando. Saltó al suelo y corrió muy deprisa hacia delante, sin dejar de emitir gritos estridentes con su vocecita, mientras no paraba de mirarles. Siguió corriendo hasta que una curva en el camino amenazó con ocultarles a la vista; entonces volvió corriendo y tiró de las piernas de Muviro antes de echar a correr de nuevo a gran velocidad.

—Ocurre algo —dijo uno de los guerreros a Muviro—. El pequeño Nkima está intentando decirnos algo.

—Quiere que nos demos prisa —dijo Muviro—; tal vez le ha ocurrido algo al gran bwana.

Entonces echó acorrer, y sus compañeros le siguieron de cerca, pero Nkima iba más adelante, instándoles a que corrieran a mayor velocidad.

Los waziri, miembros de un clan guerrero entrenado desde la infancia para realizar hazañas de resistencia, podían mantener hora tras hora un

ritmo que pronto dejaría agotado a un hombre corriente.

Con sus cuerpos de piel suave y del color del ébano que brillaba a causa del sudor, mientras su ancho pecho subía y bajaba con una respiración regular, sus fuertes músculos trabajando con facilidad, presentaban una imagen espléndida del salvaje primitivo, al que brazaletes en brazos y tobillos añadían una nota de color bárbaro, además de sus armas, sus escudos y las plumas blancas que ondeaban sobre sus cabezas.

Aquello en verdad eran hombres, cuya vista habría inspirado respeto y quizá miedo en el corazón de cualquier hombre extraño que les hubiera visto.

Y así fue cuando con el pequeño Nkima aún a la cabeza, al salir de la jungla y penetrar en un claro, tropezaron con la visión de un grupo de mujeres que trabajaban en los campos ante la aldea de Udalo, jefe de los bukena.

Las mujeres huyeron hacia la puerta de la aldea lanzando gritos de terror para dar la voz de alarma.

Los guerreros bukena que estaban en el interior del *craal* cogieron sus armas y corrieron a reunirse con sus mujeres, y cuando la última de éstas entró en la aldea, los guerreros se apresuraron a cerrar la puerta tras ellas; y mientras algunos se ocupaban de la puerta, otros guarnecían la barbeta en el interior de la empalizada, sobre la cual podrían lanzar sus flechas al enemigo.

Al ver la aldea y las mujeres que huían, Muviro hizo detener a sus guerreros. Vio la actitud hostil de los bukena, pero lo atribuyó al hecho de que no sabían si él iba en son de paz o de guerra.

Nkima estaba muy excitado. Agitaba las manos y parloteaba fuerte; hacía grandes esfuerzos para hacerles comprender que su amo estaba cautivo en la aldea. Para Nkima siempre era un misterio que aquellos gomangani no le entendieran. Al parecer nadie podía entenderle salvo sus primos, hermanos y hermanas, y su querido Tarzán. Todos los demás debían de ser muy estúpidos.

Muviro dejó a sus compañeros a poca distancia de la aldea y avanzó lentamente hacia la empalizada, haciendo el signo de la paz para que los aldeanos supieran que no iban con intención hostil.

Udalo, el jefe, de pie en la barbeta, miraba al guerrero que se acercaba y a sus compañeros. Sabía que eran hombres en verdad luchadores, y aunque sólo eran diez se alegró de ver el signo de la paz, pues podía ser que

hubiera otros escondidos en el bosque y que estos fueran tan sólo una avanzadilla.

Cuando Muviro se detuvo al pie de la empalizada y levantó la mirada, Udalo se dirigió a él.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —preguntó.

—Soy Muviro, jefe de los waziri. Hemos venido a encontrar nos con nuestro gran jefe, Tarzán de los Monos, o a tener noticias de él. ¿Ha estado aquí?

El hechicero Gupingu estaba de pie aliado de Udalo. En el corazón ardía el recuerdo de un secreto que no podía confesar a nadie, el secreto de la liberación de Tarzán con la promesa de que los kavuru no robarían a las hijas de Gupingu, y sin embargo, casi de inmediato, Naika, su hija favorita había sido robada.

Gupingu ahora estaba seguro de que no sólo Tarzán era un kavuru, sino que había sido él quien había regresado para robar a Naika. El resentimiento y el odio abrasaban el pecho de Gupingu. Recordó que Tarzán había dicho que era waziri, y, reuniendo todos los hechos tal como él los conocía, hizo la conjetura de que los waziri eran o vasallos o aliados de los kavuru.

—No confíes en ellos, Udalo —dijo al jefe—, son la gente del kavuru que se nos escapó. Les ha enviado aquí para vengarse.

Udalo miró con ceño a Muviro y pensó con rapidez.

Le gustaría vengarse del kavuru, pero temía las represalias, y, además, no sabía cuántos guerreros podía haber en la jungla. Debía averiguar la verdad o la falsedad de esto antes de hacer ningún plan definitivo.

Molesto porque no había recibido respuesta, Muviro volvió a hablar, esta vez lo hizo con impaciencia.

—Venimos en son de paz —dijo— a hacer una pregunta: ¿Está aquí Tarzán, nuestro amo?

—Con esto —susurró Gupingu a Udalo— admite que el kavuru es su amo.

—No está aquí —afirmó Udalo—; no sabemos nada de él, y no sé si has venido en son de paz.

—No dices palabras verdaderas —apuntó Muviro—. El pequeño Nkima, el mono, es amigo de Tarzán. Él nos ha traído aquí, y no lo habría hecho si Tarzán no hubiera estado aquí.

—Yo no he dicho que Tarzán no haya estado aquí —replicó Udalo—.

Digo que no está aquí, y no sé nada de él. No sé adónde fue cuando se marchó de aquí. Si queréis, podéis entrar. No tenemos miedo de diez hombres —dijo Udalo—. Los diez podéis entrar, y después hablaremos. Si venís en son de paz, lo haréis; si no, Udalo sabrá que habéis venido para hacer la guerra. Como veis, tiene muchos guerreros. No os teme, pero no queremos guerra.

—Hemos venido en son de paz —respondió Muviro—, pero los guerreros no dejan sus armas. Si tienes tantos valientes guerreros, ¿por qué ibais a tener miedo de diez hombres?

—No tenemos miedo de diez hombres —replicó Udalo—; los diez pueden entrar y traer sus armas, pero el resto de tus guerreros no deben acercarse a la aldea.

—No hay nadie más con nosotros —dijo Muviro—. Estamos solos.

Ésta era la información que Udalo quería.

—Podéis entrar —dijo—. Daré la orden de que abran las puertas. —Se volvió y dijo algo a Gupingu.

Muviro indicó a sus hombres que se acercaran. Las puertas se abrieron y los waziri entraron en la aldea de los bukena.

Udalo y Gupingu habían abandonado la barbeta y se habían ido juntos hacia la choza del jefe. Susurraban locuazmente y gesticulaban mucho; Gupingu explicaba y Udalo asentía y daba órdenes. En la choza del jefe se separaron. Udalo se quedó para esperar a los visitantes mientras Gupingu se apresuraba a ir a su choza.

Cuando los waziri entraron en la calle de la aldea, fueron rodeados por guerreros y conducidos a la choza del jefe, donde Udalo les aguardaba.

Aquí empezó uno de esos largos parlamentos tan queridos para los corazones de los nativos africanos. Con interminables circunloquios iteraban y reiteraban, y al final Udalo sólo había dicho que Tarzán no estaba en la aldea y que no sabía nada de él; tampoco sabía nada de los kavuru ni dónde se encontraba su aldea, nada de lo cual se creyó Muviro.

Y mientras avanzaba el parlamento, Gupingu estaba ocupado en su choza triturando hierbas e hirviéndolas en agua para extraer sus jugos.

No dejaba de mascullar y murmurar para sí, pero es dudoso que estuviera entonando algún encantamiento que acompañara la mezcla que estaba cociendo, y esto por la misma razón por la que no tenía amuletos ante él ni hacía pases sobre la mezcla con palos mágicos o la cola de una cebra: no tenía público.

Mientras los guerreros bukena y sus visitantes parlamentaban y Gupingu cocía su brebaje, las mujeres estaban ocupadas preparando un festín siguiendo órdenes de Udalo; y en los árboles detrás del claro un monito esperaba, gimiendo, desolado: esperaba la liberación de su amo al que creía aún confinado en una choza de la aldea.

Al fin Gupingu salió de su choza, con el brebaje en una calabaza, y se dirigió directamente a las mujeres que estaban preparando la cerveza nativa para el festín.

Las mujeres ya estaban llenando las calabazas que pasarían entre los guerreros. Gupingu se acercó a la que estaba llenando la gran calabaza ceremonial que pasaría primero al jefe y después a los visitantes. Mantuvieron una conversación y luego Gupingu se alejó, dejando atrás la pequeña calabaza que contenía su brebaje. Se acercó por detrás de los waziri a los que parlamentaban, y mirando a Udalo a los ojos hizo un gesto de asentimiento. Entonces el jefe dio unas palmadas y ordenó que se sirviera el festín.

Llegaron las mujeres, con la comida y la bebida; y al frente iba una que llevaba la calabaza ceremonial de cerveza nativa.

Udalo se la cogió y en silencio se la llevó a los labios. Su garganta se movió, como si tragara, pero ni una gota de licor pasó de sus labios; luego se la ofreció a Muviro, quien tomó un largo trago y pasó la calabaza al waziri que estaba a su lado, y así fue pasando entre ellos; pero cuando el último de los diez hubo bebido, la mujer que estaba esperando para llevarse la calabaza, aunque no estaba vacía, y las otras mujeres trajeron otras calabazas de cerveza para los guerreros bukena. Ni Muviro ni ninguno de sus compañeros sospechó que ocurría algo, pues ¿no habían visto a Udalo beber de la misma calabaza que ellos?

Entonces trajeron comida, pero Muviro no la compartió. Miraba, con aire extraño y los ojos vidriosos, a su compañero waziri. ¿Qué ocurría con sus ojos? Todo era confuso. Veía a sus hombres sentados con la mirada pétrea, tambaleándose como si estuvieran borrachos; entonces Muviro, el jefe de los waziri, se puso en pie con dificultad. Sacó su largo cuchillo que llevaba metido en el taparrabo.

—¡Muerte! —gritó—. ¡Nos han envenenado! —Entonces se inclinó y se desplomó.

Varios de los waziri restantes intentaron levantarse, pero la pócima de Gupingu producía un efecto rápido, y aunque los guerreros bukena se

habían puesto en pie de un salto a una orden de Udalo, después de la orden que había dado Muviro a sus seguidores, sus lanzas no fueron necesarias, ya que uno tras otro los waziri fueron cayendo al suelo.

Los bukena miraban con asombro esta extraña visión, pues sólo Udalo y una mujer sabían lo que Gupingu había hecho.

El hechicero pasó por entre los waziri caídos y se golpeó el pecho.

—La medicina de Gupingu es fuerte —dijo—. Hace caer a los enemigos de los bukena; incluso el gran kavuru ha caído.

—¡Muerte! —gritó una mujer, y otras siguieron su ejemplo—. ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!

—No —dijo Udalo—. Atadles fuerte para que no puedan escapar y ponedles en la choza donde estaba confinado el otro kavuru. Enviaré corredores a las otras aldeas de los bukena; y cuando la luna esté llena la segunda noche, bailaremos, haremos un festín y nos comeremos los corazones de nuestros enemigos.

Este anuncio fue recibido con gritos de aprobación, mientras los guerreros ponían manos a la obra y empezaban a atar a los prisioneros y a llevárselos a la choza donde Tarzán había estado recluido.

En un árbol en el borde de la jungla, un monito estaba sentado mirando desconsolado las puertas de la aldea. Se animó momentáneamente cuando vio salir a algunos guerreros; eran hombres jóvenes y ágiles, que partieron a paso rápido en diferentes direcciones, pero no eran sus queridos waziri y de nuevo se quedó abatido.

Los waziri tardaron muchas horas en recuperarse de los efectos del narcótico. Cuando empezaron a recobrar el conocimiento, pasó un rato hasta que se dieron cuenta de su situación. Les dolía la cabeza y estaban mareados. Cuando intentaron moverse, descubrieron que estaban atados.

—Sabía —dijo Muviro cuando pudieron hablar, que el jefe me mentía. Debería haber tenido más cuidado. No debería haber bebido su cerveza ni permitir que lo hicierais vosotros.

—Yo le he visto beber, y por eso he creído que no había peligro —comentó otro.

—Sólo ha fingido que bebía —dijo Muviro—. Este Udalo es un hombre muy malo.

—¿Qué crees que nos hará?

—No 1o creo —respondió Muviro—, lo sé.

—¿Y qué es lo que sabes?

—He oído hablar de estos bukena. He oído decir que, si bien no son caníbales, se comen el corazón de sus enemigos, pues piensan que esto les hará valientes, ya que son grandes cobardes.

—¿Se comerán nuestros corazones?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Eso no lo sabremos hasta que nos saquen de aquí; pero si vemos que se están preparando para un gran festín, sabremos que nuestro fin está próximo.

—¿Y tenemos que quedarnos aquí y dejar que nos maten como si fuéramos cabras?

—Si uno de nosotros puede aflojar sus ataduras, moriremos como deben hacer los waziri: luchando —respondió Muviro.

—Si al menos el gran bwana 10 supiera —dijo un hombre joven—, él nos salvaría.

—Ceo que es posible que el gran bwana ya esté muerto —dijo Muviro —. Creo que Udalo le ha matado y se ha comido su corazón; y si es así, estoy dispuesto a morir también, pues no me importa vivir si el gran bwana ha muerto.

—A mí tampoco —añadió otro—. Estoy tan mareado y me duele tanto la cabeza, que me alegraría de morir.

Llegó la noche, pero nadie se acercó a la choza para llevar les agua o comida. Se sentían muy desdichados, y Muviro estaba triste pensando que le habían tendido una trampa. Estaba avergonzado de sí mismo y creía que sólo merecía la muerte.

Sin embargo, a pesar de lo muy desdichados que eran, había uno que aún lo era más que los otros: un monito que se estremecía y temblaba en un árbol detrás del claro que rodeaba la aldea de Udalo, el bukena. Oyó el rugido de Numa, el león, y el grito de Sheeta, el leopardo, y trepó tan arriba como se atrevió y se quedó allí colgando, temblando, esperando lo que sabía que estaba a punto de saltar sobre él para devorarle. Pues ésta era la vida del pequeño Nkima.

XIV

NKIMA SE OLVIDA

NAIKI, la hija de Gupingu, el hechicero, acompañó a su nuevo secuestrador porque la única alternativa era quedarse sola en la jungla. Una presa no sólo para las bestias salvajes sino para los numerosos demonios que infestan la lúgubre selva. Al principio, esperó momentáneamente lo peor; pero a medida que pasaba el tiempo y no le ocurría ningún daño, fue adquiriendo confianza en el alto y bronceado guerrero que la acompañaba. Al final desapareció todo temor.

Sin embargo, y aunque ya no temía a Trazan, estaba lejos de no tener miedo; pues la noche en la jungla era muy negra y aquella oscuridad estigia conjuraba toda clase de horribles criaturas que yacían en espera de saltar sobre ella. No entendía cómo él podía viajar con tanta seguridad a través de la oscuridad y se maravillaba de su gran valor.

Sabía que había pocos hombres tan valientes, y por lo tanto se le ocurrió que podía ser un demonio.

Aquello, en verdad, era una aventura, una aventura de la que ella, Naika, podría alardear mientras viviera; pues ¿no había viajado de noche a través de la jungla con un demonio? Le habría gustado preguntárselo directamente, pero, por supuesto, siempre existía el peligro de ofender a un demonio. Quizá si le interrogaba hábilmente él revelaría la verdad sin querer.

Necesitó bastante fuerza de voluntad para reunir el valor necesario para hacerle alguna pregunta, pero al final lo logró.

—¿De dónde eres? —preguntó.

—Soy de la tierra de los waziri.

—¿Qué clase de hombres son?

—Son hombres negros.

—Pero tú eres blanco.

—Sí —respondió él—, pero hace muchos años, cuando era mucho más

joven, fui adoptado por su tribu.

—¿Alguna vez has visto algún demonio? —preguntó la joven.

—No, no existen.

—Entonces, ¿tú no eres un demonio?

—Yo soy Tarzán de los Monos.

—¿No eres, pues, un kavuru?

—Ya te he dicho que soy de la tierra de los waziri. Cuando estés de nuevo entre los tuyos, diles que Tarzán de los Monos no es ningún kavuru. Diles también que él te rescató de los kavuru, y que siempre han de ser amigos de Tarzán y de los waziri.

—Se lo diré —aseguró Naika; y después, al cabo de un momento—: Estoy muy cansada.

—Nos detendremos aquí a pasar el resto de la noche —dijo el hombre mono.

La cogió en brazos y la subió con él a los árboles, hasta que tuvo mucho miedo, y cuando la dejó en una rama, ella se aferró con fuerza al tronco del árbol.

La luna se filtraba a través del follaje y allí era mucho menos oscuro que en el suelo. En esta semioscuridad. Tarzán cortó ramas y construyó una plataforma en la que Naika podría tumbarse a pasar la noche.

A primera hora de la mañana. Tarzán fue a buscar comida para los dos, y después de comer, reanudaron su viaje hacia la aldea de los bukena.

Al percibir que se estaba aproximando a casa, todos los temores de Naika se disiparon y la muchacha se animó. Reía y cantaba alegremente; y así, al fin llegaron al lindero del claro que rodeaba la aldea de los bukena.

—Ahora estás a salvo. Naika —aseguró el hombre mono—. Vuelve con tu gente y diles que Tarzán de los Monos no es su enemigo.

Entonces se volvió y desapareció en la jungla, pero no antes de que un par de ojitos aguzados le hubieran visto; y mientras Naika corría gritando hacia las puertas de la aldea, el pequeño Nkima fue saltando de árbol en árbol gritando a pleno pulmón, mientras seguía a su amo y señor en la jungla.

El diminuto mono pronto alcanzó a Tarzán y, lanzando un último grito extático, saltó a uno de sus anchos hombros.

Tarzán cogió al monito en la mano.

—Así que Nkima ha vuelto —dijo—. Sheeta no lo alcanzó.

—Nkima no tiene miedo de Sheeta —alardeó el monito—. Sheeta fue a

los árboles a cazar al pequeño Nkima; agazapado, se arrastró, se acercó.

El pequeño Nkima cogió un palo y le dio a Sheeta en la cabeza. Sheeta tuvo miedo y huyó.

—Sí —dijo Tarzán—, el pequeño Nkima es muy valiente.

Animado con estas palabras, el mono se entusiasmó y se puso aún más imaginativo.

—Entonces vinieron los gomangani. Muchos gomangani iban a matar al pequeño Nkima y a comérselo. El pequeño Nkima cogió dos palos y se los arrojó a la cabeza. Tuvieron miedo y huyeron.

—Sí —dijo Tarzán—, todos tienen miedo del pequeño Nkima.

Nkima se puso en pie en la palma de la mano de Tarzán y se golpeó el pecho. Hizo muecas, mostrando los dientes y con aspecto fiero.

—Todos tienen miedo de Nkima —dijo.

De nuevo Tarzán y Nkima emprendieron el camino que se dirigía hacia el norte, en busca de la aldea de los kavuru, y en la aldea de los bukena. Naika era el centro de una multitud curiosa y admirada.

Ella les contó la historia, sin omitir nada, añadiendo considerables detalles; era una buena historia y mantuvo a su público hechizado. La contó muchas veces, pues a los negros les gusta la repetición, y siempre hacía hincapié en el hecho de que Tarzán la había salvado, que él era amigo de los bukena y que no debían hacer daño ni a Tarzán ni a los waziri, y ella no sabía entonces que había diez waziri que yacían atados en una choza aguardando la orgía que sellaría su destino.

Los guerreros bukena se miraron y luego dirigieron su mirada a Udalo, su jefe. Udalo estaba un poco desconcertado; sus corredores hacía tiempo que habían llegado a sus destinos, y para entonces los habitantes de varias aldeas debían de estar de camino hacia su *craal*. Udalo no sabía qué hacer.

Gupingu también estaba preocupado. Ahora se daba cuenta de que el gigante blanco, al que él había liberado, no había robado a su hija como él creía, sino que la había rescatado y devuelto a él. Udalo le miró con aire interrogador, pero Gupingu no sabía qué decir.

Al fin el jefe habló, pues vio que sus guerreros le interrogaban con la mirada.

—Has dicho, Naika, que creíste que este Trazan de los Monos era un demonio; has dicho que no tenía miedo en la oscuridad y que hacía cosas que ningún hombre hace; también has dicho que iba por los árboles con más facilidad aún que los kavuru. Todas estas cosas las creemos, pero no

podríamos creer las si supiéramos que era un hombre como nosotros. Por lo tanto, ha de ser un demonio. Nadie sino un demonio podría haberse desatado y haber abandonado la aldea con la facilidad con que él lo hizo.

—Si fuera un demonio, ¿por qué me habría salvado de los kavuru y me habría devuelto a la aldea? —preguntó Naika.

—Los caminos del demonio son extraños —dijo Udalo—. Creo que pretendía acallar nuestros temores, para poder venir a salvo a nuestra aldea y hacernos todo el daño que le plazca. No, estoy seguro de que es un demonio y un kavuru, y que los prisioneros que hemos hecho son kavuru. No les dejaremos escapar; podrían volver y matarnos, y, además, vienen bukena de todas las aldeas para danzar y comer el corazón de nuestros enemigos.

Esto sostuvo el tribunal supremo de los bukena y puso su sello filial en la orden de muerte de Muviro y sus guerreros.

El Señor de la Jungla avanzaba por la zona más lúgubre, en dirección al norte, ajeno al destino inminente de su gente; yen su hombro iba Nkima, su pequeña mente plenamente ocupada con sus alardes y el presente.

Escasa es la memoria de Manu, el mono. Grande es su egocentrismo y su egoísmo. El pequeño Nkima no tenía intención de olvidarse de los waziri, pues eran sus amigos y les quería.

Pero al tener sus pensamientos totalmente ocupados consigo mismo, y con el alivio de hallarse de nuevo a salvo en brazos de su amo, el apuro de los waziri había sido empujado a la parte más recóndita de su conciencia. Con el tiempo se acordaría de ellos, pero quizá cuando ya fuera demasiado tarde para que les fuera útil.

Y así transcurrió la tarde, y Nkima era feliz y Tarzán estaba satisfecho, pues una vez más se hallaba tras los pasos de los kavuru, por quienes había aumentado su curiosidad tras su breve contacto con Ydeni y el misterio con que las pocas palabras del kavuru habían envuelto las costumbres de esta tribu extraña y salvaje.

Tarzán no había olvidado a los waziri, pero su mente estaba tranquila respecto a ellos pues tenía la sensación de que ahora, como había rescatado a Naika, serían bien recibidos en la aldea de Udalo y les darían instrucciones para llegar a la región de los kavuru.

El hombre mono apenas hablaba a menos que lo que tuviera que decir mereciera ser expresado. De ordinario, mantenía sus pensamientos para sí, en especial en presencia de los hombres; pero a menudo se relajaba con el

pequeño Nkima y con Tantol; el elefante, pues estos eran amigos de la infancia y Tarzán tenía muy arraigado en él el sentido de su lealtad y simpatía.

Así ocurrió que, mientras estaba pensando en los waziri, habló de ellos con Nkima.

—Muviro debe de estar cerca de la aldea de los bukena —dijo—; o sea que él y sus guerreros no estarán lejos detrás de nosotros cuando lleguemos a la aldea de los kavuru. Entonces el pequeño Nkima tendrá muchos buenos amigos que le defenderán de Sheeta, el leopardo, y de Hista, la serpiente, y de todos los gomangani que le cogerían y le devorarían.

Nkima se quedó callado un momento. Estaba reuniendo sus pensamientos y recuerdos. Entonces, de pronto, empezó a dar saltos sobre el hombro de Tarzán y a arañarle la oreja.

—¿Qué te ocurre, Nkima? —preguntó el hombre mono—. Deja de gritar me al oído.

—¡Tarzán, los waziri!, ¡los waziri! —gritó el monito.

Tarzán se volvió enseguida.

—¿Qué pasa? —preguntó—. No están aquí.

—Están allí —gritó Nkima—. Están en la aldea de los gomangani. Tienen los pies y las manos envueltas con cuerda; están tumbados en la choza donde estaba Tarzán. Los gomangani los matarán y se los comerán.

Tarzán se paró en seco.

—¿Qué dices, Nkima? —preguntó, y entonces, lo mejor que pudo en el lenguaje sencillo común a los grandes simios y a los pequeños simios, y a los monitos y a su primo Tongani, el babuino, y a su amigo Tarzán, el monito narró todo lo que había presenciado desde que se había encontrado con los waziri en la jungla.

El hombre mono entonces dio media vuelta y echó a andar de nuevo hacia la aldea de los bukena. No preguntó a Nkima por qué no se lo había dicho antes porque lo sabía muy bien; tampoco regañó al monito, ni le reprochó nada, pues sabía que no serviría de nada. El pequeño Nkima siempre sería un mono; había nacido así y nunca tendría la mente de un hombre, aunque en otros muchos aspectos fuera más admirable que el hombre.

No hacía mucho rato que el sol estaba bajo cuando Tarzán llegó a la aldea. Desde un árbol alto situado en el borde del claro contempló la escena que se desarrollaba detrás de la empalizada. Vio que había mucha gente

allí, mucha más que antes, y supuso que se habían reunido para celebrar una fiesta. Pero su conocimiento de las costumbres de los negros le indicaba que no sería aquella noche. Sin duda estaban esperando a otros que llegarían por la mañana; tal vez la fiesta sería entonces, y supuso que se reservaban a los waziri para sacrificarlos en esa ocasión.

Cuando se precisa osadía, el hombre mono actúa con osadía. No le anima ningún espíritu de bravuconería, y cuando no se enfrenta con alguna emergencia, sus actos reflejan sólo la cautela y la precaución de las bestias salvajes que, impulsadas por el instinto, evitan todos los riesgos y peligros innecesarios.

Esa noche razonó que si los waziri ya estaban muertos no conseguiría nada entrando en el *craal* de los bukena; si aún vivían, existían pocas probabilidades de que les hicieran daño antes de la noche siguiente; pero si estaba equivocado y esa noche era la noche prevista para su destrucción, lo sabría con tiempo, pues los sacarían al aire libre donde los torturarían y matarían para enseñanza de los bukena allí reunidos. Entonces él tendría que hacer algo; entretanto, se acercaría adonde pudiera ver y oír lo que ocurría en la aldea.

—Tarzán entra en la aldea —susurró a Nkima—. Si Nkima viene, no hará ruido. ¿Lo entiende bien Nkima?

—Nada de ruido, nada de hablar —repitió obediente el mono.

Avanzando en silencio por los árboles, Trazan dio la vuelta a la aldea, y cerca, tan silencioso como él, avanzaba el pequeño Nkima.

Al fin llegaron al otro lado de la parte posterior del *craal*. Aquella parte de la aldea parecía oscura y desierta, pues todos se hallaban congregados en la calle ancha ante la choza de Udalo, el jefe.

Tarzán se dejó caer al suelo y se dirigió hacia la empalizada. Cuando se encontró a unos pasos de ésta, echó a correr ágilmente, dio un salto en el aire y subió por la barrera con la agilidad del pequeño Nkima, que le seguía de cerca.

Luego los dos se dejaron caer en silencio a las sombras, entre las chozas de la parte posterior de la aldea.

Arrastrándose con sigilo, haciendo tan poco ruido como la sombra de una sombra, los dos avanzaron hacia la choza del jefe. Separados biológicamente por incontables eras, uno un monito y el otro un noble de Inglaterra, había sin embargo poca diferencia en el modo en que atravesaron la noche y se subieron al árbol que daba sobre la choza de

Udalo.

Cuando Tarzán miró de cerca a los negros, que bailaban y gritaban, se dio cuenta de que habían estado bebiendo de su cerveza con demasiada generosidad, y supo que en estas circunstancias podía suceder cualquier cosa.

Un negro fornido, medio borracho, estaba arengando a Udalo. Era evidente que el hombre era un subjefe de otra aldea.

—Trae a los kavuru —dijo—; déjanos echarles un vistazo. Les dejaremos probar lo que les pasará mañana por la noche.

—Los otros no han llegado —apuntó Udalo—. Debemos esperar al resto de la tribu.

—Tráelos —pidió otro—; no les hemos visto. Queremos ver a los kavuru que nos roban a nuestras muchachas.

—Tráelos —gritó una mujer—. Robaron a mi hija; déjame que les queme los ojos con un carbón ardiendo, para que sufran lo que yo he sufrido.

Entonces Tarzán oyó la voz de una niña.

—No hagáis daño a los waziri —dijo—; son amigos de Trazan, y Tarzán es amigo de los bukena. Me salvó de los kavuru y me trajo a la aldea.

—No puedes confiar en los kavuru ni en un demonio —aseguró Udalo. Se volvió hacia unos guerreros—. Traed a los prisioneros —dijo—. Pero procurad que no mueran esta noche.

Tarzán de los Monos ya estaba en el suelo, detrás de la choza del jefe. Esto era una emergencia. Todo peligro, todo riesgo, ha de ser encarado sin vacilación, con atrevimiento, a la manera del Señor de la Jungla.

Se dirigió a toda prisa a la choza donde había estado confinado, y cuando se inclinó y entró, su sensible olfato le indicó que los waziri estaban allí.

—Silencio —susurró—; soy yo, Tarzán. Vienen por vosotros. Os cortaré las ataduras. Nos echaremos sobre los guerreros que vengan y les quitaremos las armas; atadles y amordazadles, y que no hagan ningún ruido. Después, llevadlos a donde Tarzán os guíe, en la parte posterior de la choza del jefe.

Trabajaba deprisa mientras hablaba, y cuando llegaron los tres guerreros en busca de los prisioneros, todos ellos estaban libres y aguardando: esperaban en silencio en la oscuridad.

XV

UN TROZO DE TELA

QUE NO se os meta en la cabeza que vais a colgarme. —El tono de Brown era desafiante, ya Jane le sonó como el desafío de un hombre culpable, y sin embargo no podía creer que hubiera sido él quien había matado a la princesa Sborov.

—No colgaremos a nadie —dijo—. No podemos tomarnos la ley por nuestra cuenta. Todos debemos ser igualmente sospechosos hasta que un tribunal de justicia debidamente constituido determine nuestra culpabilidad o inocencia. Sólo podemos hacer una cosa: debemos tratar de llegar hasta la autoridad civilizada establecida más próxima, contar nuestra historia y dejar que la ley siga su curso.

—Estoy de acuerdo con usted, milady —dijo Tibbs.

—Bueno, yo no —gruñó Alexis—. No sería seguro viajar por este país solitario con un asesino que podría fácilmente matarnos a todos y deshacerse así de todos los testigos que podrían declarar contra él.

—¿Y qué sugieres? —preguntó Jane.

—Que dejemos aquí al asesino, vayamos al puesto más cercano, informemos del asunto y dejemos que las autoridades detengan al culpable y le arresten.

Jane meneó la cabeza.

—Pero no sabemos quién es el asesino. A los ojos de la ley, todos somos sospechosos por igual. No, lo único adecuado es encontrar un magistrado o un comisario, contarle nuestra historia y solicitar una investigación.

—A mí no me parece bien —dijo Brown—. No tendría ni una probabilidad de salvarme, en uno de estos puertos extranjeros. A cualquiera en Europa un americano le es útil, pero seguro que se inclinan ante los títulos. ¿Qué oportunidades tendría un americano sin dinero contra un príncipe con millones? No, señorita, nadie meterá mi cuello en un nudo

corredizo.

—¿Lo ves, Jane? —dijo Alexis—, prácticamente está admitiendo su culpabilidad. Un hombre inocente no tendría miedo de ser juzgado.

—Oiga, señorita —dijo Brown, volviéndose a Jane con aire suplicante —, todavía no me he cargado nunca a nadie, pero si no quiere que haya otro muerto por aquí, haga que ese bobo cierre la boca y la mantenga cerrada.

—Entonces, ¿no viene con nosotros, Brown? —preguntó Jane—. Me parece una tontería.

—Puede que sea una tontería, señorita, pero no quiero arriesgarme con ningún tribunal extranjero. Un tribunal inglés podría estar bien, pero no estamos en territorio inglés. No, vine aquí con esta gente con la esperanza de conseguir esa fórmula de la juventud perpetua. En casa valdría millones; y ahora que estoy aquí, voy a seguir adelante e intentaré encontrarla. No sé cómo, pero voy a intentarlo.

—Somos tan pocos —dijo Jane—, y estamos tan mal armados que realmente deberíamos seguir juntos, al menos hasta que encontremos nativos amistosos.

—No tenía intención de dejarla en la estacada, señorita —dijo el piloto —. Me quedaré hasta que usted y Annette se encuentren a salvo.

—Estaba segura de que lo haría, Brown; y ahora que está todo arreglado, tenemos algo que hacer… un deber muy desagradable. Hay que enterrar a la princesa. Supongo que los hombres tendrán que cavar la tumba.

La única herramienta que tenían para cavar era el hacha que habían utilizado para matar a la princesa, y así la tarea, que ya de por sí era bastante pesada, lo fue muchísimo más.

Mientras uno de los hombres desmenuzaba la tierra con el hacha, los otros dos la sacaban con las manos; y mientras los hombres estaban ocupados con esta tarea, Jane y Annette prepararon el cuerpo lo mejor que pudieron para ser enterrado, envolviéndolo en prendas de vestir de la víctima que cogieron de su equipaje.

Annette no dejaba de llorar; pero Jane, aunque creía que sentía la pérdida infinitamente más que la doncella francesa, permanecía con los ojos secos. Tenía trabajo que hacer, un deber que cumplir, y no podía permitir que su tristeza personal interfiriera.

Cuando todo estaba preparado y el cuerpo metido en la tumba. Jane

recitó todo lo que recordaba de los funerales, mientras los demás permanecían de pie con la cabeza baja, los hombres con la cabeza descubierta.

—Creo —dijo Jane, cuando todo hubo terminado y la tumba estuvo tapada— que sería mejor que levantáramos el campamento inmediatamente; no creo que nadie quiera quedarse aquí.

—¿Tienes algún plan? —preguntó Alexis—. ¿Sabes adónde vamos?

—Sólo podemos hacer dos cosas —dijo Jane—. Una es seguir este sendero hacia el oeste, y el otro es seguirlo hacia el este. Lanzar una moneda al aire podría decidirlo de forma tan inteligente como cualquiera de nosotros. Como no sabemos dónde estamos, es imposible saber en qué dirección se encuentra la aldea amistosa más cercana. Personalmente, preferiría ir hacia el este, porque allí está la región con la que estoy familiarizada, la región donde tengo a muchos amigos entre los nativos.

—Pues, vayamos hacia el este —concluyó Brown—. Usted es el jefe; se hará lo que usted diga.

—Dudo de la prudencia de tu decisión. Jane —dijo Alexis—. El Congo Belga debe de estar hacia el oeste, si no estamos ya en él, cosa que creo. Yen ese caso, encontraremos civilización antes si vamos en esa dirección.

—Eso como mucho es una conjetura, Alexis —aseguró Jane—. Realmente no importa mucho en qué dirección vayamos. Votemos. ¿Tú qué opinas, Tibbs?

—Yo… ejem… le ruego me disculpe, milady, yo votaré lo que vote la mayoría.

—Es usted de mucha ayuda —dijo Brown.

—¿Y tú, Annette? —preguntó Jane.

—Oh, si usted y Brown desean ir hacia el este, yo también deseo ir hacia el este.

—Entonces, hecho —dijo Jane—; vamos hacia el este.

—Yo me opongo —se quejó Alexis—. Como jefe financiero de la expedición, el que ha pagado y debe pagar las facturas, creo que se debería tener un poco de consideración a mis deseos.

—Alexis —dijo Jane—, lo pones muy dificil. Igual que el resto, tendrás que seguir mis órdenes, o cuando tengas dudas, aceptar la voluntad de la mayoría. En cuanto a financiar la expedición, todos tenemos los recursos necesarios si queremos emplearlos, y no es dinero: es cooperación y lealtad, valor y resistencia.

Alexis la había estado observando con atención mientras hablaba, y de pronto su actitud cambió.

—Lo siento, Jane —apuntó—. He hablado sin pensar. Debes comprender que estoy terriblemente alterado por lo ocurrido. He perdido a mi querida esposa, y estoy destrozado.

Brown se apartó, indignado, y se tapó la nariz con el pulgar y el índice.

—De acuerdo, Alexis —dijo Jane—. Ahora, vamos a recoger los artículos necesarios que podamos llevar encima y nos iremos.

—¿Y el desayuno? —preguntó Brown.

—Oh, lo había olvidado por completo —comentó Jane—. Bueno, tendrá que ser otra vez carne de antílope.

—No creo que pueda probar bocado —dijo Annette a Brown.

—Oh, sí que podrás, muchacha —replicó el piloto—. Tienes que comer quieras o no. Probablemente nos esperan muchos días muy duros y tenemos que conservar las fuerzas.

—Lo intentaré —dijo ella—, por ti.

Él le dio un apretón en el brazo.

—Y, por cierto —dijo él—, tú no crees que lo he hecho yo, ¿verdad?

—No, señor Brown, no lo creo.

—Eh, ahórrate lo de señor, nena.

—De acuerdo… Neal, pero no entiendo cómo lo ha podido hacer él; no entiendo cómo un hombre puede matar a su esposa. Ella era una dama muy agradable.

—Sí, estaba un poco loca, pero estaba bien. Era mucho mejor que él. En realidad, la vieja se mató ella misma.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo podría matarse de una forma tan horrible con un hacha?

—Bueno, lo hizo cuando le dijo que iba a cambiar su testamento.

—¡Oh! Qué hombre tan horrible.

—He sabido de tipos a los que se han cargado por menos de lo que este tipo recibirá —dijo Brown—. En la tierra de la libertad y el hogar de los valientes puedes encargar que lo hagan con cualquiera por cien pavos.

—¿Cien pavos? ¿Qué es un pavo? No conozco muy bien tu idioma.

—Ya lo he observado, nena, pero no te preocupes; yo te lo enseñaré.

—Ahora he de ir a cocinar la carne para el desayuno —dijo Annette—. A ver si puedes cortarme unos trozos de las patas traseras.

—Claro. —El piloto se palpó los bolsillos—. ¿Dónde está mi cuchillo?

Ah' sí, ya recuerdo —y se volvió a Jane—. Eh, señorita —gritó—, déjeme mi cuchillo, si ya no lo necesita.

—Usted no tiene ningún cuchillo —se rió Jane—, pero le prestaré el mío.

Brown se frotó la barbilla.

—Está bien; perdí, ¿verdad?

Mientras Annette cocinaba el antílope, los otros se dedicaron a elegir cosas que les parecía que podrían necesitar y llevarse. Tibbs estaba ocupado volviendo a hacer maletas según instrucciones de Alexis. Jane reunió las armas y luego ató una bolsita al cinturón que le sujetaba los pantalones cortos. Era una bolsa como la que utilizan las mujeres para llevar el dinero, las llaves, el carmín y cosas así. Aparte de esto y de sus armas, Jane no se llevó nada más que lo que llevaba puesto.

Brown, que llevaba botas de aviador, decidió llevarse un par de zapatos de más y varios pares de calcetines. También embutió el contenido de un cartón de cigarrillos en sus diversos bolsillos y en su camisa. Estas cosas, con un suministro de cerillas y la fatídica hacha, constituían todo su equipo. Conocía las dificultades añadidas que suponía llevar demasiado equipaje.

Mientras Annette asaba la carne sobre las brasas, sus ojos se vieron atraídos por algo en el borde del fuego, entre las cenizas que se enfriaban.

Era un trocito de tejido quemado en el que quedaban unos botones. Con un trozo de palo le dio la vuelta. Como había estado plano en el suelo cerca del fuego, la parte de debajo del tejido no estaba quemado y quedaban el color y el dibujo.

Sus ojos lo reconocieron, después, los entrecerró contemplando pensativa su hallazgo.

Brown se acercó al fuego.

—Terminaré yo la carne —dijo—. Tú ve a recoger lo que quieras llevarte.

—No sé qué llevarme —comentó la muchacha—. No puedo coger muchas cosas.

—Coge lo que necesites, nena —dijo—. Te ayudaré a llevar lo. Llévate otros zapatos si los tienes y muchos calcetines y prendas de abrigo. Si no me equivoco, vamos a necesitar muchos zapatos y calcetines, en especial tú. Las prendas que llevas no están hechas para andar por aquí.

—Tengo dos pares de zapatos planos —dijo la muchacha.

—Entonces tira esas cosas y coge los planos.

—De acuerdo —respondió ella—. Iré a recoger mis cosas. Mientras estoy fuera, tal vez te guste mirar esto —y tocó el trozo de tejido quemado con el palo que tenía en la mano.

Brown lo recogió y lo miró; después lanzó un silbido y alzó los ojos hacia el príncipe Alexis Sborov. Annette se alejó para preparar su hatillo. Tibbs aún estaba ocupado preparando sus cosas. Jane estaba sentada en un tronco medio podrido, absorta en sus pensamientos. Brown silbaba; parecía muy complacido por algo. Después miró a los otros.

—Venid a comer —gritó.

—Perdone —dijo Tibbs—, ¿comer qué?

—Bistec de pobre —explicó Brown.

—¡Bistec de pobre! —exclamó Sborov.

Jane se levantó.

—Supongo que es comida —dijo—, y al fin y al cabo tengo hambre. No creía que fuera a tener hambre.

Todos se reunieron en torno al fuego donde Brown había dejado tiras de carne cocida sobre un lecho de pequeños tallos limpios cerca de las brasas.

—Vengan, señores, adelante —llamó Brown.

—Tibbs —dijo Alexis—, coja para mí un trozo no demasiado crudo ni demasiado hecho.

Brown levantó la mirada con desagrado no disimulado. Clavó un palo en un trozo de carne y se lo arrojó a Alexis.

—Tenga, Napoleón —dijo—, lamento que no tengamos platos de oro, pero el guardián de la despensa imperial ha huido de nosotros y nadie más tiene llave.

Alexis echó a Brown una mirada venenosa, pero cogió el trozo de carne, que tenía un aspecto lamentable, y le dio un bocado.

—Esto es terrible —aseguró—. Por fuera está quemada y por dentro cruda. Mi estómago no soportará este tipo de cocina. No lo comeré.

—¡Bueno, qué pena! —exclamó Brown—. Todos vamos a llorar.

—Será mejor que te lo comas, Alexis —dijo Jane—. Antes de que anochezca tendrás mucha hambre.

—Tibbs me preparará la comida después —dijo Alexis con altivez—. Comeré aparte.

—Por mí, encantado —le tranquilizó Brown—. Y cuanto más lejos, mejor.

—Vamos, vamos —dijo Jane—, no empecéis otra vez; ya es suficiente.

—De acuerdo, señorita —accedió Brown—, pero me gustaría preguntarle algo al gran duque. He observado que se ha cambiado de chaqueta. Anoche llevaba una muy bonita, y he pensado que si no va a utilizarla más, me gustaría comprársela; es decir, si no le ha pasado nada.

Alexis levantó la mirada con rapidez y palideció.

—No vendo mi ropa vieja —dijo—. Cuando ya no la quiera usar más, se la regalaré.

—Qué amable de su parte —dijo Brown—. ¿Puedo verla ahora? Me gustaría saber si me va bien.

—Ahora no, amigo; está en el equipaje, con las otras cosas.

—¿Toda? —preguntó Brown.

—¿Toda? ¿Qué quiere decir? Claro que está toda en el equipaje.

—Bueno, aquí hay un trozo que olvidó, señor. —Y Brown sostuvo en alto el resto chamuscado de la manga con los tres botones que aún quedaban en él.

El rostro de Sborov adquirió un tono fantasmal; sus ojos se quedaron fijos en el trozo de tela, pero casi con igual rapidez recuperó el control de sí mismo.

—¿Se trata de humor americano? —preguntó—. Esa cosa no me pertenece.

—Se parece mucho a la chaqueta que llevaba usted anoche —dijo Brown—. Annette también lo cree; pero Tibbs debería saberlo, él es su ayuda de cámara. ¿Lo ha visto antes, Tibbs?

El hombre tosió.

—Yo… esto…

—Acérquese y mírelo bien —dijo Brown.

Tibbs se acercó y examinó el trozo de tejido con atención; le dio vueltas y limpió las cenizas de los botones.

—¿Cuándo lo vio por última vez, Tibbs? —preguntó Brown.

—Yo… realmente… —Miró con aprensión a Sborov.

—Eres un mentiroso, Tibbs —gritó el príncipe—. Yo nunca he tenido una chaqueta así; nunca la había visto. No es mío, se lo digo.

—Tibbs no ha dicho nada de nada —le recordó Brown—; no ha abierto la boca más que para decir «Yo… esto…». No ha dicho que pertenecía a su chaqueta, pero lo va a decir, ahora, ¿verdad, Tibbs?

—Se parece mucho, señor —respondió el inglés—. Por supuesto, no lo

juraría, pues está muy quemado.

Brown desvió la mirada hacia Alexis.

—La sangre debió de salpicarle un poco cuando la golpeó.

—¡Cállese! —gritó Alexis—. Dios mío. No la toqué, se lo aseguro.

—Dígaselo al juez —dijo Brown—. Será mejor que guardes esa prueba, Annette —añadió—; al juez también le gustará verla.

Alexis había recuperado enseguida el control de sí mismo.

—Pertenecía a mi chaqueta —afirmó—; alguien la robó de mi equipaje. Es lo que en América llaman una trampa.

—Dejemos todo este terrible asunto a los tribunales —dijo Jane—. No nos incumbe a nosotros decidir, y seguir insistiendo en ello sólo hace más amarga nuestra situación.

Brown asintió.

—Supongo que tiene razón, señorita, como de costumbre.

—Muy bien, pues. Si todos habéis terminado de comer, nos marcharemos. He dejado una nota clavada en el refugio para contar el accidente e indicar la dirección que tomamos. También doy los nombres de todos los del grupo, sólo por si se diera la remota casualidad de que alguien pasara por aquí algún día, algún cazador blanco que podría llevar nuestro mensaje en caso de que nosotros nunca lo consiguiéramos. ¿Estáis todos preparados?

—Sí —dijo Alexis—. Tibbs, mi equipaje.

Tibbs se dirigió hacia donde estaban apiladas su pequeña bolsa, una gran Gladstone y dos maletas.

—¿Dónde está tu equipaje, Jane? —preguntó Alexis—. Brown podría llevártelo.

—Yo llevaré lo mío —respondió Jane—, lo poco que me llevo.

—Pero si no llevas nada.

—Llevo lo necesario. No vamos a hacer un viaje de lujo.

Todos estaban de pie en silencio, observando a Tibbs tratando de coger las cuatro piezas.

—Lo siento, señor —dijo—, pero si me permite el atrevimiento de decirlo, me parece que no puedo llevarlo todo.

—Bueno, deja que Annette coja esa pequeña bolsa tuya. Sin duda deberías poder apañártelas con esas tres piezas. He visto porteadores llevar el doble.

—No a través de África —replicó Jane.

—Bueno —dijo Alexis—, sólo he cogido lo que realmente necesito; he dejado casi todas mis cosas.

Tibbs tendrá que apañárselas como pueda. Si Brown fuera como debe ser le ayudaría.

Brown había precisado de toda su fuerza de voluntad para permanecer callado, y explotó.

—Oiga, señor —apuntó—, no voy a llevar nada suyo, y Annette tampoco, y si Tibbs lo hace es que es absolutamente tonto.

—Me parece que estoy de acuerdo con usted, señor Brown —dijo Tibbs, y dejó caer las tres piezas de equipaje.

—¿Qué? —preguntó Alexis—. ¿Te niegas a llevar mi equipaje? Maldito advenedizo, te voy a…

—No, señor, no me hará nada —dijo Tibbs—. Sé lo que va a decir, señor, si me permite el atrevimiento de decirlo; pero no será necesario, señor. —Se irguió con altivez y dijo—: Presento mi dimisión, señor; dejo de ser su empleado, inmediatamente.

—Lady Greystoke —dijo Alexis con gran dignidad—, has asumido el mando aquí. Te exijo que obligues a esta gente a llevar mi equipaje.

—Ni hablar —dijo Jane—. Coge un par de zapatos de repuesto y unos cuantos calcetines y lo que puedas llevar encima, y síguenos. No podemos perder más tiempo aquí.

Y así el infeliz grupo emprendió el camino hacia el este. Sólo tenían dos opciones, y habían elegido mal, pero por fortuna no podían conocer los peligros y terrores que les aguardaban en el camino hacia el este.

XVI

EL MENSAJE

LOS TRES guerreros bukena se introdujeron en la choza donde Tarzán y los diez waziri les estaban esperando en silencio.

Cuando el último hubo entrado, Tarzán saltó sobre él. Unos dedos potentes se cerraron en torno a la garganta del tipo, y al mismo tiempo los otros dos fueron abatidos por Muviro y un par de guerreros No se oyó ningún grito; sólo el ruido ahogado de los pies de los hombres que luchaban, y sólo por unos instantes.

Rápidamente ataron y amordazaron a los tres; luego, los waziri, con Tarzán a la cabeza, les llevaron al árbol que había junto a la choza del jefe, donde una esquina de ésta les ocultaba a la vista de los nativos ebrios reunidos en la calle, delante.

Tarzán se echó uno de los guerreros al hombro y se subió al árbol; luego, después de haber depositado su carga a salvo, donde no pudiera caer, los waziri le pasaron los otros dos.

Llevó a sus víctimas más arriba entre el espeso follaje, donde no fueran visibles desde el suelo, y los dejó uno aliado de otro sobre una enorme rama que se proyectaba sobre los negros reunidos abajo.

Tarzán pasó su cuerda por las ataduras que rodeaban los tobillos de uno de los prisioneros.

Luego quitó la mordaza de la boca de uno de ellos y lo descendió, de cabeza, hacia el suelo, pero antes de que la cabeza del nativo atravesara el follaje y apareciera a la vista de los que se encontraban abajo, Tarzán lanzó el grito de advertencia del simio macho. Al instante los que danzaban se detuvieron, los nativos miraron alrededor con evidente terror, pues el grito había sonado muy cerca; les parecía que estaba a su lado, pero no habían podido localizarlo.

Siguió el silencio; y entonces, entre el follaje del árbol, apareció la cabeza de uno de sus compañeros y su cuerpo descendió lentamente.

Los negros ya estaban al borde del pánico, pues éste era un suceso misterioso, sobrenatural, para el que no podían encontrar explicación en su experiencia pasada; sin embargo vacilaron, quizá fascinados y momentáneamente incapaces de moverse.

La profunda voz resonó por encima de sus cabezas.

—Soy Tarzán de los Monos. Contemplad a los que querían hacer daño a Tarzán o a sus waziri. Abrid las puertas de la aldea y dejad que mi gente se vaya en paz, o muchos de vosotros moriréis a manos de Tarzán.

La víctima que colgaba cabeza abajo al fin pudo hablar.

—Abrid las puertas —gritó—. Dejadles ir antes de que me maten.

Los negros aún vacilaban.

—No queda mucho tiempo —dijo Tarzán, y entonces empezó a izar al guerrero.

—¿Prometes que ninguno de nosotros recibirá daño si abrimos las puertas? —preguntó Udalo.

—Nadie resultará dañado si abrís las puertas, nos dejáis marchar en paz y devolvéis sus armas a mis waziri.

—Así lo haremos —dijo Udalo—. Id a buscar las armas de los waziri, abrid las puertas; que se marchen y puede que no regresen nunca.

Tarzán terminó de izar al guerrero en el árbol y lo dejó al lado de sus compañeros.

—Quedaos quietos —les advirtió— y no mataré a nadie. —Entonces saltó al suelo y se reunió con los waziri.

Sin miedo alguno dieron la vuelta a la choza y los negros, temerosos, les abrieron paso. Unos niños se acercaron tímidamente con las armas, pues los guerreros no se habían atrevido a hacerlo. Las puertas se abrieron y Tarzán condujo a sus waziri hacia ellas.

—¿Dónde están mis tres guerreros? —preguntó Udalo—. No has cumplido tu palabra.

—Encontrarás a tus tres guerreros vivos en el árbol que hay junto a tu choza —respondió el hombre mono. Se paró y se volvió hacia el jefe—. Y ahora, Udalo, cuando vengan extraños a tu *craal*, trátales bien, y en especial a Tarzán y a los waziri.

—Un instante después la negra noche de la jungla se los tragó tras la empalizada.

La pequeña Naika, la hija de Gupingu, el hechicero, danzaba dando saltos y batiendo palmas.

—¡Es él! —gritó—. Es el guerrero blanco que me salvó. Me alegro de que él y sus waziri se hayan marchado antes de que les matáramos. Te dije que no lo hicieras.

—Cállate —ordenó Udalo—, y vete a tu choza. No quiero oír hablar nunca más de ese hombre blanco.

—Creía que era el fin —dijo Muviro cuando cruzaban el claro hacia la jungla.

—Gracias a la mala memoria de Nkima estuvisteis muy cerca del fin —observó el hombre mono. Entonces profirió una extraña nota, y de la negrura de los árboles de la jungla llegó una respuesta.

—Aún está aquí —dijo el hombre mono a Muviro.

—Deprisa, deprisa —gritó el mono—. El pequeño Nkima está peleando con Sheeta, la pantera; le está pegando en la cabeza con un palo, le está pegando en la nariz. Sheeta está muy asustada.

Tarzán sonrió y avanzó despacio por la jungla, y cuando llegó debajo del primer árbol, el monito se dejó caer sobre su hombro.

—¿Dónde está Sheeta? —preguntó Tarzán.

—El pequeño Nkima le ha golpeado tan fuerte en la cara que se ha marchado corriendo.

—El pequeño Nkima es muy valiente —dijo el hombre mono.

—Sí —respondió el mono—, el pequeño Nkima es un poderoso luchador, un poderoso cazador.

Tarzán y los waziri al día siguiente se dirigieron lentamente hacia el norte, descansando a menudo, pues estos últimos sufrían los efectos de la droga que Gupingu, el hechicero, les había administrado. Finalmente, cuando Tarzán se dio cuenta de su estado, ordenó una parada y el grupo preparó un campamento en la orilla de un río.

Como el tiempo nunca había sido importante para el hombre mono, los retrasos, salvo en casos de emergencia inmediata, no le preocupaban. Esperaría allí un día, dos días, o todos los días que fueran necesarios para que sus guerreros se recuperaran; tampoco les dejaría mientras necesitaran que alguien cazara por ellos. De modo que les hizo descansar mientras él buscaba comida.

Al día siguiente de haber abandonado la aldea de Udalo, un guerrero solitario entró trotando en el claro y se acercó a las puertas del *craal*. La pluma blanca de los waziri ondeaba sobre su cabeza, y en su mano llevaba un palo partido, en cuyo extremo había un sobre insertado.

Cuando los guerreros se reunieron con él en las puertas, pidió ver al jefe y le llevaron ante Udalo, pero no sin recelos, pues guardaba un gran parecido con los diez prisioneros que se habían escapado.

Udalo miró hoscamente al guerrero.

—¿Quién eres? —preguntó—, ¿y qué quieres de la aldea de Udalo?

—Soy waziri —respondió el hombre—. Traigo un mensaje para el gran bwana, Tarzán. El sol ha salido muchas veces desde que se fue de su región para venir aquí en busca de los kavuru. Yo he venido para traerle este mensaje. ¿Está aquí?

—Ha estado aquí, pero se ha marchado —dijo Udalo, hosco.

—¿Cuándo se marchó, y en qué dirección? —preguntó el mensajero.

—Se marchó ayer con diez guerreros waziri. Tomaron el sendero hacia el norte. ¿Les seguirás?

—Sí.

—Te daré comida antes de que te vayas, y cuando encuentres a Tarzán, dile que Udalo te trató bien. —En el corazón de Udalo, el jefe, anidaba el temor del Señor de la Jungla.

Era mediodía del día siguiente. Los waziri descansaban en su campamento junto al río. Tarzán estaba en cuclillas en la base de un árbol confeccionando flechas para su carcaj. El pequeño Nkima estaba posado en uno de sus hombros, ocupado en aquel secular pasatiempo simiesco de buscarse pulgas en la barriga. Estaba sumamente satisfecho.

Después el hombre mono alzó la cabeza y miró hacia el sur, donde el sendero desembocaba en el claro donde habían acampado.

—Viene alguien —dijo.

Los waziri se agitaron. Algunos de ellos cogieron sus armas e hicieron ademán de ponerse en pie, pero Tarzán les tranquilizó.

—No hay peligro —dijo—, sólo es uno. Viene con atrevimiento, no con sigilo.

—¿Quién puede ser? —preguntó Muviro—. No hemos visto a nadie en esta solitaria región desde que salimos de la aldea de los bukena.

El hombre mono se encogió de hombros.

—Tendremos que esperar —dijo— hasta que nuestros ojos nos lo digan, porque viene en la dirección del viento.

El pequeño Nkima, reparando en la actitud atenta de los otros, abandonó la búsqueda de un ejemplar particularmente notable y, siguiendo el ejemplo de los waziri, se quedó mirando fijamente hacia el sur.

—¿Viene alguien? —preguntó a Tarzán.

—Sí.

El pequeño Nkima se deslizó rápidamente por la espalda de Tarzán y atisbó con ansia por su hombro izquierdo.

—¿Viene algo a comerse al pequeño Nkima? —preguntó.

Levantó la mirada hacia el árbol que tenía detrás, calculando la distancia que había hasta la rama más baja, y debatió en su pequeña mente si era prudente esconderse. Sin embargo, como se sentía razonablemente a salvo en el santuario donde se encontraba, se quedó donde estaba, y un momento después un guerrero solitario entró trotando en el claro. Al ver al grupo allí acampado, expresó su placer con una serie de gritos salvajes, y los waziri le devolvieron su saludo con amabilidad, pues era el corredor que llevaba un mensaje para Tarzán.

Cuando se acercó con el mensaje en el palo partido para entregárselo a Trazan, el pequeño Nkima demostró gran interés, y cuando el mensaje le fue entregado a su amo, cogió el palo y se puso a parlotear y a chillar cuando Tarzán le quitó el sobre.

El hombre mono sacó el mensaje y tiró el sobre al suelo; el pequeño Nkima se lanzó a él y se dedicó a la inútil empresa de hacerlo permanecer recto en el extremo del palo con que el mensajero lo había traído.

Los waziri observaron expectantes a Trazan mientras leía el mensaje, pues las misivas entregadas en las profundidades de la jungla eran poco frecuentes.

Mientras leía, el semblante de Tarzán se ensombreció, y cuando hubo terminado se volvió a Muviro.

—¿Son malas noticias, bwana? —preguntó preocupado el negro.

—La mem-sahib partió de Londres en dirección a Nairobi en aeroplano —explicó—, eso fue justo antes de la gran tormenta. ¿Recuerdas, Muviro, que después de que estallara la tormenta oímos un aeroplano que volaba en círculos?

—Sí, bwana.

—Entonces creímos que se hallaba en gran peligro. Quizá era el aparato en el que viajaba la mem-sahib.

—Se alejó —le recordó Muviro— y no volvimos a oír lo. Quizá siguió hasta Nairobi.

—Quizá —dijo el hombre mono—, pero fue una tormenta muy fuerte y el piloto estaba perdido. O eso o tenía problemas y estaba buscando un

lugar donde aterrizar; de lo contrario no habría estado volando en círculos.

Durante un rato Tarzán se quedó sentado pensando, y después Muviro rompió el silencio.

—¿Volverás enseguida a Nairobi, bwana? —preguntó.

—¿De qué serviría? —respondió el hombre mono—. Si llegaron a Nairobi, están a salvo. Si no llegaron, ¿dónde podría buscar les? En una hora un aeroplano podría llegar más lejos de lo que se podría hacer por tierra en un día; quizá, si tuvieron problemas, volaron durante muchas horas después de que los oyéramos antes de aterrizar; y si el piloto estaba perdido, no hay modo de saber en qué dirección fue. Lo más probable es que nunca lo encontrara; y aunque lo hiciera, sería demasiado tarde. También podría ser que hubiera ido hacia adonde vamos ahora o no.

—Entonces, ¿podemos seguir buscando a mi hija. Buira? —preguntó Muviro.

—Sí —dijo Tarzán—. En cuanto hayáis descansado y estéis bien de nuevo, seguiremos hacia la región de los kavuru.

El pequeño Nkima estaba cada vez más nervioso e irritable. A pesar de todos sus esfuerzos, el sobre no se quedaba recto en el extremo del palo. Parloteaba y chillaba, pero todo era en vano; y entonces Tarzán reparó en él, le cogió el palo e insertó el sobre.

Nkima le observó atentamente, con la cabeza ladeada. Tarzán repitió la operación varias veces, y después entregó el sobre y el palo a Nkima.

Imitador experto, el mono hizo todo lo que había visto hacer a Tarzán, y después de unos cuantos intentos logró insertar el sobre en el extremo del palo.

Su logro le llenó de entusiasmo y orgullo. Chillando con excitación, saltó de waziri en waziri hasta que todos hubieron examinado la maravilla que el pequeño Nkima había realizado; su excitación tardó en calmarse, y en la excitación de su animación fue corriendo por los árboles aferrando con fuerza el palo que tenía el sobre en la punta.

Tarzán y los waziri se reían de su hazaña.

—El pequeño Nkima está orgulloso porque ha aprendido un nuevo truco —explicó uno.

—Ahora se cree un gran hechicero entre los monos —dijo Muviro.

—Es como muchas de las cosas inútiles que el hombre aprende —aclaró Tarzán—. Nunca le harán ningún bien a él ni a nadie; pero si le hace feliz, eso basta.

Los waziri descansaron durante tres días más, y entonces Muviro dijo que estaban listos para proseguir hacia el norte.

Entretanto, Tarzán había enviado al corredor de nuevo a Nairobi con un mensaje para Jane y otro para las autoridades, para pedirles que efectuaran una búsqueda del aparato en el caso de que no hubiera llegado ya.

El pequeño Nkima seguía intrigado por este nuevo logro. Se pasaba una hora seguida sacando el sobre del palo y volviéndolo a poner en él, y no permitía que nadie se lo tocara. Adonde fuera se llevaba consigo el palo y el sobre.

Como había estado varios días en este campamento y no había visto ningún peligro, Nkima, siempre inquieto, había adquirido la costumbre de alejarse cada vez más. Encontró algún otro monito de su especie con el que trató de hacerse amigo, pero sólo lo logró en parte; los machos le enseñaban los dientes y le chillaban, y a veces, cuando se acercaba demasiado, le perseguían para hacerle huir. Pero aunque el palo y el sobre le estorbaban, siempre conseguía esquivar los, pues Nkima era experto en escapar del peligro.

Sin embargo, hubo una monita que no le enseñó los dientes ni le chilló. Aunque a Nkima le costó encontrarla sola sin un viejo macho cerca, y los viejos machos pueden ser muy desagradables.

El último día en el campamento tuvo más suerte: la descubrió a poca distancia de sus compañeros.

La joven dama era tímida; no hizo que se fuera, sino que obligó a Nkima a realizar una alegre persecución por los árboles. Era divertido, y se lo estaban pasando muy bien; ella no intentaba escapar de Nkima ni él tenía intención seria de capturarla, pues sabía que al final ella se pararía y le dejaría acercarse.

Y así, sin pensar en el tiempo, la dirección o la distancia, fueron saltando de árbol en árbol, una monita y Nkima con su palo y su sobre.

Se lo pasaban muy bien y se entendían perfectamente, al final la damita se paró en una ancha rama. Para sellar su amistad, cada uno buscó lo que pudiera encontrar en la cabeza del otro, y sin duda este acto es casi la última palabra en intimidad, la prueba final de confianza y amistad.

Eran muy felices y sólo una vez una sombra enturbió momentáneamente esta felicidad. Fue cuando la joven dama intentó arrebatarle el palo y el sobre a Nkima. Éste le enseñó los dientes en una mueca horrible, y le dio una resonante bofetada en una de las orejas. Ella

bajó la cabeza, sumisa, y se acurrucó junto a él, y era evidente que le gustaba este macho dominante y su táctica del hombre de las cavernas.

¡Qué día para el pequeño Nkima! Buscaron frutos y nueces; comieron juntos; corretearon por los árboles; se sentaron abrazados; y el pequeño Nkima era totalmente ajeno a que Tarzán y los waziri habían levantado el campamento y echado a andar de nuevo hacia el norte. Quizá si lo hubiera sabido no le hubiera importado, pues la alquimia del amor obra extrañas metamorfosis en la mente de sus víctimas.

Para su consternación, mientras aún estaban lejos, les pilló la noche y tenían miedo de regresar a través de la amenazadora oscuridad de la jungla. Tenían miedo pero eran felices, y cuando salió la luna, ésta contempló dos monitos apretados uno en brazos del otro. Sobre sus cabezas sobresalía un palito que tenía un sobre en su extremo partido.

XVII

LA SERPIENTE

LOS CINCO abandonaron con sentimiento de alivio la escena de la tragedia que había arrojado sobre ellos una capa de tristeza y horror, y mientras el futuro se presentaba poco alentador, el simple hecho de ponerse en marcha les levantó algo el ánimo.

Brown había insistido en marchar a la cabeza de la pequeña columna, y Jane había accedido a su petición. Annette se mantenía lo más cerca de Brown que podía. Jane iba a la retaguardia y Alexis caminaba con ella. Tibbs seguía a Annette.

Ya fuera porque se cansaba antes que los demás, ya fuera porque quería estar fuera del alcance del oído de aquellos a los que consideraba sus sirvientes e inferiores, Alexis se rezagaba.

No deberías quedarte tan atrás —dijo Jane—. No debemos separarnos. Tendrás que andar un poco más deprisa, Alexis. —Su tono era un poco impaciente.

—Creo que sería agradable que estuviéramos solos, Jane —dijo—. Verás, tú y yo no tenemos nada en común con esos otros, y debe ser un alivio para ti, como lo es para mí, tener la compañía de alguien de tu clase.

—Tendrás que olvidarte de eso —apuntó Jane—; aquí no hay distinciones de clase.

—Me temo que no te caigo bien, querida.

—Lo cierto es que en ocasiones has sido un buen fastidio, Alexis.

—He estado terriblemente alterado —replicó—, y sobre todo por tu culpa.

—¿Por mi culpa? ¿Qué he hecho?

—No es que hayas hecho nada; sólo es que tú eres tú. ¿No 1o entiendes, Jane? ¿No te has dado cuenta?

—¿De qué?

—Desde el primer momento que te he visto me has atraído de un modo

extraño. Pero parecía que no había esperanzas, y yo estaba terriblemente triste. Pero ahora soy libre, Jane. —Le cogió la mano—. Oh. Jane, ¿acaso no puedo gustarte un poco?

Ella apartó la mano.

—¡Estúpido! —exclamó.

Él entrecerró los ojos en gesto amenazador.

—Lo lamentarás —dijo—. Te digo que estoy enamorado de ti. Locamente enamorado. Estoy desesperado, y no me quedaré sin hacer nada para ver cómo ese piloto analfabeto se queda con la mujer a la que yo quiero.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso?

—Los ojos y la voz de la muchacha eran fríos.

—Es demasiado evidente para precisar explicación. Cualquier puede ver que estás enamorada de Brown.

—Alexis, ¿alguna vez ha oído que se aluda a un hombre como un sinvergüenza de cuidado? Yo sí, pero hasta ahora nunca había sabido lo que significaba. Nunca habría podido concebir la clase de hombre que describe hasta este momento. Ahora muévete. Aléjate de mí. Vete con Tibbs.

La actitud de Alexis cambió de inmediato.

—Oh, Jane —suplicó—, por favor, no me hagas marchar. No sé por qué he dicho eso, sólo estaba loco de celos. ¿No puedes comprender que es porque te quiero mucho? ¿No puedes comprenderlo y perdonarme?

Ella no respondió sino que echó a andar, apretando el paso para alcanzar a los otros.

—¡Espera! —gritó él con aspereza—. Tienes que escucharme. No vaya rendirme. La cogió por los brazos y la atrajo hacia sí, intentando abrazarla. Entonces ella le pegó y, retrocediendo, le amenazó con su lanza para que no se le acercara.

Por un instante se enfrentaron en silencio, y en aquel momento ella vio algo en sus ojos, en la expresión de su cara, que le hizo temerle por primera vez. Supo entonces lo realmente peligroso que era aquel hombre, y ya no le costó creer que había asesinado a su esposa.

—Ahora vete como te he dicho —dijo ella— o te mataré. Aquí no existe ninguna ley más que la ley de la jungla.

Quizá él también leyó algo en los ojos entrecerrados de Jane y su tono gélido, pues obedeció y se fue delante de ella en silencio.

A media tarde, Tibbs, Alexis y Annette ya estaban agotados, y cuando el grupo llegó a un lugar favorable, Jane les hizo parar.

El sendero por el que habían ido seguía los meandros del río junto al que habían acampado, y así tenían resuelto el problema del agua.

—¿Y ahora qué, señorita? —preguntó Brown—. ¿No sería mejor que consiguiéramos algo de comer?

—Sí —respondió ella—. Ahora mismo iré a ver lo que puedo traer.

—Yo también iré a echar un vistazo —dijo Brown—. Podemos ir en diferentes direcciones y tal vez uno de los dos encuentre algo.

—De acuerdo. Usted vaya por el sendero y yo iré por los árboles y seguiré el río. —Se volvió a los otros—. Y mientras estamos fuera, el resto podéis construir un refugio y recoger leña. Venga, Brown, en marcha.

Los tres que se quedaron en el campamento parecían físicamente incapaces de ponerse en pie, pero Alexis era un hombre de recursos.

—Tibbs —espetó—, vaya a recoger material para el refugio y consiga un poco de leña.

Motivado por años de servil obediencia, el inglés se levantó penosamente y echó a andar.

—Le ayudaré, Tibbs —se ofreció Annette, y se puso a su lado.

Alexis la cogió por el brazo.

—Espera —dijo—. Quiero hablar contigo.

—Pero tenemos que ayudar a Tibbs.

—Puede apañárselas muy bien solo. Tú espera aquí.

—¿Qué quiere, príncipe Sborov? Tengo que ayudar a Tibbs.

—Escucha, querida —dijo Alexis—, ¿te gustaría tener cien mil francos?

La muchacha se encogió de hombros.

—¿A quién no le gustaría tener cien mil francos? —preguntó.

—Muy bien, tú puedes ganártelos… y de forma muy fácil.

—¿Cómo? —Su tono era escéptico.

—Tienes algo que yo deseo. Te pagaré cien mil francos por ello; ya sabes lo que es.

—¿Se refiere al trozo de tela quemada de su chaqueta, príncipe Alexis?

—No dejarás que me incriminen, ¿verdad, Annette? No dejarás que me envíen a la guillotina por algo que no he hecho, cuando todos los de este grupo me odian; mentirán sobre mí, y cuando lleven al tribunal ese trozo de tela quemada, me condenarán a pesar de mi inocencia. Dámelo. Nadie tiene

por qué saberlo nunca; puedes decir que lo perdiste, y en cuanto regresemos a la civilización te daré cien mil francos.

La muchacha meneó la cabeza.

—No, no podría hacerlo. Puede que sea lo único que salve al señor Brown.

—Estás perdiendo el tiempo con Brown —dijo él con maldad—. Crees que te quiere, pero no es así.

No te engañes.

La muchacha se sonrojó.

—Yo no he dicho que él me quiera.

—Bueno, pero lo piensas; y él está tratando de hacértelo creer; pero si supieras lo que yo sé, no estarías tan ansiosa por salvar su inútil cabeza.

—No sé a qué se refiere. No quiero hablar más de ello. No le daré el trozo de tela.

—Bueno, te diré a qué me refiero, pequeña necia —espetó Alexis—. Brown está enamorado de lady Greystoke, y ella lo está de él. ¿Por qué crees que se han adentrado juntos en la jungla? Bueno, pues para estar a solas, por supuesto.

—No lo creo —dijo Annette—. No quiero escucharle más.

Hizo ademán de ponerse en pie, y él se levantó de un salto y la agarró.

—Dame ese trozo de tela —pidió en un susurro ronco. Los dedos de su mano derecha rodearon la garganta de la muchacha—. Dámelo o te mataré, necia.

Rápida como un gato, y con sorprendente fuerza, ella se libró de él y gritó.

—¡Socorro, Tibbs! ¡Socorro!

El inglés no había ido lejos y llegó corriendo.

—Si me acusas —dijo Sborov en un susurro—, te mataré. Te mataré igual que la maté a ella.

Annette le miró a los ojos, como había hecho Jane, y se asustó.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Tibbs cuando se acercaba a ellos.

—No es nada —comentó Alexis riendo—. Annette creía haber visto una serpiente.

—He visto una serpiente —dijo.

—Bueno, ya está. Tibbs —señaló Alexis—; puedes volver a tu trabajo.

—Necesitaré un poco de ayuda, señor —dijo el inglés—. No puedo hacerlo solo.

—Iré con usted. Tibbs —dijo Annette.

Alexis les siguió. Caminaba muy cerca de Annette y le susurró:

—Recuerda lo que te ocurrirá si se lo cuentas.

—No me gusta tener una serpiente cerca del campamento —comentó Tibbs—. Son repugnantes. No me gustan.

—A mí tampoco —dijo Annette—, pero no tendré miedo cuando el señor Brown regrese. Si la serpiente intenta hacerme daño, él la matará. —No, miraba a Tibbs mientras pronunciaba estas palabras, aunque parecía estar dirigiéndose a él, sino a Alexis.

—Yo no diría nada de la serpiente —advirtió Sborov—. Lady Greystoke podría asustarse.

—Señor, no creo que ella tenga miedo de nada.

—No obstante, procura no mencionarlo —le previno Alexis.

—Ahí está el señor Brown —exclamó Tibbs—. Viene corriendo. Debe de haber ocurrido algo.

—¿Qué pasa? —preguntó Brown—. He oído gritar a alguien. ¿Eras tú, Annette?

—Annette ha visto una serpiente —explicó Alexis—, ¿verdad, Annette?

—¿Dónde está? —preguntó Brown—. ¿La habéis matado?

—No —respondió la muchacha—. No tenía nada con qué matarla; pero si vuelve a asustarme, tú la matarás.

—Puedes apostar tu vida a que lo haré, nena.

¿Dónde está ahora?

—Se ha ido —dijo Alexis.

Annette le miró directamente a los ojos.

—La próxima vez no se escapará —aseguró.

Los bolsillos de Brown abultaban llenos de frutos, que sacó y dejó en el suelo.

—Espero que no sean venenosos —dijo—. Me ha costado mucho conseguirlos. Lady Greystoke sabrá si podemos comerlos o no.

—Por ahí viene —dijo Annette.

—¿Has tenido suerte. Jane? —preguntó Alexis.

—No mucha —respondió ella—; sólo he cogido un poco de fruta. No veo animales para cazar. —Sus ojos se posaron en los frutos que Brown había recogido—. Oh, ha encontrado lo mismo que yo —dijo—. Bueno, no tendrá muy buen sabor, pero es inocuo y es comida. Me ha parecido oír un

grito hace un momento, ¿alguno de vosotros lo ha oído?

—Ha sido Annette —explicó Brown—. Ha visto una serpiente.

Jane se echó a reír.

—Oh, antes de marcharse de África. Annette se habrá acostumbrado a las serpientes.

—A ésta no —replicó la muchacha.

Una expresión de perplejidad cruzó el rostro de Brown. Se dispuso a hablar y luego se lo pensó mejor y se calló.

No habían adelantado mucho en la construcción del refugio y la recogida de leña, así que Jane y Brown echaron una mano y la obra avanzó mucho más rápidamente con la ayuda de la pequeña hacha.

Había oscurecido antes de que el trabajo estuviera terminado, y entonces les pareció que podían descansar alrededor de la fogata que Jane había encendido.

Jane les mostró que la fruta que consistía en su única provisión de comida resultaba más agradable al paladar si la clavaban en la punta de un palo y la asaban. Estaban tan hambrientos que incluso Sborov comió sin quejarse, y, mientras comían, un par de ojos les observaban escondidos tras el follaje de un árbol cercano.

Brown había insistido en que los tres hombres asumieran el deber de proteger el campamento, y aunque Jane y Annette insistieron en hacer su parte, el piloto se mostró firme respecto a este asunto y no cambió de idea.

—Dos horas de guardia y cuatro de descanso no harán daño a nadie —insistió—, y vosotras vais a necesitar todo el sueño de que podáis disfrutar si queréis seguir nuestro ritmo.

Esta afirmación hizo sonreír a Jane, pues sabía que ella podía resistir mucho más que cualquiera de ellos, sin exceptuar a Brown; pero apreciaba el espíritu que animaba a ese hombre, y como sabía lo celosos de su prerrogativa protectora que son los hombres, acató su voluntad para no ofenderle.

Los tres hombres echaron a suertes el orden en el que harían guardia.

—Ojalá me dejaras hacer de centinela —pidió Annette.

—No, no es trabajo para una chica —dijo Brown.

—Por favor, Neal, sólo una vez —rogó ella—. Por favor.

—Ni hablar.

—Oh, solamente una hora. Tú estás de dos a cuatro, Neal. Despiértame a las cuatro y déjame hacer guardia hasta las cinco. Entonces despertaré al

príncipe. De todos modos ya casi será la mañana.

—Déjaselo hacer, si quiere —dijo Jane.

—De acuerdo —aceptó Brown—, pero no te lo tomes por costumbre.

Todos estaban tumbados alrededor del fuego, aparentemente durmiendo, cuando a las ocho Tibbs despertó a Brown para su primer turno.

Tibbs estaba tan exhausto que se quedó dormido en cuanto se tumbó. Entonces Annette se apoyó sobre un codo y miró alrededor. Un instante después se levantó y fue a sentarse con él.

—Será mejor que vuelvas a acostarte, nena —dijo Brown.

—Sólo quería hablar contigo un momento, Neal —apuntó ella.

—¿Qué te ronda por la cabeza, muchacha?

Ella se quedó callada unos instantes.

—Oh, nada en particular —respondió—. Me gusta estar a solas contigo, eso es todo.

Él le pasó un brazo por los hombros y la apretó contra sí, y permanecieron en silencio unos momentos hasta que Brown volvió a hablar.

—Verás, he estado pensando mucho sobre el asunto de la serpiente, Annette —dijo—. Me ha parecido sospechoso. ¿Estás segura de que no me tomabas el pelo?

—¿Tomarte el pelo? ¿Qué significa?

—Bueno, déjalo. He visto que os cruzabais miradas extrañas tú y el gran duque cuando me estabas contando eso de la serpiente. Ahora en serio, nena, desembucha.

—¿Desembucha?

—Que me cuentes la verdad. ¿Qué ha pasado?

—Tengo mucho miedo de él, Neal. Prométeme que no le dirás que te lo he contado. Pienso en lo que le hizo a ella; me haría lo mismo a mí, me lo ha dicho.

—¿Qué? ¿Te ha dicho que te mataría?

—Si lo contaba.

—¿Si contabas qué?

—Que ha intentado quitarme ese trozo de manga de chaqueta.

—¿Ha sido entonces cuando has gritado? —preguntó él.

—Sí.

—Pagará por eso —dijo Brown.

—Por favor, no digas nada; prométemelo, te lo ruego —suplicó—. Sólo que no quiero que me dejes sola con él otra vez.

—De acuerdo —prometió él—; pero si alguna vez te dice algo parecido, se las verá conmigo. No has de tenerle miedo.

—No tengo miedo cuando tú estás conmigo. No sé lo que haría si no fuera por ti.

—¿Te gusto un poco, nena?

—Me gustas mucho, Neal.

Él la apretó más contra sí.

—Tú también me gustas mucho; más de lo que nadie me ha gustado nunca.

Ella se acurrucó junto a él.

—Dime cuánto te gusto —susurró.

—No se me da muy bien decir cosas así. Yo… bueno, ya sabes lo que quiero decir…

—Quiero oírtelo decir.

Se aclaró la garganta.

—Bueno… te quiero, nena.

—¿Y no quieres a lady Greystoke?

—¿Eh? ¿Qué? —exclamó—. ¿Cómo se te ha ocurrido esa idea?

—Él me lo ha dicho; me ha dicho que la amas y que ella a ti también.

—¡Es una sucia rata! Imagínate, esa dama, la esposa de un vizconde inglés, enamorada de mí.

Es para reírse.

—Pero podrías enamorarte de ella.

—En absoluto, nena. No mientras te tenga a ti.

Ella le rodeó con sus brazos y le atrajo hacia sí.

—Te quiero, Neal —murmuró antes de que sus labios se encontraran.

Les parecía que tenían la noche y el mundo entero para ellos, pero eso era porque no eran conscientes del observador silencioso que había en los árboles, sobre sus cabezas. Annette permaneció con Brown hasta que él despertó a Sborov.

El campamento dormía profundamente cuando Tibbs terminó su turno de guardia, a las dos de la madrugada, y volvió a despertar a Brown.

A las cuatro Brown vaciló en despertar a Annette, pero le había dado su palabra de que podría hacer guardia una hora, así que la zarandeó suavemente.

—Son las cuatro y todo está en orden —susurró él. Luego la besó en la oreja—. Y ahora está mejor.

Ella se incorporó y se apoyó sobre un codo, riendo.

—Ahora tú échate a dormir —dijo ella—, y yo haré guardia.

—Me quedaré contigo un rato —ofreció él.

—No, ese no era el trato —insistió ella—. Quiero hacer guardia sola. Me sentiré muy importante.

Ve a dormir.

Luego el silencio se apoderó del campamento, un silencio que no se quebró hasta que Jane despertó cuando se hizo de día. Se incorporó y miró alrededor. No había nadie de guardia. Alexis, que debía estar haciéndola, dormía profundamente.

—Vamos, dormilones —gritó—; es hora de levantarse.

Brown se incorporó soñoliento y miró alrededor. Vio a Alexis que se estaba despertando.

—Creía que el gran duque estaba de guardia —dijo Brown—. ¿Ha ocupado usted su lugar?

—No había nadie de guardia cuando me he despertado —dijo Jane, y entonces se fijó—. ¿Dónde está Annette?

Brown se puso en pie de un salto.

—¡Annette! —gritó. No hubo respuesta. Annette había desaparecido.

XVIII

UN PEDAZO DE PAPEL

CUANDO amaneció, Nkima, si hubiera sido un hombre, habría dicho que no había pegado ojo en toda la noche; pero era porque cuando estaba despierto estaba tan preocupado y asustado que el tiempo se arrastraba de modo interminable.

Durante la noche, lamentó no haberse quedado con Tarzán y decidió que lo primero que haría por la mañana sería volver al campamento; pero cuando llegó la mañana y la luz del sol hizo desaparecer el miedo, su mente de monito olvidó sus buenas intenciones y se preocupó sólo del momento y de su nueva compañera de juegos.

Partieron, corriendo por la jungla, saltando de rama en rama, subiendo muy arriba y bajando de nuevo a niveles inferiores.

Nkima estaba muy feliz. Brillaba el sol. Brillaría siempre. No podía prever que se acercaba otra noche de frío y de miedo.

Corretearon alejándose cada vez más hacia el oeste, cada vez más lejos del campamento; y Nkima llevaba en una manita el palo con la punta partida, en la que había el sobre sucio y arrugado. Durante toda la noche, mientras jugaba y hacía el amor, el pequeño Nkima había aferrado su tesoro.

La pequeña hembra, compañera de juegos de Nkima, era traviesa. También era codiciosa. Durante mucho rato había contemplado con envidia el palo y el sobre, pero Nkima le había pegado una vez por intentar quitárselo; por eso era cauta, aunque cuanto más los veía, más los deseaba.

Nkima corría por una rama sosteniendo el sobre en alto. La pequeña hembra le seguía de cerca cuando vio su oportunidad: justo al frente había una rama bajo la cual Nkima tendría que pasar. Rápidamente echó a correr por esta rama y se adelantó y, cuando Nkima pasó por debajo de ella, alargó el brazo y le arrebató el sobre.

Se quedó decepcionada porque no había podido coger también el palo,

pero esto era mejor que nada.

Tras conseguir su objetivo, echó a correr tan deprisa como pudo. Nkima vio el robo y su corazón se llenó de justa ira e indignación. La persiguió, pero el miedo prestaba a la hembra una nueva velocidad.

Siguieron corriendo, pero la pequeña hembra siempre parecía tener ventaja, pues poco a poco se fue distanciando de Nkima hasta que éste la perdió de vista, y entonces su indignación y tristeza por la pérdida de su tesoro quedaron ahogadas por el miedo a haber perdido también a la pequeña hembra.

Sin embargo no la había perdido. La encontró posada con inocencia en una horquilla elevada, comiendo con satisfacción una fruta. Cuando Nkima se acercaba, buscó el sobre: había desaparecido. El monito tenía ganas de pegar a la hembra, pero también quería abrazarla, y se decidió por esto último.

Le pidió su pedazo de papel. Por supuesto, no conocía la palabra que lo nombraba, pero se hizo comprender. Al parecer ella se había asustado y lo había tirado.

Nkima dio media vuelta y lo buscó un rato, pero se interesó por unas orugas que pasaban por el camino, y cuando se había comido todas las que pudo encontrar, se había olvidado momentáneamente del papel.

Bajo ellos discurría un pequeño río. Los ríos siempre intrigaban a Nkima. Le gustaba seguirlos, de modo que eso hizo.

Después vio algo que le hizo detenerse de pronto. En un pequeño claro natural que había en la orilla del río se encontraba una endeble choza construida por el hombre.

Nkima pensó que debía de haber gomangani cerca, y sentía recelos, pero también mucha curiosidad. Observó y escuchó. El lugar parecía desierto. Finalmente reunió suficiente valor para dejarse caer al suelo e ir a investigar.

Seguido por la pequeña hembra, se dirigió con sigilo hacia la entrada de la choza y con cautela asomó la cabeza en el interior. Allí no había nadie. Nkima entró. Había equipaje y prendas de vestir esparcidas por el suelo. Revolvió entre los objetos, para ver de qué podría apropiarse. Entonces sus ojos tropezaron con un pedazo de papel clavado en la pared con una astilla. Lanzando un grito de placer, Nkima se abalanzó sobre él. Luego salió corriendo de la choza con su trofeo, cruzó el claro a toda velocidad y trepó a las ramas superiores de un árbol gigantesco. La pequeña hembra le

siguió.

Cuando Nkima logró insertar el pedazo de papel en la hendidura del extremo del palo, su interés por las otras cosas que había visto en la choza había desaparecido, actitud muy propia de los monos.

Entonces se acordó del alto guerrero que había llevado a Tarzán el pedazo de papel insertado en la punta del palo. Nkima decidió que haría lo mismo. Se sentía muy importante y sólo lamentaba no tener una pluma blanca para que ondeara sobre su cabeza.

Con esta idea en la cabeza durante un período de tiempo inusualmente largo, Nkima corrió de nuevo en la dirección del campamento donde había dejado a Tarzán y a los waziri.

Llegó allí a última hora de la tarde, y su corazoncito le dio un vuelco cuando descubrió que sus amigos habían desaparecido.

Se quedó muy triste y un poco asustado, aunque aún no había oscurecido; pero cuando llegó su amiga y se sentó cerca de él se sintió mejor.

Lamentablemente, este respiro fue demasiado breve. La pequeña banda de monos a la que pertenecía su compañera llegó en tropel por los árboles. Vieron a Nkima ya la desvergonzada joven criatura que se había fugado con él.

Parloteando y chillando, varios machos del clan se acercaron a Nkima y a su compañera saltando por las ramas de los árboles. Por un instante, sólo un fugaz instante, Nkima tuvo la intención de mantenerse firme y presentar batalla; pero el macho más destacado era un viejo tipo, corpulento y fuerte. Mostraba los colmillos de una manera muy desconcertante, y emitía terribles amenazas que hicieron temblar el corazón de Nkima, de modo que se lo pensó de nuevo y decidió irse a otra parte y hacerlo rápido; pero su amiga se apretaba a él con fuerza, estorbando sus movimientos, pues también ella estaba asustada. Quizá no quería perder a Nkima, que, al fin y al cabo, le caía bien.

El aterrador viejo mono se estaba acercando rápidamente, y entonces Nkima hizo algo muy poco galante: forcejeó para liberarse del abrazo de la damita, y cuando ella se agarró con más fuerza, tiró de sus brazos para deshacerse de ella y luego le pegó en la cara hasta que por fin se soltó.

Para entonces Nkima chillaba de terror. La pequeña hembra gritaba, y también lo hacían todos los demás monos. Reinaba en la jungla un gran alboroto, y con el acompañamiento de este estruendo de ira y de terror, el

pequeño Nkima echó a correr y huyó. Durante todo el rato se había mantenido aferrado al palo con su pedazo de papel y ahora se dirigió hacia el norte blandiéndolo como un estandarte, aunque no muy triunfante.

Algunos machos lo persiguieron un corto trecho; pero cuando el terror impulsaba a Nkima sólo el pájaro podía aspirar a darle alcance, y así pues sus perseguidores pronto abandonaron la persecución.

Después, durante un rato. Nkima no redujo su velocidad; siguió huyendo, gritando a pleno pulmón.

Hasta que casi había llegado al agotamiento no aminoró su marcha y miró atrás, aguzando el oído. Con la imaginación veía la imagen del viejo macho mostrando sus colmillos, pero ahora no se le veía por ningún lado, ni se oía ningún ruido que indicara que le perseguían; así que el pequeño Nkima se calmó y poco a poco fue recuperando su valor. Incluso se pavoneó un poco como si regresara triunfante de una merecida victoria. Si hubiera tenido esposa. Habría vuelto a casa con ella y alardeado de sus hazañas; hay hombres así, de modo que ¿quién puede censurar al pequeño Nkima, que sólo era un mono?

Entonces, encontró el rastro de Tarzán y los waziri. Sabía que habían estado viajando hacia el norte, y por eso descendió de los árboles y olisqueó la tierra del sendero que habían seguido.

Su olfato captó con claridad el rastro de olor de sus amigos. Esto le animó y se apresuró de nuevo a seguirlo.

El pequeño Nkima avanzaba por los árboles mucho más deprisa de lo que lo haría un hombre a pie. El miedo que tenía a la noche en la jungla le hacía mantenerse firme en su propósito, de manera que no se paró por el camino para cazar mariposas y pájaros.

Aquella noche trepó muy alto para posarse entre las ramas más pequeñas, adonde Sheeta, la pantera, no pudiera llegar.

XIX

ODIO Y LUJURIA

DESCUBRIR que Annette no estaba en el campamento dejó aturdidos por un momento a los restantes miembros de la funesta expedición.

—¿Qué le puede haber ocurrido? —preguntó Jane—. Sé que no se habría adentrado en la jungla sola. Le daba demasiado miedo.

Brown se acercó lentamente a Sborov. En su corazón estaba el asesinato y esto se reflejaba en sus ojos.

—Tú sabes dónde está, rata —dijo—. Dime qué has hecho con ella.

Sborov retrocedió, levantando instintivamente las manos en gesto de defensa.

—No sé nada de ella —dijo—. Estaba dormido.

—Mientes —aseguró Brown, con tono amenazador, avanzando un poco más.

—Apártese de mí —gritó Sborov—; no dejes que se acerque a mí, Jane; me matará.

—Tienes razón: voy a matarte —gruñó Brown. Entonces Sborov dio media vuelta y echó a correr.

Brown le siguió. Tas una docena de pasos alcanzó al aterrorizado hombre y le cogió por el hombro. Gritando, Sborov giró en redondo para pelear con toda la ferocidad de la rata acorralada que lucha por su vida. Golpeó, arañó y mordió, pero el americano le derribó y apretó los dedos alrededor de su garganta.

—¿Dónde está? —preguntó el americano—. ¿Dónde está?

—No lo sé —dijo Sborov con voz entrecortada—. Pongo a Dios por testigo de que no lo sé.

—Si no lo sabes, podría ser que la hubieras matado.

Los dedos de Brown se apretaron en la garganta de Sborov, que estaba aterrorizado y forcejeaba con furia para liberarse.

—¿Dónde está? —preguntó el americano—. ¿Dónde está ella?

—No lo sé —dijo Sborov con voz entrecortada—. Pongo a Dios por testigo de que no lo sé.

—Aunque no lo sepas, podría matarte igualmente, pues no sirves para nada.

Los dedos de Brown se apretaron a la garganta de Sborov, que estaba aterrorizado y seguía forcejeando con furia para liberarse.

Y lo que se tarda tanto en contar ocurrió en el transcurso de unos breves segundos.

Durante este tiempo Jane no estuvo quieta.

En el instante en que comprendió la gravedad de la situación y que Brown realmente tenía intención de destruir a Sborov, cogió su lanza y corrió hacia ellos.

—Basta. Brown —ordenó—. Deje al príncipe.

—No hasta que le haya dado su merecido —gritó el piloto—, y 1o recibirá, aunque me cuelguen por ello.

Jane puso la punta de su lanza bajo el omóplato izquierdo de Brown y apretó hasta que el hombre sintió la afilada punta en su carne.

—Déjelo, Brown —pidió Jane—, o le clavaré esta lanza directamente en el corazón.

—¿Por qué quiere matarme, señorita? —preguntó Brown—. Me necesita.

—No quiero matarle, Brown —replicó ella—, pero eso no le servirá de nada si no obedece mi orden y recuerda que yo soy el jefe de esta expedición.

Está cometiendo una tontería, Brown; no tiene ninguna prueba para demostrar lo que dice. Recuerde, no hemos hecho la más mínima investigación. Deberíamos hacerlo para determinar la dirección en la que Annette ha abandonado el campamento, y si se ha marchado sola o iba acompañada por alguien. También podemos examinar el rastro y saber si se ha ido por voluntad propia o se la han llevado por la fuerza.

Brown poco a poco fue aflojando los dedos que apretaban la garganta del forcejeante y jadeante príncipe; luego le soltó y se puso lentamente en pie.

—Supongo que tiene razón, señorita —dijo—; siempre tiene razón, pero la pobrecita Annette… lo que ayer me contó de esa rata me ha hecho enloquecer.

—¿Qué le dijo? —preguntó Jane.

—Ayer la abordó e intentó que le diera aquel trozo de manga de chaqueta, y luego la amenazó con matarla si lo contaba. No fue ninguna serpiente lo que la hizo gritar, señorita. Fue él. Annette le tenía muchísimo miedo, señorita.

Alexis estaba recuperando el aliento poco a poco. Temblaba de la cabeza a los pies, presa del terror.

—¿Es cierto, Alexis? —preguntó Jane.

—No —jadeó él—. Sólo le pedí el trozo de manga para ver si realmente era mío, y ella se puso a gritar sólo para causarme problemas. Lo hizo por desprecio.

—Bueno —dijo Jane—, no conseguimos nada con esto. Quedaos aquí mientras yo voy a ver si encuentro huellas. Si vamos todos a buscarlas borraremos las que pueda haber.

Empezó a rodear el campamento muy despacio, examinando el suelo con atención.

—Aquí están —dijo después—, se ha ido por aquí e iba sola.

Jane caminó despacio unos metros, siguiendo las huellas de la muchacha desaparecida, y luego se paró.

—Aquí terminan —dijo—, justo debajo de este árbol. No hay señales de lucha, ninguna señal de que la forzaran. En realidad, caminaba muy despacio. No hay otras huellas cerca de las suyas.

Todo es muy extraño.

Jane se quedó parada un momento, mirando primero las huellas que terminaban de forma tan misteriosa, y después levantó la mirada hacia las ramas de los árboles. De pronto dio un salto, agarró una rama y se subió al árbol.

Brown se acercó a ella y se quedó parado bajo el árbol.

—¿Ha encontrado algo, señorita? —preguntó.

—Sólo hay una explicación —respondió—. La gente no desaparece en el aire. Annette salió del campamento y fue hasta el lugar donde sus huellas terminan, debajo de este árbol; no regresó al campamento. Sólo hay un sitio al que pudo ir, yes aquí, donde yo estoy.

—Pero no pudo saltar como ha hecho usted —protestó Brown—. No pudo.

—No saltó —dijo Jane—. Sus huellas lo indicarían. La izaron.

—¿La izaron? Dios mío, señorita, ¿cómo? —La voz de Brown temblaba de emoción.

—Podría haber sido una serpiente, señorita, si me permite sugerirlo —señaló Tibbs—; podría haber bajado y enroscarse alrededor de ella, y luego subirla al árbol.

—Habría gritado —dijo Brown—. La habríamos oído.

—Las serpientes hechizan a sus víctimas de tal forma que quedan indefensas —aseguró Tibbs.

—Todo eso son paparruchas. Tibbs —dijo Jane con impaciencia—. No creo que las serpientes hagan nada de eso, y no ha sido una serpiente lo que se la ha llevado. Aquí ha estado un hombre.

Ha estado en este árbol mucho rato, o si no era un hombre, alguna clase de criatura parecida al hombre.

—¿Cómo puede saberlo? —preguntó Brown.

—Veo dónde se ha agazapado en esta rama grande —respondió—. La corteza está un poco rayada, pues debe de haber estado mucho rato en la misma posición, y en línea recta entre donde debían de estar sus ojos y el campamento hay unas ramitas cortadas con cuchillo, para tener una visión más clara de nosotros. Fuera lo que fuera, estuvo aquí sentado mucho tiempo observándonos.

Sborov y Tibbs se habían acercado y estaban parados cerca.

—Ya he dicho que yo no tenía nada que ver con la desaparición —dijo el primero.

—No puedo imaginarlo —comentó Brown—. No puedo. Si hubiera estado asustada, habría gritado pidiendo ayuda y alguno de nosotros la habría oído.

—No sé —señaló Tibbs—, pero una vez vi algo parecido, señor. Su alteza tenía un castillo en la costa oeste junto al Lincoln. Era un lugar casi solitario, que daba al mar del Norte. Sólo íbamos allí una vez al año a pasar unas seis semanas, pero era suficiente, y lo que ocurrió allí la última vez fue el motivo por el que di aviso. No soportaba más el lugar. Una noche su alteza, la duquesa, fue asesinada allí, lo cual ya fue espeluznante, pero lo que ocurrió tres días después fue aún peor, a mi modo de ver.

Su alteza tenía una doncella por la que sentía mucho afecto, y tres noches después del asesinato de la duquesa, la doncella desapareció.

Simplemente desapareció, señor. Nunca se halló rastro de ella hasta ahora, y las gentes del lugar decían que su alteza había vuelto a por ella… que había sucedido antes en el castillo del duque de Doningham… así que pensaba que…

—¡Por el amor de Dios, cállese! —exclamó Brown—. Nos volverá locos a todos.

—Es horrible —murmuró Alexis.

—Bueno, fuera lo que fuese, no era un fantasma —dijo Jane. Se dejó caer al suelo al lado de Brown y le puso una mano en el brazo—. Lo siento. Brown —dijo—. Sé que Annette le gustaba mucho, pero no creo que podamos hacer nada, salvo intentar llegar a algún lugar civilizado y denunciar la desaparición. Entonces iniciarán su búsqueda.

—Entonces ya será demasiado tarde —señaló Brown—. Supongo que incluso ahora ya es tarde.

Era tan menuda y delicada… No puede haber resistido mucho. Probablemente ya está muerta.

Se interrumpió y se dio media vuelta. —Quizá es mejor que esté muerta —añadió.

Los cuatro comieron en silencio lo poco que tenían para comer, y después emprendieron una vez más su viaje aparentemente inútil.

Hubo pocos intentos de conversar. Los cuatro parecían atónitos por la serie de calamidades que habían sufrido. Los recelos, el miedo y la desconfianza les seguían los pasos, y junto a ellos acechaba la sombra de la amenaza sin nombre que se había llevado a Annette.

Brown sufría más que los otros, tanto que tenía la mente insensible incluso a su odio hacia Alexis. Le hacía caso omiso, como si aquel hombre no existiera.

Jane caminaba a la retaguardia de la columna. Su paso era firme y ligero, pero Alexis, que iba directamente delante de ella, estaba cansado y le dolían los pies. Sin embargo, no estaba peor que Tibbs, para quien el ejercicio continuado era poco menos que una tortura.

—Jane —dijo Sborov, después de haber caminado un largo trecho en silencio—, ¿tienes idea de qué fue lo que se llevó a Annette?

Jane negó con la cabeza.

—Lo único que sé es que no creo en fantasmas y que ningún animal podría haberlo hecho, por lo tanto, tiene que haber sido un hombre, pero qué clase de hombre no tengo ni idea.

Fuera lo que fuera debía de ser ágil como un mono, y por esa razón no puedo creer que se tratara de un miembro de ninguna tribu nativa; por regla general no son buenos trepadores, y nunca he oído decir que alguno viajara a través de los árboles como esta… criatura debió de hacer para llegar hasta

nuestro campamento y marcharse con Annette sin dejar ningún rastro en el suelo.

—Pero ¿ahora estás dispuesta a creer que no fui yo? —preguntó Sborov.

—No hay razón para creer que fuiste tú —replicó Jane.

—Entonces, ¿por qué no darme el beneficio de la duda en el otro asunto? Has de saber que yo no pude matar a Kitty.

—¿Qué importa en realidad lo que yo piense? —preguntó Jane Esa cuestión la decidirá un tribunal.

—Tu opinión me importa mucho, Jane. No tienes idea de cuánto.

Ella le miró con dureza.

—No tengo ganas de saberlo.

La nota de finalidad en su tono de voz no pasó inadvertida a Sborov.

—Pero quiero que lo sepas —insistió él—. Nunca he conocido a nadie como tú, estoy loco por ti, Jane. Debes de haberte dado cuenta.

La joven meneó la cabeza con impaciencia.

—Ya basta de este tema. Alexis —dijo—. Nuestra situación ya es muy difícil sin que tú la hagas aún peor.

—¿No la hace mejor para ti el saber que hay alguien junto a ti que te quiere mucho? —preguntó—. Oh. Jane —exclamó—. Yo podría hacerte muy feliz. —Entonces la agarró del brazo e intentó atraerla hacia sí.

Una vez más ella se soltó; y una vez más le golpeó con fuerza en la cara con la mano abierta.

La expresión de Alexis cambió al instante. Su rostro se contrajo de rabia.

—Me las pagarás, pequeña…

—¿Qué harás? —preguntó una voz de hombre enojada.

Los dos levantaron la mirada. Brown se dirigía hacia ellos con grandes pasos, seguido por Tibbs. La pequeña hacha oscilaba en la mano derecha del piloto. Sborov se asustó y retrocedió.

—Voy a acabar contigo de una vez por todas —dijo Brown.

Jane se interpuso entre los dos hombres.

—No, Brown —señaló—. No podemos tomarnos la justicia por nuestra mano, por muchas ganas que tengamos de hacerlo.

—Pero usted no estará a salvo mientras él viva; ninguno de nosotros lo estará.

—Puedo cuidar de mí misma —replicó Jane—, y si yo puedo, supongo

que el resto también.

Brown vaciló, pero al fin accedió.

—Muy bien —dijo—. Puedo esperar. —Parecía haber un mundo de significado en estas palabras, lo que no pasó inadvertido a Sborov.

Aquella noche acamparon de nuevo cerca del riachuelo cuyo curso seguían.

En el instante en que se detuvieron, Sborov y Tibbs se arrojaron al suelo, completamente exhaustos.

—Si puedo decirlo, milady —apuntó este último—, me parece que no podría seguir media hora más aunque mi vida dependiera de ello. Mañana será mejor que continúen sin mí; me temo que no puedo seguir, y lo único que hago es retrasar al resto.

—Lo está haciendo espléndidamente, Tibbs —dijo Jane para animarle —. Sé que es difícil para usted, pero le sorprenderá ver con qué rapidez sus músculos se endurecen a medida que se acostumbran a trabajar, y después podrá seguir el ritmo de cualquiera de nosotros.

—Eso espero, milady, pero tal como me siento ahora no creo que pueda seguir.

—No se preocupe, Tibbs, nos quedaremos con usted —aseguró Brown para tranquilizarle.

—Es muy amable, señor Brown, pero…

—Pero nada —le interrumpió Brown—. Podríamos pasar sin uno de este grupo —y mientras hablaba miraba directamente a Sborov—, pero no es usted, Tibbs.

—Bueno —dijo Jane—, voy a salir a buscar carne. Quiero que me prometan que no discutirán mientras yo estoy fuera. Ya hemos tenido demasiado derramamiento de sangre y desastres.

—Tibbs nunca discute con nadie —comentó Brown—, y yo no estaré aquí, así que no tiene de qué preocuparse.

—¿No estará aquí? —preguntó Jane—. ¿Adónde va?

—Voy con usted, señorita.

—No puede hacerlo. No puedo cazar si viene conmigo.

—Entonces no cazará —dijo Brown—, porque voy a ir con usted. Puede que sea el jefe, pero hay una cosa que no volverá a hacer.

—¿Y qué es? —preguntó la muchacha.

—No volverá a ir sola, después de lo que le ha sucedido a Annette.

—Si me permite decirlo, milady, creo que el señor Brown tiene razón.

No podemos arriesgarnos con usted, milady.

Jane se encogió de hombros.

—Quizá tengan razón —dijo—, desde su punto de vista; pero, de verdad, soy mucho más capaz de ocuparme de mí misma en la jungla que cualquiera de ustedes.

—No importa —señaló Brown—. No volverá a adentrarse sola en la jungla y no se hable más.

—De acuerdo —confirmó Jane riendo—. Supongo que tendré que ceder. Vamos, pues, Brown; a ver lo que encontramos.

Tibbs y Alexis les observaron partir, y luego el primero se volvió al príncipe.

—Disculpe, señor —apuntó—, pero ¿no sería mejor que empezáramos a construir un refugio y a recoger leña?

—Sí, será mejor que lo hagas —aseguró Alexis—; y date prisa, porque pronto oscurecerá.

—¿No va a ayudarme, señor? Yo también estoy cansado. —Tibbs estaba sorprendido de su osadía.

—No tienes derecho a estar cansado. No te pago para que estés cansado. Te pago para trabajar. Vamos, ponte en marcha; y no seas imprudente.

Me parece que estás perdiendo la compostura, Tibbs.

—Si me permite el atrevimiento de decirlo, alteza, si no va con cuidado la perderé.

—¿Qué quieres decir, impertinente monigote? —preguntó Alexis.

Tibbs se sentó en el suelo y apoyó la espalda en el árbol.

—Quiero decir, señor, que si usted no me ayuda y hace su parte del trabajo no habrá refugio y no habrá leña cuando lady Greystoke y Brown vuelvan al campamento. Me atrevería a decir que los dos se enfadarán mucho, en especial Brown.

Si yo fuera usted, señor, no me volvería a enfrentar con él. Sospecho que no le cae bien, y aquí, en el aire de la jungla, donde no hay ley ni policía, no necesitaría una gran excusa para matarle.

Alexis permaneció sentado en silencio durante uno o dos minutos, pensativo; luego, se levantó penosa y lentamente.

—Vamos, hombre —dijo—, le echaré una mano con el refugio.

Casi se había puesto el sol cuando Jane y Brown regresaron con un pequeño antílope, del que pronto Tibbs estuvo asando unos metes ante un

fuego, mientras los demás esperaban sentados en silencio.

Hubo poca conversación mientras comían su frugal comida. Era un grupo mal avenido, con pocas cosas en común aparte de los desastres que les habían sucedido y que constituían una conversación tan deprimente que, como por acuerdo tácito, era tabú. La muchacha y Brown encontraban que el otro era el miembro más agradable del grupo, y lo poco que se habló lo hicieron estos dos; pero pronto se quedaron callados, y después todos durmieron, excepto Tibbs, a quien le tocó el primer turno de guardia.

La larga noche estuvo acompañada por ruidos salvajes de la jungla, en general remotos, pero a veces tan próximos que despertaban a los que dormían; ruidos extraños, sigilosos, fieros, a veces susurrantes, a veces estruendosos, que se apagaban suavemente o que resonaban por la jungla hasta parecer que la tierra temblaba.

Los hombres hicieron guardia por turnos. A las cuatro de la madrugada. Tibbs había completado su segundo turno y despertó a Alexis, que tenía que seguirle.

Temblando por el frío de la madrugada. Sborov apiló más leña en la fogata. Luego, se quedó parado de espaldas a él contemplando la noche.

Justo más allá de donde alcanzaba el resplandor del fuego se elevaba un muro negro de Oscuridad, impenetrable, un mundo misterioso lleno de innombrables terrores; cuando una lengua de fuego se elevaba más en el aire que sus compañeras. Su luz arrojaba momentáneamente sombras del tronco de un árbol o de un grupo de hojas y daba la impresión de movimiento tras el lindero de su pequeño mundo.

También había ruidos que no podía distinguir.

Su miedo y su imaginación interpretaban de manera extraña las cosas que veía y oía. Una mujer que gemía flotaba en el límite de la realidad. Habría jurado que la veía.

Sborov recordó el fantasma de la mujer asesinada que volvió a por su doncella y maldijo a Tibbs. Una bestia lanzó un grito y Sborov se estremeció.

Se alejó de la jungla y trató de concentrar su mente en otras cosas. Sus ojos recorrieron las figuras de sus camaradas que dormían. Se posaron en la pequeña hacha que se encontraba cerca de Brown. Sborov soltó una imprecación y apartó la mirada, que se posó en Jane. Qué hermosa era. ¿Por qué lo rechazaba? Él siempre había tenido suerte con las mujeres. Las fascinaba, y lo sabía. No podía comprender por qué Jane no le aceptaba; y

maldijo a Brown, al que odiaba, seguro de que aquel tipo había hablado mal de él y envenenado la mente de Jane.

Sus ojos se volvieron a Brown y a la pequeña hacha. Cuánto odiaba y temía a aquel hombre.

Aquel tipo lo mataría. Lo había amenazado en más de una ocasión.

Alexis creía que si aquel hombre estuviera muerto, su propia vida estaría más a salvo y… nada se interpondría entre él y Jane.

Se levantó y paseó nervioso arriba y abajo. De vez en cuando lanzaba una mirada a Brown y al hacha.

Se acercó a Tibbs y escuchó. Sí, ya estaba dormido. Debía de haberse quedado dormido en el, instante en que se echó en el suelo. Jane también dormía, así como Brown. Sborov se aseguró de ambas cosas.

¡Si Brown estuviera muerto! Esta idea se repetía monótonamente, tamborileándole en su cansado cerebro. ¡Si Brown estuviera muerto! Entonces Alexis Sborov pareció quedar paralizado por una súbita determinación. Fue directamente, aunque con sigilo, hacia Brown. Se detuvo a su lado y se postró sobre una rodilla. Escuchó con atención y se quedó allí callado, inmóvil; luego, con cautela, acercó una mano al hacha.

Brown se movió y se giró en sueños, y Sborov se quedó paralizado de terror; luego, el piloto recuperó la respiración regular del sueño. Sborov alargó el brazo y cogió el mango del hacha.

Sus ojos enloquecidos se clavaron en la frente del hombre dormido y levantó el arma dispuesto a golpear.

XX

NKIMA JUEGA

TARZÁN y los waziri avanzaron en busca de la aldea de los kavuru. Era primera hora de la mañana; las neblinas del amanecer aún desafiaban los esfuerzos que hacía un sol bajo para disiparlas. Los hombres estaban muy desanimados, pues se hallaban a largas jornadas de marcha de su hogar; y con cada día que pasaba la sensación de inutilidad de su búsqueda había ido aumentando, ni una sola vez desde que la habían emprendido habían visto ninguna señal o pista que sugiriera que se hallaban en el camino correcto; sólo vagos rumores basados en la leyenda tribual había sugerido el destino de Buira, la hija de Muviro.

Varios guerreros creían que estaban persiguiendo un mito, y sólo un gran valor y lealtad les hacía seguir, sin quejarse.

Era cierto que Tarzán se había encontrado con Ydeni, el kavuru, y que había rescatado a Naika, la hija de Gupingu, y habían oído su historia; sin embargo, estas cosas habían ocurrido a tan remota distancia de la tierra de los waziri que incluso Muviro comenzaba a dudar de que un kavuru fuera responsable de la desaparición de Buira. ¿Cuál era la explicación de que fueran tan lejos cuando podían encontrar muchachas jóvenes mucho más cerca de su misteriosa aldea?

Pero en esta mañana fría y neblinosa, no eran sólo los waziri los que estaban deprimidos y desanimados. En el sendero, detrás de ellos, un monito desaliñado avanzaba saltando por los árboles. En una mano llevaba un palo en cuyo extremo ondeaba un pedazo de papel; era un milagro que aún se aferrara a él, pues Nkima no era particularmente tenaz. Quizá se había convertido en una idea fija, pues el palo a menudo le resultaba un estorbo; sin embargo, en ningún momento se le ocurrió dejar lo.

Sin embargo, otra idea se estaba formando en su mente, la idea de que se hallaba muy lejos de su territorio, de que había perdido a Trazan y jamás volvería a encontrarle y de que tenía mucho miedo. Deseaba dar media

vuelta y volver a casa. Estaba a punto de hacerlo cuando recordó la cara gesticulante del viejo macho que Nkima estaba seguro estaba sediento de su sangre en algún lugar del camino; y estaban Sheeta, e Hista, la serpiente, y los gomangani malos.

Todo esto se encontraba detrás de él, y hasta que encontrara a alguien de su especie en el camino que seguía, su pequeña mente funcionaba de tal modo que no podía prever su presencia allí; a Nkima no le preocupaba lo que no sabía. Y por eso prosiguió su camino y se adentró en un terreno que parecía libre de monos poco hospitalarios y bestias y hombres sedientos de sangre.

Ya medida que el sol iba ascendiendo y le daba calor se fue animando; y después de descubrir y robar un nido de pájaros, succionando los huevos, se sentía preparado para cualquier aventura.

Entonces llegó el momento culminante de la felicidad. En el sendero que se extendía ante él vio una hilera de diez guerreros del color del ébano a cuya cabeza iba el gigante blanco que era su dios. Lanzando un fuerte grito de alegría que llamó la atención de los hombres, Nkirna casi voló a través de los árboles para dejarse caer sobre uno de los anchos hombros de Tarzán.

—¿Dónde ha estado Nkima? —preguntó el hombre mono—. Tarzán creía que por fin Sheeta le había pillado.

—El pequeño Nkima ha estado luchando con todos los Manus de la jungla —respondió el mono—. Intentaron impedir que el pequeño Nkima pasara por sus árboles; pero él les arañó y mordió y pegó con un palo, luego los persiguió hasta la región donde Kudu, el sol, se tumba por la noche. Allí es donde ha estado el pequeño Nkima; eso es lo que ha estado haciendo; por eso ha testado lejos de Tarzán.

El hombre mono sonrió.

—El pequeño Nkima es muy valiente —dijo mientras acariciaba la cabecita que el monito había puesto en el hueco de su cuello.

Tarzán reparó en que Nkirna aún llevaba el palo del mensaje y le sorprendió que su amiguito se hubiera mantenido fiel a una idea durante tanto rato; y entonces se fijó en que el papel que había en la punta del palo no era el mismo que Nkima se había llevado. Esto despertó la curiosidad del hombre mono.

—¿Qué llevas en la punta de ese palo, Nkima? —preguntó—. ¿De dónde lo has sacado? No es lo que Tarzán te dio. Déjame verlo. —E hizo

ademán de cogerlo.

Nkima había olvidado por qué se había aferrado al palo. Había olvidado que había estado imitando al guerrero waziri que había llevado el mensaje a Tarzán. Asimismo, estaba muy contento y quería jugar, así que cuando Tarzán intentó quitarle el papel del extremo del palo, Nkima vio en ello un reto y una invitación a un nuevo juego, de modo que saltó del hombro de Tarzán y echó acorrer, agitando el palo con el pedazo de papel por encima de su cabeza.

El hombre mono le gritó que volviera, pero los pensamientos de Nkima estaban completamente centrados en el juego, y no paraba de trepar más arriba, gesticulando y parloteando con muy buen humor, desafiando al hombre mono a darle alcance.

Quizá si Tarzán hubiera adivinado todo lo que significaba para él y para alguien muy querido por él el mensaje que ondeaba en el extremo del palo no habría reído tan alegremente ni habría dejado que Nkima se saliera con la suya, pero no lo sabía. La vida y la felicidad de los hombres dependen de cosas tan insignificantes como ésta.

Al ver que Tarzán no le perseguía, ni siquiera le prestaba más atención. Nkima pronto perdió interés por el juego y empezó a descender de nuevo hacia su amo. Pero una vez más intervino el destino, esta vez en forma de pajarito que probaba sus alas por primera vez con breves e inseguros vuelos.

El pequeño Nkima lo vio y, con el entusiasmo de la persecución, pronto olvidó todo lo demás. Cuando el pájaro se posó en una ramita se arrastró hacia él; pero cuando iba a capturarlo el pajarito se alejó volando esquivándole. Esto se repitió una y otra vez; y mientras el pájaro se hallaba a la vista, el entusiasmo de la persecución mantenía a Nkima fascinado.

Siguió al pajarito cada vez más lejos hacia el norte, llevando consigo el mensaje que habría significado tanto para Tarzán de los Monos; pero al fin, en un vuelo mucho más largo que los anteriores, el pájaro desapareció y esto fue lo último que Nkima vio de él.

Lo había perseguido sin una buena razón, pues así funcionaba la mente de este monito. Había perdido el tiempo, había perdido la oportunidad de realizar algo que valiera la pena y no había recibido nada a cambio. Pero también hemos visto a hombres que lo hacían. Todos hemos perseguido quimeras.

Durante un rato Nkima siguió hacia el norte. Impulsado por los

vestigios de la necesidad que le había estado empujando; pero entonces reparó en el papel que estaba en la punta del palo que había llevado de forma mecánica. Esto le recordó a Tarzán y el hecho de que volvía a estar solo en tierra extraña. Decidió volver con el hombre mono y los waziri, pero oyó algo en el norte que despertó su curiosidad y que exigía investigación. Era la voz de un ser humano.

Nkima es curioso por naturaleza, y además Tarzán le había enseñado a investigar las cosas inusuales: así pues, no fue extraño que avanzara por los árboles en dirección a la voz que había llamado su atención, pues el momento absorbía por completo este nuevo interés.

Desde una gran altura al fin vio los objetos de su interés: dos tarmangani, un macho y una hembra. Y cuando Nkirna vio al tarmangani macho se alegró de estar a salvo fuera de su alcance, pues sin duda era un tarmangani aterrador.

Nkima nunca había visto a un hombre blanco como aquél. Había visto a los gomangani ataviados así, pero nunca a un hombre blanco.

El tipo era corpulento y fuerte, con un rostro fiero, perverso, cuya ferocidad sin duda no se veía reducida por la pieza recta de hueso o marfil, de quince o veinte centímetros de longitud, que le atravesaba la nariz, ni por las plumas de su tocado, ni por la pintura de su rostro, los aros en sus orejas y el collar hecho con dientes humanos que colgaba sobre su gran pecho.

Nkima observó todas estas cosas y más: el taparrabo de piel de gorila, los brazales, las muñequeras y tobilleras, la cuerda de fibra arrollada con muchas vueltas en la cintura, la daga y la lanza.

En verdad era un tarmangani a evitar. Esta visión llenó de miedo a Nkima, pero no su compañera. Ésta era muy diferente: menuda, delicada y sin ninguna muestra de ornamentación bárbara. Si Nkima hubiera estado acostumbrado a hacer deducciones inteligentes de sus percepciones habría adivinado de inmediato que la hembra no era de la misma tribu, quizá ni siquiera de la misma raza que el hombre; pero no podía adivinar que era una muchacha francesa llamada Annette. Tampoco podía saber que el hombre la había capturado, ni que era un kavuru. La mente de Nkima tenía sus imitaciones.

Sin embargo, de nuevo sentía curiosidad. Por esta razón y otra, les siguió. La otra razón presupone imaginación, una característica que el pequeño Nkima poseía, como todas las criaturas que saben jugar, pues el

juego a menudo es fingimiento, y el fingimiento requiere imaginación.

De manera que ahora el pequeño Nkima fingió que estaba siguiendo a los dos tarmangani; fingió que le tenían miedo y que después él saltaría sobre ellos y los destruiría. Era muy divertido para Nkima, de quien no tenía miedo casi nadie en toda la jungla; el pequeño Nkima, que podía destruir a tan pocas criaturas en su poblado mundo, del que nada más importante que un pajarillo podía tratar de escapar, tuvo una fugaz sensación de superioridad. Hay hombres así. A menudo uno les ve contoneándose, revestidos con una capa de tenue y evanescente autoridad, haciéndose los importantes.

Siguiendo este excitante juego, perdió todo sentido del tiempo, del que, como mucho, tenía una pequeña idea. Después llegaría la noche y entonces sabría que había transcurrido el tiempo, pero mientras transcurría no pensaba en él.

Pasó la tarde. La presa salió de la jungla y entró en una llanura abierta al pie de una alta montaña. La distancia de la jungla a la montaña no era grande. Nkima veía el otro lado de la llanura, atravesada por pequeñas cañadas, llena de enormes rocas, donde había una aldea al pie de un risco perpendicular.

Un riachuelo serpenteaba hacia la jungla desde la aldea, como si naciera en la aldea misma y saliera por debajo de las puertas de la alta empalizada. Estas cosas vio Nkima. También vio que los dos a los que había estado siguiendo cruzaban la llanura hacia la aldea, pero no les siguió. Al fin Y al cabo, un juego es un juego; no sirve de nada llevarlo demasiado lejos.

Vio que las puertas se abrían para que la pareja entrara. Vio que se cerraban tras ellos. Después, por primera vez, se dio cuenta de que caía la noche, y de pronto se sintió muy solo y tuvo mucho miedo.

Pensó en Tarzán y la seguridad que le proporcionaba aquel hombro bronceado; luego, dio media vuelta y fue corriendo por los árboles de nuevo hacia el sur, aferrando el palo de la punta bifurcada y gimiendo.

XXI

SÓLO QUEDAN DOS

TIBBS despertó de pronto de un sueño profundo, y cuando abrió los ojos vio a Sborov arrodillado junto a Brown con la pequeña hacha levantada. Lanzando un grito de advertencia se puso en pie de un salto. Sborov vaciló un instante y miró hacia Tibbs. Esa momentánea vacilación fue lo que salvó la vida a Brown.

El grito de Tibbs le despertó, y casi de forma instintiva retrocedió y rodó a un lado; quizá fue una reacción natural al tono de advertencia y terror que había en la voz del inglés.

Sborov golpeó, pero la afilada hoja falló y no dio a Brown por un centímetro y se clavó en tierra, donde su cabeza había estado un instante antes.

Al oír el grito de Tibbs, Jane se levantó de un salto, completamente despierta al instante. Entonces Sborov, apoyado sobre una rodilla, se puso en pie antes que Brown, cogió el hacha y huyó a la jungla.

Brown de inmediato se puso a perseguirle, pero Jane le gritó:

—No le siga —dijo—. ¿De qué serviría? Estamos bien sin él; no se atreverá a volver. Si le siguiera, podría acecharle y matarle. Podemos pasar sin él; ahora somos muy pocos.

Brown se volvió.

—Me desagrada dejarle escapar así. Pero supongo que tiene usted razón. Podría esconderse y cogerme en esa maraña de árboles y maleza antes de dar me cuenta. —Meneó la cabeza tristemente—. Pero me fastidia dejarle escapar; debería recibir su merecido.

—Lo recibirá… por ahí, solo —profetizó Jane.

—Espero que eso ocurra antes de que vuelva a poner mis ojos en ese sinvergüenza, si me disculpa, milady.

—Me parece que tiene razón, Tibbs; todos pensamos lo mismo de ese hombre. Pero ahora sólo somos tres; aunque él no es que nos sirviera de

mucho.

—¡Mejor! —explotó Brown—. Señorita, no servía para nada. No hacía más que causar problemas.

Si no vuelvo a verle nunca más veinte años me parecerán poco tiempo. ¡Príncipe! —Había todo un mundo de desprecio e ironía en el tono del americano—. Si todos eran como él, no me extraña que los echaran a todos.

Jane sonrió.

—Algunos estaban bien, Brown; y todavía los hay. Los príncipes como Sborov en realidad no son príncipes; a menudo es un título de cortesía, que significa tan poco como ser coronel en Kentucky. En su país no gozan de mucha categoría.

Brown sonrió.

—Sin embargo, en América sin duda son lo mejor de la feria. La pobre anciana se enamoró de su título, y mire lo que le costó. Las mujeres americanas son tontas, se mueren por los títulos.

Jane sonrió con afabilidad.

—Yo soy americana, Brown.

El piloto se sonrojó.

—Eh, señorita, no lo sabía. Lo siento.

—No lo sienta, porque tiene razón respecto a algunas mujeres americanas: las trepas. No ocurre tanto como antes, pero los americanos aún compran títulos, y no obtienen mucho por su dinero, aparte del título. A menudo incluso éstos son tan falsos como sus propietarios.

—Recuerdo que leí un libro escrito hace varios años por un conde francés que se había casado con la hija de una de las familias propietarias de ferrocarriles más ricas de América. Se burlaba de los compatriotas de su esposa, de su mal gusto, su amor por el dinero. Sin embargo, ninguna de las acusaciones podía haber sido de tan mal gusto como su libro, ni su amor por el dinero sería mayor que el de este hombre, según él mismo admitía, pues alardeaba de haber vendido su título por dinero. Al mismo tiempo hablaba del honor de su casa y su antiguo linaje.

Él y los de su ralea son repugnantes.

—Cada vez estoy más de acuerdo con la opinión que tiene mi marido de las bestias y los hombres; él prefiere a las bestias.

Brown meneó la cabeza con aire dubitativo.

—A mí tampoco me gustan mucho los hombres —admitió; menos algunos hombres, pero si su esposo se hallara en nuestra situación imagino

que se alegraría mucho de salir de esta jungla y estar de nuevo donde hubiera muchos hombres y no bestias.

—No conoce a mi esposo.

—Bueno, quizá él preferiría estar aquí antes que en la bonita Chi; pero yo no.

—Entonces, será mejor que emprendamos la marcha —sugirió Jane—. Nada nos retiene aquí.

—Tiene razón, milady, si me permite decir lo coincidió Tibbs.

—Voto por marchar nos de aquí enseguida —dijo Brown—. Quizá… bueno, quizá…

—¿Quizá qué? —preguntó Jane.

—Estaba pensando en Annette. Sé que no hay probabilidades de encontrarla, pero no puedo por menos de esperarlo.

—Todos lo esperamos, Brown. Es lo único que podemos hacer, me temo. —Jane le puso una mano en el brazo en gesto de comprensión.

Cuando los tres partieron una vez más por el sendero hacia el este un par de ojos les observaban desde el follaje de un árbol cercano, unos ojos siniestros, fijos, que miraban a los dos hombres con indiferencia pero se centraban más a menudo en Jane.

Brown se puso a la cabeza, imponiendo un ritmo que no resultara demasiado duro para Tibbs; había aprendido que la muchacha seguía su paso fuera cual fuese; quizá incluso aún iba más deprisa. A menudo se preguntaba cómo era posible que tuviera tanta fuerza, resistencia y nervio. No era la clase de persona que había imaginado que sería una mujer inglesa con título.

Siempre había creído que las mujeres de su clase eran criaturas inútiles, mimadas. Le parecía extraño conocer a una que era un jefe en quien se podía confiar; es decir, le parecía extraño cuando pensaba en ello; si no, le parecía perfectamente natural. Nunca había seguido a un hombre en el que tuviera mayor confianza o por quien sintiera más respeto que a esta bella y esbelta dama.

Detrás de Brown iba Tibbs. El descanso de la noche le había refrescado. Sus músculos ya empezaban a estar acostumbrados a las penalidades del camino. Esta mañana avanzaba como un veterano.

—Hoyes un gran día, milady —observó—, si no le importa que lo diga. Me siento como si, a partir de ahora, las cosas fueran a ir un poquito bien.

—Eso espero, Tibbs. Quizá lo peor ya ha pasado. Si supiéramos dónde

estamos, las cosas serían mucho más fáciles. Podemos encaminarnos directamente hacia alguna aldea amistosa donde podremos conseguir guías, o puede que nos encaminemos a una zona desierta. Esto es lo que más me preocupa. Si lo supiéramos…

—El duque de Doningham solía decir que lo que no sabemos nunca nos hará daño, milady.

—Tampoco nos hará ningún bien —se rió Jane.

—Pero quizá él no se hallaba perdido en África —sugirió Tibbs—. Yo nunca había tenido idea de que África fuera un lugar tan grande.

—Cubre una gran cantidad de territorio. Tibbs.

No es un buen lugar para perderse.

—No me gustaría perderme aquí solo, milady… como su alteza. Caramba Milady, debe de estar asustado, allí solo… con sus pensamientos como única compañía.

—Y qué pensamientos tan terribles. Tibbs.

Tiemblo al pensar cómo deben ser; pero él no me preocupa, sino la pobrecita Annette.

Tibbs se quedó callado. También él pensaba en Annette.

Avanzando en silencio a través de los árboles les seguía un incansable acechador. Raras veces aquellos crueles ojos se apartaban de la esbelta figura de la muchacha que caminaba detrás de los dos hombres.

A medida que transcurrían las horas. Tibbs empezó a cansarse de nuevo. Iba más despacio y se rezagó detrás de Brown. Ya no buscaba conversación con Jane. Estaba demasiado cansado para hablar. Las últimas dos veces que había mirado atrás para ver si la muchacha les seguía había tropezado de tan cansados que estaban sus músculos, y los pies le pesaban mucho; así que dejó de hacerlo y se limitó a seguir avanzando penosamente.

Creía que Brown no se detendría nunca. ¿De qué estaba hecho aquel hombre, de hierro? Sus piernas y pies parecían objetos metálicos que debían moverse sin parar. Ya no parecían una parte de él. Sin embargo, se dio cuenta de que a él hoy le había ido mejor, que se había cansado menos deprisa que los días anteriores. Ya era algo; pero sentarse sería como estar en el cielo. ¿Brown no se pararía jamás?

Sin embargo, al fin Brown se detuvo.

—Este lugar parece tan bueno como cualquiera para pasar la noche —dijo—. ¿Cansado, Tibbs?

El inglés se tambaleó y se arrojó al suelo.

—¡Cansado! —exclamó—. Señor Brown, no hay en todo el diccionario de la lengua una palabra que indique lo cansado que estoy.

Brown se rió.

—Bueno, yo tampoco me siento muy alegre —admitió—. Apuesto a que la señora es la que está mejor. Por cierto, ¿dónde está?

Tibbs miró atrás.

—Estaba detrás de mí la última vez que he mirado. Seguro que llegará en un momento.

—No debería estar muy rezagada —murmuró Brown. Era evidente que sentía un poco de aprensión. Entonces gritó—: ¡Eh, ahí! ¡Lady Greystoke!

No hubo respuesta. Los dos hombres miraron fijamente el sendero con aire expectante. Tibbs se levantó pesadamente del suelo. Brown volvió a llamar a Jane. Sólo hubo silencio. Brown miró a Tibbs. En el rostro del americano había una expresión que Tibbs nunca había visto en él. Era miedo, pero no era miedo por sí mismo.

Brown echó a correr por el sendero. Tibbs fue tras él tambaleándose. De vez en cuando Brown gritaba el nombre de la muchacha desaparecida, pero nunca obtenía respuesta. Siguieron buscando hasta que la oscuridad se cerró a su alrededor.

Tibbs estaba exhausto; no podía seguir. También Brown se hallaba casi al límite de sus fuerzas. Los dos se arrojaron al suelo.

—Es inútil —dijo Brown con cansancio—. Ha desaparecido… igual que Annette… y creo que del mismo modo. ¿Por qué no me ha dejado matarle?

¿Por qué no le he matado? Sabía que debía hacerlo.

—¿Cree que ha sido el príncipe?

—Claro que sí, el muy… Bueno, da igual. Todo es culpa mía, por dejar que una mujer me dijera lo que tenía que hacer. Ella es una gran mujer, pero todas las mujeres son iguales cuando se trata de un asunto así; tienen el corazón demasiado blando. Debería haber matado a ese hombre cuando lo quise hacer por primera vez.

Ahora tendríamos a lady Greystoke y a Annette con nosotros.

—No es culpa suya, señor Brown —dijo Tibbs para calmarle—. Usted sólo hizo lo que cualquier hombre habría hecho. Todos prometimos obedecer a lady Greystoke, y ella le dijo que no le matara. Aunque, si me disculpa el que lo diga, creo que ese canalla merecía haber muerto hace

tiempo.

El rugido de un león que resonó en la oscuridad de la jungla despertó a los dos hombres a los peligros de la noche. Brown gruñó.

—¡Si supiera dónde están! Si supiera si están vivas. Si él las ha matado…; imagínelas por ahí, en algún lugar en la oscuridad, solas con ese… con ese gallina. —La tristeza de Brown se reflejaba en su voz.

—En realidad no cree que haya matado a lady Greystoke, ¿verdad? —preguntó Tibbs, horrorizado. Una cosa era matar a la doncella de una dama, pero otra, una cosa impensable, matar a una dama con título. La opinión de Tibbs en estos asuntos era en gran medida cuestión hereditaria (su familia había trabajado al servicio de otras personas desde tiempo inmemorial) y de entrenamiento y costumbre de pensamiento. Su esnobismo era el esnobismo de la clase servidora, bien arraigado e imposible de erradicar.

—No. No creo que la haya matado. A menos que se haya resistido, y de eso no me cabe duda. Pero tenía buenas razones para querer matar a la pobrecita Annette. Si la ha cogido, seguro que está muerta. ¡Dios mío, si pudiera ponerle las manos encima! Mañana podríamos retroceder y cazar hasta que le encontremos. Puede que a ellas nunca las encontremos, pero me causaría cierta satisfacción encontrarle a él. ¿Qué me dice, Tibbs? Dejaré que me ayude a matarle.

—Nunca he creído en el derramamiento de sangre, Brown, pero digo que no me avergonzaré, si ha matado a lady Greystoke y a Annette, de hacerlo yo mismo. Pero, señor Brown, no creo que debamos volver atrás. Creo que deberíamos proseguir como nos indicó milady, y conseguir ayuda para volver aquí a buscarlas; alguien que conozca el terreno.

—Supongo que tiene razón. Tibbs. No podríamos encontrar el edificio del *Empire State* si estuviera dando vueltas por esta enmarañada jungla, y mucho menos a un par de chicas.

Un león rugió detrás de ellos, esta vez estaba más cerca.

—Supongo que será mejor que subamos a un árbol. Tibbs, y esperemos a que se haga de día.

No me parece que dormir en el suelo sea muy aconsejable.

—Mi padre siempre decía que era muy poco saludable. Él sufría de reumatismo por haber dormido en el suelo en Crimea.

—Entonces, vamos a trepar al árbol —propuso Brown—. No quiero coger reumatismo.

XXII

NUMA ACECHA

NKIMA pasó una noche de terror. Sheeta, el leopardo, merodeaba por el suelo y trepó a los árboles. Nkima se aferró a la rama más alta que podría soportar su peso y pasó toda la noche temblando de frío y de terror. Pero al fin amaneció, y al disminuir la aterradora oscuridad saltó de árbol en árbol en busca de Tarzán y de los waziri. Y seguía asiendo el palito con el trozo de papel en la punta.

No había ido lejos cuando oyó voces de hombres. Su corazoncito se puso a latir con fuerza mientras se lanzaba en la dirección del sonido.

Estaba tan ansioso por encontrar a Tarzán que en su mente no había espacio para dudar que las voces que oía no eran las de sus amigos, y lo eran.

Chillando y parloteando, Nkima se dejó caer como una ciruela de las ramas altas para aterrizar en el hombro de su amigo. Rodeó con un brazo el cuello de Tarzán, y el papel que llevaba en el palo hendido ondeaba delante de los ojos del hombre mono. Éste vio que había algo escrito en él, con una letra que reconoció incluso con la fugaz mirada que le echó. Sin embargo, no lo podía creer. Era increíble, ridículo incluso, imaginar que el pequeño Nkima le traía un mensaje escrito por Jane. La notable similitud entre esta letra y la suya no podía ser más que una fantástica coincidencia.

Antes de que Nkima volviera a huir de él Tarzán arrancó el mensaje del palo; y mientras el mono parloteaba y chillaba, lo examinó apresuradamente. Los waziri, que le observaban, vieron de pronto una expresión preocupada en su rostro.

—¿De dónde has sacado esto. Nkima? —preguntó el hombre mono—. ¿Quién te lo dio?

Nkima dejó de parlotear y se rascó la cabeza, ¿de dónde lo había sacado? No lo recordaba.

Desde entonces habían ocurrido muchas cosas.

Su memoria era un largo y oscuro corredor, y este suceso una cosita diminuta al fondo.

—¿Ocurre algo, bwana? —preguntó Muviro—. ¿Nkima te ha traído malas noticias?

—Es un mensaje de lady Greystoke. Ella y un grupo de amigos se vieron obligados a llevar a cabo un aterrizaje forzoso. Están perdidos en algún lugar sin provisiones ni armas.

Volvió su atención de nuevo a Nkima.

—¿Quién te ha dado esto? —preguntó—. ¿Era una hembra? ¿Una tarmangani? —dijo.

Lentamente Nkima fue recordando.

—No fue una tarmangani —dijo.

—¿Un gomangani?

—No fue un gomangani.

—Bueno, ¿quién te lo dio?

Entonces Nkima recordó.

—No se lo dio nadie a Nkima. Nkima lo encontró en un *wala*.

—¿Qué dice, *bwana*? —preguntó Muviro, pues Nkima había hablado en el lenguaje de los de su especie, que sólo Tarzán, entre los hombres, comprende.

—Dice que lo ha encontrado en un «nido» —explicó el Señor de la Jungla—. Podría significar una casa, o una choza, o un refugio, la guarida de una fiera salvaje o el nido de un pájaro. Lo averiguaré.

—Nkima, ¿quién construyó el nido en el que encontraste esto?

—Tarmangani. Los gomangani no construyen *walas* así.

—¿Dónde está? Intenta recordar. Tienes que llevarme allí. ¿Dónde estaba?

Nkima señaló con una pata vagamente hacia el oeste.

—Llevarás a Tarzán a este nido —dijo el hombre mono.

Nkima al instante fue todo excitación. Se sentía muy importante. Saltó al suelo y tiró de la pierna de Tarzán.

—Ven con Nkima —dijo.

—Lleva a tus guerreros hacia el norte hasta que encuentres la aldea de los kavuru —indicó Tarzán a Muviro—. Si no son amistosos y no puedes entrar en la aldea para recuperar a Buira; espérame allí. Si la encuentras y te la llevas, deja alguna señal que me lo indique. ¿Entendido?

—Sí, bwana.

—Ahora, Nkima y yo vamos en busca de lady Greystoke.

Nkima no condujo a Tarzán por una ruta directa hacia el refugio en el que había encontrado el mensaje, sino por una muy sinuosa que rehacía sus idas y venidas. Cada una de sus travesuras y aventuras de los días anteriores era un hito en el camino de regreso, y así poco a poco fue encontrando la ruta hacia el refugio.

En un punto dijo a Tarzán que había visto a un extraño tarmangani con una hembra tarmangani, y Tarzán casi se convenció de que podría ser Jane, cautiva de los kavuru. Estuvo tentado de abandonar la búsqueda del refugio donde el monito había encontrado el mensaje e intentar seguir el rastro del hombre y de la mujer; pero Nkima no supo decirle en qué dirección habían ido, el rastro de olor había desaparecido y su prudencia le indicaba que el lugar por donde empezar la búsqueda de Jane era algún punto en el que pudiera estar seguro de que ella había estado.

Se requería una paciencia infinita para soportar los vericuetos de la memoria de Nkima y su incapacidad de mantener durante un rato un pensamiento continuado; pero la mayoría de las bestias son pacientes, y en este aspecto Trazan era como sus compañeros de la jungla. Su recompensa le llegó por fin cuando Nkima le condujo entre los árboles, orgulloso, hasta el campamento que los viajeros extraviados habían construido, el campamento en el que Nkima había encontrado la nota.

"XXX"

La retribución raras veces es rápida o está bien dirigida, sin embargo, quizá en su terror, el príncipe Alexis Sborov estaba probando los frutos inmediatos de sus fechorías a través de un castigo menos drástico que la muerte misma; pues Sborov era un arrogante cobarde y estaba sufriendo como sólo un cobarde podría sufrir, temblando en el amenazador silencio de la misteriosa jungla.

Y se hallaba dividido entre dos terrores, uno de los cuales casi anulaba al otro. Temía a los habitantes de la jungla y la idea de pasar una noche solo en la jungla, y este temor casi anulaba otro: su miedo a Brown. Pero no tanto. Por mucho que deseaba regresar a la compañía de los que con insistencia habían intentado ofenderle o hacerle daño, saber que Brown le mataría si regresaba le dejaba en manos de la tortura que suponía para él su aterrorizada soledad.

Cuando por fin se vio obligado a abandonar definitivamente toda idea de volver con los otros, decidió seguir el plan que en un principio les había

sugerido, el plan que se había rechazado en favor de la sugerencia de Jane de dirigirse hacia el este en busca de tribus amistosas; y así partió hacia el oeste con la esperanza de tropezar con un asentamiento de blancos en el Congo Belga.

En esta ruta se encontraba una dura prueba que él temía, pues al rehacer sus pasos debería pasar por la tumba de su esposa asesinada. No tenía remordimientos de su hazaña, pero su mente supersticiosa estaba llena de temores provocados por la historia que Tibbs había contado de la duquesa de Doningham asesinada, que regresó de la tumba para llevarse a su doncella.

Igual que Tibbs, Sborov veía un paralelismo en la misteriosa desaparición de Annette, una desaparición que él no podía explicar lógicamente de ninguna otra manera.

No obstante, no había alternativa. Debía pasar cerca de la tumba y de la escena del asesinato. Una vez más blandiría la pequeña hacha con su imaginación y una vez más la cálida sangre de su víctima le salpicaría la mano y la ropa.

La primera noche la pasó entre las ramas de un árbol, demasiado aterrado para dormir. Oía a las bestias de caza merodear bajo él. Oía los gritos de la presa atrapada. La tierra temblaba con el rugido del rey de las fieras, y había otros ruidos, sigilosos, misteriosos, que eran aún más aterradores porque no podía identificarlos.

Sin embargo, al fin la noche pasó y llegó el amanecer, que envolvió a una criatura desaliñada que se sobresaltaba con su propia sombra, una criatura exhausta por el miedo, por la falta de sueño y por el hambre, una criatura muy diferente del príncipe Sborov de los bulevares de París.

Sus manos y brazos, su cara sin afeitar, su pelo enmarañado y apelmazado con polvo y sudor seco, sus arrugadas mejillas surcadas por las lágrimas, turbias por la suciedad. La mente le fallaba. Hablaba solo, y después él mismo se hizo callar por si su voz llamaba la atención de alguna bestia de presa.

Así fue pasando el día, sin comida y sin agua, víctima desesperada de su propia avaricia, un lamentable contraste con las orgullosas bestias a las que temía, un triste comentario a la teoría de la evolución.

Era media tarde cuando ocurrió lo que había temido. Iba andando por un sendero ancho y, en un corto trecho, recto. Miró detrás de él, como había estado haciendo sin cesar. Las rodillas le temblaban. Creía que iba a

caer. Por un instante se quedó paralizado.

Donde el sendero giraba para desaparecer entre la maleza se encontraba un gran león, que miraba a Sborov con aire apreciativo. Qué hacía allí a aquella hora del día, cuando debería haber estado tumbado, esperando a que anocheciera para salir a cazar, es cosa suya, pero allí estaba. Simplemente, estaba parado y contemplaba a Sborov.

Entonces el hombre recuperó el control de sus músculos y echó a andar lentamente por el sendero. Había oído decir que si uno corre casi todas las bestias de presa le perseguirán… y le darán alcance, pues el hombre es el animal más lento.

Mientras Sborov se alejaba, el león le iba siguiendo. Iba despacio, al ritmo del hombre. Le estaba siguiendo. Cuando estuviera listo para ello, atacaría y sería el fin.

Sborov conocía muy poco las costumbres de los leones, pero lo que sabía lo había aprendido en las horas pasadas en torno a un fuego de campamento, escuchando, aunque nunca le habían animado a participar en la conversación.

Se preguntó cuánto tardaría el león en precipitarse sobre él y tirarle al suelo. Quería correr.

Le costaba contener este impulso. Miraba con ansia los árboles, pero estaba demasiado débil para trepar a ellos.

Una curva en el sendero le ocultó el león a la vista, y entonces Sborov echó a correr. Un instante después detrás de él resonó un rugido airado. Parecía estar muy cerca. El hombre lanzó una mirada por encima del hombro. El león avanzaba trotando. Los ojos le relucían, unos terribles ojos verde amarillentos que ocultaban todo vestigio de autocontrol.

Sborov lanzó un penetrante grito de terror.

XXIII

CAUTIVO

TARZÁN iba de árbol en árbol no lejos de un sendero de la jungla que conducía hacia el este. Nkima a veces se adelantaba corriendo por encima de su amo. Era muy valiente y agresivo, pues el santuario de un hombro bronceado siempre estaba cerca.

Usha, el viento, soplaba en la cara de Tarzán y llevaba a su olfato mensajes de la jungla que se extendía al frente. Hablaba de Hista, la serpiente, de Wappi, el antílope, y de Sheeta, el leopardo.

Débilmente, procedente de una gran distancia, hablaba de agua. Así Tarzán, cuando pasaba por territorio que le era desconocido, podía dirigir su rumbo y elegir desde muy lejos el lugar donde acampar.

También le llegaba con el aliento de Usha el acre olor de Numa, el león, y un instante después Tarzán oyó el rugido enojado del rey de las fieras. Casi simultáneamente captó el rastro de olor del hombre, de un tarmangani solitario.

Tarzán casi podía imaginarse la escena que más adelante, en algún punto de aquel sendero, se estaba desarrollando y aumentó su velocidad; porque un hombre blanco en aquella zona determinada podía muy bien ser miembro del grupo al que Jane había acompañado, y podría saber dónde se encontraba ella o qué destino había sufrido.

Lo que animaba a Tarzán de los Monos a apresurarse a ir en ayuda de este hombre desconocido no era ninguna consideración de humanidad, ni habría sido egoísta insensibilidad hacia el sufrimiento de otro, que le habría dejado más o menos indiferente, sino pensar en Jane. Él era un animal de la jungla, un compañero del león.

Y sabía que el león ha de comer, igual que él. Si no se alimentaba de este hombre lo haría de cualquier otro ser vivo cuya vida era tan preciosa para el animal como la de hombre lo era para él, y en la filosofía de la jungla una vida no es más valiosa que otra, a menos que sea la de uno

mismo o de un amigo.

Tarzán sabía que los dos no se hallaban lejos de él. El olor de Numa le indicaba que el león no estaba vacío y por lo tanto era probable que estuviera siguiendo al tarmangani sin peligro de que le atacara de inmediato, a menos que le provocara.

Entonces el silencio de la jungla fue quebrado por un grito de terror y Tarzán supuso que algo había despertado el mal genio del león. Al instante el hombre mono echó a correr a una velocidad espectacular, y tan velozmente corrió por la terraza media de la jungla que incluso el pequeño Nkima tenía dificultades para seguirle.

Sborov pensó que el león atacaba, pero no era así. Simplemente mantenía su presa a la vista, pero el enojado rugido era una advertencia contra cualquier intento de huida y una amenaza de lo que la presa podía esperar si obligaba al rey a hacer ejercicio innecesariamente a esta hora del día, cuando el calor era fuerte y húmedo en la jungla y la realeza debería estar haciendo la siesta.

Aunque Sborov ahora habría estado sordo a todos los avisos aunque los hubiera entendido.

Estaba muerto de miedo. Su único impulso era escapar, y así pues corrió y corrió, temblándole las piernas por el agotamiento y el miedo, el corazón latiéndole con fuerza, ahogando los gritos de puro terror.

Ahora Numa en verdad se estaba enojando.

Aquella lamentable cosa intentaba escapar de él y le hacía correr cuando él sólo deseaba caminar por el sendero con calma hasta que volviera a estar listo para matar y alimentarse. Pondría fin a ello, y enseguida. Lanzó otro rugido de advertencia cuando se preparaba para atacar, un rugido que casi paralizó al hombre.

Pensando que había llegado el fin, Sborov se hincó de rodillas y se volvió para encararse con el león; y cuando lo hizo ocurrió una cosa extraña, una cosa tan notable que sorprendió tanto al león como a Sborov. Un hombre blanco saltó desde arriba al sendero y se interpuso entre ellos.

Sborov no había visto nunca a un hombre igual, un gigante bronceado, semidesnudo; un gigante apuesto con las facciones serias; un gigante que se enfrentó al león con tan poca preocupación aparente como uno podría demostrar al ahuyentar a un gato callejero. Se quedó parado frente al león, esperando; y el león se paró en seco, mirando al intruso con creciente desagrado.

Mientras Sborov miraba al hombre comprendió que en realidad no era de proporciones gigantescas, sin embargo daba la impresión de ser de gran tamaño. Quizá era el poder y la majestuosidad que su porte sugería lo que le daba el aspecto de ser más alto que las otras criaturas. Debía de medir casi dos metros, los músculos sobresalían bajo la piel clara y bronceada; sus proporciones eran tan perfectas como las del león al que se enfrentaba. A Sborov se le ocurrió que los dos eran muy semejantes, y empezó a tener tanto miedo del hombre como de la bestia.

Se quedaron frente a frente un instante; luego, el león rugió, dando coletazos, y avanzó un paso.

El hombre rugió también y Sborov sintió un escalofrío. Ahora en verdad estaba aterrado. Sobre sus cabezas un monito danzaba subiendo y bajando por la rama de un árbol, parloteando y chillando. Derramó sobre el león un vocabulario de ricos improperios, pero para Sborov sólo era el tonto parloteo de un mono.

El broceado gigante avanzó lentamente hacia el león, mientras de la amplia cavidad de su pecho brotaban rugidos salvajes. Numa se detuvo.

Miró rápidamente a un lado y a otro. Sacudió la cabeza y, ladeándola, rugió; entonces, giró en redondo y se alejó majestuosamente sin mirar atrás. El hombre había vencido al león.

El recién llegado se giró hacia Sborov.

—¿Quién eres? —preguntó. Si el león hubiera hablado, Sborov se habría quedado menos sorprendido que cuando oyó brotar un excelente inglés de labios de aquel que acababa de proferir los espantosos rugidos de una bestia. No le sorprendió que no respondiera, pero el hombre repitió la pregunta. Esta vez su tono era perentorio y no admitía dilación.

—Soy el príncipe Alexis Sborov.

—¿Dónde está el resto del grupo… lady Greystoke y los demás?

Sborov abrió los ojos desmesuradamente. ¿Por qué los conocía aquel hombre? ¿Cómo era posible?

—No lo sé. Me dejaron solo para morir en la jungla.

—¿Quién te dejó solo?

—Sólo quedábamos lady Greystoke, yo, mi ayuda de cámara y el piloto, Brown, cuando me abandonaron.

—¿Por qué te abandonaron?

—Brown quería que muriera. No quería que llegara a la civilización y le acusara de asesinato.

Tarzán examinó al hombre atentamente. No había nada en él que despertara admiración en el hombre mono ni que le gustara.

—¿A quién asesinó? —preguntó.

—Mató a mi esposa, porque creía que no podría seguir el ritmo del resto y nos impediría salir de la jungla. Sabía que yo no la abandonaría, y él no quería perder a ninguno de los hombres; tenía miedo de viajar solo.

—Entonces, ¿por qué te abandonó a ti? —preguntó Tarzán.

Sborov se dio cuenta de la inconsistencia de sus afirmaciones, pero enseguida dio una explicación.

—Estaba enamorado de lady Greystoke; huyeron juntos.

El rostro de Tarzán se ensombreció y sus dedos se movieron como si se cerraran en algo, tal vez una garganta.

—¿Por dónde fueron? —preguntó.

—Siguieron este mismo camino hacia el este —respondió Sborov.

—¿Cuándo?

—Ayer, creo, o quizá anteayer. Tengo la sensación de haber estado mucho tiempo solo en la jungla; he perdido la noción del tiempo.

—¿Dónde están Tibbs y Annette?

Sborov de nuevo se quedó atónito.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Cómo sabes tanto de nosotros?

Tarzán no respondió. Se limitó a quedarse mirando al hombre. ¿Qué iba a hacer con él? Retrasaría su búsqueda de Jane, pero no podía dejarlo solo para que muriera, como seguro que ocurriría, porque creía que era amigo de Jane.

En la nota que ella había escrito no daba detalles de las penalidades que habían sufrido, sólo enumeraba a los miembros del grupo, explicaba que su avión se había estrellado y que la princesa Sborov había muerto. Naturalmente supuso que Jane era invitada de los Sborov y que, por lo tanto, aquel hombre debía de ser amigo suyo.

—¿Qué ha sido de Tibbs y de Annette?

—Annette desapareció —explicó el príncipe—. No sabemos qué pasó con ella. Simplemente, desapareció. Sus huellas conducían a un punto bajo un árbol. Se interrumpían allí.

—¿Cuándo fue eso?

—Me parece que fue el día anterior a que Brown huyera con lady Greystoke.

—¿Y Tibbs?

—Tibbs se fue con ellos.

—¿Por qué se llevaron a Tibbs y no a ti?

—Él no tenía miedo de Tibbs. Sabía que yo protegería a lady Greystoke y también que, si llegábamos alguna vez a un lugar civilizado, a él le llevaría ante la justicia.

Tarzán mantenía la mirada fija en Sborov mientras le evaluaba. Desconfiaba de él. Pero nada de lo que pasaba por su mente se dejaba traslucir en su inescrutable semblante. La cara de Sborov le repelía, así como su actitud, las contradicciones e incoherencias de algunas de sus afirmaciones; sin embargo, se daba cuenta de que en éstas debía de haber algo de verdad.

Al menos el tipo le había confirmado que se hallaba tras el rastro de Jane y le convenció de que la muchacha que Nkima había visto con el kavuru debía de ser Annette, ya que Jane aún debía de estar con Brown y Sborov cuando Nkima había visto a la otra mujer.

—Vamos —dijo al hombre—, iremos a buscar a lady Greystoke y a Brown.

—Brown me matará —dijo Sborov—. Me ha amenazado muchas veces.

—No te matará mientras yo esté contigo.

—Tú no le conoces.

—No necesito conocerle —replicó el hombre mono—. Me conozco a mí mismo.

—Estoy demasiado débil para viajar rápido —explicó Sborov—. Si conoces este territorio, será mejor que me lleves a alguna aldea y después vayas tú solo a buscar a Brown. Hace mucho tiempo que no como. Dudo que pueda andar un kilómetro más, pues estoy muy débil debido al hambre.

—Quédate aquí —indicó Tarzán—. Conseguiré comida; y después iremos los dos en busca de Brown.

Sborov vio que el hombre se adentraba en la jungla, con un monito posado en uno de sus anchos hombros.

XXIV

A LA OSCURIDAD

LOS PENSAMIENTOS de Jane habían estado muy lejos mientras aquella tarde seguía el sendero detrás de Tibbs y Brown; se habían ido hacia el oeste, donde encontraron una pequeña choza, estropeada por el tiempo, cerca de la orilla de una cala rodeada de tierra en la costa oeste.

Allí se habían concentrado muchos acontecimientos importantes y emocionantes aventuras de su vida; allí había conocido a aquel extraño semi-dios de la jungla al que más adelante conocería como Tarzán de los Monos.

¿Dónde estaba él ahora? ¿Había recibido su cablegrama? Si era así, ya la estaría buscando.

Este pensamiento renovó sus esperanzas. Ansiaba el refugio de aquellos fuertes brazos, por la paz y seguridad que proporcionaban en la jungla su fuerza y habilidad.

Mientras sus pensamientos volvían a explorar el sinuoso sendero del tiempo, redujo el paso y se rezagó aún más de sus compañeros. Por el momento se olvidó de ellos; se hallaba sola en la gran jungla de sus recuerdos.

Aunque no estaba sola. Unos ojos observaban todos sus movimientos desde el follaje de los árboles; la observaban y le seguían el paso.

Después, la muchacha sintió una inexplicable necesidad de darse la vuelta. Se preguntó por qué. ¿Era una intuición femenina que la dirigía hacia donde más le convenía? ¿Se trataba de una influencia benéfica o maligna? No lo sabía.

Al principio esta extraña necesidad fue sólo una leve insinuación; luego se hizo más pronunciada y se convirtió en una fuerza imposible de negar. Al fin dejó de preguntarse qué era.

Tibbs y Brown parecían estar muy lejos. Pensó en llamarles, pero sabía que sería inútil. Vaciló un instante más, haciendo esfuerzos para que su

voluntad la arrastrara por el sendero hasta darles alcance; luego se rindió. Un poder más fuerte que ella la controlaba y se dio la vuelta dócilmente alejándose de ellos.

Era como si alguien la estuviera llamando con una voz que ella no podía oír pero a la que debía obedecer. No le ofrecía nada, ni la amenazaba. No le producía ni miedo ni esperanza.

Cuando el nudo corredizo del kavuru cayó alrededor de su cuello Jane no sintió sorpresa ni terror, pues su sensibilidad estaba dormida. Miró el rostro salvaje y pintado del hombre blanco que la atraía a una rama junto a él y que le quitó el nudo del cuello. Todo parecía completamente natural, como si fuera algo que estuviera predeterminado desde el principio de los tiempos.

El hombre se la puso al hombro y echó a andar ente los árboles hacia el este, lejos del sendero que en aquel punto discurría en dirección nordeste. No hablaba, y ella tampoco. Todo parecía estar en orden.

Este estado mental persistió durante una hora más o menos; luego, poco a poco empezó a desaparecer mientras la joven lentamente salía del estado de hipnosis que había embotado su sensibilidad. Poco a poco fue comprendiendo el horror de la situación en que se hallaba. Se dio cuenta de que estaba en las garras de una extraña criatura salvaje que también era un hombre blanco. Ahora sabía que la había hipnotizado, que había sido víctima de un extraño poder que utilizaba su voluntad en su propio beneficio, sin embargo era consciente de todo lo que ocurría.

Vio que tenía que hacer algo, pero ¿qué podía hacer? Por la facilidad con que el hombre la llevaba supo que poseía una fuerza fuera de lo común, mucho mayor de la que ella podría reunir en un esfuerzo por escapar. Su única esperanza residía en utilizar alguna estratagema que le permitiera escapar de él cuando estuviera desprevenido, pero no cabía esperar hacerlo mientras la llevara a cuestas.

Se preguntó adónde la llevaba y qué destino le aguardaba. Si al menos pudiera mantener una conversación con él tal vez lo descubriera, pero ¿qué lenguaje hablaría aquella criatura? De todos modos, podía intentarlo.

—¿Quién eres? —le preguntó en inglés—. ¿Qué vas a hacer conmigo?

El hombre soltó un gruñido y luego murmuró en un dialecto bantú que ella conocía.

—No entiendo.

Cuando se dio cuenta de que hablaba una lengua que conocía Jane

experimentó un instante de júbilo que contrastaba con su situación desesperada.

—Yo sí te entiendo —dijo en el mismo dialecto que él había empleado —. Ahora dime quién eres y por qué me has cogido. No soy enemiga de tu pueblo, pero si no me dejas libre o me causas daño, vendrá mi gente y destruirá tu aldea; matarán a muchos de los tuyos.

—Tu gente no vendrá. Jamás va nadie a la aldea de los kavuru. Si alguien lo hiciera, le mataríamos.

—¿Os llamáis kavuru? ¿Dónde está vuestra aldea?

—Ya lo verás.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Te llevaré ante Kavandavanda.

—¿Quién es Kavandavanda? —preguntó.

—Él es Kavandavanda. —El hombre habló como si ésta fuera una explicación suficiente. Era como si dijera: «Dios es Dios».

—¿Qué quiere de mí? ¿Qué va a hacer conmigo? Si quiere un rescate, si tú quieres un rescate, mi gente pagará mucho para que me devolváis sin causarme daño.

—Hablas demasiado —espetó el kavuru—. Cállate.

Jane permaneció callada un rato; luego, volvió a intentarlo, animada por la incomodidad de la postura en la que era transportada.

—Bájame —dijo—. Puedo andar a través de los árboles tan bien como tú. No hay razón para que me lleves a cuestas. Será más fácil para los dos si me dejas andar.

Al principio el kavuru pareció hacer caso omiso de la sugerencia, pero al fin la bajó.

—No trates de escapar —le advirtió—. Si lo haces, puede que tenga que matarte. Nadie debe escapar jamás de un kavuru.

Jane estiró sus agarrotados músculos y examinó a su capturador. En verdad era un espécimen de aspecto salvaje; pero en qué medida esto se debía a su aspecto natural y en qué medida a la pintura, el adorno de la nariz y los aros en las orejas no lo sabía. Igual que muchos salvajes o gente primitiva, su edad era imposible de determinar por su apariencia; sin embargo, por alguna razón a Jane le pareció que era un hombre joven.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Ogdli —respondió él.

—Eres un jefe, claro —dijo ella, esperando causarle una impresión

favorable mediante halagos.

—No soy jefe —respondió—. Sólo hay un jefe, y es Kavandavanda.

Ella intentó entablar conversación, pero al principio él se mostró lacónico y taciturno y después se puso desagradable.

—Cállate o te cortaré la lengua —espetó—. Kavandavanda no necesita tu lengua.

Después de esto Jane permaneció callada, pues había algo en su capturador y en el tono en que había hecho su amenaza que le indicaba que no hablaba porque sí.

Aquella noche el kavuru la ató fuerte con su cuerda y él se tumbó a dormir, ya la mañana siguiente volvieron a ponerse en camino. Durante la parada que habían hecho él había recogido algunos frutos y nueces, que fueron su único desayuno.

A media mañana llegaron de pronto al final de la jungla y vieron, al otro lado de una estrecha llanura, una alta montaña a cuyo pie Jane creyó distinguir lo que parecía una empalizada construida cerca de un risco perpendicular.

La llanura estaba sembrada de grandes rocas e interrumpida por derrumbamientos, de modo que a medida que avanzaban por ella hacia la montaña la empalizada a veces quedaba a la vista y a veces oculta.

Cuando se hallaron más cerca, Jane vio que la empalizada era una enorme construcción de piedra y que formaba tres lados de un rectángulo, cuya pared trasera evidentemente era la cara de un gran acantilado que se elevaba sobre ellos.

Un riachuelo seguía un curso sinuoso atravesando la llanura desde el pie de la empalizada, como si naciera allí; aunque cuando estuvo más cerca vio que salía de debajo del muro de piedra a través de una abertura dejada para ese propósito.

Cuando se aproximaban a la empalizada su capturador gritó y un momento después una de las dos enormes puertas se abrió un poco para dejarles pasar. Detrás había una estrecha calle flanqueada de casitas de piedra, cuyos tejados planos sugerían que era una región donde llovía poco. Había casas similares en diseño a las construidas con piedra y adobe por los constructores prehistóricos de los antiguos pueblos de la América suroccidental.

Delante de las diminutas aberturas que servían de entrada había guerreros salvajes holgazaneando u ocupados ante pequeños fuegos para

cocinar encendidos en pequeños hornos en el exterior. Igual que Ogdli, todos eran hombres jóvenes, y sus adornos, atuendo y armas eran casi idénticos a los suyos.

Algunos se agolparon alrededor de Jane y su capturador, examinándola y haciendo preguntas a Ogdli.

—Tú e Ydeni siempre tenéis suerte —se quejó uno—. El capturó a una muchacha negra y a una blanca durante la luna llena.

—La muchacha negra se le escapó —dijo otro.

—Sí, pero volvió a la jungla y capturó a una muchacha blanca.

—No obtendrá dientes por la muchacha negra.

—No, pero obtendrá una buena ristra por la blanca; y Ogdli recibirá otra sarta de dientes; será la cuarta de Ogdli. Kavandavanda tendrá buena opinión de él.

—Debe hacerlo —dijo Ogdli—. Soy el más grande guerrero entre los kavuru.

Un tipo fornido gruñó en tono burlón:

—Sólo tienes tres ristras de dientes. Yo tengo siete —y se golpeó el pecho en el punto donde se juntaba con la garganta.

Jane, que escuchaba esta extraña conversación, no le dio importancia hasta que este gesto le hizo fijarse en el collar de dientes humanos que llevaba en la garganta; luego vio que había siete y que Ogdli llevaba tres ristras semejantes en su cuello. Miró a otros guerreros. Algunos llevaban una o dos, y otros ninguna. Era evidente que estos collares eran una señal de grandeza, indicativos de las proezas del individuo y de su éxito en la captura de mujeres.

De pronto se dio cuenta de que lo que la rodeaba poseía una notable peculiaridad: se hallaba en una aldea aislada, muy alejada de otras aldeas, con una gente que parecía guerrera, una aldea en la que había muchos hombres en la flor de la vida; sin embargo, no había visto ni mujeres ni niños.

¿Qué podía significar eso? ¿Alguna extraña costumbre requería que las mujeres y los niños permanecieran dentro de casa a ciertas horas o en ciertas ocasiones, o no había mujeres ni niños? Si esto último era cierto, entonces ¿qué les ocurría a las mujeres cautivas de las que alardeaban? Pero no podía ser cierto; tenía que haber mujeres y niños. Pero si había mujeres, ¿por qué los hombres se encargaban de los fuegos de cocinar? No era una tarea adecuada para un guerrero.

Estas observaciones y pensamientos pasaron rápidamente por la mente de Jane mientras Ogdli la conducía por la estrecha calle. En un cruce su capturador torció para entrar en un estrecho corredor y la llevó a un edificio circular, bajo, que prestaba a sus alrededores una similitud aún mayor con las antiguas aldeas de los pueblo; se trataba de una estructura sin ventanas en la que había apoyada una primitiva escalera de madera que conducía al tejado. Si no era un *kiva* ceremonial su aspecto no indicaba su finalidad.

Ogdli soltó un gruñido y le hizo señas de que subiera la escalera delante de él, y cuando Jane llegó al tejado encontró aún más pruebas de atributos de *kiva*, pues en lo alto había una segunda escalera que descendía en una pequeña abertura rectangular.

Entonces Ogdli la señaló.

—Baja —ordenó— y quédate allí. No intentes escapar. Será peor para ti si lo intentas.

Jane miró por la abertura. No vio nada, sólo un pozo negro. —¡Deprisa! —instó Ogdli.

La muchacha puso un pie en un peldaño de la escalera y empezó a bajar despacio al negro y misterioso vacío. No era cobarde, pero puso a prueba su valor al máximo al obligar a sus pies a bajar por la inestable y primitiva escalera. En su mente destacaba el hecho de que no había visto a ninguna mujer en la aldea de los kavuru. ¿Cuál había sido el destino de las cautivas de las que los guerreros habían alardeado? ¿También ellas habían descendido aquella escalera? ¿Habían bajado a aquel negro abismo para no regresar jamás?

XXV

DERROTA

MUVIRO y los waziri llegaron al final de la jungla.

Ante ellos se extendía una estrecha llanura al pie de una solitaria montaña.

Uno de los guerreros señaló.

—Hay una aldea construida al pie de aquel gran risco. Veo la empalizada.

Muviro hizo pantalla con la mano sobre los ojos y asintió.

—Debe de ser la aldea de los kavuru. Al fin la hemos encontrado. Quizá no encontremos a Buira, pero castigaremos a los kavuru. Les enseñaremos a dejar en paz a las hijas de los waziri.

Los otros guerreros asintieron con salvajes gruñidos, pues eran waziri, conocidos durante siglos como poderosos guerreros. ¿Quién se atrevería a usurpar les sus derechos? ¿Quién podría robarles sus mujeres con impunidad? Nadie.

Otras tribus sufrían pérdidas similares. Hacían mucho ruido con *tam-tam* y gritos. Efectuaban sus danzas de guerra. Y después, cuando había pocas probabilidades de vencer a su enemigo, partían en su persecución; pero siempre la abandonaban antes de alcanzar su presa.

Los waziri no. Cuando emprendían una persecución, no cejaban en su empeño hasta el final, ya fuera la victoria o la derrota.

—¡Vamos! —exclamó Muviro, y condujo a sus guerreros por la llanura hacia la aldea de los kavuru. De pronto se detuvo—. ¿Qué es eso? —preguntó.

Los waziri aguzaron el oído. Un largo sonido como un zumbido que al principio apenas llamó la atención de sus oídos iba aumentando poco a poco de volumen. Los guerreros, parados en silencio, levantaron la mirada al cielo.

—Ahí está —dijo uno, señalando—. Es una canoa que vuela. He visto

pasar una sobre la región de los waziri. Hacía el mismo ruido.

El aparato apareció enseguida a la vista, volando a una altitud de trescientos o cuatrocientos pies. Pasó sobre la llanura y los waziri; luego efectuó un profundo giro y dio media vuelta. Con el motor apagado el aparato descendió ágilmente formando anchos espirales. Cuando se hallaba a unos centenares de pies del suelo siguió volando en círculos bajos sobre la llanura. El piloto buscaba un lugar donde aterrizar. Durante dos horas había estado buscando uno, casi sin esperanzas de encontrarlo.

Perdido, y con poco combustible en los depósitos, agradeció ver esta llanura abierta y la aldea. Sabía que allí no conseguiría combustible, pero podría orientarse y al menos se había ahorrado tener que efectuar un aterrizaje forzoso en la selva.

Como volaba bajo vio a los waziri, salvajes con plumas blancas que era evidente que habían salido de la jungla, y vio también a unos nativos que salían de la aldea. Vio que estos eran diferentes de un modo sorprendente; descendió más y dio otro par de vueltas para asegurarse.

Su compañero, en la cabina delantera, garabateó una nota y se la pasó: «¿Qué opinas de ellos? A mí me parecen blancos».

«Son blancos», escribió el piloto.

Debido a las rocas y a los derrubios no había muchos lugares donde aterrizar en la llanura.

Uno de los mejores, o tal vez habría que decir el menos imposible, se hallaba directamente delante de la aldea; otro, y quizá mejor, se encontraba al otro lado de la llanura, cerca de la jungla. Muviro y sus waziri estaban cerca del lindero; eran una banda de salvajes primitivos.

Y estos y lo que su presencia sugería decidieron al piloto a acercar el aparato a la aldea y a sus habitantes blancos. Trágico error.

Una vez más el aparato voló en círculos sobre la llanura, elevándose a una altitud de mil pies; luego el piloto paró el motor y se deslizó para aterrizar.

Muviro reanudó su aproximación a la aldea; y como el camino les conducía a él y a sus hombres a un derrubio profundo no vieron el aterrizaje del aparato, pero cuando salieron de nuevo a terreno más elevado observaron a dos hombres emerger de las cabinas del aeroplano, mientras por las puertas de la aldea de los kavuru salía un enjambre de salvajes guerreros blancos cuya intención hostil era evidente para Muviro.

¡Eran blancos! Ya no cabía duda en la mente del jefe waziri; ahora

sabía que en verdad eran los kavuru. Gritaban y blandían sus lanzas mientras corrían hacia los dos aviadores. Aparentemente aún no habían descubierto la presencia de los waziri, o, si lo habían hecho, les hacían caso omiso.

Muviro habló con sus hombres en tono bajo y estos formaron una delgada fila y avanzaron en silencio al trote. No gritaban ni brincaban como hacen muchos guerreros nativos, y como no lo hacían siempre parecían inspirar más miedo en el corazón de sus enemigos. Sólo eran diez, sin embargo atacaron a los salvajes kavuru, que les superaban en número en una proporción de diez a uno, con toda la seguridad que habría cabido esperar de haber sido inversas las probabilidades.

Los aviadores, al ver que los nativos eran hostiles, retrocedieron hacia su aparato. Uno de ellos disparó un tiro por encima de las cabezas de los kavuru que avanzaban, pero no produjo ningún efecto y el hombre volvió a disparar, y esta vez cayó un kavuru. Los salvajes guerreros blancos siguieron avanzando.

Ahora ambos aviadores abrieron fuego, pero los kavuru siguieron adelante. Pronto se encontrarían a tiro de lanza de sus víctimas. Los hombres miraron atrás como si buscaran refugio temporal, pero lo que vieron debió de ser desalentador: una fila de guerreros negros trotando en silencio hacia ellos por detrás.

No sabían que estos habrían sido amigos y aliados; así que uno de ellos alzó su pistola y disparó a Muviro. La bala erró el blanco y el jefe de los waziri se puso a cubierto detrás de una roca, ordenando a sus hombres que hicieran lo mismo, pues sabía mejor que los kavuru la eficacia mortal de las armas de fuego.

Después llamó a los dos aviadores en inglés, y les dijo que los waziri eran amigos; pero el daño ya estaba hecho. El retraso permitió a los kavuru rodear a los dos hombres antes de que los waziri pudieran unir fuerzas con ellos para repeler al enemigo, aunque quizá no habría servido de nada, debido al exceso numérico de los kavuru.

Lanzando gritos salvajes se precipitaron sobre los aviadores, aunque varios de ellos cayeron ante el fuego que los dos derramaron sobre sus filas. Ya estaban cerca, pero también lo estaban los waziri, que volvían a avanzar, ahora corriendo.

Después empezaron a llover las lanzas de los kavuru. Uno de los extranjeros cayó con una de ellas clavada en el corazón. Entonces se

derramó una lluvia de lanzas de manos de los waziri, lo que frenó momentáneamente el avance de los kavuru, que parecían temer más las lanzas que las armas de fuego.

No se retiraron, simplemente se detuvieron un momento; luego, lanzaron otra andanada de lanzas, y esta vez cayó el segundo aviador, y con él tres waziri. Un instante después los kavuru y los waziri se enzarzaron en una lucha cuerpo a cuerpo.

Ya sólo quedaban siete de estos últimos, y aunque peleaban valientemente, no eran rival para el centenar de guerreros kavuru que luchaban con ellos.

Muviro y uno de sus guerreros, Balando, que peleaban cerca de los cuerpos de los aviadores caídos, recogieron las pistolas y la munición de los hombres muertos. De cerca las armas de fuego produjeron un efecto más contundente en la moral de los kavuru, deteniéndoles temporalmente y permitiendo a Muviro y al resto de sus guerreros que retrocedieran en busca de refugio. Ahora sólo quedaban cuatro, Muviro, Balando y otros dos.

El jefe waziri intentó alcanzar una roca de granito que se elevaba como una aguja en la llanura, y al fin lo logró, pero ahora sólo quedaba vivo Balando para proseguir la desigual lucha. Juntos se dirigieron al refugio rocoso que Muviro había elegido, y mientras Muviro mantenía a raya a los kavuru, Balando trepó a la cima a salvo del alcance de las lanzas; luego, disparó al enemigo desde arriba mientras Muviro subía para reunirse con él.

Los kavuru no paraban de lanzar sus lanzas hacia arriba, pero la altura era demasiado grande hasta para los músculos más fuertes, e incluso las armas que estos lanzaban habían perdido tanta velocidad e impulso cuando llegaban al nivel en el que se encontraban sus objetivos que dejaban de constituir una amenaza. Sin embargo, los revólveres y arcos de los dos waziri aún eran efectivos, tan efectivos que los kavuru se retiraron hacia su aldea, y con la llegada del rápido crepúsculo ecuatorial Muviro vio que abandonaban definitivamente el ataque y se dirigían en fila hacia las puertas de su aldea.

Cuando pasaron junto al avión. Muviro vio que lo esquivaban y supuso que lo temían como si se tratara de algo sobrenatural; entonces cayó la noche, oscureciendo la escena.

Muviro y Balando, tristes, descendieron de la roca que les había

ofrecido protección. Buscaron refugio y un lugar donde dormir en la jungla, cuya impenetrable oscuridad no parecía más negra que su futuro. Pero no hicieron planes; estaban demasiado exhaustos, demasiado sobrecogidos por la pena y la decepción para pensar con claridad.

—Si al menos viniera el gran bwana… —dijo Balando con un suspiro.

—Sí —coincidió Muviro—. Si él hubiera estado aquí esto no habría ocurrido.

XXVI

TARZÁN ACECHA A BROWN

LA NEBLINA de la mañana flotaba perezosamente en el aire inmóvil, mientras el alma de la noche muerta se aferraba de mala gana a la tierra.

Un extraño silencio se extendía en la jungla, un silencio tan amenazador como el grito de un leopardo. Despertó a Brown. Éste se movió de mala gana en la horcadura del árbol en la que se había instalado la noche anterior. Estaba aterido y le dolían todos los músculos. Levantó la mirada hacia Tibbs, que estaba a medio metro por encima de él, y sonrió. El inglés estaba con los brazos extendidos sobre dos ramas paralelas a las que se aferraba con fuerza en un sueno inquieto.

—Parece que vayan a asarle —pensó el piloto—. Pobre Tibbs. —Estas últimas palabras las pronunció medio en voz alta.

Tibbs abrió los ojos y miró alrededor. Por un momento su expresión fue de sorpresa y preocupación, luego, descubrió a Brown más abajo y recuperó totalmente la conciencia.

—¡Dios mío! —exclamó meneando la cabeza—. Estaba preparando el baño de su alteza.

—Le sirve incluso dormido, ¿verdad, Tibbs?

—Verá, señor, su vida siempre ha sido mi vida, y no pediría una vida mejor: paz y orden. Todo limpio y bien arreglado, todo siempre en su lugar. No era un trabajo duro, señor. Siempre me trataron bien; es decir, los caballeros. He tenido la buena fortuna de estar al servicio principalmente de caballeros.

—¿Como ese tipo Sborov? —preguntó Brown.

—Él no era un caballero.

—Pero era príncipe, ¿no? ¿Eso no le convierte en un caballero?

Tibbs estiró la cabeza.

—Debería ser así, pero no lo es; no siempre.

Cuando veo a un sinvergüenza con un título, a veces pienso que

posiblemente en algún momento su madre cometió una indiscreción.

Brown se echó a reír.

—Supongo que debe de haber mucha indiscreción en los lugares de categoría —observó, y añadió—: ¿Qué te parece si nos movemos, Tibbs? Nos queda mucho camino por andar con el estómago vacío.

Los dos hombres avanzaron penosamente por la jungla. Todas las fuerzas de la naturaleza y las leyes de la probabilidad parecían haberse unido contra ellos desde el principio. Ahora estaban tristes, desanimados, casi sin esperanzas; sin embargo, cada uno intentaba valientemente animar al otro. A veces esto les costaba un esfuerzo, y en ocasiones uno de ellos expresaba las dudas y temores que les asaltaban a los dos.

—¿Crees en la magia negra. Tibbs? —preguntó Brown.

—He visto algunas cosas extrañas en mi vida, señor —respondió el inglés.

—Sabes lo que vino a buscar aquí la vieja, ¿verdad?

—Sí. Algo que le devolvería la juventud, ¿no?

—Sí. Sé mucho de eso. Sabía muchas cosas que no le dije a ella. Si lo hubiera hecho tal vez no habría venido y yo quería que lo hiciera. Quería conseguir esa fórmula. ¡Caramba. Tibbs! En la civilización valdría un millón. Pero está bien protegida. Unos cuantos han intentado obtenerla. Nunca se ha vuelto a tener noticias de ellos.

—Bueno, nosotros no estamos intentando obtenerla. Ya hemos tenido suficientes problemas tratando de salir de esta jungla para preocuparnos por un elixir de la vida. Si nos limitamos a seguir adelante y ocuparnos de nuestros asuntos estaremos bien.

—No lo sé. Nunca he creído mucho en la magia negra; pero es divertido todas las cosas que nos han ocurrido desde que salimos. Es como si alguien o algo le hubiera echado mal de ojo. Empezó con aquel mal tiempo para volar; después vino el aterrizaje forzoso; luego, el asesinato de la vieja; después desapareció Annette, y ahora lady Greystoke.

»¿Te das cuenta, Tibbs, de que de los seis que salimos de Croydon sólo quedamos dos? Es como si algo nos estuviera siguiendo y eligiera a uno cada vez. Me revienta, cuando me paro a pensarlo. Pero es divertido. Tibbs, eso es lo que es.

—Yo no lo encuentro divertido, señor —objetó Tibbs—; pero siempre he oído decir que los americanos tienen un extraño sentido del humor.

—El problema es que los ingleses no entendéis el inglés —explicó

Brown—. Pero vamos a dejarlo.

La cuestión es: ¿Quién será el próximo?

—No lo pregunte —rogó Tibbs—. Es lo que he estado tratando de no pensar.

Brown se volvió de nuevo y miró a su compañero, que le seguía por el estrecho sendero. El americano sonrió.

—¿Lady Greystoke no caminaba detrás cuando la perdimos? —le recordó.

"XXX"

Mientras seguían el sendero que se dirigía hacia el este. Tarzán descubrió que Sborov le resultaba un problema. El hombre estaba demasiado exhausto para ir más deprisa que un caracol, y aun así se veía obligado a descansar con frecuencia.

Tarzán estaba ansioso por alcanzar a Brown y a Tibbs, con los que creía que Jane estaría.

Mataría a Brown. Sólo pensar en aquel hombre hacía que la cicatriz de su frente enrojeciera, la cicatriz que Bolgani, el gorila, le había producido años atrás, en aquella primera lucha a vida o muerte que enseñó al muchacho Tarzán uno de los usos del cuchillo de caza de su padre y así puso los pies en el sendero que conducía al dominio de la jungla.

De ordinario, la vida de un extraño tarmangani no habría tenido ningún peso contra un retraso en su búsqueda de Jane; pero Alexis había dado la impresión de haber sido amigo y protector de Jane, y Tarzán no podía abandonarle al destino cierto que le habría sobrevenido de haber estado solo en la jungla.

Por eso el Señor de la Jungla decidió permanecer con Sborov hasta que pudiera entregarle al jefe de alguna tribu amistosa para que le protegiera y guiara hasta el puesto civilizado más próximo, o dejarle en manos de sus waziri.

Aparentemente imbuido de muchas características físicas de las bestias salvajes entre las que se había criado, a Tarzán a menudo los individuos le caían bien o mal de forma instintiva al primer contacto, y raras veces le resultaba necesario variar sus decisiones.

Al cabo de unos instantes de conocer a Sborov se había formado una convicción que le hacía desagradable estar en la compañía de aquel hombre y perder el tiempo haciéndose amigo suyo.

Desconfiaba de él y le desagradaba, pero por Jane no le abandonaría. El

pequeño Nkirna parecía compartir su desconfianza, pues raras veces se acercaba al extraño, y cuando lo hacía enseñaba los dientes formando una mueca amenazadora.

Irritado por el retraso a que le obligaba la mala forma física de Sborov, que rayaba el agotamiento absoluto, el hombre mono al final se echó al sorprendido Sborov al hombro y saltó a los árboles con la agilidad y rapidez de un monito.

Alexis lanzó un grito reprobador que también contenía algo de miedo, pero se hallaba indefenso para escapar de la situación a la que se había visto arrojado como por la mano del destino. De haber logrado deshacerse de la garra del hombre mono, sólo habría conseguido herirse con la resultante caída al suelo. De modo que Alexis cerró los ojos con fuerza y esperó lo mejor.

Sabía que avanzaban con rapidez a través de los árboles; el veloz paso de follaje y ramitas por su cuerpo se lo indicaba. Se quejó al bronceado salvaje que le transportaba, pero era como buscar conversación con la Esfinge. Al fin logró reunir suficiente valor para abrir los ojos; entonces en verdad ahogó un grito de horror, pues en aquel mismo momento Tarzán saltó al espacio para agarrarse a una liana que colgaba y balancearse hasta otro árbol de aquel sendero arbóreo. Quince metros más abajo de los ojos del aterrado Sborov se encontraba el duro suelo.

Lanzó un fuerte grito y luego pudo hablar.

—Bájame —gritó—. Déjame andar. Nos mataremos los dos. — Vencido por el terror, forcejeó para liberarse.

—Serás tú el que se mate si no te estás quieto —le advirtió el hombre mono.

—Entonces, bájame.

—Eres demasiado lento —replicó Tarzán—. No puedo seguir el paso de Kota, la tortuga, si quiero alcanzar al hombre al que llamas Brown. Si te bajo tendré que dejarte solo en la jungla. ¿Lo prefieres?

Sborov se quedó callado. Estaba intentando sopesar los terrores de un plan contra los del otro. Lo único que pudo pensar en ese momento era que deseaba estar de nuevo en París, lo que en la emergencia en la que se hallaba no le sirvió de nada.

De pronto Tarzán se detuvo en seco en una rama ancha. Se quedó escuchando con atención.

Sborov le vio oliscar el aire. Le recordó a un sabueso siguiendo un

rastro de olor.

—¿Qué aspecto tienen esos dos hombres? —preguntó Tarzán—. Descríbemelos para que pueda conocer a Brown cuando le vea.

—Tibbs es un hombre menudo, con el cabello ralo y el rostro enjuto. Es inglés y tiene un ligero acento *cockney*. Brown es un tipo corpulento, americano. Supongo que podría decirse que es apuesto —añadió Sborov de mala gana.

Tarzán saltó al sendero que habían cruzado muchas veces mientras serpenteaba por la jungla y dejó a Sborov en el suelo.

—Sigue este sendero —indicó—. Yo voy a ir delante.

—¿Vas a dejarme aquí solo en la jungla? —preguntó Alexis, muerto de miedo.

—Volveré a por ti —respondió el hombre mono—. Estarás a salvo el poco tiempo que yo no esté contigo.

—Pero ¿y si un león…? —empezó a decir Sborov.

—Por aquí no hay leones —le interrumpió en seco Tarzán—. No hay nada cerca que te pueda hacer daño.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Haz lo que te digo y sigue el sendero.

—Pero… —Sborov empezó a decir, pero jadeó y suspiró con resignación, pues ya estaba solo. Tarzán había saltado a los árboles y desaparecido.

El hombre mono se movía ágilmente siguiendo el rastro de olor que había llamado su atención. Su sensible olfato le indicaba que era el olor de dos hombres blancos. Intentó en vano captar el rastro de una mujer, pero no lo había; si los dos hombres eran Brown y Tibbs. Jane ya no se encontraba con ellos.

¿Qué se había hecho de ella? El hombre mono apretó la mandíbula. Obtendría esa información de Brown antes de matarle.

Una vida humana no significaba para Trazan de los Monos más que la de cualquier otra criatura. Nunca quitaba la vida sin motivo, pero podía matar a un hombre malo con menos remordimientos de los que podría sentir al quitarle la vida a un león malo.

Incluso podía obtener una especie de siniestro placer al matar a cualquier cosa viva que dañara a su compañera o la amenazara con hacerle daño, y Sborov le había convencido de que Brown le haría daño a Jane, si no se lo había hecho ya.

La afirmación que había hecho el hombre de que Jane y Brown habían huido juntos no transmitió la convicción que lo que daba a entender podía haber provocado, tan seguro estaba el Señor de la Jungla de la lealtad de su compañera. Él jamás había dudado de las intenciones y los actos voluntarios de ésta.

¿Cuáles eran sus pensamientos mientras seguía el rastro de los dos confiados hombres?

Aquel rostro inescrutable no daba señale de lo, que pasaba por su mente salvaje, pero debían de ser siniestros y terribles pensamientos de venganza.

Rápidamente el olor de su presa se hizo más fuerte a medida que la distancia que les separaba se hacía más corta.

Ahora iba más despacio, y, si es posible, aún era más silencioso. Se movía sin hacer ningún ruido, como si fuera su propia sombra, cuando por fin aparecieron ante su vista dos hombres que avanzaban penosamente por el sendero.

Eran ellos; no había confusión posible: el inglés menudo y el americano corpulento. Prestó poca atención a Tibbs, pero sus ojos no abandonaron la figura del aviador. Les acechó con sigilo, como el león acecha a su presa.

Estaba bastante cerca por encima de ellos.

Ahora, en cualquier momento, podía arrojarse fácilmente sobre su víctima.

Tibbs se secó el sudor de la frente y los ojos.

—¡Uf! —suspiró—. Todo parece tan endiabladamente inútil. Es como buscar una aguja en un pajar. Nunca la encontraremos. Parémonos a descansar. Estoy absolutamente agotado.

—Sé cómo te sientes, pero tenemos que seguir buscando. Tal vez la encontremos. Cuanto más pienso en ello, menos creo que Sborov huyó con lady Greystoke.

—¿Qué le ha hecho cambiar de opinión? —preguntó Tibbs—. Creía que estaba seguro de ello.

—Bueno, en primer lugar, ella iba armada, y tenía agallas para defenderse. Él no las tiene.

—Tuvo las suficientes para asesinar a su pobre esposa —objetó Tibbs.

—Fue a por ella ocultándose en la oscuridad mientras dormía —dijo Brown con una mueca de desprecio—. Para eso no se necesitan agallas.

—Pero ¿y Annette?

Brown meneó la cabeza.

—No lo sé. No puedo imaginarlo. Por supuesto, había una buena razón para que él quisiera matar a Annette. Ella tenía la prueba contra él; sabía demasiado, y no iba armada.

—Pero lo que me desorienta es la forma en que desaparecían sus huellas, como si se hubiera disuelto en el aire. Si las huellas de él también hubieran estado allí y desaparecido, habría pensado que la había cogido en brazos y se la había llevado a la jungla para acabar con ella; pero sólo había las de ella.

Ahora se habían detenido mientras Tibbs descansaba. El hombre mono se agazapó sobre ellos, escuchando. No se perdía palabra, pero ningún cambio en su expresión revelaba el efecto que producían en él.

—Pero no pudo cogerla y llevársela sin que ella gritase —argumentó Tibbs—. Nos habría despertado.

—Puede ser que estuviera demasiado asustada para gritar —explicó Brown—. Annette le tenía un miedo espantoso.

—Lady Greystoke no le tenía miedo. ¿Por qué no gritó pidiendo ayuda?

—Lady Greystoke no tenía miedo de nada. Era toda una dama, Tibbs.

—Estoy de acuerdo —respondió el inglés—. Lady Greystoke era una persona extraordinaria. Espero que la encontremos.

—Sí, y espero encontrar a Annette. No puedo creer que esté muerta. —La nota de ansia que había en la voz del aviador no pasó inadvertida al silencioso oyente de los árboles.

—Usted estaba enamorado de Annette, ¿verdad? —dijo Tibbs con simpatía.

—Mucho —admitió Brown—, y ese miserable, Sborov, le dijo que yo intentaba seducir a lady Greystoke. ¡Demonios! ¿Cómo se puede imaginar que una noble inglesa se enamorara de mí?

—Me perdonará que lo diga, pero no puedo —admitió Tibbs con sinceridad.

—Ni yo. Era una dama estupenda, pero Annette era la única muchacha que he conocido que me ha hecho tilín. Daría… bueno, todo lo que tengo por saber qué ha sido de ella.

El hombre mono bajó con suavidad al sendero detrás de los dos hombres.

—Me parece que yo lo sé —dijo.

Al oír su voz los dos hombres se giraron en redondo, con la sorpresa pintada en el rostro.

—¿Quién demonios eres y de dónde has salido? —preguntó Brown, mientras Tibbs se quedaba parado con la boca abierta, mirando con ojos desorbitados la extraña figura del hombre mono—. ¿Y qué es lo que crees que sabes? —concluyó el americano.

—Creo que sé cómo desaparecieron vuestras dos mujeres.

—Vaya —exclamó Brown—, ¿qué eres? Este país me vuelve loco; la gente desaparece y tú apareces de la nada. ¿Eres amigo o qué?

—Soy amigo —respondió Tarzán.

—¿Cómo es que vas por ahí casi desnudo? —preguntó Brown—. ¿No tienes ropa o no tienes cabeza?

—Soy Tarzán de los Monos.

—¿Ah, sí? Bueno, me alegro de conocerte, Tarzán; yo soy Napoleón. Pero di lo que sepas de Annette; de las dos damas. ¿Quién se las llevó? ¿Fue Sborov? Pero bueno, tú no sabes nada de Sborov.

—Conozco a Sborov —replicó Tarzán—. Sé lo del accidente de vuestro avión. Sé que la princesa Sborov fue asesinada. Creo que sé lo que les ocurrió a lady Greystoke y a Annette.

Brown parecía perplejo.

—No sé cómo lo sabes, pero dime lo que les ha ocurrido a las dos damas.

—Los kavuru las cogieron. Estáis en territorio de los kavuru.

—¿Quiénes son los kavuru? —preguntó Brown.

—Una tribu de hombres blancos salvajes. Tienen la práctica de robar mujeres, presumiblemente para utilizarlas en algún rito religioso.

—¿Dónde se encuentran?

—No lo sé. Yo estaba buscando su aldea cuando me enteré del accidente de vuestro avión. Me parece que podré averiguarlo pronto. Se halla en una región muy salvaje. Los kavuru tienen secretos que desean guardar, por lo que no permiten que nadie se acerque a su aldea.

—¿Qué secretos? —preguntó Brown.

—Se cree que han descubierto una especie de elixir de la vida, algo que hace que los viejos vuelvan a ser jóvenes.

Brown lanzó un silbido.

—Así que es esto. Es lo que esa gente buscaba.

—¿Buscabais a los kavuru? —preguntó Trazan con incredulidad.

—La vieja buscaba la fórmula de ese elixir —explicó Brown—, y yo también, ahora que ella ha muerto; alguien tiene que continuar —añadió—.

Pero a ver, ¿cómo te enteraste del accidente del avión? ¿Cómo te pudiste enterar? No hemos visto ni hablado con nadie. —De pronto Brown dejó de hablar. Su rostro se ensombreció de ira—. ¡Sborov! —exclamó.

El príncipe, al doblar una curva del sendero, se detuvo cuando vio a Brown. El americano empezó a andar hacia él con aire amenazador, con un juramento en los labios.

Sborov se volvió para echar acorrer.

—¡Detenle! —gritó a Tarzán—. Prometiste que no dejarías que me hiciera daño.

El hombre mono corrió detrás de Brown y le agarró del brazo.

—¡Párate! —ordenó—. Se lo prometí.

Brown intentó liberarse.

—¡Suéltame! —gritó—. Ocúpate de tus asuntos.

—Luego asestó un fuerte golpe a la mandíbula de Tarzán con su mano libre. El hombre mono se agachó y el puño cerrado sólo le llegó a la mejilla. La sombra de una sonrisa siniestra apareció en sus labios cuando alzó al americano por encima de su cabeza y lo zarandeó; luego, lo lanzó a la espesa maleza que bordaba el sendero.

—Te has olvidado de Waterloo, Napoleón —dijo.

En la rama de un árbol, el pequeño Nkima bailaba y parloteaba, y mientras Brown se liberaba con dificultad del punzante abrazo de los arbustos, Nkima cogió un fruto maduro y perfumado y se lo arrojó.

Tibbs contemplaba la escena consternado, pues creía que Brown tema un enemigo peligroso en este gigantesco salvaje blanco; y cuando vio a Tarzán avanzar hacia el americano creyó que los dos morirían.

Sin embargo no había ira en pecho del hombre mono cuando volvió a agarrar al aviador, lo sacó de los arbustos que lo tenían preso y lo puso de pie en el sendero.

—No vuelvas a olvidar —dijo con calma— que soy Tarzán de los Monos y que cuando doy una orden tiene que ser obedecida.

Brown miró al hombre mono directamente a los ojos unos instantes antes de hablar.

—Sé reconocer cuándo me han vencido —dijo—. Pero aún no entiendo por qué no me dejas matar a ese miserable; se lo merece.

—Vuestras discusiones no importan —dijo el hombre mono—. Lo importante es encontrar a lady Greystoke.

—Y a Annette —añadió Brown.

—Sí —coincidió Tarzán—. Además, vosotros tres tenéis que volver a la civilización. No pertenecéis a la jungla. El mundo está lleno de tontos que van a lugares a los que no pertenecen, causando problemas y preocupaciones a otros.

—Si me permite el atrevimiento de decirlo, señor, estoy de acuerdo con usted —se atrevió a decir Tibbs—. Me complacerá enormemente salir de esta horrible jungla.

—Entonces no intentéis mataros unos a otros —advirtió Tarzán—. Cuantos más seáis más probabilidades tendréis de salir, y tres no son demasiados. Muchas veces será necesario que uno haga guardia por la noche; así que cuantos más seáis, más fácil será para todos.

—¡No para mí, con ese príncipe! —dijo Brown con énfasis—. La última vez que hizo guardia intentó matarme con un hacha, y lo habría hecho de no haber sido por el viejo Tibbs. Si dices que no le mate, no le mataré… a menos que me obligue a hacerlo. Pero no viajaré con él, y eso es todo.

—Le haremos volver —aseguró Tarzán— y tendremos una charla con él. Creo que puedo prometeros que se portará bien. Estaba muerto de miedo cuando le encontré, porque le había estado siguiendo un león, y creo que prometería cualquier cosa con tal de no volver a quedarse solo.

—Está bien —accedió Brown de mala gana—, hazle volver y a ver lo que dice.

Tarzán llamó a Sborov varias veces, pero no obtuvo respuesta.

—No ha podido ir muy lejos —dijo Tibbs—. Tiene que oírle, señor.

Tarzán se encogió de hombros.

—Vendrá cuando tenga más miedo de la jungla que de Brown.

—¿Vamos a quedar nos aquí sentados a esperarle? —preguntó el americano.

—No —respondió Tarzán—. Voy a proseguir para encontrar la aldea de los kavuru. Mi gente está en algún lugar en el este. Os llevaré con ellos. Sborov seguramente nos seguirá y nos alcanzará cuando nos detengamos a pasar la noche. Vamos.

XXVII

HOMBRES LOCOS Y LEOPARDOS

CUANDO Jane llegó al pie de la escalera que descendía al oscuro interior de la estructura parecida al *kiva* en la aldea de los kavuru, sus oídos captaron un débil sonido como de alguien o algo que se movía a no gran distancia de ella.

Al instante se quedó completamente inmóvil, escuchando. Le pareció oír ruido de respiración.

Una débil luz que entraba por la abertura de arriba aliviaba la oscuridad inmediatamente encima de ella, y Jane sabía que lo que estaba allí con ella tenía que verla. Entonces habló una voz, habló en inglés con un acento conocido.

—¡Oh, señora!, ¿es usted? ¿También la han cogido?

—¡Annette! ¿Estás aquí? ¿No fue el príncipe quien se te llevó?

—No, señora. Fue un horrible hombre blanco que me dejó indefensa mediante alguna magia negra. No podía gritar para pedir ayuda. No podía resistirme. Simplemente fui con él, y me subió a los árboles y se me llevó.

—Uno de ellos me cogió de la misma manera, Annette. Poseen un poder hipnótico que sobrepasa todo lo que jamás he soñado que era posible. ¿Te han hecho daño, Annette?

—Sólo he estado terriblemente asustada —respondió la muchacha—, porque no sé lo que pretenden hacer conmigo.

Los ojos de Jane se habían acostumbrado a la oscuridad de la cámara. Ahora distinguía algunos detalles del interior. Vio que se trataba de una habitación circular con un jergón de hierbas y hojas secas sobre el duro suelo de polvo. Annette estaba apoyada en una pared, sentada en un pequeño jergón de este mismo material que era evidente que había juntado ella. No había nadie más, nada más, en la habitación.

—¿Qué supones que van a hacer nos? —preguntó Jane—. ¿No te han dado ninguna pista?

—Ninguna, señora, absolutamente ninguna. ¿Y a ustedes? ¿Le han dicho algo?

—El hombre que me capturó se llamaba Ogdli.

Me dijo esto y que me llevaría ante alguien llamado Kavandavanda, quien, supongo, es su jefe. Cuando le hice más preguntas me amenazó con cortar me la lengua. Son una gente muy desagradable.

—Ay, señora, esa palabra no los describe; son aterradores. Si al menos monsieur Brown estuviera aquí… ¿Le ha visto últimamente, señora? ¿Está bien?

—Muy bien físicamente, Annette; pero tiene el corazón enfermo. Estaba preocupado por ti.

—Me parece que me quiere mucho, señora.

—Estoy segura de ello, Annette.

—Y yo le quiero. Es terrible que haya ocurrido esto ahora, cuando podríamos haber sido tan felices. Ahora nunca lo seremos. Jamás volveré a verle. Tengo esa sensación, señora. Es lo que ustedes llaman una… premonición. Moriré en esta espantosa aldea… pronto.

—¡Tonterías, Annette! No debes decir estas cosas; ni siquiera debes pensar en ellas. En lo que debemos pensar es en escapar, y en nada más.

—¿Escapar? ¿Qué probabilidades tenemos?

—Cuando me han traído aquí no he visto ningún guardia en la entrada de este agujero —explicó Jane—; y si no hay ninguno apostado por la noche, seguro que podemos subir al tejado. Después, todo dependerá de los obstáculos que encontremos en el camino, pero vale la pena intentarlo.

—Lo que usted diga, señora.

—Entonces, lo haremos esta noche, Annette.

—Chst, señora… Alguien se acerca.

Se oía claramente ruido de pasos en el tejado, y luego la abertura por la que habían entrado quedó oscurecida por la forma de un hombre.

—¡Venid! —ordenó—; las dos.

Jane suspiró.

—Lástima de plan —se lamentó.

—¿Qué importa? —dijo Annette—. De todos modos no habríamos tenido éxito.

—Tendremos que intentar otra cosa más adelante —insistió Jane mientras empezaba a ascender la escalera.

—También fracasará —profetizó Annette tristemente—. Moriremos

aquí, las dos, quizá esta misma noche.

Cuando salieron al tejado Jane reconoció al guerrero que la había capturado.

—¿Y ahora qué. Ogdli? —preguntó—. ¿Vas a liberarnos?

—Cállate —gruñó el kavuru—. Hablas demasiado. Kavandavanda me ha enviado a por vosotras.

No hables demasiado con Kavandavanda.

La agarró del brazo para hacerla seguir; era un brazo suave, bronceado por el sol. De pronto el kavuru se paró y se giró en redondo. Un nuevo fuego ardió en sus ojos.

—Nunca te he visto antes —apuntó en voz baja—. Nunca te he visto. —Lo dijo en un susurro casi inaudible.

Jane exhibió los dientes al esbozar una amplia sonrisa.

—Mírame los dientes —dijo—. Pronto los lucirás; entonces tendrás cuatro ristras.

—No quiero tus dientes, mujer —gruñó Ogdli roncamente—. Me has hechizado; yo, que he renunciado a las mujeres, he sido embrujado por una mujer.

Jane pensó con rapidez. El cambio operado en el hombre había sido tan repentino, y su encaprichamiento era tan evidente, que por un instante la muchacha se asustó; luego vio en ello posibilidades que podían convertirse en una ventaja para ella y Annette.

—Ogdli —dijo en un suave susurro—, puedes ayudar me y nadie lo sabrá jamás. Escóndenos hasta esta noche. Dile a Kavandavanda que no has podido encontrarnos, que seguramente nos hemos escapado; luego, vuelve cuando anochezca y déjanos salir de la aldea. Mañana puedes salir a buscarnos; y quizá, Ogdli, me encontrarás… esperándote en la jungla. —Sus palabras y su tono eran provocativos.

El hombre meneó la cabeza como para librar a su cerebro de un pensamiento no deseado; se pasó la mano por los ojos como si se apartara un velo.

—¡No! —casi gritó; luego, la cogió con brusquedad y la hizo seguir a la fuerza—. Te llevaré a Kavandavanda. Después ya no volverás a embrujarme.

—¿Por qué me tienes miedo. Ogdli? —preguntó ella—. Sólo soy una mujer.

—Por eso te tengo miedo. Aquí no hay mujeres.

No hay ninguna, aparte de las que se traen para Kavandavanda; y sólo están aquí poco tiempo. Soy sacerdote. Todos somos sacerdotes. Las mujeres nos contaminarían. No nos permiten tener mujeres. Si fuéramos débiles y sucumbiéramos a sus encantos, viviríamos atormentados para siempre después de muertos; y si Kavandavanda lo descubriera, moriríamos enseguida y de una forma horrible.

—¿Qué dice, señora? —preguntó Annette—. ¿De qué hablan?

—Es ridículo, Annette —respondió Jane—, pero Ogdli de pronto se ha encaprichado conmigo. He intentado aprovecharlo para tentarle a que nos deje escapar… y se reúna conmigo en la jungla mañana. Parecía esperanzador.

—¡Señora! No lo hará, ¿verdad?

—Claro que no; pero en el amor y en la guerra todo vale, y esto es ambas cosas. Si alguna vez llegamos a la jungla, Annette, será una pena que Ogdli no nos encuentre.

—¿Y qué ha dicho él?

—Se niega. Me lleva ante Kavandavanda lo más rápido posible, para que la tentación se aleje de su camino.

—Todas nuestras esperanzas están perdidas, señora —dijo Annette tristemente.

—No del todo, si es que conozco a los hombres —repuso Jane—. Ogdli no escapará tan fácilmente a su encaprichamiento. Cuando crea que me ha perdido, quedará destrozado, entonces puede ocurrir cualquier cosa.

El kavuru conducía a las dos muchachas por la calle principal hacia la parte posterior de la aldea. Frente a ellos había una pesada puerta al pie de una estrecha hendidura en el risco que se alzaba siniestramente sobre la aldea.

Ogdli abrió la puerta y las hizo pasar a la hendidura rocosa, más allá de la cual se veía lo que parecía ser un valle; pero cuando llegaron al otro extremo se encontraron en un cañón rodeado por completo de elevados riscos.

Un riachuelo de aguas transparentes discurría por el cañón y salía atravesando la hendidura y la aldea, donde había un puente que llegaba hasta la puerta exterior así como en la hendidura que conducía al cañón.

El suelo del cañón parecía extremadamente fértil, y había numerosos grandes árboles y cultivos. En los pequeños campos Jane vio que había hombres trabajando bajo los ojos atentos de unos guerreros kavuru. Al

principio prestó poca atención a los trabajadores, mientras Ogdli las conducía a ella y a Annette hacia una gran cantidad de edificios que se erguían en el centro del cañón, pero después le llamó la atención uno de los trabajadores que estaba regando una pequeña parcela de maíz.

De pronto el hombre arrojó la azada que estaba utilizando y se puso de cabeza al suelo.

—Soy un árbol —gritó en el dialecto bukena— y me han plantado del revés. Ponedme bien, poned mis raíces en el suelo, regadme y creceré hasta la luna.

El guerrero kavuru que estaba vigilando a los trabajadores y se hallaba más cerca se aproximó al hombre y le dio un fuerte golpe en la espinilla con el mango de su lanza.

—Baja y ponte a trabajar —gruñó.

El trabajador lanzó un grito de dolor, pero inmediatamente se puso en pie, cogió su azada y siguió trabajando como si no hubiera existido interrupción alguna.

Un poco más lejos otro trabajador, que levantó la mirada y vio a las dos muchachas blancas, se precipitó hacia ellas. Antes de que el guardia pudiera intervenir se hallaba junto a Jane.

—Soy el rey del mundo —susurró—, pero no se lo digas a ellos. Me matarían si lo supieran, aunque no pueden saberlo porque le digo a todo el mundo que no se lo diga.

Ogdli se apresuró a acercarse al tipo Y le golpeó en la cabeza con la lanza mientras llegaba el guardia y se lo llevaba a rastras hacia su trabajo.

—Todos están embrujados —explicó Ogdli—. Los demonios han entrado en su cabeza y se han apoderado de su cerebro; pero es bueno tenerlos cerca, porque ahuyentan a otros malos espíritus. Los mantenemos y nos ocupamos de ellos. Si mueren de muerte natural, los demonios mueren con ellos; si los matáramos, los demonios escaparían de sus cabezas y podrían entrar en las nuestras. En realidad, no pueden salir de ninguna otra manera.

—¿Y todos estos trabajadores están locos? —preguntó Jane.

—Cada uno tiene un demonio en su cabeza, pero eso no les impide trabajar para nosotros. Kavandavanda es muy sabio; sabe cómo utilizarlo todo y a todo el mundo.

Ahora habían llegado ante unas puertas cerradas en el muro que rodeaba el edificio que habían visto al entrar en el cañón. Dos guerreros

kavuru hacían guardia en la entrada de la fortaleza de Kavandavanda, pero al acercarse Ogdli y sus prisioneras abrieron las puertas y les dejaron pasar.

Entre el muro exterior y los edificios había un espacio abierto que correspondía al *ballium* de un castillo medieval. En él crecían unos cuantos grandes árboles, algunas matas de bambú y matorrales y maleza. Estaba mal conservado y era feo. Los edificios estaban construidos de ladrillo no cocido y de bambú y caña, una combinación que producía una agradable textura, realzando el efecto general de los edificios bajos y separados que parecían haber sido construidos en diferentes épocas y sin ningún plan predeterminado; el conjunto presentaba una falta de armonía natural que resultaba sumamente efectiva.

Cuando cruzaban la entrada de lo que parecía ser el edificio principal, apareció un leopardo en la maleza, les enseñó los colmillos y se alejó hacia un grupo de bambú. Luego otra y otra de estas traidoras bestias, perturbadas por su paso, se apartaron de su camino.

Annette, con los ojos desorbitados de pánico, se apretaba a Jane.

—¡Tengo tanto miedo! —dijo.

—Son unos brutos y dan miedo —coincidió Jane—. No creo que se trate de un lugar muy seguro. Quizá por eso aquí no hay gente.

—Sólo los guardias de la entrada —dijo Annette—. Pregúntele a Ogdli si los leopardos son peligrosos.

—Mucho —respondió el kavuru cuando Jane se lo preguntó.

—Entonces, ¿por qué se les permite andar sueltos? —preguntó Jane.

—Durante el día no nos molestan mucho, en parte porque están bien alimentados, en parte porque sólo cruzan este patio hombres armados y en parte porque, al fin y al cabo, son bestias cobardes que prefieren acechar a su presa en la oscuridad. Pero cuando anochece es cuando mejor sirven a los propósitos de Kavandavanda.

Puedes estar segura de que por la noche nadie se escapa del templo.

—¿Y por eso los tenéis? —preguntó la muchacha.

—No es sólo por eso —respondió Ogdli.

Jane esperó a que continuara, pero el hombre permaneció callado.

—¿Para qué más? —insistió ella.

Él la miró unos instantes antes de responder.

Había en sus ojos una luz que a Jane le pareció extraña, pues parecía reflejar algo que era casi compasión. El hombre negó con la cabeza.

—No puedo decirlo —dijo—; pero pronto conocerás otra razón por la

que los leopardos están aquí, en el patio exterior.

Se encontraban casi en la entrada cuando un extraño grito quebró el silencio que parecía cernerse como algo malo sobre el templo de Kavandavanda. El grito pareció salir o del interior de la masa de edificios o de más allá… siniestro, horrible.

Al instante fue respondido por los rugidos y, gruñidos de unos leopardos que de pronto aparecieron de entre la maleza, los matorrales o el bambú y corrieron para desaparecer tras los edificios.

—Algo los ha llamado —susurró Annette con un, estremecimiento.

—Sí —dijo Jane—, algo sucio… es la impresión que me ha causado.

En la entrada había otros dos guardias con los que Ogdli habló brevemente; luego les dejaron entrar. Cuando cruzaban el portal y pasaron al interior oyeron gritos y rugidos ahogados como de muchos leopardos peleando, y con el acompañamiento de este coro salvaje las dos muchachas fueron conducidas a través de las oscuras habitaciones y corredores del templo de Kavandavanda.

¡Kavandavanda! ¿Quién o qué era? ¿A qué misterioso destino las estaba conduciendo? Éstas eran las preguntas que las muchachas no dejaban de formularse. Jane tenía la sensación de que pronto hallarían respuestas, y anticipaba sólo lo peor. No parecía que hubiera esperanzas de escapar a lo que el destino les tenía preparado.

Aquella única esperanza que le había dado fuerzas para seguir adelante tantas veces en el pasado en situaciones peligrosas ahora le era negada, pues creía que Tarzán desconocía por completo su paradero. ¿Cómo podía saber dónde se había estrellado el avión, en la vasta extensión de África? La estaría buscando, eso lo sabía, porque debía de hacer mucho tiempo que había recibido su cable, pero jamás la encontraría; al menos, no a tiempo. Dependía completamente de sus propios recursos, y estos eran lamentablemente escasos. De momento sólo había el frágil hilo del aparente encaprichamiento de Ogdli. Tenía que alimentarlo. Pero ¿cómo? Quizá cuando la hubiera entregado a Kavandavanda regresaría a la aldea y nunca volvería a verle; entonces desaparecía incluso el único hilo al que su esperanza se aferraba en el diluvio de peligros que amenazaba con engullirla.

—Ogdli, ¿vives en el templo o en la aldea? —preguntó de pronto.

—Vivo donde me ordena Kavandavanda —respondió—. A veces en la aldea, otras veces en el templo.

—¿Y ahora? ¿Dónde vives ahora?

—En la aldea.

Jane reflexionó. Ogdli no le serviría de nada a menos que estuviera en el templo.

—¿Has vivido aquí toda tu vida, Ogdli?

—No.

—¿Cuánto tiempo hace que vives aquí?

—No lo recuerdo. Quizá han caído cien lluvias, quizá doscientas; he perdido la cuenta. No importa, porque estaré aquí para siempre, a menos que me maten. No moriré de otro modo.

Jane le miró con asombro. ¿Era otro loco? ¿En aquella ciudad estaban todos locos? No lo sabía pero estaba decidida a complacerle.

—Entonces, si hace tanto tiempo que vives aquí —dijo—, debes de estar en términos amistosos con Kavandavanda. Si le pidieras un favor te lo concedería.

—Quizá —concedió—, pero hay que tener cuidado con lo que se pide a Kavandavanda.

—Pídele si puedes quedarte en el templo —sugirió la muchacha.

—¿Por qué? —preguntó Ogdli, receloso.

—Porque tú eres mi único amigo aquí, y sin ti tengo miedo.

El hombre frunció el entrecejo con enojo.

—Intentas hechizarme otra vez —gruñó.

—Te has hechizado tú solo, Ogdli —apuntó ella con un suspiro—, y me has hechizado a mí. No te enfades conmigo. Ninguno de los dos ha podido evitarlo. —Sus bellos ojos le miraban con expresión suplicante, aparentemente al borde de las lágrimas.

—No me mires así —dijo él con aspereza, y entonces, una vez más, ella vio en sus ojos aquella expresión que había observado antes de salir de la aldea.

Le puso una mano en el brazo desnudo.

—¿Se lo pedirás? —susurró. Era más una afirmación que una pregunta.

Él se apartó bruscamente y prosiguió en silencio, pero en los labios de Jane había una sonrisa de satisfacción. La intuición le decía que había ganado. Pero ¿qué haría con su éxito? Sus consecuencias la aterraban. Entonces se encogió de hombros mentalmente. Con su ingenio tenía que aprovechar la circunstancia sin pagar el precio… era una mujer.

Mientras recorrían los corredores y aposentos del templo Jane vio a

varios hombres negros; tipos gordos, blandos, que le recordaron a los guardianes del harén de un sultán. Parecían personificar la crueldad, la codicia y la astucia. Instintivamente se encogía si pasaban cerca de ella.

Supuso que eran los sirvientes de Kavandavanda. Entonces, ¿cómo era Kavandavanda? Pronto iba a saberlo.

XXVIII

KAVANDAVANDA

UN IDIOTA parloteaba bajo las sombras de la intimidante jungla. Un monito se balanceaba en una rama, y el idiota saltó sobre él, gritando de un modo horrible. En lo alto del follaje de un árbol próximo dos ojos atentos observaban al idiota. Qué pasaba por el cerebro que había detrás le aquellos ojos sólo lo sabían la criatura y su creador.

De pronto el idiota echó a correr a ciegas por el sendero. Tropezó y cayó. Era evidente que estaba muy débil. Se puso en pie con esfuerzo y siguió el camino, tambaleándose. La criatura le seguía a través de las ramas, observándole, siempre observándole.

El sendero desembocaba en un pequeño claro, quizá de un acre de extensión. Un solitario árbol crecía cerca del otro extremo. Bajo el árbol estaban tumbados tres melenudos leones; eran leones jóvenes, pero en la época de máxima potencia.

Cuando el idiota entró tambaleándose en el claro, uno de los leones se puso en pie y miró fijamente al intruso, más por curiosidad que con desaprobación. El idiota vio a los leones y, lanzando fuertes gritos, gritos espantosos, se precipitó hacia ellos agitando los brazos como un loco por encima de su cabeza.

Los leones son criaturas nerviosas, temperamentales. Es difícil adivinar qué harán en cualquier circunstancia dada.

Los otros se habían puesto en pie al primer grito del idiota, y ahora los tres estaban parados, observando su avance. Por un instante se quedaron quietos ante aquella situación con la que jamás se habían enfrentado ni, sin duda, jamás volverían a enfrentarse. Entonces, el que se había levantado primero se volvió y se adentró en la jungla, y sus dos compañeros siguieron pisándole los talones.

El idiota de pronto se sentó y se echó a llorar.

—Todos huyen de mí —murmuró—. Saben que soy un asesino y me

tienen miedo… ¡me tienen miedo!, ¡me tienen miedo!, ¡ME TIENEN MIEDO! —Su voz estridente fue ascendiendo en un penetrante crescendo.

El que le seguía entre los árboles saltó al suelo del claro y se acercó al idiota. Se aproximó por detrás. Era Ydeni, el kavuru. Avanzó con sigilo. Llevaba en la mano una cuerda enrollada.

Ydeni saltó sobre el idiota y lo derribó. El idiota gritó y forcejeó, pero fue inútil. Los fuertes músculos del kavuru le sujetaban y le ataron las muñecas a la espalda con destreza.

Entonces Ydeni alzó al hombre y lo puso en pie. El idiota miró a su capturador con los ojos desorbitados en los que el terror pronto desapareció para ser sustituido por una sonrisa vacía.

—Tengo un amigo —murmuró—. Al fin tengo un amigo y no estaré solo. ¿Cómo te llamas, amigo?

Yo soy el príncipe Sborov. ¿Entiendes? Soy un príncipe.

Ydeni no le entendía, y si lo hubiera hecho no le habría importado. Había estado buscando más muchachas y había encontrado un idiota. Sabía que Kavandavanda estaría satisfecho, porque si bien nunca había demasiadas muchachas, aún había menos idiotas, y a Kavandavanda le gustaban los idiotas.

Entonces Ydeni examinó a su cautivo. Descubrió que estaba débil y demacrado y que no iba armado.

Satisfecho porque el hombre era indefenso, el kavuru le soltó las muñecas; entonces le ató la cuerda al cuello y le condujo a la jungla por un sendero secreto que quedaba oculto, un atajo para llegar a la aldea.

El europeo, cuya mente estaba destrozada por el terror y las privaciones, balbuceaba sin cesar mientras seguía a su capturador con paso inestable. A menudo tropezaba y se caía; y siempre Ydeni tenía que ponerle en pie, pues él estaba demasiado débil para levantarse sin ayuda.

Al fin el kavuru encontró comida y se detuvo mientras Sborov comía, y cuando emprendieron la marcha de nuevo, Ydeni le ayudó, llevándole encima del hombro gran parte del camino hasta que por fin llegaron a la aldea de los kavuru, situada junto a la solitaria montaña en la llanura.

Y entretanto, Tarzán conducía a Brown y a Tibbs por el sendero principal, una ruta mucho más larga para llegar a la misma aldea, pues ninguno de ellos sabía dónde estaba situada y como mucho sólo podía albergar la esperanza de que aquel camino les condujera a ella.

A veces Nkima iba en el hombro de Tarzán, o saltaba por los árboles

sobre los tres hombres.

Él, al menos, estaba despreocupado y feliz; Tarzán estaba preocupado por el destino de su compañera, Brown lo estaba por Annette, y Tibbs siempre estaba triste en general cuando se hallaba lejos de Londres. Como tenía hambre y le dolían los pies y estaba cansado y la jungla y su vida salvaje le aterraban no había forma de que la capa de tristeza que le envolvía se disolviera.

No constituían una feliz compañía, pero ninguno podía saber por la expresión de Tarzán, o por cualquier palabra que brotara de sus labios, la amarga tristeza que le embargaba. No sabía qué destino estaba reservado a las muchachas cautivas de los kavuru, pero el conocimiento que tenía de tribus más salvajes de aquellas remotas extensiones le ofrecía muy pocas esperanzas de que llegara a tiempo de rescatarla. Vengarla era lo mejor que podía anticipar.

Y mientras sus pensamientos se entretenían con ella, recordando cada mínimo detalle de su compañía, Jane estaba siendo conducida a una gran habitación central en el templo de Kavandavanda, rey, hechicero y dios de los kavuru.

Era una estancia espaciosa y grande, con el techo apoyado en columnas formadas por troncos de árboles cuya superficie, desprovista de corteza y oscurecida por el tiempo, estaba muy pulida. De los capiteles de las columnas colgaban racimos de cráneos sin dientes, contrastando su color blanco con la superficie oscurecida del techo y las columnas, sonrientes, haciendo muecas sobre la escena que se desarrollaba abajo, observando las necias hazañas de hombres mortales a través de la sabiduría de la eternidad de los ojos sin vista.

La penumbra de los rincones más alejados de la gran cámara sólo era parcialmente aliviada por la luz del sol que entraba por una única abertura que había en el techo y que se derramaba sobre una figura sentada en un gran trono, sobre una tarima alfombrada con pieles de leopardo.

Cuando los ojos de Jane se posaron por primera vez en el hombre que estaba sentado en el trono, Jane fue consciente de que mentalmente ahogaba un grito de asombro. La escena era sorprendente, bárbara: el hombre era hermoso.

Si se trataba de Kavandavanda, qué diferente era de las diversas imágenes que su imaginación había concebido; y era Kavandavanda, lo sabía, no podía ser otro. Cada línea indolente y despectiva de su actitud

señalaba al autócrata. En verdad se trataba de un rey; no, algo más, incluso, que un rey. Jane no podía deshacerse de la idea de que estaba contemplando a un dios.

En la tarima el hombre estaba sentado acompañado de dos leopardos, encadenados uno a cada lado de su gran trono. Abajo, rodeando la tarima, había guerreros kavuru, y cerca se encontraban gordos y blandos esclavos como los que Jane había visto por todo el templo. En el suelo, a cada lado de la tarima, una docena de muchachas estaban reclinadas sobre pieles de leopardo. En su mayor parte eran negras, pero también había algunas con la piel más clara y las facciones de los beduinos.

Una de las chicas beduinas y un par de las negras tenían un rostro y figura razonablemente atractivos, pero en conjunto no parecía que las hubieran elegido por su belleza.

Ogdli condujo a sus dos prisioneras a unos metros de la tarima; entonces se arrodilló y les ordenó que se arrodillaran también. Annette lo hizo, pero Jane permaneció de pie, examinando sin temor al hombre que se sentaba en el trono.

Era un hombre joven, casi desnudo salvo por un complicado taparrabos y adornos. Rodeaban su cuello muchas ristras de dientes humanos, que cubrían su pecho y le llegaban hasta el taparrabos. Brazaletes de metal en los brazos y tobillos completaban su bárbaro atuendo. Pero no fueron estas cosas las que llamaron la atención de la muchacha, sino el rostro divino y su juventud.

Al principio Jane creyó que jamás había contemplado un semblante más hermoso. Tenía el rostro ovalado, coronado por una abundante cabellera dorada; bajo una frente alta brillaban unos luminosos ojos oscuros en los que relucía el fuego de la aguda inteligencia. Una nariz perfecta y un labio superior más corto completaban el retrato de la divina belleza empañada y estropeada por una boca débil y de expresión cruel.

Hasta que observó esa boca había inundado su corazón la esperanza de que ella y Annette podrían encontrar a un protector benévolo y no al cruel salvaje que habían esperado que sería Kavandavanda.

Los ojos del hombre estaban fijos en ella. También él la estaba evaluando, pero cuál era su reacción no lo revelaba su expresión.

—¡Arrodíllate! —ordenó de pronto en tono imperioso.

—¿Por qué tengo que arrodillar me? —pregunto Jane—. ¿Por qué tengo que arrodillarme ante ti?

—Soy Kavandavanda.

—Eso no es razón para que una mujer inglesa se arrodille ante ti.

Dos de los gordos esclavos negros se dirigieron hacia ella, mirando a Kavandavanda con aire interrogador.

—¿Te niegas a arrodillarte? —preguntó el joven.

—Sin duda.

Los esclavos seguían avanzando hacia ella, pero miraban a Kavandavanda. Él les hizo señas de que retrocedieran. Una extraña expresión torcía sus labios. Si era diversión o ira, Jane no podía adivinarlo.

—Me complace discutir el asunto —dijo el joven; entonces ordenó a Ogdli y Annette que se levantaran—. ¿Has traído tú estos dos trofeos, Ogdli? —preguntó.

—No —respondió Ogdli—. Ydeni trajo a ésta —dijo señalando a Annette—. Yo he traído a la otra.

—Hiciste bien. Nunca hemos tenido a ninguna como ella; contiene la semilla de la belleza así como de la juventud. —Entonces volvió sus ojos a Jane una vez más—. ¿Quién eres? —preguntó—. ¿Y qué haces en el territorio de los kavuru?

—Soy Jane Clayton, lady Greystoke. Venía en avión de Londres a Nairobi cuando nuestro aeroplano se vio obligado a aterrizar. Mis compañeros y yo intentábamos dirigirnos a la costa cuando esta muchacha y yo fuimos capturadas por tus guerreros. Te pido que nos liberes y nos des guías para llegar a la aldea amistosa más próxima.

Una sonrisa perversa asomó a los labios de Kavandavanda.

—Así que vinisteis en uno de esos pájaros malignos —dijo—. Ayer vinieron otros dos. Sus cuerpos muertos yacen junto a su pájaro maligno fuera de las puertas de la ciudad. Mi gente tiene miedo del pájaro maligno, no se acercarán a él. Dime, ¿les causará algún daño?

La muchacha pensó con rapidez antes de responder. Quizá podría aprovechar el miedo supersticioso de aquellos hombres.

—Será mejor que se mantengan lejos de él —aconsejó—. Vendrán más pájaros perversos, y si descubren que nos habéis hecho daño a mí o a mi compañera destruirán tu aldea y a tu pueblo. Déjanos marchar sanas y salvas y les diré que no os molesten.

—No sabrán que estáis aquí —replicó el joven—. Nadie sabe lo que ocurre en la aldea de los kavuru o el templo de Kavandavanda.

—¿No nos dejarás en libertad?

—No. Ningún extraño que pasa por las puertas de la aldea vuelve a salir; y tú, menos que nadie. Me han traído muchas mujeres, pero ninguna como tú.

—Aquí tienes muchas chicas. ¿Qué es lo que quieres de mí?

El joven entrecerró los ojos sin dejar de mirarla.

—No lo sé —dijo con voz apenas más alta que un susurro—. Creía que lo sabía, pero ahora no estoy seguro. —De pronto se volvió a Ogdli—. Llévalas a la habitación de las tres serpientes —ordenó— y vigílalas. No pueden escapar, pero ocúpate de que no lo intenten. No quiero que le ocurra nada a ésta. Medek te enseñará el camino —dijo señalando con la cabeza a uno de los gordos negros que estaban cerca de la tarima.

—¿Qué ha estado diciendo, señora? Preguntó Annette cuando eran conducidas por Medek a través del templo.

Jane se lo contó brevemente.

—¡La habitación de las tres serpientes! —repitió Annette—. ¿Cree que habrá serpientes en la habitación? —Se estremeció—. Las serpientes me dan miedo.

—Mira encima de las puertas de las habitaciones por delante de las que pasamos —sugirió Jane—. Me parece que encontrarás la respuesta a tu pregunta. En un dintel hay la cabeza de un oso. Acabamos de pasar por delante de una puerta con dos cráneos humanos sobre el dintel; y allí, al otro lado del corredor, arriba, hay una con tres cabezas de leopardo. Evidentemente es la manera que tienen de distinguir las habitaciones, igual que en los hoteles nosotros las numeramos. Supongo que no tiene ningún otro significado.

Medek les hizo subir un tramo de toscas escaleras y les hizo cruzar un pasillo en el segundo piso del templo y entrar en una habitación sobre cuya puerta estaban montadas tres cabezas de serpiente. Ogdli entró con ellas. Era una habitación de techo bajo con ventanas que daban al patio que rodeaba el templo.

Annette recorrió el aposento rápidamente con la vista.

—No veo ninguna serpiente, señora —dijo con evidente alivio.

—Ni muchas más cosas, Annette. Los kavuru no piensan mucho en el mobiliario.

—Hay dos bancos, señora, pero ninguna mesa ni cama.

—La cama está en el rincón —dijo Jane.

—Eso no es más que un montón de sucias pieles —objetó la muchacha

francesa.

—No obstante, es todo lo que tendremos por cama, Annette.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Ogdli—. No penséis que podréis escapar. No hay ninguna posibilidad; así que no tiene sentido planear nada por el estilo.

—No lo hacíamos —le tranquilizó Jane—. No podemos escapar si tú no nos ayudas. Me he alegrado mucho cuando Kavandavanda ha dicho que nos vigilaras tú. Eres el único amigo que tenemos, Ogdli.

—¿Has visto cómo te miraba Kavandavanda? —preguntó de pronto el hombre.

—Vaya no, no en particular —respondió Jane.

—Pues yo sí, y nunca le he visto mirar de ese modo a ninguna cautiva. Tampoco había permitido jamás que una persona estuviera ante él sin arrodillarse. Creo que también le has embrujado. ¿Te ha gustado, mujer?

—No tanto como me gustas tú, Ogdli —susurró la muchacha.

—¡No puedes hacerla! —exclamó el hombre—. Tiene que obedecer la ley igual que el resto.

—¿Hacer qué? —preguntó Jane.

—Si lo intentas, le… —Un ruido en el corredor le hizo callar, y justo a tiempo. Un esclavo abrió la puerta y cuando se apartó vieron la figura de Kavandavanda.

Cuando entró en la habitación Ogdli se arrodilló. Annette siguió su ejemplo, pero Jane permaneció erguida.

—Así que no quieres arrodillarte, ¿eh? —dijo Kavandavanda—. Bueno, quizá ésta es la razón por la que me gustas… una de las razones. Vosotros dos podéis levantaros. Salid al corredor, todos excepto la que se hace llamar Jane. Deseo hablar con ella a solas.

Ogdli miró a Kavandavanda directamente a los ojos.

—Sí —afirmó—; sí, sumo sacerdote de los sacerdotes de los kavuru, me voy; pero estaré cerca.

Kavandavanda se sonrojó momentáneamente en lo que pareció ira, pero no dijo nada cuando los otros salieron al corredor. Cuando se hubieron ido y la puerta estuvo cerrada, se volvió a Jane.

—Siéntate —le dijo, señalando uno de los bancos; y cuando ella se hubo sentado, se acercó y se sentó a su lado. Durante largo rato la contempló antes de hablar, sus ojos los ojos de un soñador—.

Eres muy bella —dijo al fin—. Nunca he visto una criatura más bella.

Es una pena; una pena.

—¿Qué es una pena? —preguntó la muchacha.

—No importa —espetó él bruscamente—. Estaba pensando en voz alta. —De nuevo permaneció callado durante un rato, sumido en sus pensamientos; luego, dijo—: ¿Qué importa? da igual si te lo digo. Raras veces tengo oportunidad de hablar con alguien lo bastante inteligente para comprender; y tú comprenderás, apreciarás el gran servicio que vas a prestar… si soy fuerte. Pero cuando te miro, cuando miro profundamente esos adorables ojos, me siento débil. ¡No, no! No debo fallar; no debo fallar al mundo que me está esperando.

—No entiendo de qué hablas —dijo la muchacha.

—No, ahora no; pero lo entenderás. Mírame atentamente. ¿Cuántos años crees que tengo?

—Veintitantos, tal vez.

Él se inclinó hacia ella.

—No sé lo viejo que soy. He perdido la cuenta. Quizá mil años, quizá unos centenares, quizá soy mucho más viejo. ¿Crees en Dios?

—Sí, claro.

—Bien, no lo hagas. No existe; al menos, todavía no. Éste ha sido el problema del mundo. Los hombres han imaginado un dios en lugar de buscar a dios entre ellos mismos. Se han visto extraviados por falsos profetas y charlatanes. No han tenido un jefe. Dios debería ser un jefe, y un jefe debe ser una entidad tangible, algo que los hombres puedan ver y sentir y tocar. Ha de ser alguien mortal y sin embargo inmortal. No debe morir. Debe ser omnisciente. Todas las fuerzas de la naturaleza han estado buscando en todas épocas la manera de producir un dios para gobernar el mundo de forma justa y misericordiosa eternamente, un dios que controle las fuerzas de la naturaleza así como la mente y los actos de los hombres.

»Yo, Kavandavanda, sumo sacerdote de los kavuru, casi lo soy. Ya soy inmortal; ya soy omnisciente; ya, en cierta medida, puedo dirigir la mente y los actos de los hombres. Son las fuerzas de la naturaleza lo que me desafía. Cuando las haya conquistado, en verdad seré Dios.

—Sí —coincidió Jane, inclinada a satisfacer a aquel loco—. Sí, en verdad serás Dios; pero recuerda que la misericordia es una de las características de dios. Por lo tanto, ten misericordia y libéranos a mi compañera y a mí.

—¿Y que los ignorantes bárbaros del mundo exterior caigan sobre

nosotros y despojen a la humanidad de su única esperanza de salvación destruyéndome a mí? ¡No!

—Pero ¿para qué fin puedo servir yo? Si nos dejas en libertad, prometo que no enviaré a nadie aquí.

—Puedes servir para el único fin para el que sirven las mujeres. El hombre sólo puede ser dios si está solo. La mujer le debilita y le destruye. ¡Mírame! ¡Mira a mis sacerdotes! Crees que todos somos hombres jóvenes. No lo somos. Han caído un centenar de lluvias desde que el último neófito se unió a nuestra santa orden. ¿Y cómo hemos alcanzado esta inmortalidad? A través de las mujeres. Todos somos célibes. Nuestros votos de celibato fueron sellados en la sangre de las mujeres; en nuestra propia sangre seremos castigados si los quebrantamos. Sucumbir a los encantos de una mujer supondría la muerte para un sacerdote kavuru.

Jane meneó la cabeza.

—Sigo sin entenderlo —dijo.

—Ya lo entenderás. Hace mucho tiempo conocí el secreto de la juventud eterna. Reside en un elixir hecho con muchas cosas: el polen de ciertas plantas, las raíces de otras, el fluido espinal de los leopardos y, principalmente, las glándulas y la sangre de las mujeres… mujeres jóvenes. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí. —La muchacha se estremeció.

—No te asustes; recuerda que así te convertirás en parte del dios vivo. Vivirás para siempre.

Serás glorificada.

—Pero yo no sé nada de eso; entonces, ¿qué bien me hará?

—Yo lo sabré, y sabré que tú formas parte de mí. De ese modo te tendré. —Se inclinó más hacia ella—. Pero me gustaría conservarte tal como eres. —Notaba su aliento cálido en la mejilla—. ¿Y por qué no? ¿No soy casi un dios? ¿Y no puede Dios hacer lo que le plazca? ¿Quién puede decirle que no?

La agarró y la atrajo hacia sí.

XXIX

UN DESTINO FUNESTO

CASI había oscurecido cuando Ydeni condujo a su cautivo a través de la aldea de los kavuru y hasta el templo de Kavandavanda. Por otro sendero Tarzán se acercaba al claro de delante de la aldea. Se paró y alzó la cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Brown.

—¿Viene su alteza? —añadió Tibbs.

El hombre mono hizo gestos de negación con la cabeza.

—Nos estamos acercando a una aldea. Es la aldea de los kavuru; pero más cerca aún hay amigos… waziri.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber Brown.

Tarzán hizo caso omiso de la pregunta e hizo, señas de que se callaran; luego, de sus labios brotó suavemente la llamada de la codorniz, tres veces. Por un instante, mientras escuchaba, hubo silencio; luego, una, dos, tres veces llegó la respuesta.

Tarzán volvió a avanzar seguido por sus compañeros, y un momento después Muviro y Balando llegaron corriendo para caer postrados de rodillas ante él.

Muviro le contó breve y tristemente lo que había ocurrido. Tarzán le escuchó sin hacer ningún comentario. Su expresión no reflejaba ni emoción ni tristeza ni ira.

—Entonces, ¿crees que es imposible entrar en la aldea? —preguntó.

—Somos demasiado pocos, bwana —respondió Muviro con aire triste.

—Pero si Buira aún vive, está allí —le recordó Tarzán—, y tu mensahib y otra muchacha blanca que pertenece a este hombre. —Señaló al americano—. Detrás de las puertas de esa aldea hay tres vidas que nos importan mucho, y está el recuerdo de nuestros amigos asesinados. ¿Te volverías atrás ahora, Muviro?

—Muviro sigue a Tarzán a donde le lleve —respondió el negro simplemente.

—Iremos hasta el lindero del claro del que hablas, Y allí trazaremos nuestros planes. Vamos.

—El hombre mono avanzó en silencio por el sendero, seguido por los demás.

Cuando se acercaban al lindero del claro se detuvo. Brown dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¡Vaya! En el nombre de… Bueno, ¿veis lo mismo que yo? Eso es un avión.

—He olvidado decírtelo —dijo Muviro—. Vinieron dos hombres en un avión y aterrizaron. Los kavuru les mataron. Sus cuerpos yacen alIado del aparato.

Menos mal que Tarzán, para su paz mental, mientras se encontraba en el lindero de la jungla frente a la aldea de los kavuru no sabía lo que estaba ocurriendo en el templo de Kavandavanda, en el otro extremo de la aldea, pues en aquel preciso momento el sumo sacerdote agarró a Jane y la apretó contra sí.

Indefensa y sin esperanza alguna, sin saber cómo pedir ayuda, la muchacha actuó siguiendo una inspiración. Apartó de sus labios los del hombre y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Ogdli!

Al instante se abrió la puerta del aposento.

Kavandavanda la soltó y se puso en pie de un salto. Ogdli cruzó el umbral y se detuvo. Los dos hombres se quedaron mirándose con fuego en los ojos. Ogdli no preguntó por qué la muchacha le había llamado: al parecer ya lo sabía.

El rostro y el cuello de Kavandavanda enrojecieron unos instantes; luego se quedó mortalmente pálido mientras pasaba junto a Ogdli con grandes pasos y salía de la estancia sin decir una sola palabra.

El guerrero se apresuró a acercarse a la muchacha.

—Ahora nos matará —dijo—. Debemos escapar; entonces me pertenecerás a mí.

—Pero ¿y tus votos? —preguntó Jane, aferrándose a un hilo de esperanza.

—¿Qué significan los votos para un hombre muerto? —preguntó Ogdli —, y ya es como si fuera un hombre muerto. Te llevaré conmigo. Conozco un pasadizo secreto que va por debajo del patio y la aldea. Kavandavanda a veces lo utiliza para ir a la jungla a buscar flores y raíces secretas. Cuando

anochezca, nos iremos.

Mientras Kavandavanda recorría con grandes pasos los pasillos de su palacio, negro de rabia su corazón, se tropezó con Ydeni que entraba con su cautivo.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó.

Ydeni se hincó de rodillas.

—Uno de aquellos en cuyo cráneo se ha introducido un demonio. Lo he traído para Kavandavanda.

—Llévatelo —gruñó el sumo sacerdote— y enciérralo. Le veré por la mañana.

Ydeni se levantó y condujo a Sborov a través del templo. Le llevó al segundo piso y le empujó al interior de una oscura habitación. Era la habitación de las dos serpientes. La habitación contigua era la de las tres serpientes. Después, Ydeni corrió un cerrojo en la parte exterior de la puerta y se marchó, dejando a su prisionero sin agua ni comida.

En la habitación contigua Ogdli estaba planeando la huida. Sabía que no podría llevarla a cabo hasta que en el templo todos estuvieran dormidos.

—Ahora me iré y me esconderé —dijo—, para que Kavandavanda no me encuentre antes de la hora de partir. Más tarde volveré a por ti.

—Tienes que llevarte a Annette también —señaló Jane—, la otra muchacha. ¿Dónde está?

—Está en la habitación de alIado. La he metido allí cuando Kavandavanda nos ha hecho salir de esta.

—¿La llevarás con nosotros?

—Quizá —respondió—; pero Jane adivinó que no tenía intención de hacerlo.

Deseaba con todas sus fuerzas que Annette estuviera con ella, no sólo para darle la oportunidad de escapar de las garras del sumo sacerdote, sino porque le parecía que si estaban juntas tendrían más probabilidades de desbaratar los planes de Ogdli una vez se encontraran en la jungla.

—No trates de escapar cuando yo no esté —le previno Ogdli—. Sólo hay una salida aparte del pasadizo secreto, y está al otro lado del patio.

Entrar en el patio significaría la muerte segura. Abrió la puerta y salió al corredor. Jane le vio cerrar la puerta y después oyó que corría el cerrojo.

En la habitación de las dos serpientes Sborov palpó en la oscuridad. Por la única ventana que daba al patio entraba una oscuridad menor procedente del anoche exterior. Se acercó a la ventana y miró por ella. Entonces oyó lo

que parecían ser voces ahogadas procedentes de la cámara contigua. Siguió palpando la pared hasta que encontró una puerta. Intentó abrirla, pero no pudo.

Jane lo oyó en la habitación contigua y se acercó a la puerta. El guerrero había dicho que Annette estaba en la habitación de alIado, o sea que debía de ser Annette, pensó Jane, que intentaba volver con ella.

Entonces Jane descubrió que la puerta estaba cerrada con un gran cerrojo en su lado. Estaba a punto de llamar a Annette cuando pensó que la muchacha debía de considerar necesario guardar silencio, de lo contrario habría llamado a Jane.

Con gran cautela fue corriendo el cerrojo poco a poco. Annette forcejeaba al otro lado; Jane la oía.

Al fin la puerta se abrió lentamente.

—¡Annette! —susurró Jane cuando una figura, apenas visible en la oscuridad, entró despacio en la habitación.

—Annette está muerta —dijo la voz de un hombre—. Brown la mató. También mató a Jane.

¿Quién eres?

—¡Alexis! —exclamó Jane.

—¿Quién eres? —volvió a preguntar Sborov.

—Soy Jane… lady Greystoke. ¿No reconoces mi voz?

—Sí, pero tú estás muerta. ¿Kitty está contigo?

¡Dios mío! —exclamó—, la has traído de nuevo para que me acose. ¡Llévatela! ¡Llévatela! —Su voz se convirtió en un estridente grito.

Se oyó entonces, procedente de detrás de la puerta situada en el otro extremo del aposento, el ruido de alguien que corría y después la voz de Annette.

—¡Señora! ¡Señora! ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—¿Quién es ésa? —preguntó Sborov—. Lo sé… es Annette. Habéis venido todas para acosarme.

—Cálmate. Alexis —dijo Jane en tono tranquilizador—. Kitty no está aquí, y Annette y yo estamos vivas. —Mientras hablaba cruzó la habitación hacia la puerta de la cámara en la que estaba recluida la muchacha francesa, palpó buscando el cerrojo y lo corrió.

—¡No la dejes entrar! —gritó Sborov—. No la dejes entrar. Te haré pedazos si lo haces, fantasma o no fantasma. —Echó a correr por la habitación cuando se abrió la puerta y Annette se precipitó dentro. En ese

mismo instante se abrió la puerta que daba al corredor y entró el esclavo negro. Medek.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó—. ¿Quién ha dejado entrar a ese hombre?

Al ver a Annette Sborov retrocedió, gritando.

Entonces vio a Medek a la débil luz del interior.

—¡Kitty! —gritó—. No iré contigo. ¡Vete!

Entonces Medek se encaminó hacia él. Sborov se volvió y huyó hacia el otro extremo de la cámara, donde estaba la ventana que daba al patio. Se detuvo un instante junto al alféizar y volvió unos ojos salvajes hacia la figura en sombras que le perseguía; entonces, lanzando un último grito de terror maníaco, saltó a la noche.

Medek le siguió hasta la ventana y se asomó; luego brotó de sus labios el mismo grito horrible que Jane había oído antes, cuando era conducida de la habitación del trono a la de las tres serpientes. Desde abajo les llegaron los gemidos de Sborov, quien debía de haberse herido gravemente al caer desde el segundo piso; pero entonces ambos sonidos quedaron ahogados por los rugidos y gruñidos de los leopardos.

Las dos muchachas les oyeron llegar procedentes de todas direcciones y precipitarse sobre la criatura que gemía en la noche. Después, los sonidos de los leopardos se convirtieron en un espantoso estruendo cuando empezaron a pelearse por la carne de su presa. Durante unos momentos los gritos de su víctima se mezclaron con los salvajes rugidos de las bestias, pero pronto cesaron.

Medek se apartó de la ventana.

—No está bien tratar de escapar en esa dirección —dijo cuando volvió al corredor exterior, y cerró la puerta tras de sí.

—Qué espantoso, señora —gimió Annette.

—Sí —asintió Jane—, pero su sufrimiento ha sido breve, por fortuna. Quizá, después de todo, ha sido lo mejor. Había perdido la cabeza. El príncipe Sborov se había vuelto loco.

—Qué precio tan terrible ha pagado. Pero ¿no se lo merecía, tal vez, señora?

—¿Quién sabe? Pero también nosotras estamos pagando un precio terrible por su codicia y la vanidad de su esposa. Lo que ella buscaba está aquí, Annette.

—¿Qué cosa, señora? ¿No será lo que devuelve la juventud?

—Sí. Kavandavanda guarda el secreto, pero ni el príncipe ni nadie más se lo habría podido arrancar. Todos habríamos corrido la misma terrible suerte de haber llegado el grupo entero a la aldea de los kavuru, la suerte que nos está reservada a ti y a mí.

—¿Qué destino nos aguarda, señora? Me está asustando.

—No es ésa mi intención, pero da lo mismo que conozcas la verdad. Si no logramos escapar, nos matarán y descuartizarán para servir de ingredientes de la diabólica poción de Kavandavanda que mantiene siempre jóvenes a los sacerdotes de los kavuru.

—¡Chst, señora! —previno Annette temerosa—. ¿Qué ha sido eso?

—No lo sé. Ha sonado como si en el corredor alguien hubiera intentado gritar.

—Después se ha oído un golpe, como si alguien hubiera caído. ¿Lo ha oído?

—Sí… y ahora alguien está intentando abrir la puerta. Están corriendo el cerrojo.

—¡Oh, señora! Será algún nuevo horror.

La puerta se abrió y una figura entró en la habitación. Habló una voz.

—¡Mujer! ¿Estás ahí? —Era la voz de Ogdli.

—Estoy aquí —dijo Jane.

—Entonces, sal rápidamente. No hay tiempo que perder.

—Pero ¿y el esclavo que está en el corredor?

Nos verá salir.

—El esclavo está aquí, pero no nos verá. ¡Vamos!

—¡Vamos, Annette! Es nuestra única oportunidad.

—¿La otra mujer está aquí? —preguntó Ogdli.

—Sí —respondió Jane—. Y si yo voy, ella también.

—Muy bien —dijo el kavuru con aspereza—, pero daos prisa.

Las dos muchachas le siguieron al corredor.

Al otro lado de la puerta yacía el cuerpo de Medek. Los ojos muertos del hombre las miraban fijamente. Ogdli dio una patada al rostro del negro y soltó una breve carcajada.

—Mira pero no ve.

Las muchachas se estremecieron y se apresuraron a ir detrás del guerrero. Éste las condujo con cautela por sombríos corredores. Al menor ruido que se oía las introducía en habitaciones oscuras como boca de lobo que encontraban en el camino hasta que estaba seguro de que no corrían

peligro de ser descubiertos. Así pasaron mucho tiempo en un suspense que crispaba los nervios.

Ogdli avanzaba con visible inquietud. Era evidente que ahora que se había embarcado en esta aventura estaba aterrado: la sombra de la ira de Kavandavanda se cernía sobre él.

Fue transcurriendo la noche, que los tres pasaron principalmente escondiéndose, avanzando lentamente hacia la entrada secreta del túnel que conducía a la jungla.

Una vez más se arrastraron después de un largo período de tensa espera y de escuchar en una cámara oscura; después, Ogdli habló en un susurro aliviado.

—Ahí está —dijo—. Detrás de esa puerta. La entrada al túnel está en esta habitación. No hagáis ruido.

Abrió la puerta con cautela y entró en la cámara, seguido por las dos muchachas. Al instante, unas manos surgieron de la oscuridad y las agarraron. Jane oyó una refriega y ruido de pasos que corrían; luego, la arrastraron al corredor. Trajeron una luz de otro aposento, un trozo de junco ardiendo en una vasija poco profunda.

Annette estaba junto a ella, temblando. Las rodeaban cinco fornidos guerreros. Iluminados por la chisporroteante luz, los hombres se miraron rápidamente uno a otro.

—¿Dónde está Ogdli? —preguntó un guerrero.

Entonces Jane se dio cuenta de que el hombre había desaparecido.

—Creía que tú le tenías —respondió otro—. Yo he cogido a una de las chicas.

—Yo creía que le había cogido a él-dijo un tercero.

—Y yo también —aseguró un cuarto—, pero te había cogido a ti. Debe de haber huido por el túnel. Vamos a por él.

—No —objetó el primer guerrero—, es demasiado tarde. No podríamos darle alcance antes de que llegara a la jungla.

—De noche no le encontraríamos —coincidió otro—. Pronto se hará de día; entonces podemos perseguirle.

—Vamos a ver qué dice Kavandavanda cuando vea a estas mujeres —dijo el primer guerrero—. Llevádselas.

Una vez más las muchachas fueron conducidas por los corredores del templo, ahora hasta un apartamento contiguo a la sala del trono ante cuya puerta había dos guerreros apostados. Cuando vieron a las muchachas y les

contaron 1o que había ocurrido, uno de ellos llamó a la puerta. La abrió un esclavo negro, que se frotaba los ojos con aire somnoliento.

—¿Quién molesta a Kavandavanda a estas horas de la noche? —preguntó.

—Dile que hemos venido con las dos muchachas blancas. El comprenderá.

El negro volvió a entrar en el aposento, pero regresó al cabo de unos momentos.

—Que entren vuestras prisioneras —dijo—. Kavandavanda os atenderá.

Fueron conducidas a través de una pequeña antecámara iluminada por un tosco fanal hasta un aposento más grande iluminado de forma similar. Allí les recibió Kavandavanda, tumbado en una cama cubierta de pieles de leopardo.

Sus grandes ojos se clavaron en Jane.

—¿Así que creías que podías escapar? —preguntó, con una sonrisa torcida en sus labios—. Ibas a escapar con Ogdli y ser su compañera, ¿verdad? ¿Dónde está Ogdli? —preguntó de pronto, cuando se dio cuenta de que el hombre no estaba con los demás.

—Ha escapado… a través del túnel —informó un guerrero.

—Sin duda ha creído que Kavandavanda es tonto —dijo el sumo sacerdote con una mueca—. Sabía lo que tenía planeado. Sólo seis hombres, aparte de mí, conocen el túnel. Ogdli era uno de ellos; los otros cinco están aquí. —Se dirigía a Jane—. He enviado a estos cinco a esperar en la entrada del túnel hasta que llegara Ogdli, pues sabía que iría. —Se interrumpió y miró largamente a Jane; luego, se volvió a los otros—. Llevad a esta otra de nuevo a la habitación de las tres serpientes —ordenó — y procurad que no vuelva a escaparse. —Señaló a Annette con un gesto —. A ésta me la quedaré aquí para seguir interrogándola; puede que haya otros implicados en este plan. ¡Fuera!

Annette lanzó una mirada de desesperación a Jane cuando se la llevaban de la habitación, pero la otra no pudo tranquilizarla ni animarla. Su situación ahora parecía desesperada.

—Adiós, Annette. —Fue todo lo que pudo decir.

—Que el buen Dios esté con nosotras, señora —susurró la muchacha francesa cuando la puerta se cerraba tras ellas.

—Bien —dijo Kavandavanda cuando los otros se hubieron ido—, así que ibas a escapar a la jungla con Ogdli y ser su compañera, ¿eh? ¡Él iba a

quebrantar su juramento por ti!

La sombra de una sonrisa curvó los labios de la muchacha.

—Quizá Ogdli lo creía —apuntó.

—Pero tú ibas con él —insistió Kavandavanda.

—Hasta la jungla —replicó Jane—. Después habría encontrado la manera de escapar de él, o le habría matado.

—¿Por qué? —preguntó el sumo sacerdote—. ¿También tú has hecho algún voto?

—Sí, un voto de fidelidad.

El hombre se inclinó hacia ella con ansia.

—Pero podrías romperlo… por amor; o, si no por amor, por un precio.

Ella negó con la cabeza.

—Por nada.

—Yo podría romper el mío. Creía que nunca podría, pero desde que te vi… —Se interrumpió, y luego dijo en tono imperioso—, si yo, Kavandavanda, estoy dispuesto a romper el mío, tú puedes romper el tuyo. El premio que recibirás es uno por el que muchas mujeres estarían dispuestas a vender su alma: la eterna juventud, la eterna belleza. —Volvió a interrumpirse como para permitir que la magnitud de su oferta se grabara en la muchacha.

Pero ella negó de nuevo con la cabeza.

—No, es impensable.

—¿Rechazas a Kavandavanda? —Su boca de expresión cruel prestó algo de su crueldad a sus ojos—. Recuerda que tengo poder para destruirte o para tomar te sin darte nada a cambio, pero soy generoso. ¿Y sabes por qué?

—No puedo imaginarlo.

—Porque te quiero. Nunca hasta ahora había conocido el amor. Ninguna criatura viva jamás me ha afectado tanto como tú. Te conservaré aquí para siempre; te haré suma sacerdotisa; te mantendré joven eternamente. Con mi poder para rejuvenecer a la humanidad, tendremos el mundo a nuestros pies. Seremos deidades; yo un dios y tú una diosa. Mira. —Se volvió hacia un armario empotrado en la pared del aposento. Estaba grotescamente tallado y pintado figuras humanas, sobre todo de mujeres, cráneos sonrientes, leopardos, serpientes y extraños dibujos simbólicos componían la decoración. El hombre se sacó una llave del taparrabos, grande y forjada a mano, y abrió el armario.

»Mira —dijo de nuevo—. Acércate y mira.

Jane cruzó la habitación y se quedó junto a él ante el armario. En su interior había un número de cajas y jarras. Kavandavanda cogió una gran caja, tallada y pintada de forma similar al exterior del armario.

—¿Ves esto? —preguntó—. Mira dentro. —Levantó la tapa, dejando al descubierto una cantidad de píldoras negras del tamaño de un guisante—. ¿Sabes lo que son? —preguntó.

—No tengo ni idea.

—Estas píldoras darán la juventud y belleza eternas a miles de personas. Eres libre de emplearlas si pronuncias la palabra. Si tomas una cada vez que la luna esté llena tendrás lo que toda la humanidad siempre ha deseado desde que el hombre pisó esta tierra por primera vez. —La cogió del brazo e intentó atraerla hacia sí.

Lanzando una exclamación de repugnancia ella intentó apartarse, pero el hombre la sujetaba con fuerza; entonces Jane le dio una fuerte bofetada. Sorprendido, él aflojó su presión y la muchacha se liberó y se marchó corriendo de la habitación. Salió a la antecámara, con intención de llegar al corredor.

Profiriendo un grito de rabia Kavandavanda la persiguió y justo en la puerta que daba al corredor la alcanzó. La agarró bruscamente, enredando sus dedos en el cabello de la muchacha, y aunque ella forcejeó para soltarse, la arrastró lentamente de nuevo hacia el aposento.

XXX

«¡LOS HOMBRES MUERTOS VUELAN!»

TARZÁN y Brown habían estado hablando hasta altas horas de la noche en un intento de formular un plan factible para entrar en la aldea de los kavuru. Al final, el hombre mono por fin había sugerido un plan descabellado como única solución posible a su problema.

Brown se encogió de hombros y sonrió.

—Seguro que podríamos entrar de ese modo, claro, aunque todo depende. Pero ¿cómo vamos a salir?

—Nuestro problema ahora —replicó Tarzán— es entrar. No tendremos el problema de salir hasta más adelante. Quizá no saldremos. En realidad, no es necesario que entres conmigo si…

—Ni hablar —le interrumpió Brown—. Annette está allí. Ésa es razón suficiente. ¿Cuándo nos marchamos?

—No podemos hacer gran cosa hasta que amanezca. Necesitas descansar. Túmbate. Te despertaré.

Tarzán también durmió… un poco separado de los demás, en el lindero del claro, desde donde veía bien la aldea. Durmió en una horcadura baja a poca distancia del suelo, y durmió bien, aunque con el sueño ligero, como solía hacer. Los ruidos habituales de la jungla no le molestaban, pero cuando se acercaba la hora en que debía avisar a Brown, se despertó, consciente de que algo inusual había perturbado la monótona armonía de la selva.

Alerta, se puso en pie sin hacer ruido y escuchó. Tenía todas sus facultades aguzadas para captar la leve nota de discordia que le había despertado. ¿De qué se trataba?

Avanzó rápidamente a través de los árboles, pues ahora su sensible olfato había identificado al autor del ruido que había captado. Era un kavuru.

Después, el hombre mono vio la confusa figura de un hombre que

caminaba por la jungla. Andaba deprisa, casi al trote, y respiraba pesadamente, como si hubiera estado corriendo. Tarzán se detuvo sobre él un instante y después cayó sobre sus hombros, derribándole.

El hombre era fuerte y peleó para escapar, pero en manos del Señor de la Jungla era como la cera. El hombre mono habría podido matarle, pero en el instante en que se había dado cuenta de que podía caer en sus manos un kavuru, había planeado tomarle vivo, pues creía que podría aprovecharse de él.

Después logró atarle las muñecas a la espalda; luego, le hizo ponerse en pie. Por primera vez su cautivo le miró a la cara. Aún era de noche, pero no estaba lo suficientemente oscuro como para que el kavuru no reconociera el hecho de que su capturador no era de su especie. Exhaló un suspiro de alivio.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Por qué me has capturado? No me llevarás de nuevo ante Kavandavanda, ¿verdad? No, claro que no… no eres un kavuru.

Tarzán no sabía por qué el hombre no quería que le llevaran ante Kavandavanda. Ni siquiera sabía quién era Kavandavanda ni dónde estaba; pero vio una abertura la aprovechó.

—Si respondes a mis preguntas —dijo— no te llevaré ante Kavandavanda ni te haré ningún daño. ¿Quién eres?

—Soy Ogdli.

—¿Y vienes de la aldea?

—Sí.

—¿No quieres volver allí?

—No. Kavandavanda me mataría.

—¿Kavandavanda es un guerrero tan fuerte que le tienes miedo?

—No es eso, pero es muy poderoso. Es sumo sacerdote de los sacerdotes de kavuru.

Tarzán se había enterado de lo suficiente con peguntas tan sencillas que deseaba pedirle más información al prisionero.

—¿Qué quiere Kavandavanda de las dos muchachas blancas que le llevaron? —preguntó.

—Al principio quería matarlas —respondió Ogdli, de buena gana, pues ahora creía ver una oportunidad de obtener clemencia de aquel extraño gigante que a todas luces estaba interesado en las dos muchachas—, pero —prosiguió— de pronto deseó tener a una de ellas como compañera.

Yo intenté hacerme amigo suyo. Iba a sacarlas de la aldea a través de un pasadizo secreto cuando nos atacaron varios guerreros. Volvieron a capturar a las muchachas y yo escapé con vida por los pelos.

—O sea que las muchachas aún viven.

—Sí; vivían hace unos minutos.

—¿Corren peligro inmediato?

Nadie puede saber lo que hará Kavandavanda. Creo que no corren un peligro inmediato, pues estoy seguro de que Kavandavanda se llevará a una de ellas como compañera. Quizá ya lo ha hecho.

—¿Dónde está este pasadizo secreto? Llévame a él. Espera a que vaya a buscar a mis amigos.

—Condujo a Ogdli hasta donde los otros dormían y les despertó.

—Puedo mostrarte dónde está el pasadizo —explicó Ogdli—, pero no podéis entrar en el templo por él. Las puertas de ambos extremos sólo se abren en una dirección, hacia la selva, para los que no conocen su secreto; y sólo Kavandavanda lo conoce. Se puede salir fácilmente del templo, pero es imposible regresar.

Tarzán interrogó a Ogdli durante varios minutos; luego, se volvió a Brown.

—Annette y lady Greystoke están en el templo —explicó—. El templo se halla en un pequeño cañón detrás de la aldea. Si accediéramos a la aldea aún tendríamos una posibilidad de llegar al templo. Este tipo me ha dicho dónde es posible encontrar a las prisioneras allí; también me ha dado información valiosa que puede ser nos útil si logramos encontrar a lady Greystoke y a Annette. Creo que ha dicho la verdad. Dice, además, que una de las mujeres corre grave peligro; por su descripción me parece que es lady Greystoke, o sea que no hay tiempo que perder.

Entonces se volvió a Muviro.

—Retén a este hombre hasta que Brown y yo regresemos. Si no estamos aquí antes de que anochezca, sabrás que hemos fracasado; entonces, vuelve a tu territorio y haz lo que te plazca con este prisionero. Danos a Brown y a mí las armas que cogiste de los cuerpos de los aviadores. A ti ya no te sirven, ya que has agotado la munición. Brown cree que tal vez haya más en el aparato. Vamos. Brown.

Los dos hombres salieron en silencio al claro, el hombre mono delante, dirigiendo sus pasos hacia el avión mientras Brown le seguía pisándole los talones. Ninguno de los dos hablaba; sus planes habían estado demasiado

bien formulados para precisar explicaciones.

Cuando llegaron al avión. Brown se subió inmediatamente a la cabina delantera. Permaneció allí varios minutos; luego entró en la cabina I posterior. Mientras estaba ocupado en esto, Tarzán examinó con detenimiento los cuerpos de los aviadores muertos.

Después de que Brown terminara su examen del interior de las cabinas, descendió al suelo y abrió el compartimiento del equipaje; luego se reunió con el hombre mono.

—Hay mucha munición —dijo, y entregó a Tarzán una caja entera de balas—. Esto es todo lo que puedes llevar… no tienes bolsillos. Yo me he llenado los míos; deben de pesar una tonelada.

—¿Y la gasolina? —preguntó Tarzán.

—No hay mucha —respondió el americano.

—¿Será suficiente?

—Sí, si no tarda mucho en calentarse. ¿Tienes los paracaídas?

Tarzán entregó a Brown un paracaídas que había quitado a uno de los aviadores; el otro se lo puso él. No hablaron más. Tarzán subió a la cabina delantera y Brown a la otra.

—Que sea lo que Dios quiera —dijo Brown por lo bajo cuando abrió la válvula del arranque. El zumbido de la hélice que siguió hizo asomar una sonrisa de satisfacción a sus labios; luego rugió el motor.

Habían esperado al amanecer y estaba amaneciendo cuando Brown hizo circular el aparato por la irregular llanura a favor del viento para despegar. Se abrió paso entre las rocas, eligiendo el mejor camino que pudo encontrar, pero vio que sería un despegue peligroso.

Cuando llegaron al límite de lo que parecía el mejor camino, hizo girar el morro del avión, puso los frenos y abrió el acelerador al máximo un momento. El motor funcionaba perfectamente.

—Muy bien —murmuró el americano; entonces redujo la velocidad y gritó a Tarzán—. Si sabes rezar, amigo, será mejor que lo hagas. ¡Despegamos!

Tarzán miró atrás y sus blancos dientes relucieron en una de sus raras sonrisas. Cuando Brown aceleró se produjo una ráfaga de viento.

Fue un despegue peligroso, en el que tenía que virar para esquivar rocas mientras el aparato cobraba velocidad. La cola se elevó. El aparato daba tumbos sobre el accidentado terreno, se ladeó peligrosamente cuando una rueda golpeó una piedra grande. De pronto una roca baja se cernió delante.

Sería imposible girar lo suficiente para esquivarla sin estrellarse. Brown tiró de la palanca hacia atrás y contuvo el aliento. El aparato se levantó unos treinta o cuarenta centímetros del suelo. Brown vio que no iba a esquivar la roca. Sólo veía una esperanza, muy débil, pero se agarró a ella al instante. Tiró de la palanca hacia delante, las ruedas golpearon el suelo, el aparato rebotó en el aire mientras la palanca ayudaba a elevarlo lo suficiente para no chocar con la roca.

Ahora habían cobrado velocidad de vuelo y siguieron elevándose lentamente. Se habían salvado por los pelos, y aunque el aire matinal era frío, Brown estaba cubierto de sudor cuando ascendió formando una amplia espiral sobre la jungla.

La aldea de los kavuru se hallaba abajo, al pie de la elevada escarpadura, pero no era la aldea lo que les interesaba a los dos hombres, sino el cañón que había detrás, donde se encontraba el templo de Kavandavanda del que Ogdli les había hablado.

El aeroplano iba ganando altura y era observado desde el lindero de la jungla por Muviro.

Balando, Tibbs y Ogdli, y ahora también, despertados por el zumbido del motor, por los guerreros kavuru congregados en la calle principal de la aldea.

—¡Los hombres muertos vuelan! —susurró un guerrero en tono sobrecogido, pues creía que el aparato era pilotado por los dos que lo habían hecho descender y que habían caído ante el ataque de los aldeanos.

Una vez expresado, este pensamiento arraigó en la mente de los kavuru y les aterró.

Vieron el aparato girar y volar hacia la aldea, y su temor fue en aumento.

—Viene a vengarse —dijo uno.

—Si entramos en nuestras chozas no podrán vernos —sugirió otro.

Fue suficiente. Al instante la calle quedó desierta, pues los kavuru se escondieron para evitar la venganza de los muertos.

Brown pilotó el aeroplano por encima de la escarpadura y los altos riscos. Bajo ellos se encontraba la pequeña aldea y el templo de Kavandavanda, claramente visible a la luz del nuevo día.

El piloto paró el motor y gritó a Tarzán.

—No hay ni una sola posibilidad de aterrizar ahí —dijo.

Tarzán asintió.

—Elévate más y dime cuándo.

Brown abrió el acelerador y empezó a elevarse formando un gran círculo. Observó el altímetro. Antes de haber dejado tierra sabía la dirección del viento y calculó su fuerza. A dos mil pies se estabilizó y voló en círculo por el borde del cañón hasta un punto sobre los riscos del lado de barlovento.

Paró su motor un instante y gritó al hombre mono.

—¡Preparado!

Tarzán se desabrochó el cinturón de seguridad. Brown volvió a situar el aparato.

—¡Salta! —gritó mientras detenía momentáneamente el aparato.

Tarzán saltó al ala y se lanzó al vacío. Un instante después Brown le siguió.

XXXI

EL PRECIO DEL PECADO

EL ASPECTO blanco y joven de Kavandavanda engañaba respecto a su fuerza. Jane no podía igualarle, y aunque peleó durante todo el camino como una joven tigresa, él la arrastró de nuevo al aposento interior.

Debería matarte, eres una diablo —gruñó mientras la arrojaba bruscamente sobre el diván—, pero no lo haré. Te conservaré, te domesticaré… y voy a empezar ahora mismo.

En aquel preciso instante se oyeron golpes en la puerta exterior de la antecámara, y una voz aterrorizada gritó:

—¡Kavandavanda! ¡Kavandavanda! ¡Sálvanos!

¡Sálvanos!

El sumo sacerdote se giró en redondo enojado.

—¿Quién se atreve a molestar a Kavandavanda? —preguntó—. ¡Largaos!

Sin embargo, en lugar de irse, los que estaban en la puerta la abrieron y penetraron en la antecámara hasta la puerta misma de la habitación interior. El grupo estaba formado por esclavos y guerreros. Su presencia misma habría indicado al sumo sacerdote que ocurría algo incluso sin ver sus asustados semblantes.

Ahora en verdad quedó impresionado.

—¿Qué os trae aquí? —preguntó.

—Los hombres muertos vuelan; vuelan por encima de la aldea y el templo. Han venido a vengarse.

—Habláis como tontos y cobardes —gruñó Kavandavanda—. Los muertos no vuelan.

—Pero ellos sí —insistió un guerrero—. Los dos a los que ayer matamos en este instante están volando de nuevo sobre la aldea y el templo. Sal, Kavandavanda, y hechízales para que se marchen.

—Iré a ver —dijo el sumo sacerdote—. Ydeni, llévate a esta muchacha.

Si le quito la vista de encima encontrará la manera de escapar.

—No escapará de mí —aseguró Ydeni; y cogió a Jane por la muñeca para arrastrarla detrás del sumo sacerdote, los guerreros y los esclavos hasta el patio del templo.

En cuanto salieron del edificio, Jane oyó claramente el lejano zumbido del motor de un aeroplano. Al levantar la vista, vio un biplano que volaba en círculos sobre el cañón.

Los kavuru miraban con ojos fascinados… y asustados. También Jane estaba fascinada.

Creía que el aparato estaba buscando un lugar de aterrizaje, y rogaba que el piloto no intentara aterrizar allí, pues sabía que quienquiera que hubiera en el aparato moriría al instante a manos de los salvajes kavuru.

Entonces vio una figura que saltaba del aeroplano. Los kavuru ahogaron un grito de terror.

La primera figura fue seguida por una segunda.

—¡Vienen! —gritó un guerrero—. Sálvanos. Kavandavanda, de la venganza de los muertos.

Los paracaídas blancos se abrieron sobre las figuras que caían, frenando su velocidad.

—Han extendido sus alas —aseguró un esclavo—. Como el buitre, se abalanzarán sobre nosotros.

Los ojos de Jane seguían el aeroplano. Cuando saltó el segundo hombre, el aparato cayó en picado, luego se niveló por sí mismo, cruzó el pequeño cañón, llegó a un empinado margen y empezó a girar sobre la cola casi directamente sobre ellos.

Brown había abierto por completo el acelerador en el instante en que saltó, pues él y Tarzán lo habían planeado así, con la esperanza de que el aeroplano se estrellara lo bastante cerca del templo para causar una distracción que les permitiera llegar a tierra antes de que los guerreros pudieran reunirse abajo para recibirles con las puntas de sus afiladas lanzas. Pero no habían previsto la realidad, el miedo que se apoderó de los kavuru en cuanto les vieron a ellos y al aparato.

Mientras flotaban suavemente hacia el suelo, un leve viento les transportó en la dirección del templo. Vieron la multitud reunida en el patio que les miraba. Vieron el aparato cayendo a una velocidad terrible. Vieron que la multitud desaparecía en el interior del templo un instante antes de que el avión se estrellara en el patio y se incendiara.

Tarzán llegó a tierra el primero y se había quitado el arnés del paracaídas cuando llegó Brown.

Un instante después los dos hombres echaron a correr hacia el templo.

No había nadie que les impidiera el paso. Incluso los guardias de la puerta exterior habían huido aterrorizados. Cuando entraron en el patio, unos leopardos asustados pasaron corriendo por su lado. El avión estaba ardiendo frente al muro del templo, a unos centenares de distancia.

Tarzán, seguido de cerca por Brown, corrió hacia la entrada principal del edificio. Ni siquiera allí había nadie para discutir su derecho a entrar en el recinto sagrado.

De lejos se oía una babel de voces y, guiado por su aguzado oído, el hombre mono recorrió corredores apresurados en dirección a esos ruidos.

En la gran sala del trono de Kavandavanda estaban reunidos todos los guerreros y esclavos del templo. El sumo sacerdote, temblando en su trono, era la viva imagen del terror. Las muchachas del templo, aquellas pobres criaturas que aguardaban la muerte para dar vida y juventud eternas a los kavuru, estaban agazapadas a un lado de la tarima, con los ojos desorbitados y muertas de miedo.

Un guerrero se abrió paso hacia el trono. Un gesto de enojo ensombrecía su rostro pintado, doblemente espantoso por el hueso que le atravesaba la nariz. Sobre su pecho reposaban muchos dientes humanos, señales de sus hazañas como cazador de muchachas. Señaló con un dedo a Kavandavanda.

—Tus pecados nos castigan a todos nosotros —gritó—. Ibas a quebrantar tu voto. Los que impedimos que Ogdli anoche se llevara a la muchacha blanca lo sabemos. Ella le embrujó. Te embrujó a ti. Ella es quien ha traído a los hombres muertos. Destrúyela. Destrúyela ahora con tus propias manos para que podamos salvarnos.

—¡Mátala! ¡Mátala! —gritaron un centenar de roncas voces.

—¡Mátala! ¡Mátala! —repitieron los gordos esclavos negros con su voz de falsete.

Un par de guerreros agarraron a Jane, que se encontraba entre las atemorizadas muchachas, y la arrastraron hasta la tarima. La levantaron con brusquedad y la empujaron.

Sin dejar de temblar, Kavandavanda la cogió por el pelo y la obligó a ponerse de rodillas. Se sacó una larga daga del taparrabos. Cuando la alzó por encima del corazón de la muchacha, se oyó el disparo de una pistola

desde la puerta de la sala del trono, y Kavandavanda, sumo sacerdote de los kavuru, se llevó las manos al pecho y, lanzando un estridente grito, se derrumbó junto a la muchacha a la que habría matado.

Jane miró hacia la puerta.

—¡Tarzán! —exclamó—. Tarzán de los Monos.

Un centenar de pares de ojos también le vieron, les vieron a él y a Brown que entraban sin temor alguno en la estancia. Un guerrero levantó su lanza contra ellos, y esta vez habló la pistola de Brown y el tipo cayó en el acto.

Entonces Tarzán habló, les habló en su lengua.

—Hemos venido a por nuestras mujeres —dijo—. Dejadlas marchar en paz, o muchos morirán. Ya habéis visto cómo hemos venido. Sabéis que no somos como los otros hombres. No nos enojéis.

Mientras hablaba siguió avanzando. Los kavuru, que dudaban si atacar o no, temerosos de aquellas extrañas criaturas que habían descendido del cielo, que habían estado muertas y volvían a estar vivas, retrocedieron.

De pronto, Brown vio a Annette entre las otras muchachas que estaban junto a la tarima. Dio un salto al frente y los guerreros se apartaron para dejarle pasar. Una gran emoción le embargó y se le hizo un nudo en la garganta cuando estrechó a la muchacha entre sus brazos.

El hombre mono se puso alIado de su compañera.

—Vamos —dijo—. Hemos de salir de aquí antes de que tengan tiempo de recuperarse. —Entonces se volvió a las muchachas que se agazapaban en el suelo—. ¿Está aquí Buira, la hija de Muviro? —preguntó.

Una joven negra se adelantó corriendo.

—¡El gran bwana! —exclamó—. Al fin estoy salvada.

—Vámonos rápido —ordenó el hombre mono—, y trae a todas las chicas que quieran escapar.

No había ni una que no deseara marcharse, y Tarzán y Brown las sacaron de la sala del trono y las llevaron a la entrada del templo, pero no habían ido lejos cuando tropezaron con una nube de humo y oyeron el crepitar de las llamas más adelante.

—¡El templo está ardiendo! —exclamó Annette.

—Supongo que lo hemos provocado nosotros —gruñó Brown—. Se ha propagado desde el aparato. Parece que estamos atrapados. ¿Alguien conoce alguna salida?

—Sí —dijo Jane—. Hay un pasadizo secreto que va del templo a la

jungla. Sé dónde está la entrada. Vamos. —Se dio la vuelta y retrocedieron hacia la sala del trono.

Pronto empezaron a encontrarse con guerreros y esclavos. Estos se apartaban y se metían en corredores laterales y habitaciones. Después llegaron a los aposentos de Kavandavanda. De pronto a Jane se le ocurrió una idea. Se volvió a Brown.

—Todos hemos arriesgado nuestra vida —dijo—, y dos de nosotros murieron en una descabellada búsqueda del secreto de la eterna juventud. Está en esta habitación. ¿Te importa perder los pocos segundos que se necesitan para cogerlo?

—¿Si me importa? —exclamó Brown—. Vamos, llévame hasta allí.

En la habitación interior de los aposentos del sumo sacerdote. Jane señaló el armario.

—Allí hay una caja que contiene lo que deseas, pero la llave la lleva encima Kavandavanda —explicó.

—Aquí tengo una llave —dijo Brown, y sacó su pistola y disparó un tiro a la cerradura y la destrozó; entonces abrió el armario.

—Allí —señaló Jane, señalando la caja que contenía las píldoras.

Brown la cogió y prosiguieron la búsqueda de la entrada del túnel. Pero Jane se detuvo, vacilante.

—Me temo que hemos ido demasiado lejos —apuntó—. Creía que sabía dónde se encontraba el túnel, pero ahora estoy confusa.

—Hemos de encontrar alguna manera de salir del templo —dijo Tarzán —. El fuego se está propagando con rapidez, nos sigue de cerca.

El humo ya les estaba alcanzando. Podían oír el siniestro rugir de las llamas, el estruendo de las maderas que caían cuando se derrumbaban partes del tejado, los gritos y aullidos de los que se encontraban en el interior del templo.

Un guerrero, medio cegado y asfixiándose, apareció a la vista saliendo tambaleante del denso humo que llenaba el corredor por el que ellos habían ido. Antes de que el hombre pudiera recuperar sus facultades. Tarzán le agarró.

—Sácanos de aquí —ordenó—. Éste es el precio de tu vida.

Cuando el tipo logró abrir los ojos miró a su capturador.

—¡Tarzán de los Monos! —exclamó.

—Ydeni —dijo el hombre mono—. No te había reconocido.

—¿Y quieres que os saque del templo? ¿A ti, que has matado a

Kavandavanda, nuestro sumo sacerdote?

—Sí —respondió Tarzán.

—Si os muestro la salida a través de la aldea os matarán a todos. Los guerreros kavuru se están recuperando de su miedo inicial. Jamás os dejarán pasar. Podría llevar os por allí y os matarían; pero una vez tú me salvaste la vida. Ahora, yo salvaré la tuya. Seguidme.

Condujo al grupo a poca distancia por un corredor lateral y entró en un oscuro aposento. Lo cruzó y abrió una puerta tras la cual había la más absoluta oscuridad.

—Este túnel conduce a la jungla —dijo—. Vete, Tarzán de los Monos, y no vuelvas jamás a la aldea de los kavuru.

Tres semanas más tarde, un grupo de seis personas estaba reunido ante un crepitante fuego en la sala de estar del bungaló de Tarzán, lejos de la aldea salvaje de los kavuru. El Señor de la Jungla se encontraba allí, y también su compañera; Brown y Annette estaban sentados sobre una piel de león ante la chimenea, cogidos de la mano; Tibbs estaba sentado decorosamente en el borde de una silla, al fondo. Aún no se había acostumbrado a sentarse en términos de igualdad con personas que tenían un título. El pequeño Nkima, con mucha más elegancia, estaba posado en el hombro de un vizconde.

—¿Qué vamos a hacer con la caja de píldoras? —preguntó Brown.

—Lo que quieras —dijo Jane—. Estabas dispuesto a arriesgar tu vida para conseguirlas. Si recuerdo bien, creo que dijiste algo de que si las tuvieras cuando te encontraras en la civilización te «forrarías». Quédatelas.

—No —replicó el americano—. Todos arriesgamos nuestra vida, y de todos modos tú fuiste quien las consiguió. Cuanto más pienso en ello, menos me gusta mi plan. De todos modos, la mayoría de la gente vive demasiado tiempo para el bien del mundo; la mayoría debería morir joven.

¿Y si el Congreso se hiciera con ellas? ¡Imaginaos! Ni hablar.

—Te diré lo que haremos. Las repartiremos. Nosotros cinco viviremos eternamente.

—Y siempre seremos bellos —añadió Annette.

—Si me perdona que lo diga, señorita —observó Tibbs, tosiendo en gesto de disculpa—, a mí más bien me disgusta pensar en planchar pantalones durante tantos años, y en cuanto a ser bello… bueno, nunca encontraría trabajo. ¿Quién ha oído jamás hablar de un ayuda de cámara bello?

—Bueno, las repartiremos de todos modos —insistió Brown—. No tienes que tomártelas, pero asegúrate de no vender ninguna a ningún príncipe taxista. Bueno, las dividiré en cinco partes iguales.

—¿No te olvidas de Nkima? —preguntó Jane sonriendo.

—Tienes razón —dijo Brown—. Haremos seis partes. Sin duda él es mucho más útil en el mundo que la mayoría de las personas.

EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 — Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

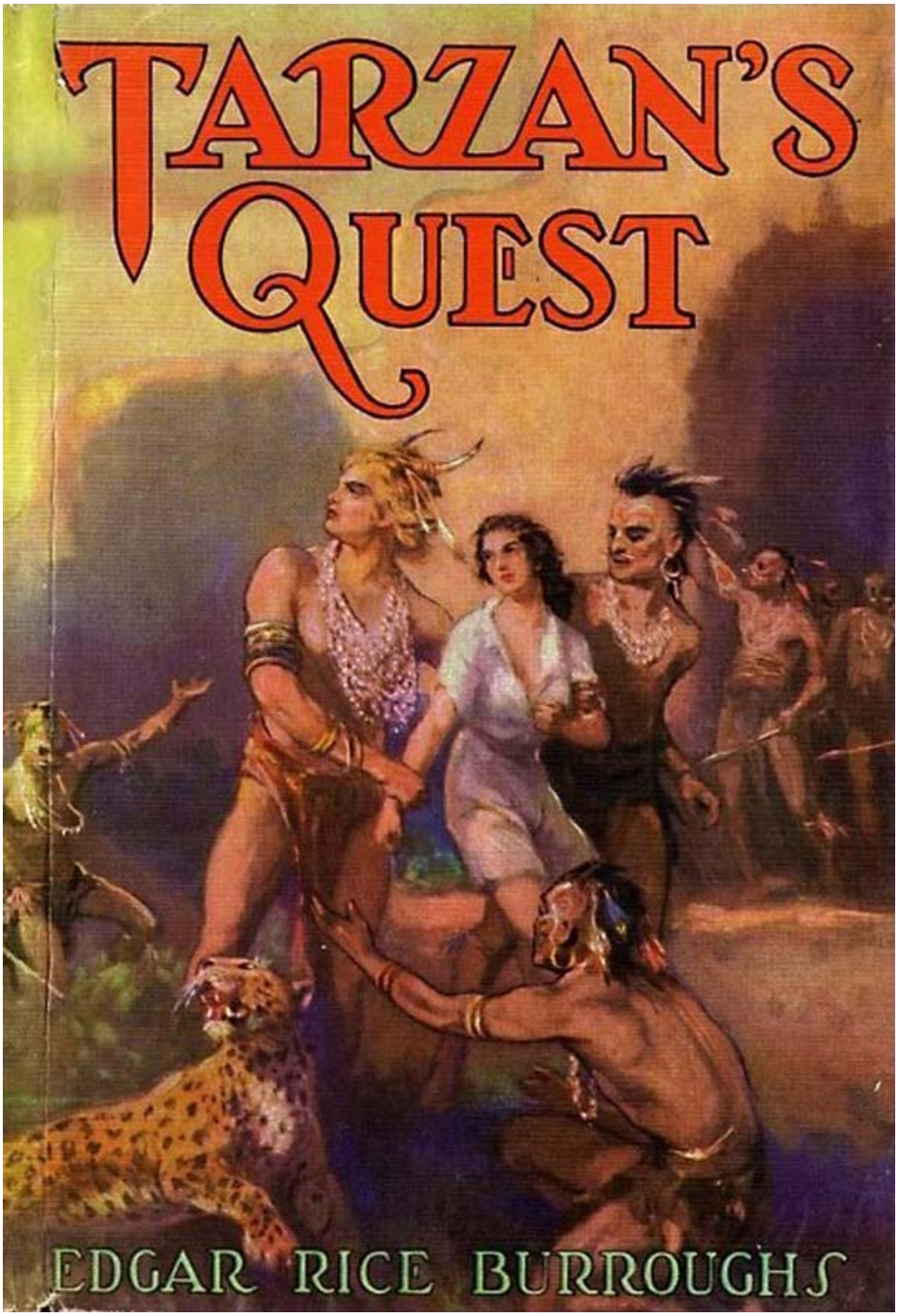
Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

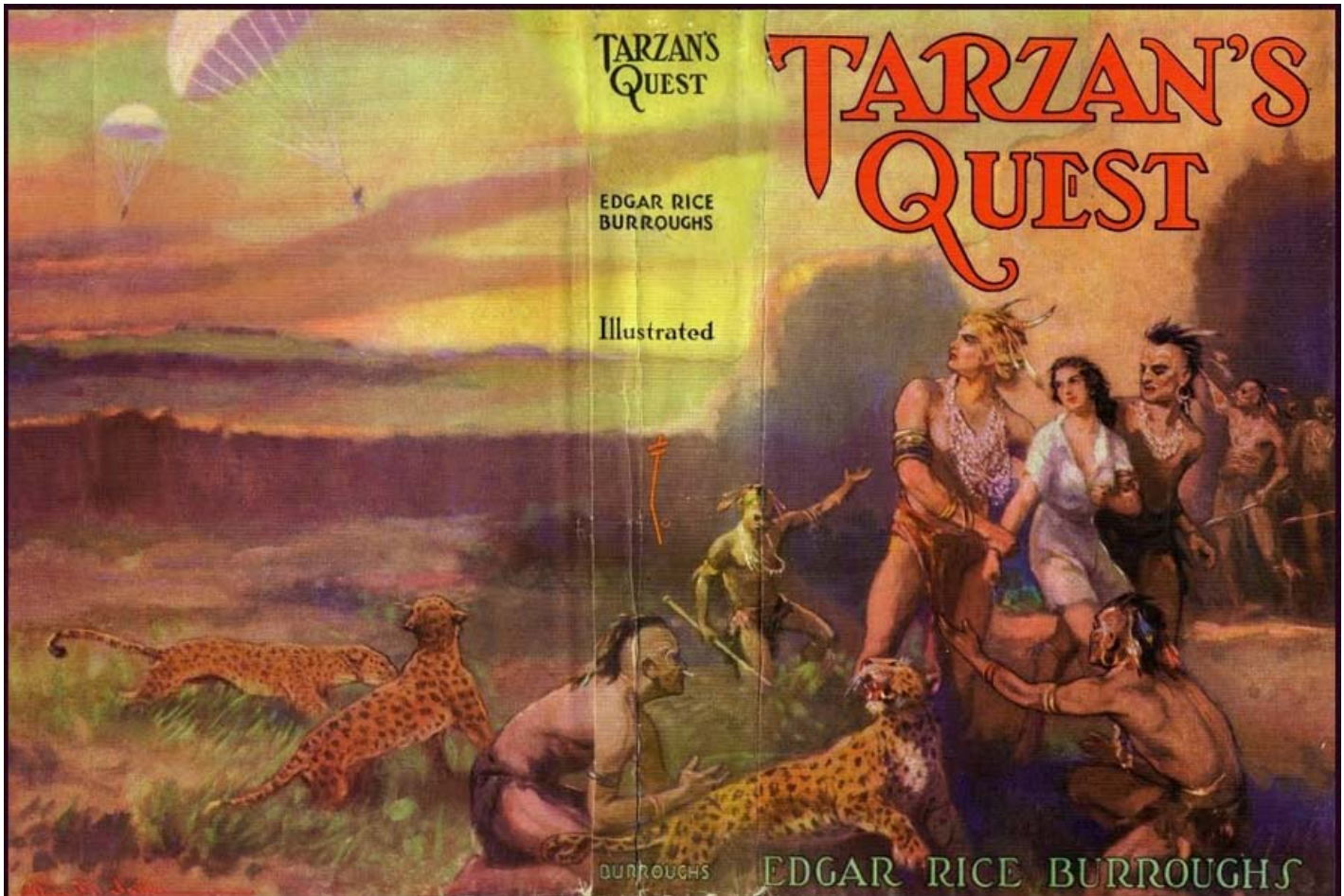
de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Burroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.


TARZAN'S QUEST
EDGAR RICE BURROUGHS

Cubierta original 1ª. edición EE.UU., 1936, J. Allen St. John


TARZAN'S QUEST
EDGAR RICE BURROUGHS
Illustrated
TARZAN'S QUEST
BURROUGHS
EDGAR RICE BURROUGHS

Cubierta completa 1ª. edición de 1936, J. Allen St. John

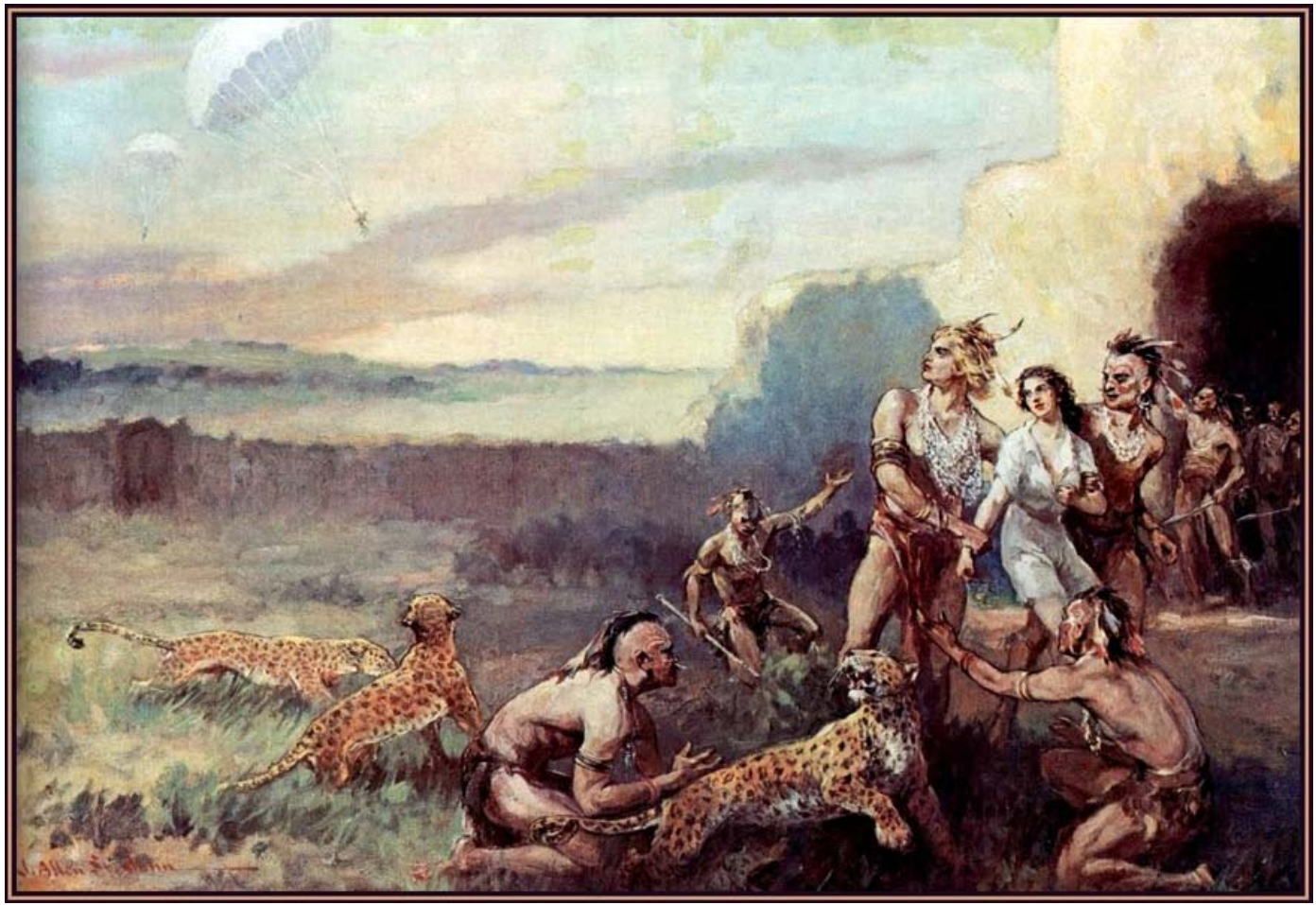


Ilustración original de J. Allen St. John